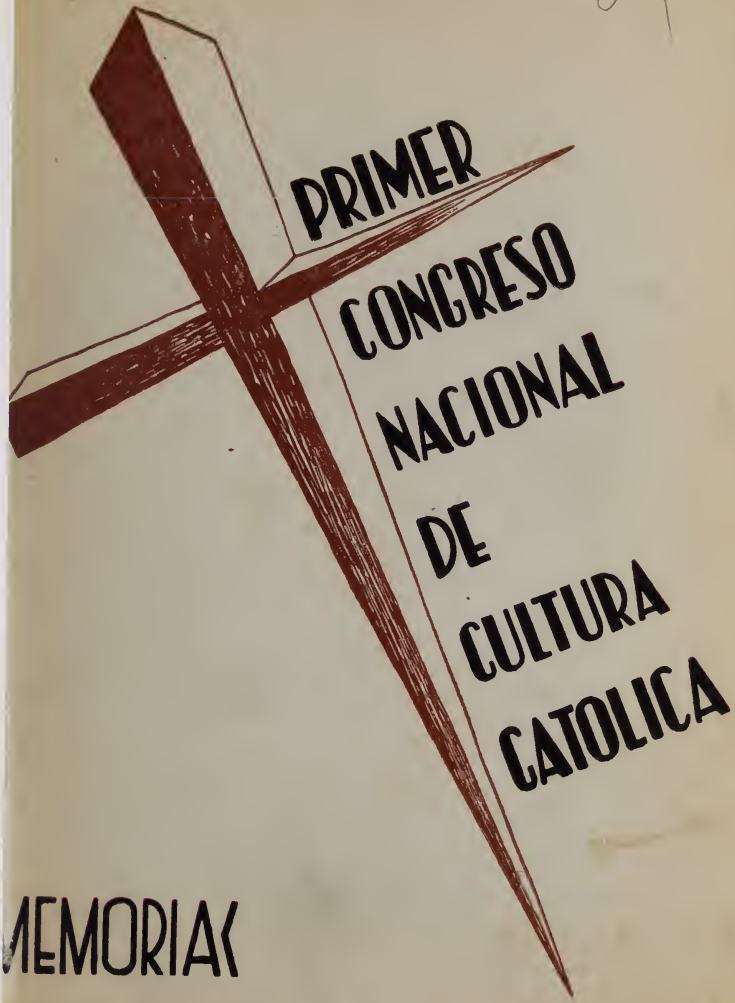
LIBRARY OF PRINCETON
MAY 1 1993
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
1429
.2
.C66
1953

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/primercongresona00cong

20
1



MEMORIAS

Con las debidas licencias.

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE CULTURA CATOLICA

DEL 18 AL 23
DE ENERO, 1953

GUADALAJARA, JAL.

LIBRARY OF PRINCETON
FEB 7 1993
THEOLOGICAL SEMINARY

Ediciones "CORPORACION"
Rep. de Colombia 9
México 1, D. F.
1953

MENSAJE DE SU SANTIDAD

Vaticancity Vía Mex DF Ene 16 1953
LTF Excmo Arzobispo Garíbi y Rivera
Guadalajara Jal

Primo Congressui Catholicae Culturae provehendae istic auspiciis optimis indicto augustus Pontifex Dei ope invocata opimos fructus exoptat atque dum exstimulat ingenia et voluntates ut summo nisu veritatis splendorem et caritatis calrem (sic) adaugeant tibi universisque coetui adstaturis peramanter benedícit

MONTINI PROSECRETARIUS.

TRADUCCION CASTELLANA:

Ciudad del Vaticano, Enero 16 1953.
Excmo. Arzobispo Garibi Rivera.
Guadalajara, Jal.

El Augusto Pontífice, implorando el Divino auxilio, desea vivamente abundantes frutos para el Primer Congreso de Cultura Católica, convocado allí bajo excelentes auspicios; y mientras estimula los entendimientos y voluntades para que con supremos esfuerzos acreciente el esplendor de la verdad y el fuego de la caridad, a Vuestra Excelencia y a todos los congresistas os bendice cariñosamente.

MONTINI PROSECRETARIO.

SUMARIO

Presentación. VII
Convocatoria del Primer Congreso Nacional de Cultura Católica VIII
Comunicación de la Delegación Apostólica en México. IX
Crónica R. P. Javier Gómez Robledo, S. J. 1
Influjo de la Iglesia de Cristo en la Cultura Universal. Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Sergio Méndez Arceo. 13
Presencia de lo Sobrenatural en la Cultura Católica. M. I. Sr. Cango. Magistral Dr. D. José Ruiz Medrano 23
Relaciones Trascendentales entre la Ciencia y la Fe. R. P. Julio J. Vértiz, S. J. 37
Ceremonia de Izar la Bandera Pontificia. Alocución del M. I. Sr. Dr. D. Gastón Mojaisky Parelli y Arenga del Sr. Lic. Miguel Estrada Iturbide. 65
Filosofía Cristiana y Crisis de Valores. R. P. José Sánchez Villaseñor, S. J. 69
Fundamentos de los Derechos del Hombre. M. I. Dr. D. José Gallegos Rocafull. 87
El Catolicismo y los Problemas de la Educación en México. Sr. Lic. Wenceslao Torres Landa. 111
Problemas Actuales de la Realidad Mexicana. Sr. Lic. Efraín González Luna 123
Principales Aspectos de la Actual Situación Económica a la Luz de la Doctrina Católica. Sr. Lic. Agustín Reyes Ponce ... 137
Sentido y Ejercicio de la Profesión Conforme a la Moral Católica. Sr. Lic. Daniel Kuri Breña 191
Reflexiones Sobre Problemas Actuales de Moral Médica. Sr. Dr. Fernando de la Cueva. 203
La Proyección del Arte en el Humanismo Cristiano. Sr. Arq. Ricardo Robina. 217
El Periodismo Medio de Cultura y su Misión Social. Sr. Lic. Carlos Septién García. 229
Influjo del Radio, del Cine y de la Televisión en la Cultura y la Moral Contemporáneas. Sr. Manuel López Díaz. 245
Cristo y la Ciencia Moderna. R. P. Eduardo Iglesias, S. J. 255
Consagración de los Intelectuales a la Reina del Pensamiento y Trono de la Sabiduría en México. Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. José Garibi Rivera. 267
Trayectoria del Congreso. R. P. David Mayagoitia. S. J. 275
La Iglesia Católica en la Cultura Mexicana. Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Primado Dr. D. Luis M. Martínez. 287
Ideario del Congreso. 293

PRESENTACION

La audaz aventura de celebrar un Congreso Nacional de Cultura —el primero en su género— ha sido felizmente realizada.

Guadalajara —sede del Congreso— vivió días de intensa vida espiritual y representantes de la cultura católica de todos los confines de México se entregaron a la muy noble y urgente tarea de "estudiar y afirmar el pensamiento católico en aquellos campos donde actualmente es más combatido en nuestra Patria".

Convencidos del valor perenne y de la actualidad del contenido doctrinal del Congreso, queremos hacerlo llegar a quienes anhelaron participar en nuestros trabajos y no les fué posible efectuarlo; a quienes convivieron con nosotros tan grata jornada y desean conservar sus enseñanzas; finalmente, hemos pensado muy especialmente en aquellos —cualquiera que sea el campo donde militen— que lealmente quieran enterarse de lo que una porción numerosa y escogida de la intelectualidad católica mexicana piensa sobre algunos de los problemas más candentes de su Patria.

Publicamos la presente MEMORIA con la sobriedad de un volumen doctrinal en el que se consigna el pensamiento del Congreso. Hemos querido que aparezcan en sus páginas los diversos temas, siguiendo el orden en que fueron expuestos, acompañadas las secciones de estudio de sus respectivas conclusiones.

No podemos decir que el Congreso ha terminado; aún falta por realizar las CONCLUSIONES, que significan la parte más laboriosa y difícil, pero al mismo tiempo la más fecunda y efectiva. A facilitar y estimular su ejecución se encamina la presente MEMORIA.

La uniformidad doctrinal, que tan maravillosamente se manifestó en el Congreso, es principio y augurio de otra uniformidad, o mejor, de otra unidad, la unidad en la acción. De una acción que ha abondado su propio cauce sin perder de vista los grandes objetivos, reafirmados a través de los estudios y deliberaciones del Congreso. Todos nos sentimos en nuestro propio campo, todos encontramos que nuestros métodos de trabajo tenían su específica aplicación, porque todos convivimos y actuamos bajo el signo de la Cultura Católica en México.

Es nuestro deseo más vehemente y nuestra aspiración más íntima que se proyecte en la acción el entusiasmo y la generosa entrega a la causa de Cristo, puesta de manifiesto en el Primer Congreso Nacional de Cultura Católica, *inspirados en la consigna del Apóstol: "Veritatem Facientes in Caritate".*

El Comité Organizador.

CONVOCATORIA

Habiéndonos tocado vivir en una época de profundas transformaciones en la que peligran los valores tradicionales de nuestros pueblos, sentimos la necesidad de revisar serenamente las corrientes del pensamiento humano que actualmente minan la Cultura Occidental de la cual somos parte.

México, país joven y estrechamente vinculado con el resto del mundo, sufre la influencia de otras naciones sacudidas por crisis ideológicas y situaciones sociales contrarias a los grandes valores del espíritu.

Una interpretación materialista de la vida y los destinos humanos ha encontrado múltiples manifestaciones que ciertamente ponen en peligro los grandes fundamentos de nuestra civilización.

Frente a esta situación que no podemos ignorar, nos proponemos estudiar y afirmar el pensamiento católico en aquellos campos donde actualmente es más combatido en nuestra Patria.

Para llevar al cabo dicha obra CONVOCAMOS a todos los intelectuales católicos mexicanos, profesionistas y estudiantes, a la celebración del I CONGRESO DE CULTURA CATOLICA EN MEXICO, que tendrá lugar, Dios mediante, del 18 al 23 de enero del próximo año de 1953 en la ciudad de Guadalajara, con aprobación del Venerable Episcopado Nacional.

Creemos que una de nuestras grandes responsabilidades actuales, como católicos y mexicanos, consiste en la conservación y acrecentamiento de la cultura que hemos recibido, transmitiéndola íntegra y aquilatada a las generaciones que nos seguirán.

Semejante tarea debe ser el resultado del esfuerzo colectivo y permanente de nuestras clases dirigentes, a quienes queremos estimular y ayudar mediante la celebración del presente Congreso.

Como garantía de éxito, promulgamos la presente convocatoria en la festividad de Santa María de Guadalupe, símbolo y forjadora de la cultura y grandeza mexicanas.

LUIS MARIA
Arzobispo Primado de México
(Firma)

JOSE
Arzobispo de Guadalajara.
(Firma)

COMUNICACION DE LA DELEGACION APOSTOLICA

Con profunda satisfacción hemos leído la convocatoria del Excmo. Episcopado de un Congreso de Cultura Católica para los Intelectuales y Estudiantes Mexicanos.

Lo juzgamos de importancia trascendental para el porvenir de México, ya que de él debe surgir una conciencia más clara y activa de los grandes deberes de los intelectuales en la hora presente.

Nadie puede hoy hablar sinceramente de un conflicto entre ciencia y fe, como estaba de moda hace más de cincuenta años. Sin embargo sufrimos todavía las consecuencias de los prejuicios de entonces.

Se ha hablado de una "traición de los letrados" y la acusación corresponde, en gran parte, a la verdad. Muchas veces los mismos sabios católicos han actuado por separado como sabios y como católicos, sin llegar a una armónica fusión y unidad de su personalidad, sin lograr aquel "saber de salvación" que debe ser la aspiración y la meta de todo hombre de estudio.

Para subsanar deficiencias como éstas y para que los ideales cristianos actúen como levadura salvadora de nuestra sociedad contemporánea juzgo útil, más aun necesario, el Congreso sobre la Cultura Católica.

Confío que, con la ayuda divina, este acontecimiento será un destello y una cristalización de aquella luminosa verdad proclamada por el Sumo Pontífice "La grande hora de la conciencia cristiana ha sonado".

México, D. F. 12 de Diciembre de 1952.

Guillermo Piani
Delegado Apostólico
(Firma)

Crónica del Primer Congreso de Cultura Católica

Por el R. P. Javier Gómez Robledo, S. J.

Ambiente y Personales.

De todas partes de la República nos dirigíamos a la sede del Congreso. Ya desde el tren, el avión o los autobuses, se sentía el entusiasmo por el Congreso, debido al número de Congresistas que viajaban en ellos. En los pasillos del tren no era raro ver a personas que se arrodillaban para besar algún anillo episcopal, o a viejos amigos que con ocasión del Congreso se volvían a encontrar después de años de ausencia.

El sitio del Congreso fué favorable al éxito del mismo. La paz de la provincia, las distancias cortas de una ciudad no muy grande, el cielo transparente y benévolo de Guadalajara, su gente hospitalaria, todo creaba un ambiente casi de familia, muy apto para el trabajo intelectual.

Transitaban sin prisas los delegados al Congreso por las calles de la capital de Jalisco, llevando en sus trajes los distintivos —oro y rojo, o plata y azul— que se habían forjado para el efecto. El distintivo del Congreso tenía por un lado la efigie de Nuestra Señora de Guadalupe con la leyenda *"Reina del Pensamiento"* y en su parte superior una paloma símbolo del Espíritu Santo. Por el otro lado, en el centro de una cruz blanca sobre campo rojo, estaba la Patria con una estrella arriba —símbolo mariano— y la leyenda *"Veritatem facientes in caritate"*, que significa "Procediendo sinceramente en el amor, según la norma de la verdad". Tal es exactamente el sentido del griego *"Alethé-*

uontes en agápe de S. Pablo (Ef. 4, 15). En la parte superior del escudo estaba otra vez el Espíritu Santo, fuente de todo pensamiento salvador y de toda llama de caridad.

Al ambiente externo favorable al Congreso se unía el bienestar interno, de quienes se sentían unidos en una misma fé católica, en una misma filosofía —la Verdad—, en una misma obediencia a los representantes de Cristo: los Obispos.

En efecto, la presencia de los 14 Arzobispos y Obispos que asistieron en todo o en parte al Congreso, fué para todos los Congresistas un estímulo inmenso y una seguridad roqueña, para no errar en tan trascendentales cuestiones. Fueron estos Prelados: el Excmo. y Revmo. Sr Arzobispo Dr. D. Guillermo Piani, Delegado Apostólico en México; el Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Dr. Luis María Martínez, Primado de México; el Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. José Garibi y Rivera, Arzobispo de Guadalajara; y los Excmos. y Revmos. Sres.: Dr. D. Sergio Méndez Arceo, Obispo de Cuernavaca; Dr. D. José Anaya, Obispo de Zamora; Dr. D. Manuel Yerena, Obispo de Huejutla; Dr. D. Ignacio de Alba, Obispo de Colima; Dr. D. Anastasio Hurtado, Obispo de Tepic; Dr. D. Javier Nuño, Obispo de Zacatecas; Dr. D. Salvador Quesada, Obispo de Aguascalientes; Dr. D. Luis Guizar Barragán, Obispo de Saltillo; Dr. D. Lino Aguirre, Obispo de Sinaloa; Dr. D. J. de Jesús del Valle, Obispo de Tabasco; y Dr. D. José Villalón, Auxiliar de México.

El Excmo. Sr. Arzobispo Primado como Presidente honorario del Congreso, presidió con profundo interés y bondadosa paciencia todas las Sesiones plenarias que se alargaron por las noches más de lo que se esperaba.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, Presidente efectivo, abnegadamente dirigió en persona todos los debates de las Sesiones plenarias trabajando con el ardor del mejor Congresista.

Los demás Excmos. Prelados asistieron, cuanto sus ocupaciones se los permitieron, a las sesiones plenarias o a las sesiones solemnes; y algunos de ellos participaron en numerosas sesiones privadas de estudio.

Asistieron además al Congreso: el Ilmo. Monseñor Dr. Gastón Mojaisky Perelli; el Ilmo. Sr. Protonotario Apostólico Dr. Gregorio Aguilar; el Subdirector de la Acción Católica Mexicana. M. Ilustre Sr. Cango. Rafael Dávila Vilches; el Rev. P.

Roberto Guerra, Provincial de los Jesuitas; el Rev. P. Manuel Acévez, Vice-Provincial de los mismos Jesuitas en el Norte de la República, y el Rev. Hno. Salvador Méndez Arceo, provincial de los Hermanos Maristas. Todos ellos presidieron por lo menos alguna de las Sesiones.

Fueron 1.300 los delegados al Congreso, de los cuales unos eran Delegados Representantes de 18 Organizaciones Nacionales Católicas; otros, Delegados de Organizaciones Culturales Católicas; otros, Delegados Representantes de las diversas Diócesis de la República. Hay que añadir a éstos, unos 300 asistentes que estuvieron en las sesiones de estudio, con lo que el total de Congresistas activos ascendió a más de 1.600, cosa que superó los cálculos de los Organizadores. A pesar de ser un Congreso Nacional, y no Interamericano, nos honraron con su presencia como huéspedes asistentes, Colombia, Venezuela, El Salvador, y los Estados Unidos de Norte América.

Todos los Prelados, los Delegados y Asistentes, participaron en el Congreso con un enorme entusiasmo.

Digno de especial mención es el Comité Organizador del Congreso, integrado por el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Dr. D. Guillermo Piani y el Excmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez Arzobispo Primado, Presidentes Honorarios; Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, Dr. D. José Garibi y Rivera Presidente Efectivo; R. P. David Mayagoitia, S. J. encargado de la Sección de Estudios; Lic. José González Torres de la Sección de Propaganda; P. Rafael Vázquez Corona, al frente de la Sección de Organización, eficazmente auxiliado por los Sres. Rafael Anaya de la Peña, Félix Díaz Garza y Eduardo Levy. Colaboraron estrechamente con el Comité Organizador, distinguidas personalidades de la Acción Católica, de las Congregaciones Marianas, así como también la Unión Femenina de Estudiantes Católicas y la Corporación de Estudiantes Mexicanos.

Pórtico del Congreso.

Como pórtico del Congreso el domingo 18 hubo dos actos de piedad filial a la Madre de Dios. En la mañana, se verificó la coronación pontificia de la Imagen de Ntra. Señora del Pueblito, en Magdalena, Jalisco. La coronaron los Excmos. y Revmos. Sres. Arzobispos Dr. D. Guillermo Piani y Dr. D. José Garibi y Rivera. El Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Primado tuvo una hermosa alocución sobre la devoción Mariana. "Esta corona —dijo— es el

símbolo de la entrega del corazón del pueblo a María Santísima". Exhortó a todos a rogar a Ntra. Señora por el éxito del Congreso. Asistieron a este acto varios Obispos y Congresistas. A continuación, el Sr. Arzobispo de Guadalajara obsequió a los asistentes con un banquete en la escuela de Tequila, preparado por el Párroco de la población.

Por la noche, a las 20 hs. tuvo lugar el segundo acto, *la proclamación de Santa María de Guadalupe Trono de la Sabiduría y Reina del Pensamiento en México,* mediante el desfile de las antorchas, por las calles principales de Guadalajara. Participaron en total unas 150.000 personas. Espectáculo sobremanera poético y de profunda significación. Los desfilantes que de 30 en fondo llenaban lo ancho de la calle, salieron del jardín de S. Francisco y llegaron hasta el Santuario de Guadalupe, sin que hubiera huecos o vacíos entre aquella masa ígnea. Era como un río luminoso, en el que cada uno llevaba en su mano la antorcha símbolo de la inteligencia, para ofrecerla a la Reina del Pensamiento en México. Cerca de dos horas duró pasando ante los Excmos. Prelados que la contemplaban desde Catedral, esta columna de fuego, en perfecto orden, sin violencias de ninguna clase, como quien va a cumplir un anhelo de la mente y del corazón. Dejó esta noche un recuerdo imborrable. Los farolillos llevaban en dos de sus caras las insignias del Congreso; y en las otras dos, una imagen de Cristo Rey, y la Catedral de Guadalajara, respectivamente.

Inauguración Solemne.

Se abrió el Congreso con una Solemne Pontifical al Espíritu Santo el lunes 19 en la que ofició el Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Primado. Casi se confundía el rojo de los ornamentos con el morado de los Obispos asistentes.

El Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Sergio Méndez Arceo. Obispo de Cuernavaca, habló sobre el *Influjo de la Iglesia de Cristo en la Cultura Universal,* especialmente por medio de las Ideas, de las Instituciones —la Universidad que nació de la Iglesia, y las Ordenes y Congregaciones Religiosas—, y por medio de sus Hombres.

Por la tarde, en el amplio y luminoso Colegio Cervantes sede del Congreso, se registraron las credenciales de los Delegados.

En la noche a las 21 hs., en el Teatro Alameda, fué la Velada inaugural. El Pbro. y Lic. Manuel de Jesús Aréchiga con la Orquesta de Guadalajara y un Coro femenil, interpretó la Sonata sobre Santa María de Monteverdi-Molinari.

Luego el M. I. Sr. Canónigo Magistral Dr. D. José Ruíz Medrano, en una bellísima pieza oratoria desarrolló el tema: *Presencia de lo Sobrenatural en la Cultura Cristiana.* Con vigor filosófico-teológico desentrañó los conceptos de Cultura, Cultura Cristiana y la médula de ésta: lo Sobrenatural que se nos dió en Cristo, el Verbo de Dios hecho hombre.

A continuación el R. P. Julio J. Vértiz S. J. con no menor entusiasmo y gran erudición científica habló sobre las *Relaciones Trascendentales entre la Ciencia y la Fe.* Estableció una muy cristiana e inteligente posición del católico ante el hombre de ciencia de nuestro siglo XX, ni despectiva ni indiferente, sino llena de admiración y comprensión. Pugnó por el establecimiento en México, de la Universidad Católica.

Los dos oradores recibieron estruendosos aplausos.

El Sr. Arzobispo Primado declaró luego abierto el Congreso; y se leyó el cable de Su Santidad Pío XII, que encierra palabras de paternal aliento y profundo interés por el éxito del Congreso.

Acabó la velada con el Oratorio de Perosi *"La Resurrección de Cristo"*, en el que cantaron Irma González, Gilberto Cerda, Florentino Nuño y Fortunato Guerra. Resultó perfecta toda la parte de música y coro dirigidos por el Maestro Aréchiga.

Sesiones de Estudio.

Los días de estudio comenzaban con una Misa de Comunión en la Catedral. El primer día la celebró el Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Salvador Quesada, Obispo de Aguascalientes; y acudieron los niños de las escuelas a pedir por el éxito del Congreso.

A las 10 de la mañana del martes 20 en el Colegio Cervantes el Sr. Arzobispo de Guadalajara izó la bandera pontificia, mientras tocaban las bandas de guerra de los alumnos. Asistieron varios Prelados y todos los Congresistas. El Lic Miguel Estrada Iturbide arengó con su señorial palabra a los Congresistas, para que vivieran un catolicismo vigoroso en privado y en público bajo las normas del Papa. El Ilmo. Monseñor Dr. D. Gastón Mo-

jaisky Perelli recordó con su Santidad Pío XII, que la hora que vivimos, es la hora del despertar de la conciencia católica y de la primavera de la Iglesia.

Comenzó luego el trabajo de estudio. Las aulas, excepción hecha del Auditorium, fueron repetidas veces incapaces para recibir tantos Congresistas; y así tuvieron que trasladarse a los corredores y al patio. Fué el de estos días un trabajo serio, largo y fatigante, que se prolongaba durante todo el día y parte de la noche. Después que el ponente leía su discurso y las conclusiones del mismo, se discutían éstas en general y en particular. Hablaba quien quería en pro o en contra de ellas. Una vez discutidas suficientemente, se procedía a votación. Por la noche, en las sesiones plenarias, el Ponente hacía un compendio de su discurso y se volvían a discutir las conclusiones una a una. Por fin votaban los delegados que tenían derecho a ello.

La Sección de Filosofía la presidió el Lic. Manuel Herrera y Lasso; fungió como secretario el Sr. Lic. Alfonso Zahar Vergara; y el R. P. José Sánchez Villaseñor S. J. tuvo la ponencia sobre *Filosofía cristiana y crisis de valores*. Con su habitual claridad y penetración analizó las corrientes filosóficas que en México tienen mayor fuerza: el Neokantismo, el Historicismo y el Existencialismo —entre la Filosofía errónea—, y propuso los medios para preparar a la juventud católica que al llegar a la Universidad ha de enfrentarse con serios problemas filosóficos y morales.

Presidió la sección de Derecho el Lic. Benigno Ugarte. Actuó como secretario el Lic. Salvador Noriega.

La ponencia sobre *Los Derechos del Hombre*, estuvo a cargo del M. I. Sr. Dr. José Gallegos Rocafull. Trató el tema profundamente. Asentó las hondas raíces de los derechos del hombre en su triple base, religiosa, metafísica e histórica. Recibió un caluroso aplauso.

En la sección de Educación presidió el Lic. Nemesio García Naranjo; fungió como secretario el Dr. Pedro Berruecos y sustentó la ponencia el Lic. Wenceslao Torres Landa sobre *El Catolicismo y los Problemas de la Educación en México*. Defendió el derecho natural que tienen los padres de familia a la educación de sus hijos; y mostró como consecuencia de ello la actitud injusta y antidemocrática del Artículo 3o. Constitucional.

El miércoles 21 se vió el mismo entusiasmo del día anterior.

En varias sesiones se oye la voz de la impaciencia, de la buena voluntad, que quiere entrar en acción inmediatamente, que quiere lo práctico únicamente. Sabiamente el Dr. Gallegos Rocafull tranquilizó los ánimos acomodando al caso las palabras de S. Juan: In principio erat Verbum... Omnia per Ipsum facta sunt. Así, dijo, de un modo semejante, el verbo mental debe preceder a la acción. La acción sin la base de la idea honda y clara, será nada. En cambio la Idea arraigada será fecunda en acción. ¿Qué cosa más práctica que el que estos centenares de Congresistas vuelvan a sus tierras con ideas más claras, y por lo mismo más fecundas, sobre los temas del Congreso? Además de que en las mentes de todos estaba la creación de un comité permanente encargado de la ejecución de lo que deba ponerse en práctica.

La sección de Sociología la presidió el Sr. Miguel Alvarado Guzmán; fué secretario el Lic. Agustín Basave Jr.; el Lic. Efraín González Luna, enfermo como estaba, se presentó a sustentar su ponencia sobre *Actualidad Social Mexicana*. El ilustre pensador jaliscience señaló con su habitual profundidad y valor cívico la separación del individuo y del intelectual especialmente —aun entre los católicos—, como causa de la gran miseria material y cultural de nuestro pueblo.

En Economía presidió el Sr. Lic. Eligio Sánchez Larios y actúo como secretario el Sr. Antonio Ibargüengoitia. El ponente Lic. Agustín Reyes Ponce en su trabajo *Principales aspectos de la actual situación económica a la luz de la Doctrina Católica*, presentó un magnífico panorama de la situación económica de México, con datos exactos, interpretados con gran objetividad. A continuación defendió la necesidad de la moral en economía, y propuso algunas soluciones al problema económico, fundadas en la ley natural y en las encíclicas de León XIII y Pío XI especialmente. Fué un trabajo concienzudo digno de toda admiración, que mereció con justicia un largo aplauso del público y unas palabras del Sr. Arzobispo de Guadalajara, quien en nombre de todos dió las gracias al Lic. Reyes Ponce por habernos dado una visión tan clara y tan católica de la economía en México.

Presidió la sección de Moral Profesional el Dr. Horacio Caballero; fué secretario el Lic. Manuel Ulloa Ortiz. Tuvo la ponencia el Lic. Daniel Kuri Breña sobre el tema *Sentido y ejercicio de la Profesión conforme a la moral católica*. En su discurso de sabor heleno —por la espontaneidad con que andaba por las cimas de los grandes principios del espíritu para luego iluminar con ellos lo concreto y múltiple de la vida humana al exponer

lo elevado de la profesión aun si se la considera sólamente como un valor humano. Cuánto más alta será para el cristiano que debe ver en los hombres la imagen de Dios, y que debe imitar a Cristo quien santificó con sus manos el trabajo del hombre. Requiere, pues, ciencia, lealtad a la profesión misma y respeto al hombre.

El Lic. Manuel Ulloa en la misma sesión trató el mismo tema con gran maestría. Hizo ver no sólo lo necesario de la moral cristiana para el profesionista, sino también lo útil que le es. El profesionista será más apto en su profesión si a la ciencia profesional y moral, añade la gracia de Cristo. ¡Qué maravillas haría el profesionista si a su competencia humana se añadieran los dones del Espíritu Santo que le vienen al alma con la gracia; y si el profesionista se pusiera en disposición de recibir —si a Dios agradare— los carismas divinos!

A pesar de la fatiga que se empieza a sentir, el jueves 22 se siguieron las sesiones de estudio con el mismo ánimo que los dos días anteriores. Cada día vemos y apreciamos nuevos valores en el campo de la cultura entre los profesionistas católicos, que o no conocíamos, o no estimábamos en toda su riqueza. Aunque otro fruto no se sacara del Congreso sino el conocer estos valores nuestros, sería muy bien empleado el tiempo y el trabajo. Hemos conocido en la convivencia intelectual de estos días, a los que el día de mañana serán: o el consejero seguro en un paso difícil, o el ejecutor de un magno proyecto, o el que recomendaremos a quienes necesiten de un profesionista sabio e íntegramente católico.

Fué presidente de la sección de moral médica el Dr. Enrique Parás; secretario el Dr. Enrique Hernández Sánchez; el ponente Dr. Fernando de la Cueva en su tema *Reflexiones sobre Problemas actuales de Moral Médica,* admiró a sus oyentes por la precisión con que habló en materias de moral médica en puntos delicados como la Eugenesia, el aborto terapéutico, los períodos agnésicos, el Psicoanálisis, la Psicocirugía, la castidad, la Dicotomía, la situación del médico en el Seguro Social. Dió la exacta solución católica sobre tales materias, como la dá la Iglesia, sin laxismos ni estrecheces, sino como es la verdad. Recibió una de las ovaciones más calurosas del Congreso.

En la sección de arte presidió el Arq. Ignacio Díaz Morales; fué secretario por la mañana el Lic. Manuel Ulloa, y por la tarde el Lic. Miguel Estrada Iturbide. Tuvo la ponencia el Arq. Ricardo Robina sobre *El Arte en el Humanismo Cristiano.* Des-

pués de explicar el papel del arte en general como precursor y representante de su época, y el papel del artista cristiano como apóstol de Cristo, concluyó lógicamente a la aceptación del Arte de nuestra época en todo lo que no se oponga al sentido común ni a las normas de la Iglesia —si se trata de arte sagrado—.

La sección de periodismo la presidió el Lic. David Alarcón ocupando el puesto de secretario el Sr. Antonio de la Peña.

El señor José Audiffred habló sobre *El Periodismo, medio de cultura y su Misión social,* en representación del Lic. Carlos Septién García. Expuso la importancia actual del periodismo y recordó las recomendaciones encarecidas de su Santidad Pío XII a los periodistas católicos.

En la sección de Radio-Cine presidió el Dr. Jesús Guisa y Acevedo y fungió como secretario el Ing. Enrique León Cuéllar; sustentó la ponencia sobre *El influjo decisivo del Radio, del Cine y de la Televisión en el desarrollo de la cultura y en la vida moral contemporánea,* el Sr. Manuel López Díaz. Con gran conocimiento de estos medios culturales mostró la buena voluntad de casi todos los que trabajan en ellos. por ajustarse a las normas de la Iglesia, pero falta en algunos dirigentes la preparación moral y cultural suficiente para lograrlo.

Clausura del Congreso.

Acabado el intenso trabajo intelectual, el vienes 23 los Congresistas dieron gracias a Dios con una Solemne Pontifical en que ofició el Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Guillermo Piani, Delegado Apostólico. El P. Eduardo Iglesias S. J., en su sermón sobre *Cristo en la ciencia moderna,* estableció un paralelo entre el mundo romano sin esperanzas y sin Dios, y el mundo actual aterrorizado ante el porvenir. Hay que volver a Cristo para encontrar la esperanza.

A las 2 de la tarde hubo un banquete a los Congresistas en la sede del Congreso. Habló en él, en primer lugar el Dr. Jesús Guisa y Acevedo; a continuación el Ing. León Enrique Cuéllar, de El Salvador, sobre México y el Congreso; el Pbro. Leopoldo M. Aguilar, declamó unos versos suyos alusivos al caso; el Sr. Lic. y Dr. Antonio Pérez Alcocer; el Rev. P. Manuel Aceves sobre el lema del Congreso "Veritatem facientes in caritate"; el señor Daniel Alfredo Díaz, periodista Colombiano; la Srta. Sofía del Valle; el Presidente de la C.E.M., Xavier Padilla; la

Srta. Abogado Marta Herrerías por la U. F. E. C.; el Pbro. Rafael Vázquez Corona para dar las gracias a los hermanos Maristas por su bondad en facilitar su Colegio como sede del Congreso; el Rev. Hno. Salvador Méndez Arceo respondió a las palabras del P. Vázquez Corona; y para terminar el Excmo. y Revmo. Sr. Piani agradeció a todos los Congresistas el esfuerzo hecho durante esos días.

A las 19 hs. hubo una Salve Guadalupana en la Catedral, después de la cual, el Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, habló sobre la Salve como excelente plegaria a María Reina del Pensamiento, y luego consagró a los universitarios, profesionistas e intelectuales católicos a la misma Virgen Santisima en esa su advocación.

Por fin, a las 21 hs. en el Teatro Alameda, incapaz para contener la multitud de personas que pugnaban por entrar, se verificó la velada de clausura.

El R. P. David Mayagoitia S. J. expuso con calor su tema *Trayectoria del Congreso*, en el que explicó el espíritu que había alentado al Congreso, sus móviles y sus objetivos. El Sr. Alfonso Junco, declamó elegantemente algunas de sus mejores poesías. El Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Primado habló sobre *La Iglesia Católica en la Cultura Mexicana*. Con la unción con que suele hacerlo, nos hizo ver cómo el pueblo de México, tiene una facilidad muy grande para sentir las cosas divinas. Lo que le falta es cultura; de donde se deduce que el Congreso viene a trabajar en lo que necesita nuestro Pueblo.

Se dió lectura a algunos de los muchos comunicados y adhesiones al Congreso: el del Lic. José Vasconcelos, el del Movimiento Laureado de Acción Católica, y el de Acción Cultural Italo-Hispana "Cristóforo Colombo".

Y cerró todo con broche de oro puro el Retablo Coreográfico del Maestro Miguel Bernal Jiménez: *Los Tres Galanes de Juana*. Obra de alta cultura mexicana, y de un sabor exquisito para quien conozca la vida y obras de la Décima Musa. Los tres galanes simbolizan los tres amores de Sor Juana: el amor del mundo al que renunció por entrar a la vida religiosa; el amor de sus libros, a los que un día también renunció para amar más a Dios; y el amor de Dios que al poseerla totalmente, sublimó todos los amores de su alma. La obra que se reconstruye en el entendimiento del público por las palabras del mismo Bernal y

de Sor Juana recitadas por el faraute, se plasma en la música sinfónica de Bernal, y se desborda en los movimientos rítmicos de los personajes que evolucionan en el foro. La música de Bernal rica de pueblo y de cultura, hubiera sido el ideal soñado por Sófocles para los coros de sus tragedias. El público ovacionó largamente al Maestro Bernal, a Sergio Franco y sus artistas, y a Fernando Wagner que dirigió la escena.

Terminó el Primer Congreso Nacional de Cultura Católica y todos quedamos con la convicción de que algo muy grande, de enorme trascendencia para la cultura y la vida católica de nuestro pueblo se había efectuado.

La verdad que salva, la verdad que nos hará libres, se abrió paso majestuosa y arrolladora en cada uno de los momentos del Congreso.

Influjo de la Iglesia de Cristo en la Cultura Universal

Por el Excmo. y Revmo.
Sr. Dr. D. Sergio Méndez Arceo

(Discurso pronunciado en la Solemne Pontifical al Espíritu Santo)

Leemos en el Apóstol S. Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, lo siguiente: "Está escrito: perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el filósofo del siglo? ¿Por ventura Dios no ha hecho loca la sabiduría de este mundo? Porque, puesto que el mundo no ha sabido conocer por la sabiduría a Dios en la Sabiduría de Dios, plugo a Dios salvar a aquellos que creen por la locura de la predicación. Los judíos piden milagros y los griegos filosofía; nosotros por el contrario predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles; pero para los que son llamados, sea entre los judíos, sea entre los gentiles, Cristo es la fuerza y la Sabiduría de Dios... (1 Cor. I, 19-25).

Con este texto, que proclama la bancarrota de la filosofía más adelantada de sus tiempos, tanto que por su origen se puede llamar simplemente griega, quisiera simbólicamente abrir las puertas hacia el mundo del pensamiento en que nos vamos a internar en estos días.

Debemos establecer en primer lugar firmemente, con la firmeza de la verdad revelada, que nuestra Iglesia, la fundada por Cristo Nuestro Señor, en la Roca de Pedro, es ante todo y esencialmente un medio de salud, un instrumento para conseguir nuestro último fin. Debemos concluir así mismo que las enseñanzas de Cristo y el depósito de verdad confiado a la Iglesia son aparente locura, pero en realidad sabiduría, que ahora como entonces, eliminan la aparente sabiduría del mundo privado de ellas.

Porque, supuesto y aceptado el hecho de la revelación de las verdades necesarias al hombre para su salvación, confiadas al cuidado de la Iglesia infalible en la conservación de su tesoro, nada más lógico que encontrar en ellas el principio y el complemento más seguro de la ciencia, en cuanto coincida y se relacione con ellas. Las verdades reveladas cuando fueron reveladas no eran racionales, pero fueron reveladas para llegar a serlo, escribió Lessing.

Por otra parte sabemos —mediante el ministerio del mismo Apóstol S. Pablo— que el poder eterno y la Divinidad de Dios pueden ser conocidos directamente en el espectáculo de la Creación (Rom. I, 19-20), es decir, que la razón humana, aún privada del auxilio de la revelación, es capaz de conocer la naturaleza y aun elevarse al conocimiento de su principio, del Dios eterno y creador.

Tales son los fundamentos en que se apoya la posibilidad y la razón de ser de este Congreso de Cultura Católica, en el cual, como marco y justificación, hemos de hablar ahora de la influencia de la Iglesia Católica en la Cultura Universal.

Cultura

La palabra Cultura, como la de Civilización, en su significación moderna, tienen un origen polémico anticatólico; pero son nuestras por su contenido.

Se deriva Cultura del verbo latino "colere", el cual significa una actividad humana con diferentes objetos. De allí se deriva el *culto* a Dios y la *cultura* del hombre. Los enciclopedistas D'Alembert, Voltaire, Rousseau, la utilizaron por primera vez para denominar la actividad espiritual de los hombres, el cultivo de las ciencias y de las artes. Pasó a otras lenguas con el mismo significado y todos recordáis la Kultur-Kampf, o mentida lucha de la Cultura o por la Cultura en Alemania.

Entendemos, pues, por Cultura "las tendencias y la acción del hombre en el cultivo de sus facultades superiores para alcanzar el progreso y felicidad que le son propios".

La cultura no es sólo la adquisición de la verdad, sino el estado que produce las tendencias hacia su posesión y hacia la aplicación de ella al mundo exterior. En ese sentido se puede hablar de diferentes culturas, no obstante que la verdad sea una. Podemos hablar de las culturas aborígenes, de la babilónica, de la persa; es decir, encontramos innumerables culturas en las que hay un fondo común; pero podemos distinguir ropajes, manifestaciones y grados.

No pretendemos ahora resolver el problema de la influencia de la revelación en la Cultura antigua; sino ver, siquiera indicar, cómo la Iglesia ha influído en la cultura con la cual ha estado en inmediato contacto permanente, al grado de poderla llamar sencilla e indiscutiblemente Cultura Cristiana, esto es, la cultura del Mundo occidental; por medio de la cual en el día de hoy innegablemente ha influído en las otras culturas de una manera casi esencial.

Hablamos de la cultura occidental como de una cultura Católica. De una cultura que en su formación ha distinguido perfecta y formalmente los dos órdenes, el natural y el sobrenatural, pero considera la revelación cristiana como un auxiliar indispensable para su integración.

León XIII ha dicho: "Immortale Dei miserentis opus, quod est Ecclesia, quamquam per se et natura sua salutem spectat animarum adipiscendamque in coelis felicitatem, tamen in ipso etiam rerum mortalium genere tot ac tantas ultro parit util.tates ut plures maioresve non posset, si in primis et maxime esset ad tuendam huius vitae, quae in terris agitur, prosperitatem institutum".

Influencia

La Iglesia por muy variadas maneras se puede decir que haya influído en la Cultura Universal. Reducimos nuestra observación a tres:

Primero y más lógica y sustancialmente por las ideas. Es decir, a través de las verdades reveladas para la salvación de los hombres acerca de la naturaleza y atributos de Dios y de sus relaciones con el hombre; así como también acerca de la naturaleza del hombre y de sus relaciones con Dios y entre sí. Este

influjo se extiende directamente a la filosofía en todas sus ramas, a la sociología, a la política, a la pedagogía... y da origen a la teología, tanto dogmática como moral, etc. Estas verdades singulares y el conjunto de ellas, algunas de las cuales ya eran conocidas, bien que superficialmente, otras desconocidas y muchas superan el entendimiento humano, históricamente penetraron en la cultura humana.

No pretendemos, ni podríamos pretenderlo, que los matemáticos no católicos, que los naturalistas no católicos, que los artistas no católicos, no puedan conseguir la verdad ni alcanzar la belleza; sino que de hecho la Iglesia cultivó todas las ciencias a su alcance y las sigue cultivando en la medida de lo posible, y que todas las ciencias, en cuanto para su desarrollo —especialmente la filosofía o ciencia de los primeros principios— están en contacto con las verdades reveladas, serán más perfectas, si tienen la norma negativa y el auxilio positivo del conocimiento de esas verdades reveladas.

Segundo, y también directamente, influye la Iglesia en la Cultura Universal por medio de las Instituciones culturales establecidas por ella, por muy variadas razones, pero unidas íntimamente a su naturaleza y funciones. Podemos decir que la Iglesia es ella misma una institución de cultura en la cual el Papado y los obispados han sido históricamente centros de cultura universal.

Finalmente la Iglesia influye en la cultura por medio de sus grandes hombres. De los hombres que de hecho son católicos y que además son conscientemente católicos en su cultura y que han sido fabricantes laboriosos del tesoro cultural de la humanidad. Estos hombres han sido instrumentos preciosos por medio de los cuales la Iglesia ha influído en la Cultura.

Influencia por medio de las ideas

Otros oradores habrán de poner de relieve y desmenuzar la influencia de las ideas reveladas en la cultura; a mí me basta recordaros lo que significan las siguientes verdades: el ser y su necesidad, el ser y su contingencia, la analogía, el optimismo cristiano, la gloria de Dios, la Providencia. Y en cuanto al hombre, la influencia de la Iglesia en la antropología, en el conoci-

miento de la persona, de la libertad, de la obligación, del conocimiento de sí mismo.

Dios uno, personal, trino, encarnado, redentor, remunerador. El hombre creado, caído, redimido y auxiliado en su tendencia a la felicidad en un mundo creado para él y para Dios. He aquí el resumen.

Influencia por medio de las instituciones

Cuan corto aparece el espacio de tiempo, no obstante vuestra buena voluntad, para detenernos siquiera de paso a admirar las obras culturales creadas por la Iglesia a través de los siglos. Las Escuelas de Antioquía y Alejandría sirvan de recuerdo de la Edad Antigua. Las Escuelas Episcopales, Monásticas y aun parroquiales que salvaron la antigüedad nos revivan la primera Edad Media. La obra de la Iglesia fue fecunda y produjo la obra hoy día persistente, aunque arrebatada a la Iglesia, de la Universidad.

Glorioso sería para vosotros oír aquí narrar la fundación y progreso de las Universidades católicas, fundadas, según suena la ley de Alfonso el Sabio, "por Papa o Emperador", o puestas bajo su amparo al ser creadas por los particulares.

París, Salamanca, Oxford, son nombres familiares a quien se ha asomado siquiera a la historia de la cultura.

Reliquias renovadas de aquellos tiempos son ahora las universidades católicas subsistentes al lado de las universidades públicas en las que con mayor o menor eficacia y profundidad persiste la cultura católica. Lovaina, París, Angers, Lille, Lyon, Toulous, Beyrut, Friburgo en Suiza, Washington, Santiago de Chile, Nimega, Santo Tomás de Manila, Salamanca, Antioquía, etc. mantienen hoy día el ideal de la cultura católica organizada.

La obra gloriosa de la Iglesia tiene en este sentido una resonancia especial para nosotros, pues brilló con fulgores extraordinarios en la España del siglo XVI y se extendió hasta nosotros.

La conquista de América, obra de una nación católica en lo sustancial, no obstante los defectos de la misma empresa, es un ejemplo de la influencia católica, la cual dominaba los impulsos de los conquistadores, los movía a considerar a los indios como

iguales y a comunicarles religión y cultura a través de la convivencia y de las instituciones políticas, religiosas y culturales.

Desde el establecimiento de las escuelas primarias y de los maestros de leer hasta los más adelantados estudios de artes y oficios y la Universidad, todo estaba encaminado a realizar el trasplante de la cultura española con todo su haber, salvo las limitaciones que consideraciones políticas, y económicas introdujeron paulatinamente. Podríamos decir que después de la Edad Media, nada ha habido tan profundamente impregnado de catolicismo como la conquista de América.

Y no podemos olvidar otra clase de Instituciones más íntimamente unidas a la naturaleza de la Iglesia que la misma Universidad, las Ordenes y Congregaciones religiosas. Tan sólo podemos insinuar la labor de los Benedictinos en la Edad Media, de los Franciscanos al finalizar esa misma gloriosa Edad, de los Dominicos desde su fundación, como vocación especial; de los Jesuitas al iniciarse la Edad Moderna, de los Maurinos, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y de los Hermanos Maristas al irse apartando la Iglesia por la injuria de los tiempos, de los estudios superiores y aplicarse a los estudios primarios.

Influencia por medio de los grandes hombres

La Iglesia, hemos dicho, influye finalmente por medio de sus grandes hombres. ¿Cómo enumerar a los Papas: San León, San Gregorio Magno, Gregorio Séptimo, Inocencio III, Nicolás V, y en los tiempos modernos León XIII, Pio XI y nuestro Augusto Pontifice el Papa Pío XII? Recordemos siquiera el portento de Orígenes, la obra gigantesca de San Agustín al finalizar la Edad Antigua e imprimir su sello a la Edad Media. ¿Cómo dejar de citar al organizador de la Teología y de la Filosofía, al que todos tenéis en la mente, Santo Tomás de Aquino, que recogió toda la ciencia filosófica antigua y la ordenó en la filosofía perenne católica? Séame lícito recordar a Leonardo da Vinci, a Dante, a Vitoria, a Belarmino, a Suárez, a Ketteler, a Manning...

¡Qué pobre, qué corta esta enumeración, que debería dejarnos llenos de entusiasmo para proseguir la serie gloriosa!

Profundidad
—supervivencia— esperanza

Tan profundamente ha influído la Iglesia en la cultura de los hombres que aun a pesar de ellos la eficacia de sus ideas la penetra y la fermenta. Cuando los hombres del Renacimiento se levantaron contra la Edad Media en nombre de la Antigüedad pagana, no fueron hombres antiguos, sino hombres medioevales en contraste y antagonismo con su propio origen y formación.

De la misma manera Descartes, Comte, Hegel, Kant, al pretender hacer caso omiso de la filosofía antigua, no pudieron desprenderse del bagaje que de ella habían recibido.

No de otra manera la Revolución francesa al querer destruir al antiguo régimen, del cual consideraba factor especial la religión católica, muy a pesar suyo, aunque ignorándolo, aprovechaba las ideas cristianas de la igualdad y fraternidad profundamente enraizadas en la humanidad.

De esta misma suerte, en fuerza del fermento puesto por la Iglesia en la Sociedad Cristiana, vemos en el momento presente, después del desastre de dos guerras, después del triunfo de la Ciencia en el descubrimiento de los peores instrumentos de destrucción, vemos a la civilización occidental horrorizada ante el abismo hacia el cual iba desalada, detenerse, y una vez más agruparse en torno al cristianismo para reconocer y proclamar su origen, y, aunque había ido muy lejos, emprender el camino de regreso penoso y humillante, cansado y fatigoso; pero glorioso y lleno de esperanzas. Nunca como ahora hemos visto a la humanidad admirada ante el espectáculo de la Iglesia, como ante el faro levantado entre las naciones, espiar ansiosamente las señales de su luz para seguir la ruta marcada por ella.

Por esto debe resonar entre nosotros potente la advertencia de nuestro Santo Padre el Papa Pío XII: "La grande hora de la conciencia cristiana ha sonado".

La tarea de los hombres cultos, hombres de iglesia o no, de responder a las ansias de la humanidad en el mismo plan, con la misma autoridad científica de los que no tienen la felicidad del puerto seguro, del ancla poderosa.

Recordadlo: la Iglesia por medio de sus ideas, de sus gran-

des hombres y de sus instituciones recibió amorosamente y salvó a la Europa destrozada al acabar la Edad Antigua.

La misma Iglesia en cambio no pudo, por la impreparación e inconciencia de sus hombres y el debilitamiento de sus instituciones evitar el desastre del Renacimiento pagano y de la Reforma protestante.

Tampoco le fué posible por las mismas razones librar a la Cristiandad del Enciclopedismo y de la Revolución.

Rehechas ahora sus filas, concentradas su actividad en el "unum necessarium", en la predicación de Cristo crucificado, ha venido recuperando su puesto, y, si no se han evitado los desastres, se puede decir de cada uno de ellos, que ha salido más purificada y ha llegado a enfrentarse a tiempo al más grande de los peligros de la cultura por ella prohijada, y por cierto de manera tan esperanzada, que el mismo Santo Padre Pío XII ha calificado el momento de semejante y aún peor que la presencia de Atila en Roma, y a nosotros nos parece que también la fuerza y la seguridad de vencer es ahora semejante y aun más grande, que la de León el Grande.

CONCLUSION

Yo podría decir a los Organizadores de este Congreso las palabras de San Agustín al contestar a Dióscoro: "Tu me innumerabilium quaestionum turba repente circumvallandum, vel potius obruendum putasi, etiamsi vacantem otiosumque credidisti. Ego autem vellem te abripere de medio deliciosarum inquisitionum tuarum et constipare inter curas meas".

Pero no, para un Obispo, cualquiera que sea el calificativo cultural que queráis darle, y aun a riesgo de hablar desproporcionadamente a la importancia del acto singular y grandioso, era un deber aceptar.

Se trataba de asistir y aun de tener la responsabilidad de participar en un Congreso de valor sustancial para nuestra Iglesia y para nuestra Patria: Congreso en el que se inicia el recuento de los hombres cultos que son católicos y quieren que su cultura sea católica. Congreso, en que se intenta calar la hondura de los católicos en la cultura mexicana. Congreso, en que se buscarán los medios de hacer más católica y más culta nuestra cultura.

Influjo de la Iglesia en la Cultura

La Iglesia, en un mundo en el que la cultura ocupa lugar principal, cuando por el aprecio en que la cultura es tenida, ninguna doctrina es apreciada, sino en cuanto está revestida de la cultura, no puede ni quiere desechar este medio de apostolado, y aunque siempre será cierto que nosotros no debemos predicar sino a Cristo crucificado, lo será siempre también que a El hemos de rendirle un obsequio razonable y que, como el mismo San Pablo nos lo enseña, debemos hacernos "todo a todos", a los humildes e ignorantes como a los poderosos y cultos.

Por otra parte, es necesario que desaparezca todo antagonismo entre la ciencia y la fe; mas para que esto sea creido firmemente por la conciencia colectiva, sin lugar a duda, se exige la existencia de una cultura católica como hecho social importante, respetado y eficiente, "apología viviente de la Iglesia".

El apostolado de la ciencia, dice Pío XI, el Papa intelectual de pura raza, es "superior a las cosas sublimemente bellas, porque si el Apostolado es ya divinamente bello, aunque sea un apostolado en las formas más sencillas y modestas y accesibles a todos, el apostolado de la ciencia es mucho más bello, porque representa una de las cosas más altas y de la más luminosa eminencia entre las eminencias humanas", y entiende el Papa la ciencia como instrumento y término del Apostolado.

Y son del Papa Pío XII, gloriosamente reinante, las siguientes palabras con que termino: "Hoy, después de tantos siglos de civilización, porque siglos de religión, no se trata de descubrir por primera vez a Dios, sino más bien urge sentirlo como Padre, reverenciarlo como Legislador, temerlo como Juez; urge, para salvación de las gentes, que adoren al Hijo, amoroso redentor de los hombres, y se doblegue a los suaves impulsos del Espíritu, fecundo santificador de las almas". (Pío XII a la Academia de las Ciencias, 22 de noviembre 1951).

Presencia de lo Sobrenatural en la Cultura Católica

Por el M. I. Sr. Cango. Magistral
Dr. D. José Ruiz Medrano.

(Discurso pronunciado en la Sesión Solemne de Inauguración)

En esta noche en que se abren las Sesiones Solemnes del Congreso de Cultura Católica —acontecimiento sin precedentes en nuestra historia mexicana, aventura grávida de promesas y privilegio altísimo para esta ciudad de Guadalajara —séame lícito, como al Mensajero que solía prologar la tragedia griega, anunciar los hechos de la trama y presentar al personaje que actuará en este Congreso, descubriéndonos en sus palabras y hazañas, la acción dramática de su alma, de sus pensamientos y de sus altos empeños.

El Protagonista es un Novel Caballero de milagrosa historia: nacido al hielo del invierno, pero en un lecho de rosas, de Madre nobilísima, tan noble, que entre las reinas no la hay igual, pasó su niñez entre mimos y caricias de hijo predilecto. Traspuso su adolescencia y hoy inaugura su juventud. Viene esta noche a armarse caballero para las luchas más altas del espíritu, por su Dios y por su Dama. ¡Abramos las puertas! ¡Que entre!... Oímos sus pasos; está aquí, en nosotros. Sentimos su presencia. Míradlo: ágil, suave y cortés, como conviene a un caballero; un tanto audaz su porte, como quien trata de superar la timidez de su adolescencia. Es moreno su rostro y en su mirada brilla una luz celestial, que heredó de la Madre. Trae sus armas a velar. En su escudo no ha querido otra empresa que una rosa: quiere

ser El Caballero de la Rosa; y por esto, trae en su mano una Rosa: "divina rosa de gentil cultura", rosa diamantina de la fe rosa enamorada de su corazón; ¡rosa con que se puede perfumar un mundo!

¡Méjico! ¡Caballero de la Rosa! ¡Sé bienvenido¡ Armate y marcha...; pero, antes, en esta noche de vela, descúbrenos tus sueños, proyectos y empresas... Queremos entender el porqué de tus hazañas...

El proyecto.

Penetremos en la mente del Caballero.

Consciente de la doble carga de honor y de responsabilidad que pesa sobre mí, al acometer una tarea de tal magnitud y ante tal auditorio, e impelido únicamente por la audacia de quien ama a su Dios y a su Patria, entro en el tema que me fué asignado: *"La presencia de lo sobrenatural en la Cultura Cristiana"*. Su mismo enunciado a modo de tesis, y mi resolución de no bordar sobre vaguedades, me obliga a proceder a modo escolástico, exponiendo el sentido de los términos: *cultura, cultura cristiana lo sobrenatural, presencia* o influjo de lo sobrenatural en la cultura cristiana.

CULTURA

Esta palabra ha caído en manos de todos los pensadores y pseudopensadores, provocando mil definiciones. Desde luego, todos están acordes en que la Cultura es un valor precioso, dignificante y enriquecedor del hombre, meta apetecible a donde han de tender los anhelos más nobles, como a un blanco de perfección. Ya los griegos colocaron esta meta en la *Sabiduría;* los romanos, en la *Humanitas* y en lo Justo; los renacentistas, en el *Dominio del hombre sobre la naturaleza;* los enciclopedistas, en el *Saber*; los hombres de la Revolución Francesa, en la *Libertad;* los estetas del siglo dieciocho, en el Arte; los positivistas del siglo diecinueve, en las *Ciencias* exactas y experimentales, y en el *Progreso indefinido.* El siglo veinte parece colocarla en el *Dominio,* la *Máquina,* la *Técnica,* etc.

Hoy los mejores pensadores tienden a hacer de la Cultura una *Cosmovisión,* o visión unitaria de todas las cosas del mundo, visión operante en todas las acciones y manifestaciones

del sujeto que la posee. Es claro que en todas las definiciones dichas hay un atisbo de verdad, pero también es claro que son deficientes, porque no señalan la raíz, la razón formal y última de la Cultura.

Semilla y fruto

Parece en verdad extraño, que se haya desatendido la fuerza original del nombre "Cultura", palabra vigorosamente rural tomada del cultivo de las plantas.

Cultivo es el proceso viviente que va de la semilla al fruto. Incluye la siembra, el riego, la poda: en fin, mil cuidados que advienen del exterior; pero lo maravilloso, es el proceso interior de la semilla misma, que por una fuerza arcana e irreprimible, *atrae* hacia sí, para su bien, a todos los elementos circunstantes: a las fuerzas telúricas y solares, al oxígeno y gérmenes del aire, para *nutrirse* de todas ellas, es decir, para transformarlas en propia substancia, informándolas con su propia forma e integrándolas en la unidad propia. Consiguientemente acontece el *desarrollo*, el crecimiento, no en cualquiera dirección, sino hacia donde la naturaleza de la semilla señala: hacia su *perfección*, que es el fruto.

Pues ¿qué otra cosa puede ser la Cultura humana, sino el proceso vital que lleva de la semilla —posibilidad humana— hacia el fruto —plenitud de humana perfección? Labor es esta, que, como la del grano, empieza por *atraer* hacia el hombre todas las cosas circunstantes en su provecho; labor de *nutrición*, o sea, de transformación de todo en substancia humana; de suerte que lo vario, lo disímil, sea reducido a la unidad; labor de *integración* que centra todas las cosas en la unidad de la persona humana; labor de reducción del Caos, al Cosmos. *Realización* plena del hombre *en cuanto hombre*: fruto el más valioso que conoce el mundo.

Sólo que, a diferencia de la semilla, que se edifica inconsciente y fatalmente en una dirección, el hombre se construye conscientemente, libremente, fatigosamente, responsablemente. Porque son tantas las posibilidades humanas, que puede el hombre desarrollarse en varias direcciones y llegar a los frutos más dispares y exóticos, desde el desarrollo muscular del atleta y deportista, o del vientre —señalado ya por la Escritura: "quorum deus venter est"—, hasta el desarrollo del Sabio y del Santo. Pero un desarrollo es necesario para que se le llame cul-

tura, el del hombre en cuanto hombre. Para esto es preciso conocer la naturaleza de la semilla y desatar así sus fuerzas y posibilidades hacia la perfección del fruto. Es preciso conocer lo que se ES y lo que se ha de llegar a SER. En otras palabras, conocer el valor humano que se ha de realizar.

RAIZ DE LA CULTURA

¿Cuál entre todas las excelencias humanas señaladas es la más alta? ¿Cuál entre todos los valores enaltecidos por las diversas culturas es el supremo valor humano, al bien del cuál se han de subordinar todos los demás valores? Encontrar este supremo valor es encontrar la raíz y la meta de la cultura.

Supremo valor.

¿Cuál es el supremo valor de un hombre? Nos encontramos con dos concepciones del hombre irreductibles. Una concibe el valor del hombre como subordinado y en provecho de otro valor del mundo: la Raza, la Evolución Indefinida de la Materia, El Estado, la Comunidad, el Superhombre, etc. En esta concepción el hombre ha quedado desvalorizado, es un simple medio para otra cosa. Se trata de una cultura *inhumana*.

Otra coloca el supremo valor dentro del hombre mismo: Inteligencia, Voluntad, Fuerzas Creadoras, Acción, Gozo. Pero así no hemos llegado aún a la raíz, porque la raíz del valor humano es el SER, que es la raíz de todo valor. *Lo que vale su sér es lo que vale el hombre.* Y notadlo estamos ya dentro de la Metafísica, que es el conocimiento del sér. Esto indica que no puede haber cultura donde falta la raíz metafísica.

Dos Metafísicas.

Mas hay dos metafísicas: la Cerrada y la Abierta (me valdré de términos bergsonianos). La *Cerrada* quiere explicar el sér humano, sin recurrir a ninguna otra cosa sino al mismo sér humano, Afirma: el sér humano vale por sí mismo, se basta a sí mismo; más allá del sér humano no hay otro Sér; el hombre es el supremo valor, punto último de referencia de todos los valores, tabla valorizadora él mismo. Ya Protágoras: el hombre es la medida de las cosas. No hay que buscar más allá del hombre;

la Metafísica se mueve en los límites del mundo. No hay ventanas abiertas a otras dimensiones. Metafísica cerrada, completa y perfecta en sí misma.

La Metafísica *Abierta*, sabe cuanto sabe la Cerrada, pero sabe además que, con todo lo que sabe, no puede explicarse el sér humano; porque éste no da en sí mismo la razón de su sér, ni de su origen, ni de su destino. Comprende que el ojo de la Metafísica alcanza mucho, pero no lo alcanza todo. Que hay dimensiones inaccesibles de exploración humana, y que en esas dimensiones remotas y misteriosas está la Razón Suprema y explicativa del sér humano. Abre las ventanas al supramundo: siente que desde esas dimensiones abismales emerge una Presencia Soberana, que él atisba, pero que no ve. Sabe que hay más allá de la Metafísica humana una Metafísica Divina, que es la última razón de la filosofía de los hombres. Sabe que hay que buscar la raíz del sér humano, no en la tierra sino en el cielo. Afirma que el valor humano no puede comprenderse, sino en función de un Sér sobrehumano. Reconocerlo es ya la *Religión;* negarlo, es un pecado de orden religioso.

La base pues, ha de ser metafísica y religiosa. Sin ella, degenera en civilización o en técnica; es una apariencia de cultura, bella y deslumbrante si se quiere, pero, como la máscara de Esopo, no tiene cerebro. No se la puede tomar en serio.

Hay, por tanto, dos culturas posibles: la Teísta y la Atea, de Metafísica cerrada, es la cultura contemporánea, especialmente la comunista. Cultura teísta fue la de los paganos y es la de los cristianos. Paganismo ya no existe ni puede existir. En realidad se reducen a dos las culturas: la Cristiana y la Atea.

Dentro de esas dos culturas se mueven todos los diversos estilos de sér cultural con sus diferencias características, tanto más acusadas cuanto más vigorosamente se viven los principios culturales; del mismo modo que la luz, con ser la misma, puede presentar a los ojos acusada variedad de colores según los diversos cristales iluminados.

INTEGRACION

¿Qué diferencia específica distingue a la Cultura Cristiana, de la cultura sólamente teísta, como fué la pagana? Un solo es su sello: Lo *Sobrenatural*.

No sólo admite el trasmundo, o supramundo, ese universo habitado por Dios, causa de lo humano. Nó. Afirma lo inefable: la comunicación del universo divino con el universo humano, su cercanía, su convivencia, su unión. Admite que Dios habla y el hombre escucha, en el mensaje de la Revelación, que le descubre lo que el hombre no puede saber ni con su Metafísica. Afirma las Bodas de Dios con la Naturaleza humana en ese eslabón que une el cielo con la tierra, en ese nudo indisoluble de los dos universos humano y divino, que es Cristo. Unión que también se verifica en cada cristiano por la obra de Cristo. El poder de Cristo, contagió de divinidad al hombre e hizo una nueva *integración* de los dos mundos en una sola persona.

La raíz de la cultura cristiana es la *Encarnación*. Todos los problemas de la Cultura Cristiana se resuelven en las tesis teológicas del Verbo Encarnado y de ellas brota, con ímpetu de torrente, la Cultura Cristiana.

El Verbo Encarnado.

Recordemos esas verdades: Cristo es Dios, Cristo es Hombre. Hombre y Dios están integrados en una sola *Persona* la divina; esta unión es un don gratuito. *Una gracia sobrenatural.* "Dios se hizo hombre para hacernos dioses", según la audaz expresión patrística. Cristo tiene eficacia para lograrlo, haciendo del cristiano otro Cristo. *Hijo de Dios.*

Si esto es verdad, ¿cuáles son las consecuencias? He aquí algunas:

El hombre está llamado a ser algo verdaderamente divino, porque Cristo le participa de su naturaleza, y Cristo es verdaderamente Dios.

El hombre cristiano es verdadero hombre. No por ser cristiano deja de tener ni las excelencias, ni los valores, ni las responsabilidades, ni las miserias humanas; porque Cristo es verdadero hombre, plenamente hombre, que probó como ningún hombre todo lo humano, y sólo esquivó lo antihumano, que es el pecado.

En el hombre todo es divino, aun lo humano. Todo ha sido *asumido* por la divinidad de la persona, que, por la gracia santificante, ha sido elevada a la dignidad de "hijo de Dios", engendrado de Dios. Divino es su origen, su destino, sus pensamien-

tos, sus afectos, sus obras. Y éste es el *supremo valor* que valora todo lo demás. Es ésta la raíz de la cultura: en el hombre lo que más vale es su sér divino.

Esta unión e integración de dos mundos en cada cristiano *Es una gracia* de la infinita liberalidad amorosa de Dios. De aquí que la actitud del cristiano sea de sublime orgullo y de profunda humildad. Orgullo, porque se sabe divino, superior a toda creatura, independiente y libre sobre ella; humildad porque todo lo recibió de gracia...

De aquí que no hay bien y valor humano que el cristiano no pueda y no deba conservar: "nada humano le es extraño". "Omnia vestra sunt". La gracia no destruye a la naturaleza. De aquí que el cristiano deba de ser hombre, plenamente hombre, más plenamente que los no cristianos. De aquí que por la conciencia de su dignidad deba necesariamente realizar, desarrollar todas las perfecciones humanas. Sería absurdo que un hijo de Dios fuera menos hombre que los que no son o no quieren ser hijos de Dios. Sería absurdo que la púrpura real y divina, la arrastrásemos en la indignidad de la ignorancia y la grosería. Si alguien debe ser culto, es el cristiano. Abierto está el Cristianismo a todo bien que Dios le ha dado para cultivarse; abierto a toda verdad, a toda bondad, a toda belleza; en fin, a toda excelencia y valor humanos; que toda cultura es poca para ser digno receptáculo de lo divino.

Cultura Cristiana plenamente humana, pero informada de lo divino, porque la cultura humana del Cristianismo no es sino una manifestación de aquella cultura divina de que habló Jesús en su última noche: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Mi Padre es el agricultor. Permaneced en mí, porque sin mí nada podéis hacer... El sarmiento que no permanece en mí, se seca es arrancado y sirve para el fuego; el que en mi permanece da mucho fruto". Informada de lo sobrenatural porque sobrenatural es su raíz: la Encarnación; sobrenatural es su principio vital: la Fe, sobrenatural el fruto que ha de alcanzar: ser hijo de Dios; sobrenatural su acción y desarrollo, posible solamente con la gracia de Cristo.

Acusación.

Se ha acusado al cristianismo de desprecio de los valores culturales. Puede parecer en parte, porque muchas veces la preocupación de lo esencial, la suerte del alma, ha obscurecido la

importancia de los valores meramente humanos; pero no se puede desvirtuar el principio cristiano de que no sólo el alma es la que debe tender a la perfección divina, sino *El hombre todo*, en *todo* orden humano. Despreciar la cultura, es deshonrar a Cristo, a su Iglesia y a sí mismo.

La Cultura Cristiana *admite* todos los valores, pero los valora jerárquicamente, por referencia al supremo valor que es el divino. No sólo alaba y admira las obras de cultura humana, sino que cree haber faltado a su deber cuando ella no las produce. No es espectadora ni aficionada, es actora y creadora. Ella asimila y conserva todo lo que merece ser conservado para la posteridad. Lo que no puede admitir es que esos valores naturales sean tenidos como supremos. *No admite ídolos*, así lleven los nombres más nobles; no permite doblar la rodilla sino ante Dios.

Frutos.

La formidable Filosofía Escolástica, de los tiempos de Oro —reproche molesto para las efímeras filosofías de hoy —es creatura de la Iglesia; creaciones suyas las *Universidades*. Las *Artes*, o las ha creado o las ha vivificado. La Arquitectura, fué la piedra mágica que en manos de la Iglesia alcanzó todas sus posibilidades y dimensiones; el esplendor del Bizantino, la fuerza y humildad del Románico, el élan, el arranque de flecha enamorada del Gótico, la exuberancia vital del Barroco... Y día llegará en que a esta pseudo piedra, que es el concreto, que apenas balbuce, la enseñe a cantar.

La Pintura volvió a nacer en el seno de las Catacumbas y fué fruto de maravilla perdurable en Giotto, Cimabue, Fray Angélico, y El Greco.

La Música es la hija del cristianismo. Y ni los modernos intentos la han podido despojar de su esencia religiosa.

Quédese en el silencio la cultura de las leyes y costumbres, de sensibilidad, de fineza y humanidad que infundió el Espíritu cristiano en el mundo.

Resumiendo: en la revelación de nuestro valor divino, se ha centrado, se ha *integrado* todo el valor cultural. Ninguna Cultura ha tenido tal unidad. Su esencia es la *integración*.

La Catedral.

Un recuerdo que es un símbolo. El viajero que va a Tours o a Chartres, queda sobrecogido de admiración ante el sentido de unidad total de aquellos hombres que levantaron las catedrales del Medio Evo. Hacia la catedral convergen todas las cosas: el anfiteatro de los montes el suavísimo declive de los valles, como si la naturaleza fuese el marco, o el pedagogo de la Catedral. Sube paulatinamente el caserío que se aprieta en torno de la gran Catedral, como "los polluelos bajo las alas de la gallina"; y, sobre los aleros y tejados, emerge la masa tremenda y suave, sublime y familiar que se adelgaza a medida que sube... hasta tocar el cielo en un punto que es la Cruz! De ese punto celestial pende, como de una ancla echada a lo divino, la Catedral y de ella la Ciudad y de ella valles y montes ¡y el mundo todo! ¡Es el Hombre unido al Cielo por el punto crucial: Jesucristo Hijo de Dios vivo!

Desintegración.

Pero, ante esa integración maravillosa y contra ella, se ha levantado una Cultura, cuya esencia es la *Desintegración*.

El máximo adelanto de la Cultura Moderna, el más sorprendente, es la *Desintegración del Atomo*. Dividir lo indivisible. ¿Su resultado? La catástrofe.

Tardó mucho en venir el invento...; es un símbolo tardío de la desintegración de las conciencias, del Hombre, que ha venido operándose hace cuatro siglos. El Renacimiento despertó el deseo de vivir una doble vida: la cristiana y la pagana. Dividió al hombre de la Fe, del hombre de la Cultura. Iguales derechos de acceso al Olimpo y al Paraíso. ¡Un Cristo encarnado en forma de Júpiter o Apolo! ¡Juegos peligrosos!

La Reforma, huyendo del paganismo, huyó también del árbol de la Vida, del órgano vivificador que Cristo puso sobre la tierra: la Iglesia Católica. Desintegró al Hombre, que perdió la *unidad;* vino la disgregación, la atomización, que no reconoce sino un remedio —humillante—: volver a la fuente.

El liberalismo dividió de nuevo al hombre, hipócritamente en hombre público y hombre privado. ¡Bicéfalo y bicorne!

Perdida la Iglesia, se perdió Cristo; y, negado Cristo, se

levantaron un Panteón de ídolos a escoger: la Razón, la Intuición, la Libertad, la Voluntad, el Dominio, la Raza, la Circunstancia, el Estado.

Y perdido Jesús, se perdió Dios. Vino el Materialismo, el Ateísmo, en que el supremo valor es el tirano: ¡Metafísica Cerrada con cortinas de hierro, como una cárcel sin posible evasión!

Y, perdido Dios, vendrá el día —Dios no lo quiera— en que se pierda el *sér* humano, destruído por sí mismo, como átomo desintegrado, y en que este último ídolo del existencialismo ateo, La Nada, pierda sus adoradores, porque ya *no son*, han caído... ¡en la nada!

Cultura atea.

Y sobre esta base atea se levantó un *edificio* deslumbrante. progreso de las ciencias, ensayos sociológicos, teorías políticas; la *Técnica* llevada a la perfección lo mismo en el método histórico o en el laboratorio, que en el espionaje y en la organización de la esclavitud. Técnica perfecta de comer y de no comer. Técnica perfecta de morir y de matar. Actividad febril del pensamiento en todas direcciones filosóficas. Prensa, libro. radio, propaganda, medios de transporte, inventos, diversiones...

Y ante esa vitalidad *¿qué hace la Iglesia?* ¿Porqué, señores, dá el espectáculo de debilidad, ante la pujanza adversaria? ¿Es que, como dicen los modernos, lo aprovechable de la Iglesia ya ha sido asimilado por la nueva cultura laica y atea,, y el resto ya no tiene razón de vivir culturalmente?

La *Respuesta* primera debe ser una confesión sincera: sí hay debilidad; no en el Cristianismo, pero sí en muchos de los cristianos que, al fin de cuentas, son los que representan la Cultura Cristiana. ¿Culpa? Sí, de muchos católicos, que fascinados por el brillo de los nuevos valores imperantes: ciencias experimentales, técnica, etc., juzgaron que eso y solo eso era la cultura y que esos valores eran adversos al Cristianismo. Destroncaron del Cristianismo la Cultura y prendieron una vela a Dios y otra al diablo.

Otros, creyéndose asegurados en su salvación, por *pereza*, o por real desprecio a la cultura, dejaron el campo del trigo a la cizaña. Se encantaron con su ignorancia, y creyeron que se po-

dian ir en pullman al cielo, esquivando responsabilidades y molestias.

Otros son culpables porque confundiendo lo pasajero y temporal con los valores perennes y divinos, se aferran a las formas viejas y caducas y quieren ignorar las nuevas exigencias del mundo. Añadamos a esto el menosprecio de los valores propios y la estima de los valores adversos.

La coyuntura

Pero tres me parecen las fallas principales. Una, *no saber adaptar lo perenne a lo nuevo*. No haber estudiado sabiamente la *coyuntura* entre lo divino y lo humano de la presente hora.

Otra, la falta de jefes!...

La principal: el alejamiento de lo *sobrenatural*, de las fuentes de la Vida Cristiana; el ofuscamiento práctico de la fe que hace viva las raíces de la Cultura. Es anémica nuestra vida divina y, por eso, no podemos vivificar la cultura de nuestro mundo.

No es sólo culpa nuestra. El recelo que causa la Cultura nueva a los católicos, es producida por aspectos repugnantes y falsos de esa Cultura. Porque esa Cultura Atea, no es cultura por ser atea, sino a su pesar. Porque quiere hacernos creer que quien acepta los reales valores modernos, debe aceptar su base y afiliarse al ateísmo, raíz última de las modas historicistas o existenciales.

Aceptamos sus valores, pero no aceptamos su truculencia, sus fatuidades pueriles e insolentes, sus interpretaciones malévolas y falsas de los hechos reales; su deformación del concepto del hombre y sus destinos...

Ni reconocemos su pretendida superioridad sobre la Cultura Cristiana de los tiempos de plenitud. No vemos entre ellos ni a un Tomás de Aquino, ni a un Dante, ni a un Miguel Angel, ni a un Palestrina, o a un Bach, —gigantes éstos de la zona más noble de la cultura.

Reverenciamos en todo su precio a los prehombres modernos que se mueven en zonas más modestas de la actividad espiritual; pero no admitimos *tabús*, ni monopolios de la sabiduría ni sindicatos de la cultura.

M. I. Sr. Cango Dr. Ruiz Medrano

CONCLUSION

Es tiempo de volver a nuestro puesto en la Cultura; es tiempo de vivificar los valores modernos; es tiempo ya de tomar las responsabilidades como cristianos; es tiempo de luchar con las mismas armas que los ateos; que, en fin de cuentas, sus armas son más nuestras que de ellos. Es tiempo de sacudir la beata pereza del pseudo asceta. Quitemos los obstáculos que obstruyen los canales de la vida que brota del Cristianismo. Realicemos ese ideal de perfección del hombre, que es ser plenamente, humanamente, divinamente, *hijos de Dios*. Entronquémonos de nuevo a la Vid... para que los hombres vean el fruto. Hagamos sentir la presencia de lo sobrenatural, de Cristo, en la Cultura de los hombres.

La presencia mexicana.

Señores. si hay un pueblo que sienta la presencia de lo sobrenatural, es Méjico. Nacido, en su ser espiritual, de un *milagro*, de la presencia sobrenatural de María, —milagro que nos integró—; lleva. quizás como ningún otro pueblo, la Raíz de la Cultura Cristiana: la *Fe*. No hay cosa que nos sea tan honda como la fe. No me canso de repetir: en Méjico todos somos católicos. los católicos y los no católicos. Méjico cree que el valor del hombre es ser hijo de Dios. porque es hijo de la Madre de Dios. Méjico no puede tener otra cultura auténtica sino la cristiana. ¡Méjico la necesita! ¡Ya basta de niñez y de adolescencia!.

Tenemos grandes defectos —señalados, exagerados, enconados, deformados, magnificados y freidos en salsa de la más baja filosofía moderna, por pensadores y pseudo pensadores mejicanos de buena o de mala fe...— ¡Pero la raíz es sana! ¡La esperanza está en pie!

Tarea

Esta es nuestra *tarea*: edificar sobre este Méjico que tenemos (el de las raíces cristianas, el Méjico de la semilla celestial, el del corazón generoso), el Méjico que nos falta, el Méjico culto en el consorcio de los pueblos cultos. ¡No faltan entusiasmos!... Hasta los más humildes e ignorantes —lo habéis

visto anoche, cuando atravesó a Guadalajara un río de luz—llevaban su antorcha en la mano, fervorosamente, sospechando confusamente, pero con la certidumbre de su instinto, que lo que llevaban era el símbolo de su Patria futura: ¡la luz de la ciencia y de la cultura, encendida en la llama de la fe!

¡No defraudemos la expectación de esta substancia entrañable de la Patria!... Señores Congresistas ¡no faltan entusiasmos! Todos han respondido al llamado. No faltan cruzados, ¡faltan jefes! ¡Vosotros los hombres de ciencia y de fe *debéis serlo!* No faltan ávidos discípulos ¡faltan maestros! ¡Vosotros debéis serlo! No faltan obreros generosos, ¡faltan arquitectos de la Patria! ¡Vosotros debéis serlo! Necesitamos la inspiración constante de orientadores en el sentido divino. ¡Venerables Pastores de Méjico, Vosotros lo seréis!

Señores: esto ha pensado, el Caballero en esta noche de velar las armas: esto lleva en la mente y el corazón el Novel Caballero de la Rosa. Aquí está; ha venido a armarse, porque hoy empieza su juventud y hoy es el salto a la aventura. Hoy parte al Ideal, llevando una Rosa...

¡Saludadlo!... ¡Es Méjico!

Relaciones Trascendentales entre la Ciencia y la Fe

Por el R. P. Julio J. Vértiz S. J.

(Discurso pronunciado en la Sesión Solemne de Inauguración)

Vivo en estos momentos una de las emociones más íntimas y profundas de mi vida. Veo realizado un sueño que muchas veces soñé. ¿Quién no ha soñado alguna vez uno de esos sueños imposibles, que no son sino la expresión de su más acariciado deseo? Trataba yo de colocar una roca enorme en la cumbre de una altísima montaña. Probaba y fracasaba. Por fin comprendí que no eran mis pobres fuerzas las que podían lograr mi intento. Hoy brazos más poderosos que los míos han logrado lo que yo no pude lograr y yo no puedo menos de sentirme invadido por el más puro y más intenso y más desinteresado de los júbilos. La piedra está en lo alto de la montaña y desde allí podemos confiadamente atalayar el porvenir...

Doy las gracias desde el fondo de mi alma a los que se fijaron en mí para sustentar esta modestísima conferencia: porque voy a vaciar en ella todo el profundo contenido de mi alma. Años de ansiedad, de tormento interior, de anhelo inexpresable. No quiero que la muerte me sorprenda sin haber dado forma delante de un gran público —Y ¡qué gran público me ha deparado Dios! ¡Guadalajara: "Arte y color, amor y pensamiento"! ¡Guadalajara, "Mezcla inefable de ensueño y realidad"!... No quiero que la muerte me sorprenda sin haber dado forma al más vehemente, encarnizado y apostólico de mis anhelos... Oídme.

R. P. Julio J. Vértiz, S. J.

Yo soy un enamorado del alma moderna. Jamás he podido anclarme en el Medio Evo... Yo soy un verdadero entusiasta del hombre de hoy. Será ese hombre, algunas veces, un gran equivocado... Tal vez un gran desorientado. Pero no cabe duda que es uno de los más grandes y más bellos tipos de humanidad que existieron jamás... No tiene que envidiar a los grandes griegos del siglo V antes de Cristo, ni a los grandes escolásticos del siglo XIII, ni a los grandes renacentistas del siglo XVI... Hombre por hombre es tan magnífico ejemplar de humanidad como cualquiera de ellos... Quizá es mejor... Ha roto la envoltura de todas las crisálidas y se encuentra por fin frente a la inabarcable magnitud de su destino...

Ese tipo de hombre tiene un aspecto que lo hace inconfundible, único, categoría distinta... Un aspecto predominante que lo caracteriza a los ojos de todos los que se vuelven a él... Es *"un científico* o *aspira a ser un científico"*. Por lo menos es un adorador más o menos consciente de esa gran realidad que se llama *"La Ciencia"*. La Ciencia tal como la entiende el hombre del siglo XX.

Me he encontrado en la vida con Científicos que me han deslumbrado... que me han infundido un sentimiento en el que se mezclaban la admiración y el enorme deseo... el deseo sacerdotal de conquistarlos para Cristo... Cuántas veces frente a un Científico que no creía... o que creía que no creía... mi corazón ha latido con un latir inefable... "Oh Hermano, tú mismo desconoces tu propia grandeza... si yo pudiera persuadirte de que la Fe, lejos de ser para tí una disminución, sería por lo contrario un aumento, sería... *tu prolongación en infinito*... Si yo pudiera convencerte de que hallando a Dios... de que hallando a Cristo, en realidad te encontrarías a tí mismo, porque sólamente Dios, porque sólamente Cristo puede llenar esos abismos que sin que tú tal vez lo sepas se ahondan en tu alma de Científico, que no es, en última instancia, sino un alma de hombre...".

Por eso vine esta noche a vaciar aquí mi inteligencia... mi pobre inteligencia... por eso vine a vaciar mi corazón... mi inmenso corazón... Pero no voy a dejarme arrebatar por ímpetus de lirismo ni por parrafadas sonoras de elocuencia. Voy a exprimir mi experiencia... voy a condenar mi pensamiento en unas cuantas proposiciones secas, descarnadas, hirientes... Un examen de conciencia en la presencia de Dios... Voy a deciros todo lo que he podido saber acerca de esta importantísima materia, la "Crux" del espíritu humano en el momento presente... Pe-

ro antes de empezar permitidme un afinamiento de enfoque... Con todo respeto debo deciros que mi verdadero auditorio no sois vosotros... Mi verdadero auditorio... el auditorio, que tanto he querido, es un auditorio invisible... cierro los ojos y me dirijo al hombre que está fuera... fuera de este salón... fuera tal vez de la Iglesia Católica...

Como un tratado de geometría... como una exposición de tesis metafísicas... así será mi conferencia:

Primera Parte

Descripción de una mentalidad científica típicamente moderna.

Descripción de una mentalidad religiosa idealmente culta y moderna; primera consecuencia: entre esas dos mentalidades no puede haber conflicto, sino sólo armonía, integración, síntesis espléndida.

Segunda Parte

Descripción de una mentalidad científica desvirtuada por lo que llamaremos "El fanatismo científico";

Descripción de una mentalidad religiosa deformada por lo que llamaremos "Estrechez de criterio religioso";

Segunda consecuencia: entre esas dos mentalidades puede darse y se da de hecho un conflicto terrífico, convertido en "guerra sin cuartel" en virtud de factores psicológicos y extendido en grande escala mediante una tremenda e intencionada "campaña de vulgarización"...

Tercera Parte

Nuestra labor: ¿Cuál debe ser nuestra actitud frente al científico que no es creyente?

¿Cuál debe ser nuestro programa para formar Científicos creyentes?

Conclusión final...

DESCRIPCION DE UNA MENTALIDAD IDEALMENTE CIENTIFICA-MODERNA.

Una mentalidad al mismo tiempo científica y moderna se ca-

racteriza fundamentalmente por lo objetivo, exacto, preciso, acucioso, desinteresado y tesonero de su actitud, frente al problema de su propio conocimiento. El científico digno de este nombre se halla sometido a un inflexible y constante control de sí mismo, de sus instrumentos y de sus experiencias; en cualquier punto está dispuesto a recurrir a una verificación, técnicamente comprobable, de sus aseveraciones; se presenta revestido de una honestidad intelectual absoluta, de una gran seguridad sobre todo lo que afirma como cierto y de un noble dominio sobre la naturaleza. Estas cualidades lo hacen acreedor al respeto y a la admiración de todos los que lo rodean. Es verdaderamente el "Rey del Mundo"... Es el "Rey Mago del mundo actual"... Ojalá que la estrella de la Fe lo conduzca, cargado de presentes, a la cuna del Hombre-Dios. Porque entonces finalmente, el Científico se realizará por completo: cuando al través del misterio del mundo llegue al misterio del hombre; cuando al través del misterio del hombre llegue al misterio de Dios.

El punto de partida.
"la Evidencia Empírica".

El criterio inmediato, el punto de partida es: "la Evidencia Empírica"; es decir, la evidencia directa e inmediata de los fenómenos naturales, obtenida mediante el uso de unos sentidos externos exquisitamente amaestrados y provistos de instrumentos de una suma ingeniosidad y delicadeza, capaces de lograr una maravillosa precisión. Cuando yo me encuentro con este tipo del "científico que observa", me parece que tengo delante la famosa raza de los superhombres, los héroes de Buck Rogers con que nos han familiarizado las historietas gráficas americanas: hombres que han desarrollado facultades de captación extraordinarias, de que los hombres comunes apenas si tenemos idea. El científico que observa una estructura molecular en un microscopio electrónico capaz de apreciar magnitudes de una diezmillonésima de pulgada; o el que por medio de un klystron oscilatorio obtiene microondas de 500 megaciclos, a propósito para el uso del radar; o el que explora con el microelectrodo el fondo de una retina y llega a determinar cuáles son los neurones dominadores que perciben la luz blanca y cuáles los moduladores, acomodados para la percepción del color... Todo ésto, hace veinte años hubiera parecido tan fantástico, que ni en las novelas más aventuradas hubiese tenido cabida... *"Lo experimentalmente comprobable"* en todos sus aspectos, incluso en sus aspectos más su-

tiles: este es el material de la "evidencia empírica". Aquí no hay lugar para lo irreal, lo incierto, lo impreciso. . .

La experimentación, observación repetida en condiciones de laboratorio.

Una y otra vez se repite la observación, hasta donde la naturaleza del fenómeno lo permite, hasta excluir todo peligro de equivocarse. Pero el científico no se contenta con observar la complicada madeja de los fenómenos, tal como de hecho se presenta en la naturaleza. Descompone su complejidad en procesos más simples, que pueden ser cómoda y sistemáticamente estudiados. Y merced a cuidadosas mediciones, estos procesos quedan cifrados, no pocas veces, en fórmulas matemáticas de una suma exactitud y claridad. La fórmula matemática es el triunfo específico de la mentalidad científica.

La interpretación.

Después de la "observación", completada por la "experimentación" viene la "interpretación". Una vez depurados los "datos nuevos", el verdadero científico trata de interpretarlos con referencia a la suma de los conocimientos previamente adquiridos, que versa sobre fenómenos de la misma categoría. Los datos nuevos se asimilan y añaden orgánicamente. . . el conocimiento científico se va estructurando paso a paso, por medio de nuevos elementos cuya correlación con los otros es sometida a innumerables comprobaciones de experiencia. "Ceñirse estrictamente, interpretar acertadamente, construir sólidamente, he aquí en síntesis todo el programa del saber científico".

Grandeza única de la síntesis científica.

Aquí es donde la grandeza del científico aparece consagrada como una de las más altas y sublimes realizaciones que ha logrado jamás el espíritu del hombre. *¡Mucho más grande cuando construye que cuando observa!* Algunas de las síntesis científicas de los últimos años son monumentos imperecederos que señalan las cumbres más excelsas que ha escalado el hombre en su paso por la tierra.

En un precioso artículo escrito por Max Born, uno de los más grandes físicos que hoy existen, para dar cuenta de los

progresos realizados por la Física Matemática en los últimos cincuenta años, encontré algo que me hizo experimentar una verdadera impresión de vértigo: en el curso de la exploración de la estructura interna de los átomos se habían encontrado las más graves dificultades... Rutherford propuso el famoso "modelo planetario"... Pero la mecánica newtoniana era de todo punto insuficiente para explicar tanto la estabilidad como el funcionamiento de ese modelo... Entonces Max Planck, en uno de los más desconcertantes trabajos de hipótesis y descubrimientos que se han hecho en los últimos tiempos, estableció y probó con múltiples experiencias la singular teoría de "los quanta". La Ciencia Física se encontró frente a un problema, al parecer insoluble, que ofrecía todas las apariencias de la más rotunda contradicción: *el átomo no podía ser explicado si no se sostenían como simultáneamente verdaderas, las dos teorías que para todos los sabios eran mutuo-excluyentes y contradictorias: la corpuscular y la de las ondulaciones.* Pero la física matemática salvó el abismo. Planck encontró la fórmula E = H V, que relaciona los dos conceptos al parecer incompatibles. Y Luis de Broglie *llevó este desafío a la razón* (la frase es de Max Born) *al más inesperado de los desenlaces*: mostrando que, a la luz de los principios de la relatividad, los electrones en ciertas circunstancias se conducen como ondas y en ciertas circunstancias se comportan como partículas. Son ondas-corpúsculos y corpúsculos-ondas... Mejor dicho son una realidad inclasificable que unas veces se nos revela como onda y otras como corpúsculo. Un desgarriate... un desgarriate que echa por tierra los conceptos físicos hasta entonces universalmente aceptados... pero un desgarriate hecho *"síntesis"* por la magia sublime de la matemática...

Sólamente he sentido una impresión más grande: cuando supe, que, transcendiendo las brillantes tentativas de Schroedinger, el gran Einstein, hace apenas dos años, había encontrado la serie de fórmulas que reducen a una suprema unidad... a una "síntesis mirífica", todos los fenómenos mecánico-gravitacionales y todos los fenómenos electromagnéticos... Es decir, había encontrado las constantes que estructuran las fórmulas que explican de un sólo trazo, con sólo atribuir valores a las variables, *todos los fenómenos del mundo no viviente.* ¿Sabéis cuál fue mi impresión? Como si delante de mí el gran sabio se hubiera asomado al abismo de la Esencia de Dios y hubiera sorprendido allí, en toda su apenas abarcable significación, la fórmula que usó el Creador en el principio, al crear de un golpe el substratum del universo: *"Hágase la luz y la luz fué hecha..."* Yo creí que

esta impresión era sólamente mía; cuál sería mi sorpresa cuando me encontré con este hermoso párrafo de Sir James Jeans: "la tendencia de la física moderna es resolver todo el universo material en ondas... Estas ondas son de dos clases: ondas embotelladas, que llamamos materia y ondas sin embotellar que llamamos radiación o luz... Estos conceptos reducen al universo todo, a un mundo de luz actual o potencial; de modo que toda la historia de su creación puede resumirse con la mayor exactitud en estas palabras...: *"Y Dios dijo: hágase la luz..."*

Los científicos no son meros "catalogadores de hechos...".

Un día, hace muchos años, en Madrid, me encontré a un eminente biólogo católico en el colmo de la irritación: acababa de escuchar un sermón pronunciado por un afamado orador eclesiástico... con aire despectivo, el gran orador se había dejado decir... "Los *científicos*... bah! meros catalogadores de hechos..." Está muy bien, estimadísimo elaborador de *"síntesis a priori"*... Si con eso quiere Ud. significar que los científicos tienen bien plantados los dos pies en el suelo de la realidad, está Ud. en lo justo... Pero si con ésto quiere Ud. significar que no hacen otra cosa, en particular que no son capaces de realizar esas altísimas síntesis del pensamiento que son la gloria y la medida de la inteligencia humana, está Ud. muy equivocado... Los científicos no son meros catalogadores de hechos, son estructuradores de hechos incontrovertibles en síntesis prodigiosas de pensamiento, que dan la medida más exacta de la grandeza de la inteligencia humana...".

Se me objetará que el material en que trabaja el teólogo o el metafísico es indudablemente de más valía que el material en que trabaja el científico... estoy conforme: pero una obra maestra hecha en hierro, puede, por lo estupendo de la plenitud artística derrochada, valer más, mucho más, que una obra de menos primorosa hechura, ejecutada en oro... No es aquí el valor del material el que discuto, sino el derroche de inteligencia, lo soberano de la síntesis, el armonioso y complicadísimo diseño en que se enlazan y en que se sostienen los pormenores...

Y las grandes síntesis científicas son "verificables".

Esto es lo más saliente de las grandes síntesis científicas

modernas... *son verificables*. A veces por caminos inesperados que tienen no poco de dramático y prodigioso... "el mentir de las estrellas" sólo puede invocarse cuando se trata de ciertas filosofías *"verdaderas estructuraciones de patrañas"* para las cuales no es posible ningún método de verificación... Pero *"las estrellas no mienten para el astrofísico"*... allí están las observaciones brillantísimas de Bethe, descritas con tanta maestría por su Santidad Pío XII en su monumental alocución a la Academia Pontificia de Ciencias... "en el centro del sol a una temperatura que oscila alrededor de 20.000.000 de grados centígrados, tiene lugar una reacción atómica en cadena cerrada..." Remito a los que se interesen, a esa alocución "verdadera valorización de las grandes vías tomísticas a la luz de los últimos descubrimientos de la ciencia..."

A veces la fórmula más inofensiva, que parece puramente teórica, estalla, es la palabra, estalla en una explosión de verdad y de luz... Un día Einstein encontró la fórmula... $E = mc^2$.. una fórmula más, pensarían muchos... Poco después el mundo se quedaba deslumbrado y ensordecido ante el magno estallar de la primera bomba atómica... ¿Pero cómo puede ser eso? preguntaban tantos... ¿Cómo puede ser que una tan pequeña masa de Uranio 235 se convierta en el hongo gigante que devora a Hiroshima?... La respuesta era obvia... porque $E = mc^2$... porque la energía en ergios del hongo destructor era igual a la masa en gramos del uranio contenido en la bomba... pero... ahí estaba la revelación pavorosa... multiplicada por el cuadrado de la constante c... y la constante c, era... la velocidad de la luz...

La "Fe" del científico...

Muchos estarán dispuestos a reconocer las preclarísimas características de una verdadera *"inteligencia científica"*, pero dudarán antes de atribuir al Científico como tal, verdaderas cualidades de voluntad... Y sin embargo, el científico las posee y en grado eminente... El verdadero científico tiene *una Fe especial* que lo hace superior a todos los fracasos y a todos los descorazonamientos... En su libro "¿A dónde va la Ciencia?" que tiene uno de los más bellos prólogos que yo he leído, escrito por Alberto Einstein —el insigne físico matemático Max Planck, dice algunas cosas que ilustran bien la naturaleza de esta Fe. "Cualquiera —dice— que se haya dedicado seriamente a tareas científicas de cualquier clase, se da cuenta de que en el umbral del

templo de la ciencia están escritas estas palabras *"hay que tener Fe"*. Esta es una cualidad de la que los científicos no pueden prescindir: el hombre que tiene ante sí una serie de resultados obtenidos mediante un proceso experimental, *debe forjarse una imagen de la ley que los reúne y explica y debe estructurarla en una hipótesis imaginativa.* Las facultades razonadoras, por sí solas, no le ayudarán a dar un paso hacia adelante, *pues el orden no puede salir del caos de los elementos, a no ser por la cualidad constructiva de la mente.* Es preciso que la mente construya, mediante un proceso de eliminación y selección. *Una y otra vez se derrumba el plan imaginativo sobre el que se intenta edificar ese orden y entonces hay que intentar otro...* Esta visión imaginativa y esa fe en el triunfo son indispensables... *El racionalista puro está de más aquí...".*

Planck aduce el ejemplo de Kepler, una de las más puras y encantadoras figuras que puede mostrar la ciencia... y yo añadiría: que puede mostrarnos la religión... Y concluye Planck asentando en una *frase de suprema síntesis*, cuál es el verdadero fundamento de la fe indomable del verdadero científico... Escuchad esta frase y grabadla profundamente en vuestra conciencia: porque esa frase *equivale a la más convincente demostración de la existencia de Dios que puede presentar un espíritu científico*: "La fe inextinguible del hombre de ciencia se apoya en la seguridad de la *existencia de un plan definido tras el conjunto de la creación...".* En otras palabras el científico está seguro de que existe una explicación racional, porque el universo mismo tiene una estructura racional, y el universo tiene una estructura racional porque no es sino la proyección de una idea divina en las entrañas del universo creado...

Conclusión de esta semblanza...

He aquí, sucintamente delineada, la ejecutoria de grandeza del espíritu científico, cuando puro y sin aleación de prejuicio inconsciente o de pasión bastarda, se realiza en el campo de la vida. Afortunadamente no son pocos los científicos de hoy, que, sin llegar tal vez a la plenitud de ideal que nuestra descripción implica, nos brindan todavía el espectáculo de una personalidad digna, desinteresada y laboriosa que merece la frase que Einstein dedica al científico de vocación: *"su inspiración nace de un hambre del alma"...*

R. P. Julio J. Vértiz, S. J.

DESCRIPCION DE UNA MENTALIDAD RELIGIOSA IDEALMENTE CULTA Y MODERNA.

Comenzaremos por decir que se trata también de una mentalidad ideal. En el mundo de la prosa diaria en que vivimos es difícil encontrar esa mentalidad puramente cristalizada. Pero es preciso que la pongamos delante para que nos muestre, como un faro, cuál es el camino que deben recorrer los mejores y más cultos entre los católicos... Si hemos de venir a estos Congresos no en actitud de "formar rancho aparte" y "dedicarnos a alabar nuestras propias agujas"... sino en la actitud de Pablo... "¿Quién se escandaliza y yo no me quemo?" Esta mentalidad religiosa no tendría el menor reparo en admitir *todo el valor y toda la excelencia de la mentalidad científica* que hemos descrito. Lejos de mirar a la ciencia con un prejuicio estrecho o con una suspicacia casi espontánea, considera esa mentalidad científica como uno de *los dones más excelsos que en el orden natural puede Dios conceder a su creatura inteligente.*

Delimitación de los campos en que se contienen ordinariamente ambas mentalidades.

La mentalidad religiosa no invade el campo de la mentalidad científica... Esto no quiere decir, ni mucho menos que demos a la mentalidad científica el campo de la inteligencia y reservemos para la mentalidad religiosa el campo del sentimiento o del corazón... Nada más opuesto a nuestros intentos... Tratándose del campo de la inteligencia misma, la mentalidad religiosa *completa la mentalidad científica desbordándola en dos sentidos: en sentido de profundidad y en sentido de amplitud.*

Sentido de profundidad de la mentalidad religiosa.

La mentalidad religiosa trasciende, desborda, en sentido de profundidad, porque profesa, que, *más allá de toda la magnífica construcción estructurada del saber científico* —que tiene su cimiento en la observación empírica de la naturaleza y levanta su imponente mole por las nobles regiones de la hipótesis teórica— *existe una metafísica fundamental,* que es como *una visión más primaria y más sintética y más inconmovible* de la realidad entera y que es *producto de una experiencia más honda, más básica, más instalada en las entrañas mismas de lo que es...*

¿De qué manera se levanta
la primera visión religiosa?...

Esta metafísica fundamental —de ningún modo incompatible con la verdadera ciencia— ofrece la *base insustituible* sobre la cuál el espíritu religioso del hombre puede colocar la absoluta validez de las tres certezas religiosas fundamentales. Estas certezas integran, como líneas supremas, la primera visión religiosa de la vida y del mundo. Hélas aquí: *existencia de un Dios Personal*, es decir, de un Dios Espíritu, dotado de Inteligencia y Voluntad, Creador del Universo y del Hombre. En segundo lugar: *existencia de un Alma espiritual*, irreductible en su modo de ser y de obrar al modo de ser y de obrar de la simple materia, y por ende *inmortal*, destinada a realizarse en una plenitud de consumación en un plano de eternidad. Y, finalmente entre ese Dios, Creador del alma espiritual e inmortal y esa Alma, destinada a ser eternamente dichosa en el plano de Dios, como un puente que expresa la relación trascendente entre ambos extremos, *la Ley Moral*, que hace del alma libre un sujeto de responsabilidad formidable y la destina a ser la autora de su propio destino...

Afirmo dos cosas: primeramente que esa hondura metafísica, simple, esquemática, irreductible y fundamental, no puede estar en contradicción con ninguna actitud *legítima* del espíritu científico... es *independiente* del estado particular de las ciencias en cualquier época científica del mundo, aunque es susceptible, claro está, de perfeccionamientos que la definen, precisan y completan... No está situada en el plano propio de las ciencias naturales, está situada en otro plano, más atrás, más hondo, más instalado en las raíces mismas de toda realidad.

En segundo lugar digo que esta metafísica fundamental no es otra cosa que *una experiencia*... la experiencia suprema que en el orden natural puede hacer un hombre y por la cuál adquieren sentido formulable todas las demás experiencias... es la *descripción nuda de la experiencia contenida* —dada directa, inmediata, intuitivamente— *en todo acto de pensar*... la *valorización evidente, objetiva de los datos incluídos en esa experiencia*... Sin esa descripción, sin esa valorización no es concebible, no tiene sentido, ni la vida racional, ni el pensamiento, ni la ciencia... *La Metafísica Fundamental*, lejos de ser obra de imaginación loca o de caprichosa arbitrariedad, no es sino la condición última e irremplazable que hace valederas todas las conquistas del saber científico.

R. P. Julio J. Vértiz, S. J.

¿De qué manera se levanta la segunda visión religiosa?

La mentalidad religiosa trasciende la mentalidad puramente científica porque la desborda en sentido de profundidad estableciendo una *"metafísica fundamental"*: vindicación del conocimiento y del ser... Pero además la desborda en sentido de amplitud porque *pone frente a frente el juego de dos libertades:* la libertad del Dios Personal que ha creado al mundo y la libertad de la Persona Humana... Podríamos comparar nuestro Universo con un *enorme y maravilloso escenario, con un teatro* donde la ciencia y el arte de la construcción y de la decoración escénica hubiesen agotado sus recursos. Este escenario, este teatro, no adquiere su significación definitiva sino cuando aparecen en escena *los personajes... Querer deducir la historia del drama que surge entre un Dios Personal y un Hombre-Persona, del estudio científico del Universo es por lo menos tan absurdo como querer deducir la trama íntima del drama humano que se representa en un teatro de la simple inspección de las decoraciones.* La ciencia con ser tan admirable no pasa de explicar el teatro. Sólo la Religión y la Religión Revelada pueden explicar el drama. Porque ese drama depende esencialmente del juego libre de las voluntades. Las grandes preguntas que debe responderse una mentalidad verdaderamente religiosa, son éstas: ¿se ha presentado alguna vez el Personaje-Dios en la escena del mundo? ¿Ha dicho algo? ¿Cuál ha sido la respuesta del Personaje-Hombre? "Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis". Esta es la segunda gran visión fundamental del espíritu religioso: la visión histórica de la intervención libre de Dios en los hechos humanos... La visión cristiana...

La visión religiosa no se opone a la visión científica.

La intervención del Misterio de Dios en el misterio de la libertad humana lejos de ser un atentado contra las leyes inviolables de la naturaleza y contra las formulaciones científicas y consecuencias de ellas, *las supone.* Las supone porque todo *drama móvil* supone un *escenario fijo:* pero al mismo tiempo que las supone, *no está en tal forma ligado a ellas ni condicionado por ellas, que no pueda introducir una variante,* cuando, en un caso extraordinario, quiera desarrollar un plan supremo de comunicación y de amor con su creatura predilecta. Al fin y al cabo, El es el Dueño del Universo.

La verdadera apologética que conviene a nuestros tiempos.

Aquí es precisamente, en esta esfera, la más apasionante y dramática, donde un alma profundamente culta y religiosa del mundo moderno, desarrollará su labor apologética. ¡Ah! ¡qué lejos está la verdadera apologética de esos manualitos fríos, geométricos, abstractos e insulsos que ponemos tantas veces en manos de nuestros estudiantes!. *"Esos manualitos sólo pueden hacer catoliquitos"*. La verdadera apologética no es sino la historia de la lucha espléndida, sangrante y heróica de tantas y tantas almas, que desde la espantosa horrura del calabozo donde causas independientes de ellas, las habían encerrado, han vuelto a encontrar la Faz del Cristo, muerto por ellas en la Cruz y radiante de soberanas promesas de espiritualidad divina... Dejo a otros conferencistas, hombres de orden y de luz, la visión pacífica de los grandes tiempos católicos, donde los pueblos, casi sin darse cuenta del magno beneficio, vivían descansados a la sombra de la grandiosa catedral... a mí, en quien tantas veces la inquietud moderna ha cebado su desgarradora tortura, dadme esas almas de tempestad y lucha, dadme esos leones que arrastrando pedazos de sí mismos fueron a ensangrentar los pies del Cristo y allí por fin, crucificados, encontraron la paz... Un Edmundo Husserl, el padre de la escuela fenomenologista, israelita de raza, que muere un Viernes Santo, mientras clama: "Hoy es el día de días, el Viernes Santo; sí, Cristo lo ha perdonado todo... Cristo nos lo ha dado todo: en Cristo, el Ser de Dios colocado fuera del tiempo y más allá del mundo, se revela en el tiempo y dentro del mundo...". O una Edith Stein, israelita también, filósofa de altura, convertida, trocada en religiosa carmelita, que sufrió el martirio por Cristo en un campo de concentración... Un día tal vez la veremos en los altares... Las paredes del calabozo se agrietan y desmoronan. La Faz de Cristo se revela ahora como nunca formulando la única respuesta al perenne y atormentado drama del alma.... "Optabam ego anathema esse a Christo fratribus meis" Dejad a los medioevales las luminiscencias de las campiñas serenas. Dadme a Rembrandt y formad con sombras de infinito tormento el trono en que se asienten esas almas hechas luminosas por la sangre del Cristo... demos esta vibrante *apologética* a los jóvenes de hoy y en vez de "catoliquitos" formaremos ¡Anacletos González Flores!.

R. P. Julio J. Vértiz, S. J.

La Apologética no basta para formar un alma religiosa.

La verdadera apologética, la apologética de la Revelación. usa de métodos estrictamente científicos... no de ciencia experimental, ni de ciencia matemática, sino de ciencia histórica y de valoración filosófica, encuadrados eso sí, en la trama bullente del gran drama humano; usa al mismo tiempo de métodos psicológicos de insuperable belleza y de transcendental verdad, humana y divina. ¡Oh! cómo estoy enamorado de esos métodos que me ha enseñado el más grande de los apologetas: San Agustín... Pero todos los procedimientos apologéticos conducen solamente hasta el umbral del Templo de la Fe: en este templo —es una de mis afirmaciones más repetidas— jamás penetrará la inteligencia sóla y mucho menos la inteligencia fría, desdeñosa y pagada de sí misma... *Es bajo el dintel de la puerta y para entrar hay que agachar la cabeza...* Sólamente un profundo sentido de humildad, una reverencia que tiembla ante el infinito del misterio divino, una rectitud sin compromiso y una decisión íntegra y valerosa para afrontar todas las consecuencias que trae consigo la aceptación incondicional de la verdad, pueden preparar al espíritu para recibir el don supremo de la Fe... Porque la Fe no es *un mero asentimiento intelectual* a una proposición verdadera, científicamente demostrada: es la gracia que hace posible el homenaje del hombre entero a un Dios Personal que se revela digno de la mayor entrega que de sí mismo puede hacer un hombre...

Si el espíritu estrictamente científico desarrolla sus actividades en un plano donde de suyo no puede haber el menor encuentro, no digamos ya conflicto, con la verdad propiamente religiosa; si la esfera del espíritu religioso se instala *más allá y más en derredor* de la esfera de lo propiamente científico... en las raíces profundas de la metafísica fundamental... en las regiones situadas más allá de todo encadenamiento causal estrictamente necesario... en las regiones sublimes donde tiene su asiento la libertad. ¿Por qué, de hecho, en el mundo en que vivimos, nos encontramos a cada paso con la convicción... *convicción popular... convicción de innumerables personas cultas* de que sí existe un conflicto y un conflicto insoluble? Esto nos lleva a la

SEGUNDA PARTE DE NUESTRO ESTUDIO

Ambas mentalidades, científica y religiosa, están expuestas, como todo lo humano, a excesos y deformaciones: excesos que generalmente reconocen *raíces psicológicas* —ésto es muy importante— el exceso de una mentalidad científica que se sale de su campo o exagera las posibilidades de su método, constituye lo que llamaremos el *"fanatismo científico"*. (Fanatismo es toda afirmación dictada por un motivo psicológico que va más lejos de lo que las bases lógicas pudieran permitirle). El exceso de una mentalidad religiosa que se sale de su campo o exagera las posibilidades de su criterio, será lo que llamemos *"la estrechez del criterio religioso"*... He ahí los dos verdaderos enemigos... Ordinariamente el que ataca es el fanatismo científico.

El fanatismo científico y sus principales variantes. El científico niega todo lo que no es "su ciencia".

Nos fijaremos particularmente en dos, a las cuales, según nos parece, se reducen las otras: primeramente la actitud absorbente y exclusivista del científico que niega la validez de toda ciencia que no sea su propia ciencia; en particular niega la validez de toda metafísica fundamental y dentro de ésta, muy de propósito, *niega la validez y la trascendencia del principio metafísico de causalidad.*

Hume

Entre los modernos es Hume —dice W. L. Stace en su libro "Religión y mentalidad moderna"— quien propuso por vez primera lo que se ha dado en llamar *"visión naturalista del universo"*. Su pensamiento —añade el mismo autor— es la *quinta esencia del alimento que nutre el pensar de muchos científicos modernos.* Niega el valor metafísico del principio de causalidad porque niega radicalmente el valor de toda metafísica y niega radicalmente el valor de toda metafísica porque desconoce en absoluto *"cual es la función propia de la inteligencia"*. Esta reflexión no deja de ser consoladora para el creyente: la única manera lógica de negar a Dios es... negar la inteligencia.

Para Hume la *"causalidad"* se convierte en una mera *"sucesión"* sin nexo alguno interno ontológico. ¿Sabéis por qué? la razón no puede ser más peregrina... porque no tenemos *"idea de la causalidad"*. No tenemos idea, porque Hume llama *"idea"* a

la *"imagen"*, a la representación sensible... "En ninguna parte —dice— *encontramos la impresión sensible*, de la *causalidad... luego la causalidad no pasa de ser un nombre cómodo"*...

Esta manera de razonar es fantástica: en ninguna parte encontramos la representación sensible del "honor" de una mujer ni de la "caballerosidad" de un hombre... luego las mujeres no tienen honor y no existen sobre la tierra los caballeros... La negación del valor de la inteligencia no puede menos de llevar a las peores aberraciones... "No sabemos por qué suceden las cosas"... "Lo único que sabemos es que están ahí"... Esto es lo que se ha dado en llamar *"teoría descriptiva de la ciencia"*. En realidad, es la negación de toda ciencia. Porque no puedo estar cierto de nada... El mundo de Hume —según Stace— *"es un mundo en que cualquier absurdo caótico puede suceder en cualquier momento"* porque *"es el mundo de los hechos brutos"*; el mundo "donde el agua puede correr mañana para arriba como ha corrido tantos siglos hacia abajo...".

¡Y pensar que hay científicos descaminados que toman estas "ineptas y *contradictorias negaciones*" como transfondo de su pensamiento!. Pero desde luego se echa de ver que estas negaciones no pueden hacerse en nombre de la ciencia... se hacen en nombre da la impiedad, del orgullo más ciego... del deseo de echar fuera a Dios...

Comte

Comte se distingue de Hume en que lleva los guantes puestos. No es el hombre "del hecho brutal"; es el hombre del París refinadísimo donde todas las leyes divinas y humanas han acabado por naufragar... Sólo quedan las leyes de la buena educación... Y por eso las *"regularidades"* que se observan en el laboratorio son científicas... porque las leyes son tan educadas que no podrían hacer quedar mal al científico el día de mañana. Con el único con quien no son educadas es con Dios a quien de ningún modo concederán un lugar como Creador del Universo... *Es cosa de mala educación eso de preguntar el por qué de las cosas*. Preguntar quién hizo al mundo sencillamente no tiene sentido. Cambio de problemática. El milagro desde luego es imposible... las leyes no se lo podrían permitir a Dios, si existiera. Y las leyes además de educadas son *"educables"*... El mundo es optimista... sonriente... el mundo del futuro será un mundo donde las leyes de la naturaleza, acabadas de educar

por los sabios positivistas, presentarán una maravilla de orden de paz, de prosperidad... y de buena educación... *Progreso*, es la palabra que está en boca de esos hombres y de sus admiradores... Y los positivistas del 80-90 los hombres de quienes habla Claudel "barba de chivo y perfecta suficencia, cuyos sonetos se disparan sólos como cigarreras con caja de música" sonríen... La ciencia lo ha dominado todo... están en vísperas de resolverlo todo... Ha llegado la edad de oro de la humanidad... Verdaderamente se ha realizado la frase terrible del saimista... "El que está en lo alto se reirá de ellos...".

¿Cómo se ataca en nuestros días al principio metafísico de causalidad?

En nuestros días se ha hablado mucho de un famoso argumento, que, según algunos científicos, echa por tierra el principio de causalidad. Heisemberg ha formulado el "principio de la indeterminación" y nada menos que Niels Bohr ha aducido innumerables ejemplos para probarlo. "La mecánica newtoniana —dice Max Born— requiere que cada fenómeno del orden físico esté estrictamente determinado y que se pueda señalar su causa. Pero tratándose de la desintegración radioactiva de los átomos, v. g. de radio, *aunque la media estadística de la desintegración pueda señalarse con exactitud, es sin embargo imposible el predecir en qué momento preciso un determinado átomo habrá de desintegrarse*. Al principio parecía que no se trataba sino de *una laguna en nuestro conocimiento*, pero ha resultado que la dificultad asume un carácter más fundamental...".

Esto es todo... en torno de esta afirmación se ha armado un verdadero escándalo... "Las leyes que gobiernan al átomo son puramente estadísticas... *El principio de causalidad no tiene aplicación dentro del átomo*".

Hay que darle a esta dificultad toda la importancia que se merece. Si realmente el principio de causalidad admitiera una falla en el mundo real, todo se derumbaría: la metafísica, las pruebas tomísticas de la existencia de Dios —y en general toda prueba de la existencia de Dios— la Religión Natural y la Religión Revelada... "Dadme un punto de apoyo y una palanca y moveré al mundo", dícese que dijo Arquímedes... "Dadme un sólo caso en que falle el principio de causalidad y removeré a Dios", podría alguno decir... Que sea el átomo o que sea el universo, poco importa. Si hay un sólo movimiento del átomo

que no estuvo predeterminado en su causa, un solo caso en que del conocimiento de la causa el efecto no fuera predecible... ¿por qué no podría decirse lo mismo del universo? ¿Por qué no podría explicarse el origen del universo como una falla del principio de causalidad?

Yo sé que hay una alternativa pero la alternativa es absurda... el átomo sería una *"causa libre"*... un amigo mío sumamente inteligente y sumamente simpático ha escrito artículos interesantes donde entre otras cosas intenta rendir un tributo al espiritualismo, probando que el último elemento en que se resuelven las cosas materiales es "el espíritu". Los cuerpos no estarían formados de "átomos": estarían formados de "ángeles". Cada vez que me como un pan, en realidad me zampo un coro de ángeles; cada vez que me siento en mi silla, en realidad me siento sobre un trono de querubines... ¡Compadre, no me defiendas! Es bueno ser espiritualista, pero no tanto, no tanto...

Una carta de Einstein, citada por Mgr. Sheen, nos da la salida: "estoy enteramente de acuerdo con Planck: admite la imposibilidad de aplicar el principio de causalidad a los procesos interiores de la física atómica, en el presente estado de la ciencia... Pero no acepta que de esta inaplicabilidad puede argüirse que el principio de causalidad falle en el mundo externo. Cuando se me habla de que hay quien quiere toparse con el libre albedrío en el seno de la materia inerte, no encuentro una respuesta adecuada... la cosa es absolutamente grotesca...".

Todo procede de una confusión, explotada no por los grandes científicos —que generalmente son muy modestos— sino por los vulgarizadores, ávidos de "lo sensacional". En realidad hay que distinguir dos cosas... principio metafísico de causalidad... principio físico-matemático de causalidad...

Principio metafísico de causalidad, que tiene bajo su dominio todo el mundo físico: "todo lo que comienza a ser, requiere una causa" y principio físico-matemático de causalidad: se puedan establecer relaciones matemáticamente formulables entre los resultados de dos mediciones, referentes a un mismo sistema físico". Cuando se nos dice que en el mundo atómico rige el principio de la indeterminación, lo único que se intenta decir es que en el estado actual de la ciencia no es posible formular matemáticamente una relación entre dos mediciones —entre el estado eléctrico del conjunto y el movimiento de un átomo determinado— y esto... no solamente porque las mediciones no

sean obtenibles, sino porque las *mismas leyes* que en estos momentos se aceptan como la explicación más completa del mundo físico, no son aún lo bastante exactas y ricas como para permitir aplicarse a esos efectos. Nuestras fórmulas no son aun "las fórmulas de Dios". Son asintóticas se acercan indefinidamente, pero nunca llegan y porque no llegan, no cubren todas las cosas que se dan en el mundo real.

Segunda forma del "fantismo científico". Pretende que su ciencia particular lo explique todo.

El científico, acostumbrado a un determinado método, quiere aplicarlo a todo el ámbito de lo real, sin detenerse a considerar que hay abismos intraspasables: entre lo no viviente y lo viviente... entre lo viviente sensitivo y lo viviente racional... entre lo natural y lo sobrenatural. Generalmente en su empeño de reducirlo todo a una explicación simple por extremo, se interna por los reinos de la extravagancia. Muchas veces el motivo que realmente lo impulsa, ajeno a la ciencia, es el de buscar una explicación de la naturaleza, que se auto-contenga, que no necesite un principio extrínseco, es decir, a Dios.

Julián Huxley.

El más típico de esos científicos, que abandonando todo sentido, ya no de mesura, sino de simple sentido común, gustan de entregarse a las especulaciones más fantásticas es Julián Huxley. "La única alternativa lógica que nos permite eliminar el dualismo (Nótese; hay que partir de esta concepción a priori... el universo tiene que ser explicado como un monismo). *La única alternativa es la afirmación de que materia y espíritu no son sino dos aspectos de una misma realidad*: un aspecto la revela como substratum del mundo externo... otra pone de manifiesto sus propiedades mentales. Mirada desde afuera esa realidad se muestra como materia... mirada desde su propio interior, en sus operaciones íntimas, se manifiesta como espíritu. *No hay la menor solución de continuidad* entre el hombre y su remotísimo antecesor, la amiba; no hay solución de continuidad entre lo viviente y lo no viviente. *¿Por qué entonces la mente o algo que se le parezca no ha de encontrarse en todas partes como un constitutivo del universo? Tal vez nunca lo podamos probar, pero es la hipótesis más económica".*

He aquí como un hombre que presume hablar en nombre de

una ciencia que no admite otro criterio de verdad que el fenómeno experimentalmente comprobado, acaba por instalarse en las regiones de una explicación fantástica, adonde él mismo confiesa que probablemente nunca lo podrá seguir su propio método.

Las verdaderas razones del conflicto.

Según Stace, las verdaderas razones del cacareado conflicto entre la Religión y la Ciencia no son lógicas, son psicológicas. Los descubrimientos de Copérnico, de Kepler, de Galileo, de Newton, de ninguna manera suprimían la necesidad de Dios. De hecho estos cuatro hombres, grandes entre los grandes, eran profundamente religiosos. *Pero psicológicamente, el hombre se sintió muy lejos de un Dios que ya no parecía intervenir a cada paso en los acontecimientos del mundo físico.* Como si del *"reloj que no necesita que le den cuerda porque es automático"* infiriese alguno que *"el reloj no necesita relojero* .

Esto es lo que hay en el fondo —desde los días del Renacimiento y la Reforma— empeño sordo pero decidido de librarse, en ciertos medios, no precisamente científicos, de la verdad tremenda de la existencia de Dios. Nada como ésto explica el "verdadero furor" que suscitó el Darwinismo. Uexhull, uno de los grandes sabios del siglo pasado, dice: *"El darwinismo es más una religión que un sistema científico.* Su consistencia lógica deja mucho que desear lo mismo que la exactitud de los hechos en que quiere fundarse. Por eso mismo *todos los argumentos contra el Darwinismo no tienen efecto,* no es otra cosa que la determinación de librarse cueste lo que cueste, del principio teleológico, del principio del designio, que necesariamente conduce a Dios. Por eso la Evolución ha llegado a ser la doctrina sagrada de muchos modernos, porque es una convicción que no tiene nada que ver con una serena y desapasionada investigación de los hechos . . .".

Y lo mismo puede decirse en Psicología de muchos de los aspectos del Freudismo. No soy yo ni mucho menos quien desconozca la grandeza de Freud . . . algunas de sus aportaciones son decisivas en el terreno de la psicología profunda, del psicoanálisis, de la psicoterapia . . . Desde luego la famosa teoría del subconsciente es importantísima y de múltiples aplicaciones. Pero ciertas afirmaciones suyas, de un radicalismo nauseabundo, son las que han hecho fortuna entre nuestros contemporáneos . . . "Dios no es sino una proyección del super-ego"; "La libido es la

última explicación de todos, absolutamente de todos, los fenómenos de la vida psíquica"... es decir, cada hombre —hablando en plata— es autor de su propio Dios y lleva dentro su propio cerdo, y su obligación más estrecha es tener satisfecho a ese cerdo, para que no se acompleje... ¡Puede imaginarse el éxito que ha tenido una doctrina tan halagadora para todos los bajos instintos, presentada dentro de un marco que parece científico!

Esto es lo que viene a decir en buenas palabras el mismo Julián Huxley: "lo que Newton fué para el mundo de la mecánica y de la física, eso mismo fué Darwin para la Biología y eso mismo ha sido Freud para la psicología: originadores de una nueva y luminosa manera de considerar a Dios", explicándolo todo por el funcionamiento de una naturaleza que se basta a sí misma. Todo lo cuál no tiene absolutamente nada de científico y si tiene mucho de sectario.

LA ESTRECHEZ DEL CRITERIO RELIGIOSO Y SUS PELIGROS EN EL MUNDO MODERNO.

También en una mentalidad religiosa moderna, pueden caber excesos que la desvirtúen y que hagan imposible la conciliación con el espíritu científico.

El abuso del método aprioristico que pretende resolver los problemas particulares de la ciencia, desde un punto de vista exterior a dicha ciencia, sin tener en cuenta las exigencias legítimas de ésta.

La Biblia y la Geología.

Pondré un ejemplo: cuando yo era joven estaba de moda entre los escritores católicos el detenerse a probar con lujo de pormenores que los famosos "ioms", días del Génesis, presentaban la más exacta correspondencia con los últimos descubrimientos de la geología y de la paleontología... lo cual se aducía como un testimonio preclarísimo de la inspiración de los Sagrados Libros... Sabios muy eminentes y muy respetados como Lapparent se devanaban los sesos. Oradores como Mgr. Bougaud, torneaban algunos de sus párrafos más grandilocuentes, mientras los oían encantados las solteronas... Costase lo que costase, había que acomodar todo el material científico dentro del "lecho de procusto" de la esquemática narración bíblica... Poco importaba que las discrepancias saltasen a la vista; siempre había

una manera ingeniosa de darles la vuelta. Los adversarios, ni tardos ni perezosos, encontraban una buena oportunidad para mofarse...

La "Humani Generis

Afortunadamente en nuestros días un documento de suprema importancia, la Encíclica "Humani Generis", ha venido a poner las cosas en su punto... "los once primeros capítulos del Génesis —dice la incomparable Encíclica— aunque no se conformen propiamente hablando con el método histórico empleado por los autores griegos y latinos, y por los autores de nuestros días, pertenecen sin embargo a la historia, en aquel sentido verdadero que toca a los exégetas establecer, y determinar mejor. Esos mismos capítulos establecen, *en un lenguaje simple y metafórico, adaptado a la mentalidad de un pueblo primitivo*, las verdades principales que son básicas para nuestra salvación y dan además una descripción popular del origen del género humano y del pueblo escogido".

Dos cosas se desprenden de aquí; primera, que en el relato del Génesis se pretende inculcar a los hombres la verdad de un hecho realmente acontecido en cuanto es necesario para establecer las verdades que son básicas para la salvación. ¿Cuáles son esas verdades? Indudablemente dos: primera: *todo lo que existe fué creado;* es decir, procede por entero sin suponer ni admitir antes de sí otra cosa que la nada, de la Incomparable Sabiduría de la Voluntad Libérrima y del Poder Omnipotente de un Dios Unico y Transcendente, es decir, distinto del mundo... (de un golpe se establece la noción de la "creatio ex nihilo", que ni los grandes pensadores griegos alcanzaron y que es la afirmación más augusta de la soberana majestad de Dios y se condenan los dos errores en que se sumergirán innumerables pueblos: el politeismo y el panteismo).

Todo ha sido creado por Dios y todo está sujeto a El. En segundo lugar se pretende inculcar a los hombres la idea justísima y sumamente provechosa de que todo *lo que ha hecho Dios lo ha hecho conforme a un plan sapientísimo* (un designio) el cual resplandece en todas y cada una de sus obras. Y de esta manera Dios no es únicamente el primer principio de todo lo que existe fuera de El, es también su último fin. Dios como causa eficiente, Dios como causa final: he aquí la profundísima lección contenida en el relato Bíblico.

Pero... nada más. Se trata de explicar estas verdades, *en un lenguaje simple y metafórico adaptado a la mentalidad de un pueblo primitivo*. ¿Era capaz un pueblo primitivo de comprender una lección de geología y de paleontología que apenas hoy, a la luz de los descubrimientos, los más sabios comienzan a comprender?. Indudablemente que no. Aceptada de esta manera la significación del Génesis, la Ciencia, la verdadera Ciencia, no tiene nada que objetar; todo lo contrario. Después de tres siglos en que el relato de los Sagrados Libros era considerado por muchos que se decían científicos como un mito y una leyenda, hoy, a la luz de los descubrimientos prodigiosos de la astronomía y de la interpretación sugerida por la relatividad, comienzan a imponerse como la verdadera explicación del cosmos. En el primer número de esa serie de artículos magistralmente escritos y magníficamente ilustrados, que aparecen en la Revista Life —verdadero termómetro que señala la temperatura cultural del gran público moderno— artículos dedicados a estudiar la formación de nuestro mundo, se dice: "el hombre en todas las épocas ha considerado necesaria una creación... el Génesis tiene un acento universal cuando pronuncia su irresistible frase "En el principio creó Dios el Cielo y la Tierra... Y la tierra estaba vacía e informe y las tinieblas se posaban sobre la faz del abismo". Al lanzarse al asalto de estas importantísimas cuestiones, la cosmogonía moderna no pudo menos de invadir los reinos de la Religión. *Pero el hecho impresionante es que hoy día ambas versiones, religiosa y científica, tienden a coincidir*. Y detrás de cada misterio que la Ciencia resuelve se anuncia otro misterio mayor".

Esta es nuestra esperanza: qué lejos estamos de los días nefastos en que los positivistas de la barriga redonda y la barba de chivo, soñaban con tener el porvenir del mundo en el hueco de la mano... El sabio moderno ha vuelto a encontrar el sentido de la humildad... puede agachar la cabeza y entrar en el Templo de la Fe.

La insistencia en aplicar el sentido propio de los pasajes no dogmáticos en todos los casos: *el no saber distinguir entre lo que es eterno y absoluto* en nuestra Fe y lo que es opinión temporal humana en que se apoya para darse a entender.

Tal vez el más grave peligro que ofrece esa "estrechez" de la mentalidad religiosa a que hemos aludido es uno de que vamos a ocuparnos. Una distinción bien empleada nos hubiese evitado a los católicos innumerables e innecesarios dolores de cabeza. Desde los días de Galileo hasta los días de la Evolución.

Yo sé que hay que aceptar siempre *el sentido literal* de la Sagrada Escritura, es decir *el sentido intentado por el autor inmediato*... el sentido *intentado por el Espíritu Santo*. Pero decidir en cada caso cuál es precisamente ese sentido, no es cosa fácil. ¿Cuál es ese sentido literal? ¿el propio o el metafórico?. En el libro del Apocalipsis por ejemplo el sentido literal es casi siempre el metafórico.

Distinguiremos tres clases de afirmaciones en el Sagrado Texto: la afirmación propiamente dogmática que se refiere directamente a una verdad del orden religioso; religioso doctrinal o religioso moral: v. g. "El Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros" "no matarás". La afirmación que se refiere a verdades que constituyen la metafísica fundamental implícita en la doctrina revelada o que se desprenden ineluctablemente de ella... "Son Tres Personas en una sola Esencia" "En Cristo subsisten dos naturalezas en una misma Persona". Finalmente las afirmaciones que sólo aparecen ligadas con la verdad dogmática o con su estructuración metafísica, porque son la manera humana de expresar ciertos hechos del orden físico, que están en algún modo relacionados con aquellas. "Josué ordenó al sol que se detuviese y el sol se detuvo".

¿Cuál es el sentido literal en las afirmaciones de este tercer género? El Sagrado Escritor usó *la frase en el sentido que tenía entre los hombres de su tiempo* (y sigue teniendo ahora, en el lenguaje común). No intentó ni mucho menos dar una explicación científica acerca de un fenómeno. Por consiguiente, mientras una razón poderosa, tomada de las ciencias naturales, no nos obligue a dar a la frase un sentido metafórico, *debemos atenernos al sentido propio, pero sabiendo que puede llegar el día en que el avance de las ciencias nos obligue* a adoptar el impropio. Este es precisamente el caso de Galileo.

El escritor sagrado no intentó otra cosa que decir: "sucedió un fenómeno que los contemporáneos interpretaron expontáneamente como si el sol se hubiera detenido". Indudablemente, hubo un milagro. Pero, en qué consistió el milagro, eso es otra cosa... Mientras la ciencia no hubiese establecido definitivamente la certeza del heliocentrismo, era de elemental prudencia atenerse a la explicación recibida. ¿Eran o no eran suficientes las pruebas aducidas por Galileo? el examen desapasionado de los hechos no obliga a declarar hoy que no eran suficientes. Véase el magnífico artículo "Galileo" en el Diccionario de Apologética. Esto era todo. El Cardenal Belarmino estaba en

lo justo cuando decia "espero la prueba que me convenza". Desgraciadamente se dió la impresión de que la Iglesia condenaba como herética, como algo que jamás podría llegar a ser tenido por verdadero, la hipótesis heliocéntrica. Cuántos y cuantos ataques han brotado de aquel famoso "e pur si muove" que nunca llegó a pronunciarse.

La hipótesis de la Evolución.

Apliquemos lo dicho al problema candente de nuestros días, al problema de la Evolución, o más particularmente a la opinión que explica el origen del cuerpo humano por medio de la evolución de organismos pre-existentes. . Siguiendo las posiciones que me parecieron prudentísimas y solidísimas del P. Jaime Echarri S. J. profesor de Cosmología en el Colegio Máximo de Oña y otras autoridades de primera fila, había yo sostenido —hace dos años— "que, dejando aparte la cuestión del origen del alma, donde ciertamente se requiere una inmediata intervención divina, la opinión que sostiene que el origen del cuerpo humano puede explicarse por evolución es conciliable con la Fe cristiana... en una palabra, es una *cuestión abierta*".

Algunos de mis hermanos, caritativamente inquietos por la salud de mi alma, me advirtieron que tal vez iba yo demasiado lejos... El evolucionismo en todas sus formas estaba descartado, tratándose del origen del cuerpo humano. Un eminentísimo autor, en un libro famoso, le había dado el definitivo estoconazo. Afortunadamente tenemos un Pontífice que a una mente de luz une una actitud definida y cortante como el acero. Este Congreso no es otra cosa que un homenaje a su excelsa figura... "le devolvemos un reflejo de las luces que de él hemos recibido". Pues bien S. Santidad Pío XII publicaba poco después su monumental "Humani Generis"... Allí decía: "La Iglesia con su autoridad de maestra no prohibe, que, en conformidad con el presente estado de las ciencias humanas y de la sagrada teología, hombres experimentados en ambos campos, lleven a cabo investigaciones y sostengan debates sobre la doctrina de la evolución cuando ésta escudriña el origen del cuerpo humano como si procediese de una materia viva y preexistente, porque la Fe Católica nos obliga a sostener que las almas son creadas por un acto inmediato y especial de Dios. Con todo, estos debates e investigaciones deberán hacerse de tal manera que se ponderen con toda la necesaria seriedad, moderación y medida, tanto las opiniones en favor de la evolución como las contrarias y que todos

estén dispuestos a someterse al juicio definitivo de la Iglesia, a la que Cristo dió la misión de interpretar auténticamente las Sagradas Escrituras y de defender los dogmas de la Fe...".

La doctrina no puede ser más clara: se trata de uno de esos casos "mixtos" en que al mismo tiempo y desde distinto punto de vista la Ciencia Escriturística y Teológica por una parte y las Ciencias Naturales por otra, cada cual conforme a su método, están interesadas... El Papa da las normas: nada de charlatanismo, nada de apasionamiento, nada de precipitación... Investigaciones y debates entre hombres experimentados en ambos campos, serenidad y objetividad. Reconocimiento de la Autoridad de la Iglesia, única que para un católico puede decidir cuando la verdad científica está de tal modo reconocida y comprobada que obliga a dejar el sentido propio y a admitir el metafórico. Seguridad de que no puede haber contradicción entre verdades que proceden ambas de la Verdad Suprema. El Papa apunta la posibilidad de que algún día la Ciencia llegue a tener tal copia de pruebas convincentes que se pueda dar por un hecho la hasta ahora hipótesis evolutiva. Pero nadie que considere como hipótesis este origen del cuerpo humano incurre en censura de ninguna especie ni puede ser tachado de poco obediente a las normas de la Iglesia. No seamos más Papistas que el Papa ni más católicos que la Iglesia Católica.

Conclusiones: entre la verdadera mentalidad científica del hombre moderno y la auténtica mentalidad religiosa de un hombre asímismo culto y moderno, no puede haber ni conflicto, sino todo lo contrario armonía, simpatía, necesidad de integración: Entre la deformación de la mentalidad científica, víctima del que hemos denominado "fanatismo" y la deformación de la mentalidad religiosa desvirtuada por la incomprensión y la estrechez, sí puede haber conflicto y muy grave y de muy peligrosas consecuencias...

¿Cuál es el remedio? El remedio es, desde luego, el procurar en todos nosotros una actitud que debe ser de incondicionalidad absoluta ante la verdad, de amplitud de espíritu capaz de hacerse cargo del punto de vista del otro y de un noble y sincero deseo de conciliación. Pero debemos de insistir en algo que nos parece de máxima importancia... si las causas del conflicto son esencialmente psicológicas también los remedios deberán serlo. Un sabio plenamente creyente, un sabio ufano de su fe, influirá más en las multitudes que todos los eruditos tratados

que a todos aburren y nadie lee. Necesitamos "Científicos que comulguen". ¿Adonde buscarlos?

Busquémoslos entre los Científicos no creyentes, pero en quienes advirtamos una gran rectitud humana y un noble afán de buscar en todo la verdad. Para lo cual, lo primero es que no comencemos por contradecirlos en el campo en que ellos son maestros. Esos hombres tienen sin duda, oculta bajo los velos de una dignidad intocable una profundidad humana, donde tarde o temprano deben de perfilarse las verdaderas y grandes interrogaciones que no pueden menos de acometer a todo hombre que viene a este mundo... Tal vez una crisis de espíritu, por ejemplo un gran dolor... tal vez la lenta maduración de un espíritu recto los conduzca a los umbrales de la Fe. Esperémoslos allí en la actitud del más profundo respeto... Y entonces no como dueños de una Fe que nosotros mismos no hemos merecido, sino como humildes instrumentos de ella, hagámosles ver que todo lo que es legítimo en su síntesis científica se encontrará, confirmado y elevado a un plano sublime, en su síntesis cristiana que dará satisfacción a esos anhelos supremos que albergan en el alma de todo hombre y que la Ciencia sóla nunca logrará satisfacer... Qué consolador es el ejemplo de un Alexis Carrel, Premio Nobel en Cirugía, de quien Charles A. Linbergh dice "no hubo en su tiempo un problema demasiado complicado para que su inteligencia vacilara en resolverlo, ni demasiado costoso para que su voluntad dejara de atacarlo..."

He aquí lo que el gran Carrel escribía, la víspera de su muerte: "Señor, gracias os doy porque me habéis conservado la vida más que a la mayor parte de mis compañeros. Antes de cerrar para siempre el libro, dadme la gracia de saber leer lo que yo no sé todavía. Mi vida ha sido un desierto, porque no os he conocido. Haced que al final del otoño este desierto reflorezca. Que cada minuto de los días que me quedan esté consagrado a Vos... Que sea yo en vuestras manos como un poco de humo que se lleva el viento..." Si tuviéramos siempre esta actitud de respeto, de inmenso deseo de consolar, de hacer encontrar el camino a los que son dignos de hallarlo, en vez de encastillarnos en nuestros pobres prejuicios y desde allí formular nuestros anatemas... cuantos hombres modernos, grandes entre los grandes, serían al fin amigos de Jesucristo...

Pero no basta abrir las puertas de par en par al Científico increyente... es preciso estimular la formación de científicos creyentes, hondamente creyentes, como Pasteur. Me pongo a

comparar... me pregunto... ¿por qué un hombre que ha descrito el mecanismo de la finalidad como Sir Charles Sherrington (yo no conozco nada comparable), no admite sin embargo la finalidad, el designio, el punto de apoyo de la inteligencia que busca a Dios? y ¿por qué en cambio otro sabio no menos ilustre Lecomte du Nouy, describe en una página admirable el mecanismo de la evolución dirigida durante mil millones de años y saca de allí un admirable argumento finalista? *Es porque el aceptar o rechazar la Fe* —el prepararse para aceptarla o rechazarla no tiene *lugar propiamente* en la esfera de la inteligencia donde triunfa el Científico, sino en un centro más interior, más personal, más incomunicable, donde el hombre, antecedentemente a todas sus convicciones estrictamente científicas e independientemente de ellas, resuelve, frente a sí mismo, frente a su conciencia, frente a la eternidad, el problema de los problemas, ...la alternativa crucial... *aceptar a Dios* o hacerse el mismo Dios. Metafísica abierta o cerrada... humildad u orgullo... como queráis...

La conexión entre ese centro profundo donde se decide el asunto de la Fe y la espera de lo científico —no nos cansaremos en repetirlo— *es psicológica*... Rodead a un hombre de un medio propicio que lo acostumbre a cultivar siempre sus dos mentalidades, científica y religiosa, y jamás encontrará un conflicto. El genio no será Hegel... será Santo Tomás... el Poeta no será Goethe... será el Dante... ¿Qué tuvieron en derredor Santo Tomás y el Dante que no tuvieran Goethe y el gran filósofo del idealismo? Una cosa... pero decisiva?... Una Universidad Católica.

En el momento supremo en que empezaba la Revolución Francesa, dominados por la elocuencia de Mirabeau, los miembros de la Asamblea Nacional juraron, histórico juramento que ha pasado a la historia con el nombre de "el Juramento del Juego de Pelota", no separarse sin haber dado una Constitución al Reino... ni yo soy Mirabeau, ni pretendo, dominaros... alguien más grande pretende dominaros... todo lo que hablais por nuestro catolicismo será inutil mientras no le deis una cabeza en el campo de la cultura... Señores, juremos en el altar de Cristo no separarnos sin haber establecido, firme y ampliamente, las bases espirituales y materiales de la UNIVERSIDAD CATOLICA DE MEXICO.

Ceremonia de Izar la Bandera Pontificia

Alocución del M. I. Sr. Dr.
D. Gastón Mojaisky Parelli.

En la Pascua de Resurrección del 1948 el que habla se hallaba en la Plaza de San Pedro, mezclado con la muchedumbre que en ese día acude a felicitar al Santo Padre y a recibir la Bendición impartida "Urbi et Orbi".

Fué en esa ocasión cuando salió de los labios del Sumo Pontífice y cayó sobre aquella plaza y sobre el mundo, luminosa como una clarinada de ángel y con la fuerza de un trueno, la frase que hemos puesto como piedra fundamental de este Congreso "La grande hora de la conciencia cristiana ha sonado".

El mundo se estremeció. Un periodista griego, no católico, se preguntaba al día siguiente en el editorial de un conocido diario qué estadista o gobernante había pronunciado una expresión parecida.

Ha sonado, en efecto, la hora de la conciencia cristiana para el mundo y para México.

Cuando, a mitad del siglo pasado, los enemigos de Dios se ufanaban de haber destruido a la Iglesia, precisamente entonces empezaba Dios a darle una nueva vida. Y como todo empieza por la cabeza y por el pensamiento, así Dios dió a su Iglesia los Pontífices que la han guiado en los últimos cien años, Pontífices extraordinarios en los que no nos cansamos de admirar al genial Gobernante y al inspirado Vicario de Jesucristo, al hombre de ciencia.

Todo comienza por el pensamiento: de ahí la renovación de la Filosofía cristiana con León XIII, el fervor de vida intelectual que ha animado a la Iglesia hasta hoy, hasta Pío XII, el Papa del luminoso magisterio

En esa misma época, a la mitad del siglo pasado, al restablecerse la Jerarquía en Inglaterra el futuro Cardenal Newman pronunciaba aquel famoso sermón de la Segunda Primavera. La enseñanza de Newman no ha perdido nada de su actualidad: estamos en la primavera de la Iglesia!

La primavera ha llegado para la Iglesia de México, y este Congreso es una prueba de ello.

Como habéis oído en la lectura del cable del Vaticano, el Sumo Pontífice ha sido informado de tal acontecimiento. Se le pondrá al tanto acerca del desarrollo, de los postulados y de las conclusiones del primer Congreso de Cultura Católica. Con las Bendiciones del Vicario de Cristo esperamos que esta primavera nos traiga no sólamente espléndidas flores sino también frutos maduros para el Reinado de Cristo en México.

En ausencia del Excmo. Sr. Delegado Apostólico, tengo, en fin, que agradecer este homenaje al Sumo Pontífice. Mucha honra y responsabilidad para hombros débiles como los míos, agradecer en nombre del Vicario de Cristo. Sin embargo tengo que hacerlo y lo hago porque también esto es un deber: muchas gracias.

Arenga del Lic.
Miguel Estrada Iturbide

Se ha izado una bandera. La que debía izarse para amparar las labores de este Congreso.

Y al pensar en ellas, recordamos que "la tarea del pensamiento católico es tan difícil como importante". A la inteligencia católica corresponde, en cada momento de la historia, tender el puente indispensable entre lo temporal y lo eterno; iluminar con la luz de la verdad inmutable, el panorama cambiante de cada época. Y continuar así, en lo que a ella corresponde, la misión redentora.

Se trata aquí de que nuestro México de hoy sea católico en plenitud de conciencia y de responsabilidad; de acabar ya con aquel trágico rompimiento que ha hecho que tantos mexicanos, aun sin renegar formalmente de su fé religiosa, creyeran que ésta podía relegarse a segundo término, casi como un trasto inútil, especialmente en lo que se refiere a la vida social y pública.

Al lado de esa bandera, puede flamear gallardamente esta otra, la nuestra, la de México, que llevamos perpetuamente izada en el centro de nuestro corazón. Porque las dos banderas no se oponen, sino que se complementan maravillosamente. Una representa el amado jirón de tierra en que nacimos; la otra nuestra incorporación a la más alta y completa cultura que han contemplado los siglos.

Este Congreso, todo él, no sólo este acto, ha de ser —como ya se indicaba anoche— nuestra respuesta de fidelidad inquebrantable a la Verdad de la Iglesia, que incluye nuestro homenaje filial a la Sede de Pedro, en la que hoy se yergue ante el Mundo conmocionado, la amada y espléndida figura de Pío XII.

Filosofía Cristiana y Crisis de Valores

Por el R. P. José Sánchez Villaseñor, S. J.

Panorama del Pensamiento Europeo.

Sobre los muros de nuestra orgullosa civilización de Occidente, pensadores de genio han creido descubrir escritas por invisible mano las palabras fatídicas que predicen su ocaso y destrucción. Y oídos atentos han escuchado ya el lejano y siniestro sonar de la hora fatal. La hora veinticinco. Una hora después de la última hora. Que anuncia el comienzo del caos. La nueva época de la deshumanización del hombre. De la mecanización técnica de la vida. La nueva barbarie planificada, niveladora y anónima que destruye el espíritu y hace del ser humano un esclavo de la producción y del Estado.

Las fantasías de Huxley y Wells se tornan realidad en las hondas especulaciones de Spengler, Jaspers y Berdiaeff. En los cuadros desconcertantes de Picasso y Orozco. En el teatro nihilista y obsceno de Sartre.

Europa desmembrada, vive en perpetua alarma. Tras la cortina de hierro las legiones rojas espían incansables la hora propicia. Mientras la quinta columna internacional, esparcida por los cuatro ángulos del mundo, prepara con aterradora unidad de acción, energía y perseverancia, la hora de la revolución mundial.

Para el mexicano medio que vive aquende el Atlántico, resulta desmesurado e incomprensible el tono pesimista y som-

brio, el mensaje desilusionado y cínico del pensamiento europeo, que a través del ensayo, el teatro y la novela, llega hasta nosotros. No acierta a comprender que la tremenda crisis de valores que se abate sobre Europa y amenaza al mundo, que las dos últimas guerras mundiales, sin paralelo en la historia, que la actual guerra fría, que enfrenta a la Unión Soviética con las democracias occidentales, son sólo un síntoma del cáncer que roe las entrañas del hombre de nuestro tiempo.

El clima de paz y superficial bienestar que se respira en la Patria impide percibir el rumor sordo de esa crisis que mina las bases mismas de la civilización. Que marca el ocaso de una época histórica.

Porque asistimos, conscientes o no, a la crisis del falso humanismo renacentista, que madura en el Iluminismo y la Revolución Francesa, encuentra en Kant un genial sistematizador, origina en el siglo XIX la corriente liberal individualista y culmina finalmente en la trágica antítesis: capitalismo liberal contra marxismo soviético, que convulsiona nuestro tiempo.

El capitalismo liberal, engendra con sus injusticias sociales el comunismo marxista. De esta suerte, por una justicia inmanente en la historia, el liberalismo capitalista, creador de la más imponente civilización material y técnica, viene a ser víctima de sus propios disolventes principios, al desencadenar con su egoísmo inhumano, con su materialismo pragmático, la aparición de una nueva barbarie. Una de cuyas manifestaciones es el comunismo soviético. El falso humanismo renacentista que renegó de Dios y endiosó al hombre, se autodestruye en la actual titánica lucha a muerte que divide al mundo. El falso humanismo renacentista que inspira el Iluminismo y la Revolución Francesa y da origen al capitalismo liberal individualista de nuestros días, se bambolea ahora ante los fieros asaltos del colectivismo materialista de Marx, Lenin y Stalin, nacido de aquél. Existe en efecto, una línea directa de pensamiento de Marx a Feuerbach y Hegel y de éste a Kant.

Producto de la desintegración de ese falso humanismo es el hombre deshumanizado y cruel de nuestro tiempo. Conoce a maravilla los secretos de la técnica. Ha robado al átomo, cual nuevo Prometeo, su misterio de siglos. Posée la fórmula del fuego nuclear. Pero ha perdido la fe en la razón, la fe en todos los valores del espíritu. Ha perdido a Dios. Sólo cree en lo relativo e histórico. En lo inmediato y pragmático. No conoce

más ley que la fuerza. No tiene más freno y norma que el interés utilitarista.

Rechazado Dios, el hombre de nuestro tiempo se torna el verdugo del hombre. Lo sacrifica con refinado cinismo a las nuevas deidades sanguinarias. A los modernos mitos de la sangre y la raza. La colectividad planificada y el estado absoluto. El campo de concentración así nazi como ruso, es un ejemplo.

Este tipo deshumanizado es el nuevo bárbaro, amoral y escéptico, que pulula por las plazas y las fábricas, cines y bancos, oficinas y cafés de nuestras modernas urbes supercivilizadas Todo lo invade. Está presente en todas las esferas sociales. No existen para él cortinas de hierro. Vive bajo el cielo de Rusia. Y es también ciudadano de las democracias de Occidente. Es el hombre-masa, anónimo y gregario que no se valora. Que nada se exige. Antes impone el derecho a la vulgaridad en torno suyo, resentido perpetuamente contra los eternos valores que ennoblecen y dignifican la vida. Es el moderno inmanentista, satisfecho con la tierra. Que adora la ciencia, la cultura o la humanidad. Enseña en cátedras universitarias, o investiga los secretos del átomo en laboratorios de física nuclear.

Es el hombre que vive entregado, perdido en las cosas. Esclavo de ellas. Disperso, fragmentado en las mil solicitaciones intrascendentes de la vida moderna. Mas al perderse en las cosas se vacía de sí propio. Se pierde a sí mismo. De allí que el hombre actual se sienta por lo común, insatisfecho, desilusionado y tremendamente vacío. Y mientras más se busca, más se pierde en actividades transitorias e intrascendentes: Más sale de sí. Y más se angustia. Porque descubre con clarividencia mayor, la hondura de la propia nada. Mas no la nada como simple negación del ser. Antes bien, como abismo de perversión degradada y abyecta. Cuya hondura exhala el vaho de muerte de la propia descomposición interior. Del análisis de esa nada abyecta, de esa conciencia infeliz, han brotado todos los fantasmas nihilistas y cínicos que pueblan la literatura existencialista de nuestros días.

El hombre al perder a Dios se pierde a sí mismo. Se queda a solas, devorado por la angustia, con la abyecta miseria de su propia nada. El hombre actual ha vivido en carne propia esta desoladora experiencia que se revela con trágico realismo en la literatura, en el arte y en el pensamiento existencialista de la época.

R. P. José Sánchez Villaseñor, S. J.

Ante tan aguda crisis de valores, el católico no puede permanecer indiferente. La grande hora de la conciencia cristiana ha sonado, afirma el Papa. El presente Congreso nos ha reunido para estudiar a la luz de los principios cristianos las varias corrientes que más influyen en nuestro medio intelectual mexicano. Medir su impacto, analizar su importancia y radio de acción, para combatir su influjo, no sólo en forma negativa, sino mediante la difusión decidida y valiente de la verdad.

Panorama del Pensamiento en México.

No existe hasta ahora, una filosofía americana de contenido propio. Circulan por América tendencias análogas a las de Europa. Fenomenología, Axiología y Existencialismo. Algunos países como Chile y Brasil, México, Perú y Argentina, ofrecen un interesante movimiento de renovación escolástica. Pero vengamos a la Patria.

Cuatro corrientes actúan más poderosamente en nuestros medios académicos y ofrecen singular interés. El Neo-kantismo, el Tomismo, el Historicismo Culturalista y el Existencialismo, si bien estas dos últimas presentan aspectos afines.

Propugna el Neo-kantismo un idealismo objetivo. No reconoce objetos reales. Sino sólo ideales, producidos por el pensamiento, como las figuras de la matemática pura. Lo dado en la experiencia es algo indeterminado. El proceso del conocer es infinito. La matemática pura es el modelo de toda ciencia, por su valer metódico. No se distingue entre concepto y objeto ideal. Ambos son creaciones de la mente. El pensamiento crea el objeto en el conocimiento. Pensar y ser son idénticos. El ser posée un valor puramente lógico. Pero no implica la negación del mundo exterior. Sólo se rechaza el realismo que cree que el mundo de las cosas en sí, es cognoscible. Las cosas no nos son dadas en sí. El pensamiento crea sobre el caos de las sensaciones una realidad conexa y ordenada. Impone ley y orden. Crea el Cosmos. Pero la metafísica es imposible.

Problema central del pensamiento neo-kantiano es la reflexión sobre la cultura, creación del espíritu. Descubrir las leyes de cuya aplicación a los datos sensibles surge el mundo de la cultura: conocimiento, moralidad y arte.

La norma de moralidad es la voluntad social pura. Querer

éticamente, significa decidirse por fines y medios que interesen a la comunidad. El fenómeno ético es por esencia social. Bueno es el obrar y querer en el sentido social de la comunidad. La ética neo-kantiana pretende corregir la moral autónoma e individualista de Kant, con cierta dosis de utilitarismo social comunitario.

El sentimiento religioso no necesita de Dios. El neo-kantismo brinda una religión intramundana, inmanentista. El hombre no tiene que recurrir a ultramundos, a causas metacósmicas para ponerse en contacto con lo infinito. La tarea inacabable de la cultura humana, le ofrece esta idea. Nunca podrá agotar el hombre las formas bellas, los ideales morales, las verdades científicas. Dios se concibe entonces como la realización de la cultura dentro de los límites de la pura humanidad.

Idealismo en lógica que conduce al relativismo, formalismo autonomista y utilitarismo social en ética, que implica irracionalismo moral; culturalismo inmanentista en religión, que no es en el fondo sino ateísmo larvado; tal es en síntesis el ideario neo-kantiano. Cuenta con un grupo regular de adeptos y gozó de no poca influencia durante el pasado régimen.

Por lo que hace al historicismo culturalista es una corriente de no menor importancia. Se inspira en Dilthey y Ortega y Gasset. Filosofar es reflexionar sobre la circunstancia. El hombre es histórico. Producto de un tiempo, de un ambiente, de una época. Toda verdad está en función de su perspectiva espacio-temporal. No existen verdades eternas, ni valores absolutos. Todo varía en relación de la perspectiva personal e histórica desde que se mira. Cada época crea sus valores y verdades. México ha vivido en lo cultural dependiente de Europa. Posee una cultura de imitación. Sobreestima lo extraño. Desdeña lo propio. De ahí el complejo de inferioridad que sufre el mexicano. El remedio seran una autoafirmación en lo auténtico. Ser mexicano. Crear una cultura viviente. Elaborar una filosofía propia. De acuerdo con las peculiares circunstancias del aquí y del ahora. Pero una filosofía que aspire a una visión universal, "sub especie aeternitatis", es pretenciosa y contradictoria. La filosofía es producto del hombre, y éste es histórico. Su esencia es cambio, transformación. La verdad de cada generación es la expresión de una determinada interpretación del mundo y de la vida. La filosofía debe en consecuencia, abandonar los problemas eternos y abstractos y ceñirse a lo concreto y circunstancial. Al tema del hombre. Unico digno del filosofar

auténtico. Pero no del hombre genérico y abstracto. Sino del hombre de carne y hueso que se da en nuestra circunstancia. Del mexicano.

Esta actitud es de las que han dejado más honda huella en el ambiente universitario. Un influjo ambiental, un tanto vago y difuso, pero persistente y amplio.

En los dos últimos lustros, apenas ha habido movimiento que despertara un más apasionante interés en el recinto filosófico universitario que el existencialismo. Ha constituído una verdadera moda literaria con sus resabios de snobismo. Como en Europa, también en México ha invadido el teatro, el café y el salón elegante. El existencialismo sartriano ha sido el preferido.

No voy a detenerme a hablar del existencialismo, complejo fenómeno que marca el ocaso del idealismo iniciado por Descartes. Y surge como reacción contra el racionalismo exagerado que durante tres centurias imperó sin rival en el pensamiento europeo. El anti-intelectualismo es el rasgo más acentuado de esta posición filosófica que ve en la existencia humana la realidad radical, para quien el hombre concreto de carne y hueso se torna objeto del filosofar. Y con él, sus situaciones vitales: la temporalidad, la preocupación, la angustia, la existencia auténtica o banal y la muerte. Adopta el existencialismo una teoria del conocimiento biológico-positivista. Pero establece como via de acceso al ser, a la realidad profunda, vivencias emotivas como la angustia, la nausea, etc. El hombre es tiempo. Es historia. Su fin es la muerte, sinónimo de aniquilación. Para Sartre el hombre es nada. Un proyecto de ser condenado a ser libre, una pasión inútil. La existencia humana se revela como absurda. Condenada al fracaso. Carece de objeto y de sentido. Dios no existe. Los valores intemporales son ilusión y espejismo. El hombre se crea sus propios valores según las épocas. La experiencia fundamental de esta actitud filosófica es la nausea, la súbita revelación del absurdo monstruoso que se oculta en la vida humana. Las filosofías idealistas, las creencias religiosas tratan de ocultar dolosamente esta trágica realidad.

En su obra fundamental "El Ser y la Nada", describe Sartre el fracaso de la filosofía moderna. El hombre no puede conocerse porque su conciencia (ser para-sí-) es en sí misma mera relación a las cosas, es negación, es nada. El universo, el mun-

do, es algo impenetrable, incognoscible. En cuanto a la relación con el hombre mediante la cooperación y el amor, también lleva al fracaso. En efecto, la esencia de las relaciones humanas no es la cooperación sino el conflicto. Y el amor es el últimc análisis un mero juego de egoísmos.

Empero el grupo existencialista mexicano, rechaza el pensamiento de Sartre en cuanto sistema o doctrina. Lo admite tan solo como método para describir la existencia concreta del memexicano. Como instrumento de comprensión de nuestra realidad. El grupo existencialista se vincula y lleva adelante la obra emprendida por el movimiento culturalista a que aludimos antes. Quiere conocer al mexicano, penetrar en la entraña de su ser. Percatarse de sus posibilidades. Descubrir sus estilos de vida. sus modos de ser, posibilidades y proyectos. No para quedarse en una actitud contemplativa estética, sino con fines prácticos, para establecer en esas posibilidades los proyectos adecuados al ser del mexicano y capaces de transformarlo. Será además tarea del existencialismo crear una conciencia responsable. Dotar de sentido los modos típicos del vivir y convivir peculiares del mexicano, y elaborar con ellos una ética. Ambiciona el grupo existencialista elaborar una filosofía del mexicano que resuelva sus problemas. Pero una filosofía que partiendo de lo concreto. aspire a la categoría de meditación universal. Y hay que reconocer que no todo ha quedada en planes. Una serie de interesantes ensayos han invadido el mercado literario con ritmo creciente.

Importa, sin embargo, aclarar en qué sentido el existencialismo se adopta como método o instrumento teórico para la comprensión del ser del mexicano. No se trata sólo de terminología, ni de una técnica apta para una descripción sistemática. La crisis de la cultura europea, afirman los existencialistas mexicanos, obligó a la filosofía actual a adoptar nuevas actitudes frente a trascendentales problemas. La nueva filosofía condena como superado el concepto tradicional de naturaleza humana substancial. El hombre es cambio. Su perfil histórico varía en función de las circunstancias. La filosofía moderna, además, tiene conciencia de la incurable relatividad a que está condenada toda teoría o doctrina filosófica, toda forma cultural. Lo único real es la existencia humana concreta. Equipado con este instrumental teórico, que le brinda Europa, el grupo existencialista mexicano se ha lanzado a la audaz exploración del ser del mexicano.

Reflexiones críticas.

Una reflexión se impone acerca de estas doctrinas. ¿Qué ofrece el neo-kantismo al joven universitario mexicano, sino un culturalismo idealista formal y vacío? ¿Qué respuesta puede éste dar a las graves, últimas y decisivas cuestiones, que sin cesar agitan al espíritu humano, de dónde viene el hombre, a dónde va? ¿Cuál es el sentido del universo y de la vida? ¿Cómo afirmar que el fin de la vida es consagrarse a la cultura, al acrecentamiento de las ciencias, a promover el filantropismo formal y frío, a fomentar el arte, cuando la mayor parte de la humanidad esclavizada a la dura lucha por la existencia, carece de tiempo y medios para entregarse a faenas culturales?

Por lo que respecta al grupo existencialista que estudia el ser del mexicano, hay que advertir que el pretendido instrumental teórico que inspira toda la investigación, está constituido por tesis básicas del historicismo y existencialismo. Tesis de gravedad y trascendencia extremas. Como la historicidad de la naturaleza humana, el relativismo de la verdad. El valor exclusivo y absoluto de la existencia humana concreta. Las proyecciones que en el orden epistemológico, ético, social y religioso, alcanzan estas tesis, son tan radicales, como las conclusiones demoledoras y nihilistas de la doctrina sartriana. ¿Qué objetividad puede garantizar una investigación que va tras el ser del mexicano, y parte de premisas que sostienen que toda verdad es histórica, de una época? Que el hombre aunque libre en teoría, es un producto de la circunstancia, Que al no existir una naturaleza humana, la ética como todo valor cultural, es creación del hombre, e histórica como él. Que las creencias religiosas no escapan al fatal relativismo histórico.

Y es evidente que de este relativismo inmoralista y ateo, a la posición sartriana sólo es cuestión de deducción lógica. Ahora bien, ¿con este instrumental escéptico, inmoralista y ateo se pretende estudiar en un plan de objetividad científica el ser del mexicano? ¿Qué quedaría del mexicano auténtico, de carne y hueso si hubiéramos de amputarle como negativos todos los valores absolutos, intelectuales, éticos, sociales y religiosos?

Pero, ¿en nombre de qué principios se pretende imponer ese criterio escéptico, ateo e inmoralista, en la investigación e interpretación del ser del mexicano? Si toda verdad es relativa habrá que concluir que también esos criterios son cosa relativa y efímera. Y en buena lógica, lo que mañana será falso, ya lo

es hoy. Porque toda verdad objetiva, basada de la realidad, no depende del hoy, ayer o del mañana para serlo. Hay que concluir, por tanto, que el pretendido instrumental teórico del grupo existencialista mexicano, aunque rechaza la actitud sartriana como sistema y doctrina, implica de hecho algunas de las tesis básicas de su pensamiento.

¿Qué solución práctica pueden ofrecer semejantes doctrinas relativistas y escépticas? México se lanza con optimismo un tanto superficial, por los caminos del auge económico y del progreso técnico. El nihilismo escéptico, mata el entusiasmo. Esteriliza la acción. Invita al inmoralimo fatalista. Al acto gratuito, sin ley, norma y moral. A la justificación de las peores tendencias. El existencialismo es la filosofía del hombre desilusionado que ha perdido la fe en la razón, la fe en los valores trascendentes que elevan y dignifican la vida. Es la filosofía que rechaza a Dios y trata de justificar las tendencias más abyectas y degradadas del hombre. Es una flor malsana que brotó en los pantanos de la post-guerra europea. No es maravilla que los estudios de inspiración existencialista que en torno a lo mexicano han venido apareciendo, ofrezcan por lo regular interpretaciones deformadas, unilaterales y falsas de nuestra compleja realidad. Una conclusión se impone. Aun cuando las tendencias filosóficas que hemos estudiado no agrupan contingentes numerosos y su influjo fuera del ámbito académico es más bien débil, a nadie se oculta el peligro que para el pensamiento católico representan. Todas convienen en repudiar el conocimiento metafísico. En confinar la capacidad cognoscitiva humana, a lo fenómenico, a lo efímero e histórico, a la circunstancia existencial. Todas pagan tributo al relativismo de moda. Y de una posición relativa y escéptica en metafísica, no puede deducirse sino una ética alógica y relativista.

¿Qué pueden aportar de valioso a un pueblo joven, esas filosofías de transición y decadencia? ¿Qué sino restarle fe en los supremos valores que dan sentido a la vida. Fe en la razón, en la verdad, en el hombre, en Dios? ¿Qué sino inocularle el virus nefasto del nihilismo, de la decadencia y la abyección? No hay que negar que en esas corrientes haya aspectos aprovechables y valiosos. El error es una verdad a medias. Pero si la filosofía aspira a ser algo más que un tópico intrascendente de café, un tema de moda o un ejercicio literario; si ha de reconquistar su puesto de guía de la ciencia y cumbre de la cultura, entonces es preciso que abandone los juegos frívolos de la imaginación,

los relativismos culturalistas, las actitudes insinceras y pesimistas hoy en boga, y emprenda una obra constructiva sobre la roca inconmovible de la verdad.

La Afirmación Cristiana

La filosofía tradicional ha proseguido su labor ininterrumpida tras los muros de los seminarios. Pero también en las aulas de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, halla eco desde hace años la doctrina áurea del Angélico, gracias a la meritoria labor de un reducido y selecto grupo. Su influencia ha sido muy fecunda y valiosa si bien carece aún de suficiente amplitud.

Al cúmulo de modernos errores efímeros y transitorios, a las teorías de moda, opone el pensamiento cristiano la firmeza inmutable de la verdad. Proclama la primacía del ser como objeto del conocimiento. La nativa capacidad de la inteligencia para alcanzar la verdad, la naturaleza conceptual del conocimiento que penetra hasta el ser de las cosas y aprehende en ellas la esencia, mediante la abstración de las notas individuales. Esa esencia se manifiesta en el orden inteligible como necesaria, indivisible e inmutable. Del concepto mismo del ser brotan inmediatamente los primeros principios, las nociones básicas que forma la inteligencia al tomar contacto con lo sensible. Esos principios constituyen la base roquera sobre la que se estructura la metafísica. El principio de contradicción, de razón suficiente, de causalidad, etc.

El pensamiento tradicional reconoce que la verdad patente al intelecto no es absoluta en un sentido exhaustivo y totalizador. No es supercomprensiva. Es decir, no agota el acto cognoscitivo la inteligibilidad del objeto. Pero percibe un aspecto verdadero, aunque parcial del mismo. Cada acto aunque fragmentario y abstracto, alcanza la auténtica realidad, el ser. El hombre es, por tanto, capaz de captar la realidad. De alcanzar mediante la sola luz de la razón, una serie de verdades fundamentales inmutables que sirvan de norte a la conducta. La ética hinca sus raíces en la metafísica.

La experiencia demuestra que el hombre posee una naturaleza substancial que permanece inmutable en medio de los cambios accidentales del acaecer histórico. En esa naturaleza descubre

la razón, la norma ética, la ley natural que no es sino la ley eterna, en cuanto se manifiesta en el tiempo al intelecto humano. El hombre es una persona libre y responsable. Como tal, debe tender a su fin, debe integrarse a la sinfonía del orden cósmico, por propia decisión, mediante el desenvolvimiento armónico de sus facultades, inteligencia y voluntad en la búsqueda de la verdad y en la realización del bien. En el acatamiento de ese orden ético, prescrito por Dios y manifestado por la conciencia, estriba el fin y la felicidad de la persona humana.

Patentiza la experiencia, además, la existencia de seres activos, contingentes, enlazados en un orden armónico y dotados de grados diversos de perfección. Esos seres activos, contingentes, ordenados y diversos, exigen y demuestran la existencia de un ser necesario, absoluto, origen de toda realidad, de Dios.

A la luz de estas verdades que hincan sus raíces en la realidad misma, la actitud historicista y existencialista aparece como insostenible. En efecto, si toda verdad lo es hoy para dejar de serlo mañana, si toda forma cultural filosófica, ética o religiosa, es relativa e histórica; entonces esta misma posición relativa e histórica es transitoria y falsa. Verdad y error serían palabras sinónimas, sin sentido. Habría que renunciar a la razón. El escepticismo absoluto tendría la palabra. Empero el escepticismo es en filosofía una teoría suicida. El hombre jamás podrá renunciar, jamás podrá abdicar su ser de hombre.

Se comprende, por otra parte, que la negación de las grandes verdades básicas de la filosofía perenne, provoque la desintegración y el caos, como los hechos en esta trágica hora que vivimos lo comprueban. Al renegar de Dios, repudia el hombre y destruye el fundamento único de los valores trascendentes que confieren sentido a la vida humana. Niega la razón. Cae en el escepticismo absoluto, en la filosofía del absurdo. Y para compensar la pérdida de Dios, endiosa lo inmediato, relativo e histórico. Se adora a sí mismo mediante el culto de la sangre o la raza, la cultura, la colectividad o el estado. Pero tras la embriaguez primera viene el desencanto. El culto a los valores intramundanos, relativos, históricos, deja al hombre vacío, angustiado. Perdido frente a la propia miseria, frente a la propia nada.

Ojalá que el hombre de nuestro tiempo, víctima de esta tremebunda experiencia vuelva los ojos a la altura y como el hijo pródigo emprenda el retorno a la casa paterna.

R. P. José Sánchez Villaseñor, S. J.

EL CONFLICTO DE LA CONDUCTA

Demos un paso más en nuestra investigación. Abandonemos las aulas de la Facultad de Filosofía. ¿Existe en los ambientes extrafilosóficos una corriente definida de pensamiento? Nuestra encuesta llevada a cabo entre profesores y estudiantes universitarios, llegó a conclusiones negativas. Investiguemos ahora si la conducta, la actitud práctica del universitario, del hombre culto que se dice católico, puede catalogarse, puede reducirse a alguna determinada posición filosófica. La encuesta, que no pretendemos ofrecer como definitiva, arrojó las conclusiones siguientes: estudiantes y profesionistas católicos de cierta cultura, se comportan en la práctica, frecuentemente, con un auténtico naturalismo pragmático, para no llamarlo materialismo práctico. En efecto, los intereses materiales y positivos constituyen la norma corriente de sus actos. Hacer fortuna, rápidamente y a cualquier precio es el oculto móvil, la meta de una gran mayoría. Esto constituye un clima social que se respira con el aire de nuestras ciudades. Es decir, una gran mayoría de nuestros estudiantes y profesionistas se comportan en la práctica como si los valores del espíritu carecieran de vigencia, como si lo único importante fuera lo inmediato y material.

A la luz de estos hechos hay que concluir que el más grave mal que padecemos, hay que buscarlo, no en los movimientos ideológicos que cual modas efímeras la cultura europea arroja periódicamente como resaca a nuestras playas. No se encuentra en el terreno de las ideas abstractas, no está en el neo-kantismo, ni en el culturalismo historicista. Tampoco en el marxismo teórico, ni en el existencialismo decadente. Al peor enemigo lo tenemos en casa. Como una quinta columna en acecho constante. Son muchos de los que se llaman y tienen por católicos. La más grave amenaza para el catolicismo en México está en el corazón de muchos de nuestros estudiantes universitarios y profesionistas. En el positivismo utilitarista, en el materialismo práctico que penetra sordamente e inspira nuestra conducta a despecho de lo que ingenuamente pretendemos creer. En la carencia de una cultura superior filosófica, moral y religiosa.

Porque lo que constituye la singular gravedad de esta situación es además del divorcio de las ideas y la conducta, el hecho de que las creencias se refugien en el sentimiento, dejando la mente sumida en la ignorancia.

Diagnosticado el mal, tratemos de averiguar sus causas.

¿Cual es el origen de ese materialismo práctico, vivido, en abierta pugna con una fe sentimental que ha dejado yerma e inculta la inteligencia del joven universitario, del profesionista medianamente cultivado que se dice y se siente católico?

Influye poderosamente, a no dudar, el actual momento de industrialización creciente y relativo auge económico. De las grandes fortunas, de los pingües negocios. Y no hay que hablar sólo del joven de clase acomodada tan propenso en ocasiones a la vida banal, superficial y frívola, sino también del de medianos o pocos recursos. Nuestra encuesta reveló la existencia en los medios estudiantiles y universitarios, de una acentuada obsesión por lo económico. No hay que olvidar, claro está, que la cultura es flor de madurez, así en los pueblos como en los individuos. Además, la dura lucha por la vida en las actuales circunstancias, la inseguridad e inquietud sorda que muerde las conciencias, agrava el problema. Pero es un hecho que mientras el joven estudiante católico constata la baja de los valores espirituales y éticos, encuentra abiertas y patentes las puertas de la venalidad, la prevaricación y la política. El estudiante que se inicia en la vida universitaria, descubre con sorpresa, que para hacer una carrera brillante, coronada por el éxito, poco o nada significa en muchos casos el estudio tesonero y perseverante, la honorabilidad profesional, la conducta ejemplar. Lo que se cotiza a muy alto precio, en nuestro mundo materializado, es el oportunismo, la conciencia inescrupulosa, las influencias del poderoso y los contactos políticos. Este es el camino real que lleva rápidamente a los más altos puestos. A las concesiones espléndidas, a la suprema ambicionada meta: al éxito económico.

Por otra parte, las carreras clásicas, las profesiones liberales de antaño, sufren también el impacto de la presente crisis de estructuras. La progresiva socialización amenaza a la medicina y a la ingeniería, a la arquitectura no menos que a la jurisprudencia. Ingenieros, abogados y médicos difícilmente pueden ya aspirar a la independiente y desahogada situación de antaño Ahora es fuerza ingresar en instituciones, convertirse en pieza de un engranaje. Y qué difícil resulta a veces, penetrar en esos recintos cerrados e inexpugnables que sólo la influencia, la amistad o el dinero pueden abrir.

Tras estas causas externas, ambientales, nuestra encuesta ha puesto de manifiesto otras más radicales y profundas. Ante todo, la innegable, funesta ignorancia religiosa teórica y práctica,

que aqueja tanto al estudiante como al profesionista católico. La ausencia de una recia, vertebral formación filosófica y moral. La educación religiosa en nuestro medio se revela ante los hechos bastante deficiente. A la instrucción elemental e incompleta del hogar (que a veces está ausente) se suma la clase de religión del colegio católico, en muchos casos rutinaria, formalista e insuficiente. El niño crece. Viene la juventud impetuosa y ardiente a plantear inaplazables problemas de fe y costumbres. Y por desgracia, al paso que la educación humana, social y profesional alcanza sus niveles normales, la formación religiosa filosófica y moral, se mantiene infantil. Surgen los graves conflictos, las crisis en que es tan fecunda la vida humana y el joven católico de mentalidad filosófica y religiosa infantil, se siente confuso, perdido. Arroja por la borda como lastre inútil la fragmentaria educación religiosa recibida. O la oculta en el corazón convertida en una fe sentimental y ciega. Esto exlica ese fenómeno tan peculiar que se observa en muchos casos de un catolicismo inculto, sentimental, rutinario y pasivo, que no influye en la conducta. Que se guarda celosamente en la intimidad de la conciencia como recuerdo de familia en un viejo arcón. Que se reduce a una asistencia por fórmula y mero hábito, inconstante a veces, a la misa dominical. Religiosidad emotiva a merced de los vaivenes del sentimiento. Invertebrada y alógica. Religiosidad desvinculada de la realidad concreta y vital. Que en los negocios coexiste inexplicablemente y autoriza el fraude y el engaño. La especulación, los salarios de hambre. Los precios injustos. Que sanciona todos los desenfrenos de la conducta. La doble personalidad en la politica. La asistencia a espectáculos frívolos y obscenos. Que no sabe de deberes sociales. De responsabilidades comunitarias. Que pretende realizar en la práctica la conciliación imposible del catolicismo y el positivismo naturalista, que no conoce más dios que el dinero, ni más fronteras que los horizontes humanos.

No es de nuestra competencia emprender ahora un examen del panorama educacional católico mexicano, permítasenos sólo indicar que en nuestra encuesta hemos descubierto hechos inequívocos que patentizan las graves deficiencias de que adolece la educación católica en nuestro medio.

Desgraciadamente, además de esas fallas internas, el estudiante católico tiene ante sí un problema no menos grave, el universitario. Por misión, la universidad está llamada a ser corona y flor de la cultura de un pueblo. Su cerebro pensante. Forja y palestra de los elementos dirigentes. Integrar la enseñanza supe-

rior con la cultura y la técnica es su destino. Preparar profesionistas. Pero no echar en olvido el cultivo de la ciencia pura y desinteresada. Formar personalidades cuajadas, hombres capaces y responsables dotados de una visión integral de la vida. De un saber que sirva de norte y brújula y norma moral a la voluntad, en las múltiples tempestades de la vida.

Pero este saber integral sólo resulta de la síntesis del pensamiento filosófico con el saber teológico, el saber de salvación. El fundamento último de la cultura es la fe. La universidad históricamente aparece en Europa a la sombra de las iglesias catedrales y los monasterios. Como expresión de una cosmovisión del hombre y de la vida, al igual que las catedrales góticas, las Aureas Sumas del Angélico y la Divina Comedia.

En contraste con este elevado ideal, el estudiante católico que ingresa a nuestras universidades encuentra estructuras amorfas e indisciplinadas. Agitadas por las opuestas ideologías. Minadas por la política. El alumno asiste a su antojo. El profesor no da mejor ejemplo. No hay aliciente en el trabajo. No hay selección. El porcentaje de alumnos que corta la carrera al fin del primer año, es desconcertante, si bien no en todas partes existen estas fallas.

A este ambiente duro y peligroso, llega el estudiante católico, y por cierto no debidamente preparado. La crisis de la fe, los conflictos de la vida y la conducta plantean graves problemas que el joven no puede resolver. A los más esforzados no queda otro camino que la lectura y la autoformación, casi siempre insuficiente, pues está desprovista de sitema, de estructura sólida, de una visión plena y totalizadora de la realidad. En estas condiciones no debe sorprendernos la relativa ausencia en los medios católicos de personalidades eminentes, el influjo proporcionalmente escaso de la cultura católica en la vida pública e intelectual de México. Porque no pasa de mito y fácil expediente, achacar con exclusividad todos nuestros males a los enemigos de la Iglesia. En realidad tenemos que admitir que en más de un aspecto somos culpables de la situación presente. ¿A quién podemos inculpar la desvinculación, el aislamiento, la falta de solidaridad que priva en los medios católicos? Hay esfuerzos generosos, heróicos, pero dispersos, aislados, inoperantes. Posiciones claves de la cultura católica yacen abandonadas casi. El pensamiento, la prensa, el cine, el radio, el arte. No existen en proporción debida instituciones de alta cultura. Revistas, bibliotecas, socie-

dades, etc. La producción católica, filosófica, literaria, artística, es bien pobre. Y lo peor es que muchos ni siquiera advierten estas graves ausencias.

Pero no todo es sombras en el cuadro. Al insistir en ciertos aspectos negativos de la cultura católica mexicana no intentamos negar la realidad completa y rica. La vitalidad de la fe popular que florece en festividades, peregrinaciones, etc. Innegable también el sentido de lo sobrenatural que se observa en la mayor parte de nuestro pueblo. La espléndida cosecha de vocaciones sacerdotales y religiosas. Surgen las iglesias en nuestras grandes urbes, los hospitales y otras obras benéficas. Y por encima de todo la vocación mariana de México. El imperio espiritual que desde el Tepeyac irradia sobre el mundo, la Virgen que quiso retratarse en la humilde tilma de Juan Diego. ¿Por qué las fuerzas disolventes del error, la furia desatada de las persecuciones y aun ese positivismo práctico, no han destruído la fe en el corazón del mexicano? Estamos ante un auténtico enigma, ante el misterio de México. Y no hay respuesta en lo humano que lo aclare satisfactoriamente.

CONCLUSIONES

1.—*El Congreso proclama la primacía del ser como objeto del conocimiento. La nativa capacidad de la inteligencia para alcanzar la verdad. La naturaleza conceptual del conocimiento que penetra hasta el ser de las cosas y aprehende en ellas la esencia, mediante la abstracción de las notas individuales. Que las esencias de las cosas son en el orden inteligible necesarias, inmutables e indivisibles. Que del concepto mismo de ser brotan inmediatamente los primeros principios, las nociones que forma la inteligencia al tomar contacto con lo sensible. Que esos principios constituyen la base roquera sobre la que se estructura la metafísica.*

2.—*El Congreso reconoce que la verdad patente a la inteligencia no es absoluta en un sentido exhaustivo y totalizador. No es supercomprensiva. Es decir, no agota el acto congnoscitivo, la inteligibilidad del objeto. Pero percibe un aspecto verdadero aunque parcial del mismo. Que cada acto aunque frag-*

mentario y abstracto, alcanza la auténtica realidad, el ser. Que el hombre es por tanto capaz de conocer la realidad en sí misma. De alcanzar mediante la sola luz de la razón una serie de verdades fundamentales e inmutables, que sirvan de norte a la conducta. Que por consiguiente la ética hinca sus raíces en la metafísica.

3.—El Congreso sostiene que el hombre posee una naturaleza sustancial, inmutable enmedio de los cambios accidentales del acaecer histórico. Que en esa naturaleza descubre la razón, la norma ética, la ley natural que no es sino la ley eterna, en cuanto se manifiesta en el tiempo al intelecto humano. Que el hombre es persona libre y responsable y como tal, debe tender a su fin, debe integrarse a la sinfonía del orden cósmico por propia decisión mediante el desenvolvimiento armónico de sus facultades, inteligencia y voluntad en la búsqueda de la verdad y en la realización del bien. Que en el acatamiento de ese orden ético prescrito por Dios y manifestado por la conciencia, estriba el fin y la felicidad de la persona humana.

4.—El Congreso propugna la existencia de seres activos, contingentes, enlazados en un orden armónico y dotados de grados diversos de perfección. Que esos seres activos, contingentes, ordenados y diversos, exigen y demuestran la existencia de un ser necesario, absoluto, origen de toda realidad, de Dios.

5.—El Congreso afirma que a la luz de estas verdades basadas en la realidad misma, la actitud historicista y existencialista es insostenible. Que si toda verdad lo es hoy para dejar de serlo mañana si toda verdad es relativa e histórica, entonces esta misma posición relativa e historicista, será también transitoria y falsa. Verdad y error serían palabras sinónimas, sin sentido. Habría que renunciar a la razón. El escepticismo absoluto tendría la palabra. Que, por tanto, el escepticismo es en filosofía una teoría suicida, ya que el hombre jamás podrá renunciar, jamás podrá abdicar su ser de hombre.

6.—El Congreso comprende que la negación de las grandes verdades básicas de la filosofía perenne provoque la desintegración y el caos como los hechos lo comprueban. Que al renegar de Dios repudie el ser humano y destruya el fundamento único de los valores trascendentes que confieren sentido a la

vida. Niegue la razón. Caiga en el escepticismo absoluto. En la filosofía del absurdo. Y que para compensar la pérdida de Dios, endiose lo relativo, histórico e inmediato. Que el hombre se adore a sí mismo mediante el culto de la sangre o la raza, la cultura, la colectividad, el estado, cultos que deshumanizan y destruyen al ser humano.

El problema de México, tal como se desprende de la segunda parte de la Ponencia y a la luz de estos principios, exige las siguientes conclusiones de índole práctica:

1.—Ante todo es preciso vivir el apostolado católico de la cultura. Orientar voluntades. Hay que exhortar al universitario y al católico culto a la meditación y al cumplimiento del deber de colaboración en esta urgente empresa. Cooperar a la unión de cuantos se dedican a la cultura dentro del campo católico.

2.—Exigiendo la cultura católica el fomento y creación de institutos culturales de altos estudios, Universidades, bibliotecas, publicaciones, etc., hágase sentir al católico la obligación de contribuir económicamente —según sus posibilidades— a la fundación, conservación y mejoramiento de todos los medios de cultura católica antes mencionados.

3.—Urge la preparación de maestros idóneos para la enseñanza de la filosofía cristiana y procurarles honorarios justos e instrumentos de trabajo.

4.—Es absolutamente necesaria una intensa formación religiosa y filosófica del estudiante antes de ingresar a la Universidad y durante su permanencia en ella.

5.—Suplíquese al V. Episcopado la erección de un Comité Nacional de Cultura Católica, dependiente de la Jerarquía, y de comités diocesanos subordinados, donde estén representadas todas las fuerzas vivas de México, y cuya misión será estudiar las conclusiones del presente Congreso, buscando los medios más adecuados para su realización.

Fundamentos de los Derechos del Hombre

Por el M. I. Dr. D.
José Gallegos Rocafull.

Entre las muchas y abrumadoras tareas que ha de realizar el cristiano en la dimensión temporal de su vida una de las más perentorias en estos momentos es la de proclamar y difundir su fe en el hombre, en la dignidad de su persona, en el fuero inviolable de su conciencia, en la trascendencia de su destino. El tema de esta sección no ha sido arbitrariamente elegido; lo ha impuesto la realidad de nuestro tiempo, de cuyas más hondas entrañas nos viene la patética necesidad de defender al hombre.

Hay que defenderlo de la tremenda presión que sobre él está haciendo, para deshacerlo y triturarlo, un mundo abiertamente inhumano. Lo ha creado él y hechuras suyas son sus actuales estructuras económicas, jurídicas y sociales. Pero ha quedado prisionero de su propia obra y lo que en definitiva había de servirle para afirmar y enriquecer su personalidad se ha convertido en eficacísimo instrumento del empobrecimiento de su vida humana y de la anulación de su persona.

No es del caso recordar ahora las diferentes etapas de este proceso de "despersonalización" del hombre que, por curiosa paradoja bien explicable, coincide con las más desorbitadas exaltaciones de su valor y de sus derechos. Es la triste historia de una serie de rebeliones con las que pretendió afianzar su independencia, cuando lo que en realidad hacía era destruir los mis-

mos fundamentos de su existencia. Se inicia tan pronto como niega, desprecia y conculca los vínculos que ligan su precario ser con lo Absoluto; se acelera cuando desvirtúa, falsifica o invierte el sentido y la finalidad de su convivencia con los demás hombres; y se consuma al intentar convertirse él mismo en la suprema instancia y la última referencia de lo bueno, de lo justo y de lo honesto.

Su furia demoledora ha hecho tales estragos que a la hora de ahora no sabe donde refugiarse. Por todas partes le acosan enemigos y si huye del uno, a poco que se descuide cae de bruces en las redes del otro. En la órbita en que aquí hemos de movernos, en cuanto que, por ejemplo, se esfuerza en defender la integridad de sus derechos frente a los abusos del capitalismo, ya corre el riesgo de que lo aprese el marxismo; si trata de escapar del totalitarismo, ya está a punto de retroceder a un trasnochado liberalismo; si no quiere hacer el juego a los voraces imperialismos modernos, ya se está metiendo en el callejón sin salida de un patriotismo estrecho y xenófobo.

Claro que afortunadamente hay otras muchas soluciones. Pero ¿quiénes han de buscarlas y realizarlas? ¿Esos hombres absurdos, desesperados, cobardes, que describen con tan desoladora exactitud un Sartre, un Camus, un Lagerkvist? ¿O esos otros cínicos, osados, implacables, que pintan un Koestler o un Gheorghiu? ¿O las pobres criaturas, torturadas, pesimistas, impotentes, de un Kafka o, en ciertos casos, hasta de un Graham Greene? ¡Qué terrible testimonio el que nos da sobre el valor y el porvenir del hombre la literatura contemporánea! ¡Cómo vacilaría, leyéndola, nuestra esperanza humana si no la mantuviera firme y encendida nuestra fe sobrehumana!

Hoy, como siempre y más que nunca en los momentos de crisis, la gran reserva de la humanidad son aquellos sobre los que pesa la tremenda responsabilidad de ser luz del mundo y sal de la tierra. Son del mismo barro que los demás hombres, pero en ellos alienta el mismo Espíritu, que desde los primeros instantes de la creación viene poniendo orden y belleza en el caos del mundo. Nadie tiene tan clara conciencia como ellos del valor y de los derechos del hombre, a pesar de que nadie ha medido tan exactamente como ellos la profundidad de su caída.

La fe que los cristianos tienen en el hombre es en cierto modo una consecuencia ineludible de su fe en Dios. Porque "en el centro mismo de la fe cristiana, he escrito en otro lugar, está

la persona o, mejor, las personas. Dios, uno en esencia y trino en personas, es la glorificación divina, la suprema manifestación de la noble alcurnia de esta persona humana, que es mi prójimo y que también soy yo. Yo soy el que soy, dijo Dios a Moisés. Y es Padre, Hijo y Espíritu Santo. La plenitud divina es totalmente poseída por tres personas, las cuales, siendo realmente distintas, no son más que un solo Dios. ¿Qué tiene la persona que Dios muestra la infinitud de su ser en la trinidad personal? Y no es tan sólo que la muestre; es que necesariamente, por exigencia misteriosa, pero ineludible de su propio ser, tiene que ser Padre, Hijo y Espíritu Santo... El misterio de Cristo atañe también a la persona. Dios como su Padre, hombre como su madre, es la persona del Verbo Encarnado... Sin confusión, ni mixtión, las dos naturalezas subsisten en la persona del Hijo Unigénito. El mismo misterio, aunque en sentido inverso, que en la Trinidad. En ésta una sola naturaleza es poseída por tres personas; en Cristo una sola persona posee a dos naturalezas. Misterio inefable, uno de cuyos ecos sea tal vez ese odio satánico a la persona que, latente o patente, siempre hay en el mundo. Odio de los que no quieren que haya personas libres y responsables y quieren hacer de todos los hombres una sola informe masa".

¡Las masas humanas! ¡Qué revelación la que cruda y brutalmente nos hace esta frase, tan en boga en nuestros tiempos! Ya no se ven los hombres como personas, esto es, como singularidades íntimas, libres, concientes, capaces de trascenderse a sí mismas y de captar y realizar, cada uno a su manera, los más altos valores; ahora se los considera como masa amorfa, blanda, indiferenciada, que desde fuera se puede moldear, dividir, cocer y distribuir, como el panadero hace con la masa de harina. No me cansaré de repetir lo que ya he dicho en otras ocasiones: que cuando Ortega y Gasset afirma que la rebelión de las masas es el hecho más importante de la hora presente se deja atrás otro mucho más fundamental y primario: el de la pura existencia de las masas. Lo verdaderamente importante y grave no es que las masas se sometan o se rebelen, sino desconocer y negar el valor de las personas humanas y pretender convertirlas en masas.

Merecería la pena seguir paso a paso la paulatina invasión de esta peregrina idea de la "masa humana" en la economía, en el derecho, en la política, en la moral, en todos los sectores de la cultura, y trazar el sombrío cuadro de los estragos que ha hecho. Su más fiel resultado nos lo presenta el mismo hombre cuando,

renunciando a vivir y a cultivarse como una persona singular y única, con una misión propia y un destino intransferible, se limita a ser un ejemplar más de ese llamado hombre de la calle, un cualquiera sin relieve, ni fisonomía propia, tan igual a los demás que parece que todos están fabricados en serie, como las piezas de un automóvil. Anda, viste, come, habla y piensa, si es que a hilvanar lugares comunes se le puede llamar pensar, como todos. Se puede cambiar el uno por el otro, sin que los demás ni —lo que es mucho más grave— él mismo adviertan diferencia alguna en el cambio. Lo poco o mucho que lleva por dentro le ha venido en aluvión del medio en que vive y nunca se ha preocupado de asimilarlo y organizarlo de modo que llegue a ser suyo. Jamás se le ocurre entrar en su propia intimidad y allá, a solas consigo mismo, elaborar en fecundo silencio el programa de su vida; le resulta más cómodo dejarse llevar a la deriva de los acontecimientos, como una cosa más, fofa e inerte, de tantas como va arrastrando la corriente del tiempo. Se pierde gustosa y plácidamente en el anonimato y no por humilde modestia, que si la tuviera, estaría viviendo como persona y no como masa, sino por pura desidia, por su apático desgano a asumir contra viento y marea su gloriosa y pesada responsabilidad de hombre entero y verdadero. Y si él es el primero que conculca y menosprecia este elemental deber, que es también el más básico de sus derechos ¿cómo podrá pedir que se le den medios y facilidades de cumplirlo en las distintas esferas de su vida, que esa y no otra es la razón profunda de sus derechos de hombre?

Esa es la compleja y espinosa realidad con la que ha de enfrentarse, sin desfigurarla ni atenuarla, pero sin aceptarla ni mucho menos justificarla, esta sección de nuestro Congreso. Frente a ella, se nos hace más imperativo y grave que nunca nuestro deber de iluminarla con las luces de la verdad y de la esperanza cristianas. De momento, en este Congreso, como inicio y promesa de toda una serie de esfuerzos en pro de la dignificación de la persona humana en la conciencia, en la sociedad y en las costumbres de nuestro país, nos proponemos: primero, recordar los principios tradicionales en que se fundamentan los legítimos derechos del hombre, que es la tarea que se me ha encomendado; después, formular clara y concisamente, con el concurso de los presentes, nuestra actitud frente a las declaraciones de los derechos del hombre más en boga o menos observados en nuestro medio. Finalmente, buscar la manera de difundir y realizar en nuestro medio las conclusiones que se aprueben para lo que será precisa la colaboración de todos los congresistas, adscritos a esta sección

En cuanto a la fundamentación de los derechos del hombre, he aquí, expuesta esquemáticamente, la triple base, religiosa, metafísica e histórica, en que los cimenta el pensamiento católico.

I.—BASE RELIGIOSA

Para nosotros, cristianos, es una verdad indiscutible que el hombre, como todo lo existente, fué creado por Dios. Igualmente creemos y confesamos que el hombre fue redimido por la pasión y muerte de Cristo del pecado y de la servidumbre, en que voluntariamente había caído, y elevado al orden sobrenatural. Estas dos grandes verdades, en las que nuestra fe confiesa nuestro origen, nuestro estado y nuestro destino, siendo como son estrictamente religiosas, dan el más firme y autorizado soporte a los derechos del hombre.

Donde quiera que esté y haga lo que haga, es siempre una criatura de Dios. Afirmarlo así es ya atribuirle un valor y revestirlo de una dignidad, que por lo mismo que no viene de sus actos, sino de su origen, son inamisibles e iguales en todos los hombres. Ninguno de ellos tiene en sí mismo su razón de ser. Existen porque Dios —no el acaso o la fatalidad o el ciego determinismo de las fuerzas naturales, sino el Dios infinito y omnipotente— les ha dado la existencia. No se forma cabal idea de lo que es el hombre quien no lo ve como obra de las manos divinas. Y no cualquier obra, sino la más perfecta y excelsa de cuantas ha creado. El autor sagrado tiene buen cuidado de inculcarlo fuertemente al describir en el Génesis su creación. Es lo último que Dios hace; lo crea después de una como deliberación de las tres divinas personas; determina hacerlo a su imagen y semejanza; y se ocupa directamente de modelar su cuerpo y de infundirle con su aliento espíritu de vida. Cuando se alza de la tierra el primer hombre, ya es señor de toda la naturaleza.

Pero la creación no es un hecho pretérito, consumado allá en el principio del tiempo, sin continuidad ni influencia en el momento presente. Si de parte de Dios en un fiat simplicísimo, una acción virtualmente transeunte que se identifica con su misma sustancia, como dicen los teólogos, en la criatura es toda la realidad de su ser y perdura tanto cuando ella existe. Afirmar que el hombre ha sido creado por Dios es, sin duda alguna, reconocer que de El le viene su existencia, pero es además admi-

tir que sigue religado con Dios por exigencia ineludible de su misma manera de ser. Siempre es como Dios lo ha hecho; en todo momento existe porque Dios le conserva su existencia; actúa y se desarrolla en virtud del concurso que de continuo Dios le presta. Por ser criatura de Dios, el hombre sigue vinculado con El en su esencia, en su existencia y en su operación.

Primeramente en su esencia. Los existencialistas niegan que el hombre la tenga; dicen ellos que cada hombre se hace a su manera y que no puede encontrarse en todos una misma esencia universal. No es del caso refutar aquí sus afirmaciones; tampoco hace mucha falta; ya va pasando la moda existencialista y pronto será olvidada en lo que constituye su negativa originalidad. Sin quererlo, ni pretenderlo, el existencialismo nos ha ayudado a precisar nuestras ideas; ahora comprendemos mejor que, si hay muchas maneras de vivir como hombres, para discernirlas y valorarlas hay que elevarse de lo que el hombre de hecho *hace* a lo que el hombre es, y es lo que Dios ha querido que sea. No lo creó sin saber lo que hacía. Eternamente estaba en su mente la *idea* de lo que iba a hacer y su omnipotencia es sobrada garantía de que la realizó tal como la había concebido. Todo hombre lo es porque fundamentalmente su ser corresponde al que le fija esa idea divina, la misma en todos los individuos de la especie humana, aunque en cada uno se concrete de manera distinta. Las diferencias que en el plano empírico haya entre ellos no menguan, sino que destacan su igualdad sustancial, y cuando se habla del hombre en cuanto hombre —de su ser, de sus atributos o de sus derechos— no se piensa en este o en aquel hombre, ni en la suma de todos, sino en la visión o idea que de ellos, de la verdadera realidad de su ser, tiene el mismo Dios. Con lo cual ya queda definitivamente dicho que el fundamento último de los derechos que competen al hombre es haber sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Porque esa es, en términos bíblicos, la esencia del hombre. Hasta en el más degenerado se encuentra la imagen divina y también en él hay que respetarla. La oscurece siempre y a veces la deforma el hecho, esencial también, de estar encarnada en un cuerpo, que no siempre se aviene a su condición de ser como el instrumento del espíritu. La gran tragedia del hombre es que ni en este mundo puede existir sin esta dualidad de materia y espíritu, ni puede dejar de reducirla a una unidad. Los materialistas de todos los tiempos —y así los marxistas del nuestro— soslayan la dificultad negando, contra toda evidencia, la realidad

del espíritu, de donde sus regateos, cuando no su abierta oposición a admitir el libre ejercicio de la vida espiritual en todas sus dimensiones. Tampoco han faltado por el otro extremo quienes, sin llegar, claro está, a desconocer la realidad del cuerpo, a duras penas le han reconocido el derecho a satisfacer sus más elementales necesidades. Del profundo realismo católico, que acepta a la vez y con todas sus consecuencias la coexistencia de alma y cuerpo en el hombre, nos dejó Santo Tomás un aleccionador testimonio cuando enseñó que hasta para practicar la virtud se necesita cierta suficiencia de bienes materiales. Toda tabla de los derechos del hombre que no tenga en cuenta esta compleja realidad humana, en la que el espíritu está como materializado o la materia como espiritualizada, es radicalmente parcial y, por consiguiente, insuficiente y falsa.

El hombre, al que se atribuyen estos derechos, no es una entelequia sin más consistencia que la bien flácida que pueda darle el pensamiento. Es un ser real, que está ahí, imponiendo su presencia y exigiendo, calladamente unas veces y a gritos otras, que se le tenga en cuenta. Pudiera decirse que las luchas que en el transcurso del tiempo ha sostenido para que se le concedan estos o aquellos derechos son, en el fondo, un mismo ininterrumpido esfuerzo para afirmar e imponer, en la esfera en que se desconocía o se negaba, el hecho fundamental de la realidad de su existencia.

Pero su existencia es un nuevo y fortísimo vínculo que lo religa con Dios. Siempre el hombre es contingente y nunca tiene en sí mismo la razón de su existir. Nada era antes de que Dios lo creara y nada sería si Dios no conservara su existencia. Subsiste y se mantiene a flote sobre la nada que, como mar voraz, por todas partes le rodea, porque la poderosa mano de Dios lo sostiene. Cada instante de este duro y azaroso triunfo sobre la nada es una nueva prueba de que Dios está con él, prolongando su existencia. En estas profundidades del ser humano desaparecen las diferencias y jerarquías entre los hombres; todos son igualmente incapaces, no ya de pedir o conceder o ejercer el más mínimo de los derechos, sino simplemente de asegurar ni por el menor instante la continuidad de su existencia.

Si, pues, la raíz de sus derechos es su existencia y ésta es en todo momento conservada, sostenida y afirmada por el poder omnipotente de Dios, es Dios quien en definitiva ampara y promueve sus derechos, que de este modo adquieren como un matiz sagrado. Reconocerlos y respetarlos no es tan solo ni principal-

mente hacer justicia al hombre; es un acto de reverente piedad para con Dios, activamente presente en todo hombre como conservador de su existencia. Declara categóricamente Toynbee que para salvar la civilización actual es preciso volver a colocar las superestructuras seculares, el derecho entre ellas, sobre fundamentos religiosos. Para nosotros se trata de algo más profundo y decisivo que la salvación o la muerte de una cultura: es que no hay ni puede haber ni derecho ni hombre sin Dios, que lo creó, lo conserva y concurre a todas sus operaciones.

Porque esa dependencia total en que está el hombre respecto de Dios en cuanto a su ser, se extiende también a su operación, que no sería posible si Dios no le diera la fuerza con que obra, la conservara, la aplicara a sus actos y concurriera con El a hacerlos. Todo cuanto el hombre hace lo hace en íntima colaboración con Dios, aunque jactanciosamente se crea señor absoluto de sus actos. Ni siquiera es dueño de frenar del todo su actividad. Mientras exista, de él estarán brotando actos y más actos de entidad y valor muy diversos, pero todos convergentes a un mismo fin; que se realice a sí mismo. Con todo lo que hace busca, aunque ni remotamente lo sospeche, hacerse a sí mismo, realizar por completo y tan perfectamente como le sea posible la idea que Dios de él tiene. Por ser como es, obra de la manera que lo hace y sus actos, por livianos e intrascendentes que le parezcan, van dejando en él un sedimento que, cuando es el que reclama su esencia, le ayuda a conseguir su plenitud humana, la totalidad del ser que como hombre le corresponde. El concurso que Dios tan generosamente le presta para que actue y se desarolle, está en la misma línea del ser que la creación y la conservación. Es un auxilio para que alcance toda la realidad de que es capaz. Y como toda la que le falta, solo Dios puede dársela, sus actos han de ser como la escala por donde suba a Dios, su fin último, como es también su primer principio.

Como el movimiento de todas las criaturas, que vienen de Dios y van a El, veía Santo Tomás al Universo. Ese gigantesco movimiento circular, que tiene en Dios su principio y a la vez su fin, se lo imprime al mundo la ley eterna, a la que están sujetas, recuerda el P. Suárez, "todas las cosas creadas, aun las que carecen de razón o vida, las cuales ejecutan sus movimientos no libremente, sino por imposición de su naturaleza". Porque todas cumplen inexorablemente esta ley, hay un orden en el mundo y es, a pesar de la diversidad de los seres que lo constituyen, un *universo*, pues está vuelto hacia el *Uno*, del que viene y al que va.

Llevan los demás seres entrañada en lo más hondo de su ser la necesidad de someterse a la ley eterna. El hombre, en cambio, de cuya esencia es, por ser libre, conducirse a sí mismo y no que lo conduzcan, tiene en su razón, para que lo guíe sin violentario, su propia ley, la llamada ley natural, que es una participación de la ley eterna. En nuestro tiempo, la palabra natural resulta ambigua, porque por ella puede entenderse o la realidad empírica del hombre, esto es, su sociabilidad o su debilidad o su ansia de felicidad, que es el sentido que a la ley natural dieron Grocio, Puffendorf y Thomas'o, o lo que el hombre debe hacer, si ha de proceder como hombre, que es como siempre la ha interpretado la tradición escolástica.

Para los escolásticos la ley natural se identifica con la recta razón, cuyos juicios sobre lo bueno y lo malo tienen valor normativo y son para el hombre su propia ley. El primer deber del hombre y, por lo mismo, el mayor de sus derechos, es ser hombre, hombre de verdad, tal como Dios lo ve en su idea. Y el camino para que lo sea en todo momento es el que le señala la ley natural. De su primer principio, el de que se ha de hacer lo bueno y evitar lo malo, tan universal en el orden práctico como el de contradicción en el teórico, brotan una serie de normas, que la razón puede descubrir, conforme a las cuales ha de proceder para conseguir los fines que le impone su misma naturaleza. "La ley no escrita o el derecho natural, escribe Jacques Maritain, no es mas que esto".

Por proceder de Dios y expresar las más profundas exigencias de la naturaleza humana, está por encima de toda ley humana. Los derechos que el hombre reclame o que al hombre se le concedan son justos o injustos, legítimos o ilegítimos según que estén de acuerdo o contradigan a esta ley fundamental. Siempre la lleva el hombre consigo y de ella le viene su responsabilidad, como por ella ejerce su soberanía. Plenamente soberano es cuando se refugia en la intimidad de su conciencia e, iluminado por la luz divina que en él reverbera, juzga en última instancia de los derechos reconocidos o negados por las leyes humanas y da validez en su fuero interno a los que se ajustan a la ley natural y rechaza como ficticios y meramente aparentes a los que la contradigan. De ahí también su responsabilidad, porque ese dictamen que su razón formule le obliga en conciencia y ha de seguirlo en toda hipótesis, porque siguiéndole obedece a Dios y "mejor es obedecer a Dios que a los hombres".

No hay más celoso guardián del valor y dignidad del hom-

bre que la ley natural, fuente de sus derechos en cuanto tal hombre. La vislumbraron, es cierto, algunos moralistas, poetas y filósofos griegos y romanos, Platón, los estoicos, Sófocles, Cicerón, entre ellos, pero fué el cristianismo quien la hizo patrimonio de toda la humanidad.

Como fué el cristianismo quien añadió a la dignidad natural del hombre todo el valor que le viene de su elevación al orden sobrenatural, por la redención de Cristo, en quien el hombre se une hipostáticamente a la divinidad. Aquella imagen y semejanza de Dios, que era naturalmente todo hombre, se hace nada menos que real y verdaderamente hijo de Dios, porque la gracia le hace participar de la naturaleza divina. Por fuera sigue siendo tan pequeño y deleznable como antes de recibir el don de Cristo pero en su interior tiene un nuevo ser y con él una nueva operación que lo eleva muy por encima de todo lo creado. La distancia que hay entre la materia y el espíritu o entre el instinto y la inteligencia no es tan grande como la que media entre el hombre caído y el santificado por la gracia.

Y no es que hayan desaparecido de él todas las lamentables consecuencias de la caída. En el hombre redimido persiste lo que los teólogos llaman el *fomes peccati*, el terrible fuego de la concupiscencia, que del pecado viene y al pecado lleva, contra cuyas constantes acometidas nos ponen en guardia los autores sagrados, especialmente San Pablo. A los cristianos no nos es posible compartir un optimismo como el de Rousseau, uno de los mayores sofistas de los tiempos modernos. Nosotros sabemos que no son únicamente las instituciones sociales y políticas las manchadas, sino el mismo hombre, de cuyo interior brota el veneno que las emponzoña. Aun más por dentro que por fuera, milicia y lucha ha de ser la vida del hombre y en ella, tanto como la victoria, importa el ardor en el combate, y el buen espíritu y el constante despliegue de las nuevas y sobrenaturales fuerzas que al hombre le confiere la gracia divina.

El cristiano lo es porque se ha comprometido a establecer en la tierra el reino de Dios, viviendo íntegra y puramente el mensaje de Cristo. Su esencia es —huelga advertirlo— estrictamente religiosa y el mismo Cristo declaró rotundamente que su reino no es de este mundo. Pero sin ser de él, está en él y lo ilumina con la suave claridad de la verdad divina. Quien la vive a fondo, por fuerza ha de proyectarla sobre las miserias humanas y simplemente con su fe y su amor va abriendo nuevos cauces a la esperanza. El agua viva que el divino Maestro decía que había de

brotar del corazón de todo creyente, antes de llegar a la eternidad, que es su destino, corre por las laderas de este mundo y les da lozanía, fecundidad y hermosura.

El Sermón de la montaña no habla de los derechos del hombre, sino de sus deberes. Y así ha de ser porque la raíz de todo derecho es siempre una responsabilidad que hay que asumir. Lo justo, lo que se ajusta al hombre en estas alturas a que lo eleva la revelación de Cristo, es lo que necesite para descargarse de la gravísima responsabilidad que trae a la tierra. Porque no irrumpe en ella fortuita o fatalmente, sino que es enviado por Dios, lo que quiere decir literalmente que se le ha confiado una misión, la de dar testimonio de Cristo en la esfera y de la forma que su personal vocación le sugiere. En función de ella, los discutibles y discutidos derechos del hombre se hacen tan perentorios y sagrados que son como el categórico mandato con que Dios ordena que se dé paso libre a sus hijos.

Así es de inconmovible y augusta la base en que nuestra religión cimienta los derechos del hombre.

II.—BASE METAFISICA

La base metafísica de los derechos del hombre es su ser de persona. Desde Boecio la persona se viene definiendo como una sustancia individual de naturaleza racional. La mentalidad moderna, más pagada de las bellezas de la forma que de la exactitud del fondo, no encuentra muy de su gusto estos términos, secos y arcaicos, en cuyo sobrio laconismo está, sin embargo, cristalizado un vigoroso pensamiento, elaborado, desarrollado y afinado en una meditación varias veces secular. Se le desconoce y se le desfigura porque está encerrado, como la pulpa de ciertos frutos, en una cáscara amarga y dura.

Para él la persona es, por lo pronto, aquello de que se habla cuando del hombre se afirman o se niegan cualidades, atributos o relaciones. El lenguaje es, en este caso como en tantos otros, lo que más certéramente nos aproxima a la realidad fundamental de la persona. Porque ya en este primer contacto aparece la persona como el centro de referencia, por el que cobran sentido todos los fenómenos bajo los que se manifiesta y afirma, mientras que ella se muestra irreductible a ser referida en toda su totalidad a ningún otro sujeto. Nunca puedo decir que Pedro en toda la plenitud de su ser sea de Juan, aunque Pedro y

Juan tengan entre sí las más íntimas relaciones. Tal vez el uno sea el hijo del otro, o su amigo o su deudor; pero la filiación, como la amistad o la deuda o, en otro plano, su tamaño o su ciencia o su conducta, son ante todo y sobre todo, de él, parte de su propio ser, y únicamente por esta atribución a su persona adquieren realidad y la modifican en sí misma o la relacionan con otro. Ambos, Pedro y Juan, como todo hombre, han de pertenecer a una familia o a un Estado, pero de tal manera que están a la vez dentro y fuera de ellos, pues siempre tienen una vertiente tan exclusivamente suya que con la misma verdad que se dice que él es de tal familia o de tal Estado puede decirse que la familia es de él o que el Estado es su Estado.

Decir de esta realidad de la persona que es un individuo, como hizo Boecio, ya es empezar a caracterizarla, aunque después hagan falta nuevas precisiones. De ordinario, por el mal uso que hacemos de esta palabra "individuo", no nos percatamos de su rica y compleja significación. De una persona de la que nada sabemos, acostumbramos a decir que es un individuo "Se me presentó un individuo". "Vi a un individuo". Es una expresión casi despectiva, desprovista desde luego de toda nota personal. Y, sin embargo, ya está ahí el sustrato más hondo y primario de la persona. Porque llamándole individuo reconocemos, aunque no nos demos cuenta, que es un ser singular y único, inconfundible con ningún otro, que se basta por sí mismo para ser como es y para obrar como lo hace.

Etimológicamente individuo es lo que en sí mismo es indiviso y está dividido o separado de cualquier otro. Lo más visible es esto último, pero lo más fundamental es lo primero, pues en tanto se distingue de los demás en cuanto es en sí mismo un todo. Un individuo es, primeramente, una totalidad cerrada e incomunicable, trabada y organizada en una unidad interna, autárquica en su ser y en su obrar. Dentro de sí misma lleva cuanto necesita para ocupar su puesto bajo el sol. No tiene que ser parasitaria de nadie, ni unirse intrínsecamente con nadie para existir. Le negaría su misma manera de ser quien pretendiera reducirlo a simple pieza de un mecanismo superior. Tampoco tiene que recibir de ningún otro, como si fuera mera parte suya, la fuerza con que obra. Su propio ser es la fuente de toda su actividad. No siempre el individuo es una persona, aunque toda persona sea un individuo, pero aun en sus formas más inferiores conserva éste su independencia y su autarquía y exige a su manera que le sea reconocida.

El individuo es también una singularidad, esto es, tan distinto de los demás que ni puede confundirse con ellos, ni menos cambiarse el uno por el otro sin error o sin fraude. Es limitación nuestra si nuestra mirada, indiferente o perezosa, resbala sobre ellos sin captar las notas que los individualizan, haciendo de cada uno un ejemplar único en su especie. Donde el especialista —un entomólogo o un astrónomo para saltar de lo pequeño a lo inmenso— discierne claramente maravillosos prodigios de distinción y de singularidad, el profano solo ve masas uniformes sin relieve ni características propias. Y lo peor es que este defecto nuestro lo hemos convertido en rígido criterio de trituradora ansia de uniformidad y hablamos tan campantes, sin sospechar siquiera hasta qué punto la frase nos degrada y nos niega, de "las masas humanas".

Nuestra excusa, pobre en todo caso, es el número, cuya presencia es inevitable cuando se trata de individuos. Porque la individualidad supone la multiplicidad y se afirma en ella. En la noción de individuo va siempre implícita la del otro o los otros, de los que por estar individualizado se distingue. La riqueza de la especie, sobre todo de la humana, supera ampliamente la de cada individuo y necesita desplegarse en la serie completa de todos ellos. Esa es en el hombre la raíz de su sociabilidad; se realiza tanto más como hombre cuanto más y mejor recoge las manifestaciones de la especie encarnadas en sus semejantes. De este modo la sociabilidad contrabalancea la individualidad y, aun en este estrato de la persona que no es el más alto, la mantiene necesaria y naturalmente abierta a la convivencia. El hombre es a la vez y tan radicalmente un individuo y un socio y del mismo rango que sus derechos individuales son los sociales.

Tanto como de la sociedad, necesita el individuo, todo individuo y no sólo el hombre, del mundo. La autarquía de su ser y de su obrar no es plena y absoluta independencia. Es finito y contingente y sus límites confinan por todas partes con los de otros seres, con los cuales forma el ordenado conjunto del universo. Entre ellos hay relaciones de coordinación y de subordinación, nacidas de la manera de ser de cada uno, tan ineludibles que de ellas depende la viabilidad de su existencia. Ahí, en esa tradicional concepción de la totalidad de los seres como un universo, está implícitamente contenido lo mejor y más sólido de los que la filosofía moderna enseña sobre la conexión existencial que hay entre el hombre y el mundo. La ilustra y la confirma, ignorándola o afectando ignorarla, hasta un Heidegger y por

eso, a pesar del abismo que de él nos separa, podemos valernos de su idea de que el hombre es ineludiblemente un —ser—en—el mundo— para deducir los derechos que le vienen de esta condición fundamental de su existencia.

Pero sin olvidar que es en sí mismo una sustancia. Ousia la llamaban los griegos, esto es, el haber o peculio por el que existe y por el que obra sin necesidad de ningún otro en quien apoyarse. Aristóteles vió claramente, superando la oposición entre Parménides y Heráclito, que así como había seres o, más bien, modos de ser, que no radicaban en sí mismos, pues eran simples modificaciones o determinaciones de otros seres, había también otros que subsistían por sí mismos, manteniéndose firmes y de pie por su propia virtud. A lo que los capacita para sostener ellos mismos su existencia le llamó ousia o sustancia. De esta suficiencia ontológica, que es su misma manera de ser, le viene a la sustancia, cuando su naturaleza le permite, como en el hombre, recibirlo y ejercitarlo, el derecho a poseerse a sí misma y ser siempre suya en todas las esferas de su existencia.

Siempre es ésta radicalmente la misma y siempre está cambiando. Ni es tan rígida e inalterable que sea siempre del mismo modo, ni tan movediza y fluctuante que se transforme totalmente. Su ser comprende lo que de hecho es —el acto— y lo que puede ser— la potencia. Del uno a la otra hay un continuo movimiento. En todo momento puede superar sus límites actuales, enriquecerse con nuevas adquisiciones, realizar alguna de las numerosísimas posibilidades que ante ella están siempre abiertas. Sobre todo en el hombre es tan continua su mudanza y a veces tan profunda que parece que se hace otro. Parece nada más, porque sustancialmente sigue siendo el mismo. Nota fundamental de la sustancia es su identidad a través de todos los cambios. Existe en sí y por sí y siempre es la misma, digan lo que quieran un Bergson, un Scheler o un Ortega. Independientemente de sus proyecciones en el plano de la conciencia, hay siempre una identidad sustancial, por la que el hombre es siempre uno y el mismo desde que nace hasta que muere.

Todos los cambios por los que pasa son meramente accidentales y los accidentes presuponen la sustancia y la dejan idéntica en su realidad más profunda, aunque la califiquen, determinen o relacionen de diversas maneras. No es posible justificar aquí y ahora todas estas afirmaciones, con las que todos estamos familiarizados, pero hay que hacerlas porque, de una parte, fundamentan el derecho que tiene todo hombre a desarrollarse, rea-

lizando las posibilidades de su ser, y de otra demuestran y exigen que los derechos que al hombre corresponden en cuanto hombre —sus derechos sustanciales podría decirse— han de tener supremacía sobre los que tengan por base una cualidad accidental, como su ciudadanía o su profesión o su cultura o sus bienes económicos.

Lo que importa es la persona, cuyo ser queda ya completamente de manifiesto en cuanto que se hace la síntesis entre las nociones de individuo y sustancia, de que hemos venido ocupándonos, y la de naturaleza racional, que es la propia del hombre. En la clásica definición de Boecio estos tres términos no están simplemente yuxtapuestos, como los factores de una suma, sino fundidos en una unidad, en la que mutuamente se penetran y adquieren la plenitud de su significado. De ésta su íntima fusión sale la persona constituída exclusivamente por elementos ónticos. En marcado contraste con las corrientes modernas que identifican la persona con la conciencia que de ella se tiene, o con su trascendencia, o con su propio señorío, o con su facultad de captar y encarnar valores, la filosofía tradicional la concibe como un ser y se atiene, por lo tanto, a lo que ella misma es y no a lo que *hace*. Más que por sus implicaciones filosóficas, interesa hacerlo constar por sus repercusiones en el orden jurídico, que son sobrado evidentes. Porque si una cosa es la persona, cuyo ser es el mismo en todos los hombres, y otra la personalidad, en la que puede haber grados y diferencias entre unos y otros, los derechos del hombre en cuanto hombre han de ser en todas las personas los mismos, aunque cada una tenga personalidad distinta.

Toda persona, por desmedrada y raquítica que sea su manifestación externa, tiene su *personalitas*, como enseñó el P. Suárez, enlazando la escolástica tradicional con el pensamiento moderno. Por ella no entiende los rasgos o dotes o particularidades con que se presenta ante los demás, como hacen los modernos, pero tampoco su materia cuantitativa, como hacían los antiguos. Es esa manera suya de existir poseyéndose plenamente a sí misma que hace que su ser sea muy distinto del de las cosas. Por tener razón y por ella conciencia y libertad, existe de la peculiarísima manera que corresponde a quien puede asumir la responsabilidad de su propia existencia. Entre cosas y personas media un abismo. Unas y otras tienen ser, ambas tienen su ousia o haber propio, pero mientras que en las cosas el ser está como depositado y no poseído y su haber abierto a toda rapacidad, el

ser y el haber de las personas son tan radicalmente suyos que pueden hacer de ellos lo que quieran, sin que nadie pueda arrebatárselos, ni siquiera utilizarlos, como ellos mismos no lo consientan.

Sólo en las personas el ser tiene una dimensión interior, que es la más profunda realización del existir en sí de la sustancia. Además del por fuera, las personas tienen un por dentro, un como sobreexistir espiritualmente por el conocimiento y el amor. Sólo ellas pueden replegarse sobre sí mismas y vivir en su propia intimidad; queda a su arbitrio o recluirse en aquella remotísima soledad, de que habla San Juan de la Cruz, en la que se desvanecen y apagan los rumores del mundo y los ecos de la sociedad o abrirse por amor a los trabajos del mundo y a los deberes de la convivencia. Desde su inviolable mundo interior afirma su señorío sobre toda la naturaleza, creada para su provecho y sometida a su servicio, y se relacionan en un plano de igualdad con sus semejantes, en cada uno de los cuales se refleja, como en ella misma, el universo entero de una manera singular y única. Podrá haber quien la aventaje, pero no quien la sustituya; su ser y su intimidad no tienen equivalente alguno.

Tampoco están forzosamente adscritas, como los animales, al medio en que viven. Las personas tienen su mundo propio, el que ellas se han creado a su imagen y semejanza, pues todo él está lleno de los efluvios de su propia personalidad. Porque lo crean infundiéndole su propio espíritu, dándoles a cosas y sucesos un sentido, cristalizando en instituciones y objetos sus intenciones, ideas y deseos; ellas hacen mármol del o del lienzo una obra de arte, de la costumbre rutinaria un deber, de la horda un Estado. Vinculadas por sus cuerpos a un espacio y a un tiempo determinados, los trascienden, extienden sus preocupaciones a todo el orbe y conviven con los que ayer fueron y con los que serán mañana. Ley privativa suya es someterse a las instancias superiores de lo verdadero, de lo justo y de lo honesto y superar lo que es con la realización de lo que debe ser.

A esta resonancia que en ellas tienen los valores espirituales alude hasta la misma significación etimológica de la palabra *persona*. Persona, en efecto, empezó significando en latín como adjetivo "lo que suena mucho o retumba", de donde salió el sustantivo *facies personae* o *persona* que significaba "la máscara o cara que mete mucho ruido", como ocurría con las que se ponían los actores en las representaciones teatrales. Pasó primero a significar al que la llevaba y, más tarde, a todo hombre. De ahí su-

puso el lenguaje que todos tenían un papel o una función que representar: la de hacer *personare* o resonar esas exigencias del espíritu que encarnan en los hombres y por ellos se realizan.

Atentas siempre a las sugestiones que le vienen de esa otra esfera y repercuten en su conciencia, siguiéndolas o conculcándolas, las personas se determinan a sí mismas y no son llevadas, como los otros individuos. Con la persona subimos un nuevo peldaño en la escala del ser y entramos de lleno en la región de la libertad. A cada momento tiene la persona que decidir lo que ha de hacer. Es tan radical y forzosamente libre que necesita en todo instante usar de su libertad. La autarquía en el obrar, propia del individuo, se convierte en la persona, en la capacidad o, mejor, la necesidad de elegir su camino. Hará lo que quiera y será como quiera, dentro claro está, de los límites de su naturaleza, tan amplios que es fronteriza, por un lado, con el ángel y, por otro, con la bestia.

Finalmente, ousia o haber de la persona es la moralidad, el derecho y la religión. Sólo ella ha comido del árbol bíblico del bien y del mal. Sólo ella es sui juris y no puede, sin negarse a sí misma, ser juris alieni. Sólo ella puede con su operación llegar al fin último del universo, como decía Santo Tomás. No porque lo dijera Kant, deja de ser verdad que todo hombre es un fin en sí mismo. Como causa principal y no como mero instrumento lo ha considerado siempre la filosofía escolástica. Llamada está a encontrarse con Dios cara a cara. Cuando se una con El, lejos de quedar destruida o menguada su personalidad, alcanzará su máxima plenitud, pues tal es el ser de la persona que únicamente en Dios puede realizarse por completo.

No hay en este mundo nada que valga lo que una persona. Contribuir a que todos adquieran plena conciencia de su valor y a que no malogren su ser de persona sino que lo desarrollen sin trabas y con toda clase de ayudas es el mayor deber de todo hombre y, por lo mismo, la base más firme de sus derechos.

III.—BASE HISTORICA

Por primera vez en nuestros tiempos el hombre ha llegado a adquirir sentido histórico. Ahora tiene ya plena conciencia de que vive sumergido en la corriente del tiempo, llevando sobre sus espaldas las experiencias del pasado y creando con sus actos y sus omisiones el curso del porvenir. Una verdad tan palmaria

que no la pueden oscurecer ni siquiera las exageraciones de toda clase de historicismos. Sustancialmente siempre han sido y s empre serán los mismos los derechos del hombre en cuanto hombre, puesto que surgen de su ser de persona, idéntico e inalterable a través de todos los tiempos; pero ni siempre ha sido la misma la conciencia que los hombres han tenido de estos derechos, ni tampoco siempre los han reconocido del mismo modo los usos y las leyes de los hombres.

Testimonio irrecusable de que lleva en sí mismo los derechos inherentes a su ser de persona es su constante empeño de darles plena validez jurídica, luchando denodadamente con la incomprensión o la injusticia de las estructuras sociales, políticas o económicas, que se los regateaban o se los desconocían. Contra el derecho vigente en cualquier época, siempre ha apelado a una justicia superior, con tanto más brío cuanto mayor era su conciencia de la injusticia que se le estaba haciendo, al negarle lo que le correspondía por su misma naturaleza. No reclamaba derechos que no tuviera y hubieran de ser creados artificiosamente por los órganos jurídicos, como se dice tan repetidamente en nuestros tiempos. Ya el P. Suárez distinguía entre lo justo natural, que es "lo recto según la razón natural" y lo justo legal, que es "lo constituído por la ley humana". Y añadía que mientras lo justo natural "no falta nunca si la razón no yerra", lo justo legal, "aunque en general sea justo, suele flaquear en particular".

Hay, pues, como un triple estadio en el desarrollo histórico de los derechos del hombre: su existencia o posesión, su conocimiento o conciencia y su aceptación o reconocimiento por la ley humana. Lo primero y fundamental es su misma realidad, el hecho de que todo hombre, por serlo, los posee. Los tiene porque eso es lo justo natural: natural, no sólo en cuanto se opone a lo elaborado más o menos artificiosamente por los hombres, sino en el sentido más pleno y obvio de la palabra. Natural, de *natus*, es aquello con que se nace, lo que todo hombre trae al mundo como parte constitutiva o integrante de su propio ser: un cuerpo y un alma, unos sentidos y unas facultades, unos deberes y unos derechos. Son éstos los que exige lo justo natural, esto es, lo que se ajusta y corresponde al hombre naturalmente, o sea, por voluntad y donación de Dios, del que la naturaleza no es más, como decía Cervantes, que un obediente mayordomo. Lo justo natural se cimenta, no en unos quiméricos valores, cada vez más desacreditados, sino en el mismo Dios, autor, conservador y ordenador de la naturaleza. Los derechos del hombre en cuanto

hombre se los confiere Dios por su mismo nacimiento, y obligación es de todos conocer y reconocer ese su haber natural.

Primero conocerlo, impedir que yerre la razón, como decía Suárez, lo que históricamente no le ha resultado tan fácil como a primera vista parece. Siglos y siglos pasó el hombre olvidado de sí mismo, vuelto hacia fuera, tratando de sostenerse y moverse en un mundo bronco, que trataba de subyugarlo en vez de servirlo. Trasverberaba de vez en cuando la débil luz que brillaba en su interior, pero no llegó a ver con claridad en sí mismo hasta que no vino "la luz verdadera que ilumina a todo hombre". Ha sido el cristianismo quien le ha dado la más clara y firme conciencia de sus responsabilidades y, consiguientemente, de sus derechos. Muchos siglos antes que la constitución de los Estados Unidos o la Revolución Francesa proclamaran los derechos del hombre, ya San Pedro había apelado al más sagrado de todos ellos, cuando declaró ante el sanedrín judío que "es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos, 5, 30). Detrás de esa solemne declaración, dándole plena validez, está no sólo la idea exacta del verdadero Dios y de sus relaciones con los hombres, sino también la doctrina sobre la naturaleza, la dignidad y el valor de la persona humana, que es, ya lo vimos, la raíz de sus derechos.

Siempre el pensamiento cristiano ha mantenido esta íntima e indisoluble conexión entre lo que el hombre es y los derechos que le corresponden. De ahí la firmeza, la eficacia y la seguridad con que en el transcurso de la historia se ha opuesto tanto a las negaciones como a las exageraciones por las que ha pasado sucesivamente la tabla de los derechos del hombre. Proclamó en un mundo, escindido en pueblos y razas insolidarias y cimentado económicamente en la esclavitud, la unidad de la especie humana y la inviolable libertad con que todo hombre se posee a sí mismo. Mantuvo que el fin trascendente de las personas estaba por encima de los fines del Estado y exigió que se le reconocieran a los creyentes el derecho de practicar su fe, organizar su Iglesia y propagar sus creencias. Enseñó que la conciencia era la voz de Dios y que no había poder humano alguno que pudiera callarla, ni había para el hombre mayor obligación que obedecerla.

Proclamó que el derecho a la vida tenía plena supremacía sobre el derecho de propiedad y que, aunque las leyes humanas dispusieran lo contrario, en caso de necesidad extrema todos los

bienes se hacían comunes. Negó rotundamente que el trabajo humano fueran una mercancía y cimentó sobre la dignidad de sus personas los derechos de los trabajadores. Amparó el derecho del hombre a crearse una familia y a gobernarla con plena autonomía de acuerdo con las normas naturales y las más altas y claras de la revelación cristiana.

Respetuosa como nadie con la legítima autoridad civil, no toleró que la tiranía desvirtuara la naturaleza del bien común, abierto por su misma esencia a todos los ciudadanos, y defendió tenazmente el derecho de todos ellos a ejercer su propia función en la comunidad política. No consintió que los hombres vivieran acantonados tras las fronteras de sus respectivos países, sino que les inculcó responsabilidades y derechos supra o internacionales con la mira de hacer de la humanidad entera un solo cuerpo, como tenía un solo Dios y un solo Mediador. Unicamente cuando los hombres, cayendo en el extremo opuesto, quisieron hacer sus derechos tan absolutos e ilimitados como los de un dios, se opuso tenazmente a sus pretensiones, antihumanas por desorbitadas, y condenó enérgicamente el racionalismo y el liberalismo. Aun en el orden natural, solo se salva el hombre si lo salva la doctrina de Cristo.

Se ataca hoy más a fondo que nunca la validez de este humanismo a lo divino al negar que el hombre tenga una naturaleza y pretender que está esclavizado del medio o del subconsciente o de la "situación". Quieren los marxistas que se entienda por natural el hecho histórico, lo dado en la actualidad por las coyunturas y necesidades de la época. Los existencialistas, por su parte, ni siquiera permiten que se emplee la palabra "naturaleza" y sólo hablan de una libertad pura, que se crea su propio bien y su propio mal. Y entre lo que dicen que impone el curso de la historia y lo que crea o, mejor *descrea* esa libertad, independiente de toda norma, se ha llegado a tal extremo que hoy está en vilo la misma existencia del hombre y no sólo sus derechos. Esta crisis, la más grave de cuantas ha pasado la civilización occidental, no podrá superarse más que de un solo modo: volviendo a dar a las estructuras del mundo un fundamento religioso o, lo que es lo mismo, viendo al hombre en su íntima vinculación con Dios.

Sin esa base, aun ha de pasar mucho tiempo antes de que los derechos del hombre sean aceptados y reconocidos por las leyes humanas, última etapa de su desarrollo histórico. Si, como decía Suárez, lo justo legal "suele flaquear en lo particular", for-

zoso es confesar que precisamente en este punto es donde más visible se hace su flaqueza. Ni siquiera garantizan el más primario de todos, el derecho a la vida. Por los días mismos en que la ONU estaba preparando su declaración de los derechos del hombre, hacía Aldous Huxley la sensacional revelación de que "unas tres cuartas partes de los 2.200 millones de habitantes de nuestro planeta no tienen lo suficiente para comer". Una voz mucho más autorizada, la de su Santidad Pío XII, en su última Encíclica "Ecclesias Orientales", denuncia la tristísima situación en que actualmente se encuentran millones de creyentes, a los que se les niega su elemental derecho a dar culto al verdadero Dios y a vivir conforme a la ley de su conciencia.

Esta brutal realidad aviva y aclara el sentimiento que tiene el hombre de la justicia y le incita a luchar más ahincadamente por el reconocimiento de sus derechos, unas veces con la violencia de las guerras y revoluciones y, otras, con la fuerza más sutil y, a la postre, más decisiva de las ideas. La historia presenta más de un caso del enorme poder que tiene esta actitud íntima del hombre para promover y acelerar el advenimiento de un orden jurídico más justo. El proceso empieza con una crítica despiadada, y con frecuencia parcial, de las inexactitudes, arbitrariedades y lagunas del derecho vigente. Son pocos los que al principio la hacen, tan sólo un pequeño grupo de escogidos, a los que tortura y desaltera el hambre y la sed de justicia; pero el malestar que ellos sienten va contagiando a los demás y, tarde o temprano, se despierta un vivo deseo de cambios e innovaciones, al que no logran sustraerse ni aun muchos de los beneficiados por el orden constituido. Poco a poco se va perfilando un nuevo régimen jurídico que, para ganar adeptos e imponerse, se ha de presentar como una rigurosa interpretación del derecho natural. Sus exigencias se abren paso porque se ven como impuestas por la misma manera de ser del hombre y llegan a aceptarse tan plenamente que la gente se maravilla de que en un tiempo fueran desconocidas, cuando son tan evidentes. Cuando esta convicción llega a difundirse ampliamente, ya es tan solo cuestión de oportunidad que cristalice en leyes y llegue a ser el derecho vigente.

Dentro de ese marco han de situarse los trabajos de esta sección de nuestro Congreso. Si llegamos a formular una declaración de los derechos del hombre, con ser ya un resultado tan valioso, no habremos dado más que el primer paso. Porque después y sobre todo será preciso que esas ideas conquisten amplios

sectores de opinión, haciéndolas espejear como la única manera de que el porvenir nos traiga la realización de un nuevo aspecto del establecimiento del reino de Dios en la tierra, objetivo de todos nuestros afanes. Es una labor de apóstoles y de profetas. De apóstoles, que ante todo vivan íntegra y ardientemente la verdad cristiana, le creen un ambiente propicio y movilicen con sus ejemplos y sus obras las fuerzas sociales que puedan lograr su plena aceptación en todas las esferas de la cultura. Y de profetas, esto es, de hombres que, por tener el sentido de la marcha del tiempo, revelen a los demás cómo se va insertando en las entrañas de los acontecimientos humanos el divino designio salvador, que es la clave de la historia.

No ha de terminar ésta con nosotros. Otras generaciones han de venir tras la nuestra, aguijoneadas por nuevas inquietudes y teniendo que enfrentarse con nuevos problemas. Es necesario que el panorama humano cambie constantemente para que vayan apareciendo una tras otra las indefinidas posibilidades latentes en la especie humana. Todas las declaraciones que hasta ahora se han hecho de los derechos del hombre son provisionales. Aun las más limpias de error, son incompletas. Los derechos que hoy se le reconocen al hombre descubrirán, tan pronto como empiecen a ejercitarse, nuevas zonas de trabajos y responsabilidades, ante las cuales la naturaleza humana hará valer sus exigencias. Como en el pasado, también en el porvenir la conciencia que el hombre tiene de las obligaciones y derechos envueltos en la ley natural seguirá desarrollándose y nunca acabará de enriquecerse y precisarse. En el corazón del hombre siempre ha de haber un incoercible anhelo de superación que, si a veces degenera en satánico orgullo, cuando se deja guiar por la justicia y la caridad, las dos grandes virtudes cristianas, hacen de él más que nunca la "cara de Dios" en la tierra.

CONCLUSIONES

1.—El Congreso proclama que los derechos del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios y redimido por Cristo, emanan de su misma naturaleza, que la mayor dignidad de la persona humana le viene de su elevación al orden sobrenatural y que es preciso conocer y difundir la fundamentación y articulación de estos derechos según el pensameinto católico.

2.—Respecto de la "Declaración Universal de los Derechos del Hombre" hecha por la O.N.U., lamentamos su falta de fundamentación y jerarquización, reconocemos que en general implica un gran avance en el reconocimiento jurídico de los derechos del hombre dentro de la actual coyuntura histórica y es necesario que se dé vigencia positiva en México a aquellos derechos aún no admitidos, o admitidos sólo de nombre, por la legislación mexicana y postulados por el derecho natural y divino; por ejemplo, la libertad de conciencia y de religión (art. 18) y el derecho preferente de los padres de familia sobre la educación de sus hijos (art. 26 - III).

3.—Entre los derechos del hombre el Congreso afirma que es fundamental el derecho a la vida, aún en el plano económico, conforme a la dignidad humana, vida a la que aún no ha llegado la inmensa mayoría de los mexicanos y que, por tanto, es necesario que todos los católicos luchen por una más justa y equitativa distribución de la riqueza.

4.—El Congreso declara que, al ser reconocidos los derechos políticos de la mujer mexicana, tiene ésta, como el hombre, el deber de ejercerlos para bien de la Patria.

5.—El Congreso solicita respetuosamente del V. Episcopado que se cree un organismo permanente, a cuyos cuidados quede la difusión de estas doctrinas y la preparación del próximo Congreso.

El Catolicismo y los Problemas de la Educación en México

Por el Sr. Lic. Wenceslao Torres Landa

La actitud que los católicos deben asumir frente a los problemas que plantea la educación en México, implica indispensablemente la adaptación de los principios señalados por la Iglesia Católica en las Encíclicas Papales, a las condiciones especiales que prevalecen en la República Mexicana a consecuencia de su pasado histórico y de la repercusión en nuestro ambiente, de la situación actual del mundo.

Empezaremos por afirmar que toda educación, encaminada fundamentalmente a la formación espiritual y moral del hombre debe ser, por esencia, eminentemente humanista. De aquí se deriva que si el enigma del hombre, ese ser contradictorio y complejo sujeto dramáticamente a las más dispares influencias, sólo es resuelto mediante un concepto religioso, cualquier sistema educativo sólo alcanzará realmente sus fines si nutre su pensamiento en la religión, en cuanto ella mira en el hombre un ser que encuentra en Dios su origen y su destino final y contempla la existencia humana como un tránsito cuyo sentido penetra en el más allá.

Así dice el Romano Pontífice que los hombres "creados por Dios a su imágen y semejanza, y destinados para Dios, perfección infinita, al advertir, hoy más que nunca en medio de la abundancia del moderno progreso material, la insuficiencia de los bienes terrenos para la verdadera felicidad de los individuos y de los pueblos; sienten por lo mismo en sí más vivo el estímulo

hacia una perfección más alta, arraigado en su misma naturaleza racional por el Creador, y quieren conseguirla principalmente con la educación. Sólo que muchos de entre ellos, insistiendo casi con exceso en el sentido etimológico de la palabra, pretenden sacarla de la misma naturaleza humana y realizarla con solas sus fuerzas. Y en esto fácilmente yerran, ya que, en vez de dirigir la mira a Dios, primer principio y último fin de todo el universo, se repliegan y descansan en sí mismos, apegándose exclusivamente a lo terreno y temporal; por eso será contínua e incesante su agitación, mientras no dirijan su mirada y su trabajo a la única meta de la perfección, a Dios, según la profunda sentencia de S. Agustín: "Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti". (Carta Encíclita de Pío XI sobre la Educación Cristiana).

Creaturas de Dios, destinadas a poseerlo, dolorosamente afectadas por las limitaciones y bajas tendencias provenientes de un pecado original, agravadas por todas las imperfecciones, taras y debilidades heredades de nuestros antepasados, la educación está llamada a realizar una verdadera obra de reconstrucción en la que la gracia y la naturaleza deben cooperar con íntima y armónica vinculación.

Importa distinguir en la educación aquella que con miras preponderantemente utilitarias prepara al individuo para subvenir a sus necesidades materiales, informándolo sobre las realidades del mundo exterior, principalmente mediante el conocimiento de ciencias naturales; de la que tiende a una formación espiritual y moral de la persona, combatiendo su natural egoismo para exaltar sus tendencias sociales de cooperación con los demás. Desde este punto de vista el amor al prójimo constituye norma suprema de todo sistema educativo.

Proclama de esta suerte la Encíclica que venimos citando: ".. puesto que la educación esencialmente consiste en la formación del hombre tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual fué creado; es evidente que, como no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada al fin último, así, en el orden actual de la providencia, o sea: después que Dios se nos ha revelado en su Unigénito Hijo, único "camino, verdad y vida" no puede existir educación completa y perfecta, si la educación no es cristiana.

En lo cual se hace patente la importancia suprema de la

educación cristiana, no sólo para los individuos, sino también para las familias y toda la sociedad humana, ya que la perfección de ésta no puede menos de resultar de la perfección de los elementos que la componen. E igualmente, de los principios indicados resulta clara y manifiesta la excelencia, que puede con verdad llamarse insuperable, de la obra de la educación cristiana, por ser la que atienda, en último término, a asegurar la consecución del Bien Sumo, Dios, a las almas de los educandos, y el máximo bienestar posible en esta tierra, a la sociedad humana. Y esto de la manera más eficaz que sea realizable por parte del hombre, cooperando con Dios al perfeccionamiento de los individuos y de la sociedad, en cuanto la educación imprime en los ánimos la primera, la más potente y la más duradera dirección de la vida".

Entendida así la educación, satisface al mismo tiempo los fines individuales, los fines sociales y los propósitos del Estado.

Es misión superior del Estado la realización del bien común mediante la actuación de un derecho justo, mas ningún orden normativo es realmente observado sino en un ambiente de cultura asegurada por la educación, porque la mejor garantía del derecho es la sumisión espontánea de los individuos a las normas que él inspira mediante la convicción de su justicia y obligatoriedad. Por otra parte, en cuanto el contenido final del derecho es la norma moral, la educación que se imparte en el ambiente religioso es imprescindible para satisfacer sus exigencias. Lugar común inspirado en determinadas escuelas filosóficas pretende establecer una independencia entre religión y moral, más aún cuando lograra establecerse una distinción puramente lógica entre conceptos religiosos y conceptos morales, en la realidad psicológico-social del hombre los principios morales y religiosos actúan como algo indivisible en un campo que no es susceptible de desintegración. Todo aquello que en nuestro derecho vigente o en la actuación política que en él se inspire, tienda a proscribir la educación religiosa y a atacar los derechos de los padres para educar a los hijos es, por ende, el más grave obstáculo contra la educación del mexicano y redunda en el mantenimiento de un ambiente de incultura contrario a los fines últimos de la moral, del derecho y del Estado.

El primer problema que se plantea en México en relación con la educación radica en la educación misma, es decir, en la necesidad de llevar sus beneficios al mayor número posible de núcleos de población. A pesar de los encomiables esfuerzos

emprendidos por los últimos Gobiernos de México para llevar a las masas la cultura más elemental que consiste en la enseñanza del alfabeto y de la obra extraordinaria desarrollada por las organizaciones católicas en el campo educativo, pese al ambiente precario en que se ven obligadas a desarrollar su misión, una gran parte de la población continúa sumida en la mayor incultura si nó en el analfabetismo. Extender los beneficios de la educación al mayor número de mexicanos, vigorizar extraordinariamente el aspecto moral de la educación, es, con el económico, el más grave de los problemas nacionales. Ante la evidencia de que el Estado no puede satisfacer por sí solo las necesidades culturales de la población, debe no sólo admitir sino fomentar la actividad de los particulares al servicio de la enseñanza. Desde este punto de vista el artículo 3o. Constitucional representa el más grave obstáculo y la lucha por su derogación y la reconquista de una verdadera libertad de enseñanza, en el ambiente de la libertad religiosa, significa uno de los más altos deberes de los católicos mexicanos.

Bien conocidas son las críticas que reiteradamente se han dirigido contra el inusitado sistema de limitaciones a la libertad de enseñanza adoptado en un precepto constitucional que adolece del más notorio anacronismo por cuanto los ideales del mundo occidental expresados en la declaración Universal de Derechos del Hombre y del Ciudadano, que México, con las Naciones Unidas, se ha obligado a implantar, se orientan categóricamente en el sentido del más absoluto respeto a la libertad de enseñanza así como a la libertad religiosa.

Aún cuando la campaña por la libertad de enseñanza determinó la derogación de aquel absurdo artículo tercero que propugnaba la ridiculizada "interpretación racional y exacta del universo" y orientaba peligrosamente la educación por senderos de un socialismo que nunca llegó concretamente a definirse, el texto de precepto actualmente en vigor, así responda a un principio de rectificación, insiste en establecer una dictadura educacional contraria en todo a la estructura del Estado Mexicano, como organización democrática fundada en el reconocimiento de la libertad de los gobernados.

Difícilmente podría encontrarse mezcla más abigarrada y contradictoria de principios opuestos. Invocando la libertad de creencias se acierta cabalmente en desconocerla al proscribir la instrucción religiosa del campo de la educación primaria, secun-

daria y normal. Atribuye como fines a la educación aportar elementos para favorecer en el educando, la apreciación de la dignidad de la persona y la integridad de la familia, más al desconocer la libertad religiosa y el derecho de la familia a la educación de los hijos atenta contra la dignidad de la persona y contra la integridad familiar. Pretende orientar a la educación hacia ideales de fraternidad e igualdad de derechos de todos los hombres y prohibe la única forma de enseñanza —la religiosa— que verdaderamente fortalece los sentimientos de igualdad y fraternidad. Finalmente, recalca el carácter democrático del Estado pero defrauda la democracia misma, adoptando actitudes dictatoriales mediante la erección de normas repudiadas por el pueblo mexicano, que es tradicional e íntimamente católico.

La afirmación del derecho de los padres para educar a sus hijos ha sido doctrina tradicionalmente sutentada por la Iglesia e incompatible con las prohibiciones contenidas en el Artículo Tercero.

"Primeramente —declara la Encíclica que venimos tomando como base— con la misión educativa de la Iglesia concuerda admirablemente la misión educativa de la familia porque ambas proceden de Dios, de una manera bien semejante. En efecto, a la familia, en el orden natural, comunica Dios inmediatamente la fecundidad, principio de vida y consiguientemente principio de educación para la vida, junto con la autoridad, principio de orden... La familia, pues, tiene inmediatamente del Creador la misión y, por tanto, el derecho de educar a la prole, derecho inalienable por estar inseparablemente unido con la estricta obligación, derecho anterior a cualquier derecho de la sociedad civil y del Estado y por lo mismo inviolable por parte de toda potestad terrena".

Y continúa asentando:

"Por la naturaleza tienen los padres el derecho a la formación de los hijos, con este deber añejo, que la educación y la instrucción del niño convenga con el fin para el cual por la bondad de Dios, han recibido la prole".

Por todo esto el padre de familia está obligado a luchar por los caminos de las instituciones democráticas, enérgica e incansablemente, a conquistar la libertad de enseñanza que solo le es negada por temor a prejuicios y fanatismos negativos.

Así no sólo satisfará deberes eminentemente religiosos sino

que rendirá un servicio a la patria cooperando a la moralización del pueblo y a la integración de la nación.

En un momento, en que el Gobierno Mexicano gestiona la adopción de medidas encaminadas a evitar el enriquecimiento ilegítimo de los funcionarios públicos y el lucro desmedido por parte de industriales y comerciantes, resulta oportuno advertir que las tendencias que se condenan, sancionadas mediante medidas represivas de difícil aplicación para las generaciones actuales, derivan de una profunda crisis moral que contamina a nuestras juventudes y que sólo puede conjurarse mediante la intensificación de una educación sustentada en los pilares de la religión y la moral.

El precepto católico que obliga a "enseñar al que no sabe", exige de los católicos que cooperen eficazmente en la campaña nacional contra el analfabetismo. Pero el católico no cumple con su obligación, si al mismo tiempo que enseña a leer no imparte al analfabeto instrucción elemental en los principios de su religión. Por esto, la campaña catequística debe combinarse adecuadamente en la lucha nacional para extirpar el analfabetismo.

Por demás está referirse a las limitaciones establecidas por el Artículo Tercero para instituciones particulares en orden a la educación. El régimen de autorización previa y el poder arbitrario otorgado al Estado para conceder o negar el permiso o retirarlo a quienes originalmente lo obtuvieron, implica una forma de dictadura contraria a la libertad de trabajo y al derecho de asociación, que son patrimonio de todos los pueblos civilizados.

La prohibición constitucional a los Ministros de los cultos y asociaciones religiosas para intervenir en la educación, deriva directamente de la lucha contra la Iglesia Católica iniciada en la época de la Reforma. El Estado Mexicano y todos los Estados democráticos que luchan tenazmente por la supervivencia de la cultura occidental, realización de la civilización cristiana; se enfrenta al comunismo como el más serio entre los peligros que la amenazan. En la más dramática lucha que ofrece la historia, la fuerza espiritual de la Iglesia Católica constituye la única defensa, verdaderamente poderosa, contra el comunismo. Proscri-

bir la intervención de la Iglesia en la educación, es tanto como dejar inerme a la sociedad occidental frente a los enemigos de su existencia.

La escuela positivista, que tanta influencia ejerciera en México de principios de siglo, en uno de sus muchos excesos llegó a señalar como divorciadas a la religión y a la ciencia. Nadie que se precie hoy de culto, es capaz de sostener actitud semejante. Sin embargo, por superficialidad cultural e ignorancia absoluta de los principios religiosos y del estado actual de las ciencias, son todavía muchos los profesores, principalmente de Secundarías y Preparatorias que continúan adoptando tal posición; su influencia es tanto más peligrosa, cuanto que no es franca y abierta, sino solapada y tortuosa; sin llegar a expresarlo categóricamente, dejan en el espíritu del alumno la impresión de que credo religioso e investigación científica no pueden coexistir, y que la religión constituye un lastre que el hombre de ciencia debe abandonar para no fracasar en su actividad. Proteger a la juventud contra este peligro, es misión de la mayor trascendencia. "Tan lejos está la Iglesia —declara Pío XI— de oponerse al cultivo de las artes y de las disciplinas humanas, que de mil maneras lo ayuda y lo promueve. Porque ni ignora ni desprecia las ventajas que de ellas provienen para la vida de la humanidad; antes bien confiesa que ellas, como vienen de Dios, Señor de las ciencias, así, rectamente tratadas, conducen a Dios con la ayuda de su gracia. Y de ninguna manera prohibe que semejantes disciplinas, cada una dentro de su esfera, usen principios propios y propio método..." Llevar al espíritu de los jóvenes estas ideas es deber ineludible del profesor católico. Supone una determinación clara y precisa de las relaciones entre la religión y la ciencia y la demostración de su esencial armonía, así como una evidenciación de las limitaciones de la ciencia cuando, abandonando aquel campo que es simple explicación de la naturaleza de las cosas inanimadas, penetra en los dominios de lo humano, como la psicología, la sociología, la ética, la interpretación de la Historia.

Capítulo especial merece la educación histórica del mexicano. El alejamiento de muchos mexicanos de la religión católica, más que en escepticismo frente a los dogmas, se explica por discrepancias en relación con la intervención de nuestra Historia. Delimitar en este terreno el campo de lo que el católico está obli-

gado a creer, de aquel en que su juicio es respetable como absolutamente libre, reviste la mayor importancia en la reconquista de las almas aparentemente perdidas para la Iglesia. Solo quienes practicamos el catolicismo podemos experimentar hasta qué grado somos espiritualmente libres. Cuando nuestro espíritu adquiere la paz que entraña conocer con convicción íntima el camino de la salvación y los medios para recorrerlo, quedamos en la más absoluta libertad para rechazar todo lo que fuera del radio de lo religioso-dogmático, es materia de opinión. En cambio, el que vive apartado de la observancia de las prácticas católicas e ignorante de los dogmas de la Iglesia o substraído a ellos, incide con la mayor facilidad en el dogma político, histórico o social. Aquel espíritu elemental de religiosidad que persigue dentro y fuera de nosotros la relación con Dios, reprimido o violentado, se desvía de su camino recto y se aplica en forma de fanatismo a las ideas científicas, sociales o políticas en las que todo es mudanza perpetua y constante evolución.

Una determinada interpretación de la Historia de México auspiciada por el Estado, empeñada en justificar a toda costa la actuación de los gobiernos que lucharon por la Reforma y de regímenes subsecuentes, ha elevado a la categoría de dogmas juicios de hombres y actos apartados en absoluto de la verdad histórica, para justificar lo injustificable y exaltar lo que sólo merece vituperio. Mas el historiador católico por reacción lógicamente explicable, ha incurrido en exageraciones similares en relación con los llamados "conservadores". Si la Historia Oficial se empeña en exagerar los méritos de los liberales, la Historia alimentada por un ambiente católico se esfuerza en justificar a toda costa a los conservadores, para negar todo mérito a los del campo contrario. Mas todo lo que es contrario a la verdad desapasionada y serena fracasa en sus propósitos. Para suprimir diferencias entre los mexicanos, debemos tender hacia una revaloración a una explicación de la Historia de México que con un espíritu de comprensión disculpe los errores de unos y otros y aquilate sus aciertos.

En idéntico espíritu de verdad y ponderación debe inspirarse una crítica de la llamada Revolución Mexicana, que calibrando con justicia sus errores y aciertos deje en el espíritu del católico un sedimento que le permita juzgar equilibradamente sobre la actuación de sus gobernantes para exigirles las responsabilidades que les incumben.

Importante es por todos conceptos la interpretación de la Historia Universal, tanto para censurar los errores de los historiadores protestantes, como para demostrar la falsedad de la interpretación materialista de la Historia, que es piedra angular del comunismo ateo.

Motivo importantísimo de reflexión debe ser la orientación de la educación en la lucha contra el comunismo.

A este respecto, es preciso reconocer que el veneno comunista ha penetrado en múltiples espíritus, al amparo de un régimen anárquico de educación desorganizada y a consecuencia de los errores adoptados en sucesivas reformas al Artículo Tercero Constitucional, propicios para la propaganda de doctrinas que echan por tierra los fundamentos mismos de la sociedad y del Estado.

La única forma eficaz para combatir en el campo de la educación la influencia comunista, es la propaganda del pensamiento cristiano inspirado en las Encíclicas Papales. Cualquier esfuerzo para propagar en el espíritu de los ciudadanos, católicos o escépticos, los principios proclamados en materia social y económica por los Sumos Pontífices, podrá pecar de moderado. Insistir sobre todo, que la falsa idea de que las injusticias sociales inherentes al régimen capitalista han sido fomentadas por la Iglesia, reviste la mayor importancia para poner fin a una desorientación favorable a la propaganda comunista. Mostrar en la forma más categórica como el capitalismo y el régimen de injusticia social que le es inherente, fueron fruto exclusivo del espíritu utilitario fomentado por la Reforma protestante y de la ambición desorbitada de industriales y comerciantes que se alejaron de la religión católica, porque sus preceptos se elevaban como freno insuperable a su codicia.

Por lo demás, justicia social sin comprensión no es concebible. Las naciones unidas se esfuerzan por encontrar un programa en que la armonía de la libertad individual y la justicia social asegure la supervivencia del mundo occidental. Mas no han encontrado la fórmula que pueda enarbolarse vigorosamente como bandera frente a la invasión soviética. Ni es susceptible de encontrar ante el empeño de olvidar que la civilización occidental no es concebible en su nacimiento, evolución y perduración sino a través del Cristo de la Iglesia Católica. El principio del amor al prójimo como a uno mismo y del amor a Dios sobre

todas las cosas inspira las normas que rijan el mundo de la economía. La actitud que el católico asuma ante el problema de la educación exige la adopción de postura concreta en relación con el pensamiento católico aplicado a la solución de los problemas del mundo occidental y en especial de los problemas nacionales. En tanto que dicha postura no haya sido llevada a una realidad concreta, la amenaza del comunismo ateo será cada vez más inminente. Una colaboración de la Iglesia y del Estado, és desde este punto de vista condición de supervivencia.

CONCLUSIONES

1.—Dado el ambiente de laicismo en que se ha formado y sigue formándose la mayor parte de nuestra niñez y juventud, iniciese de inmediato una campaña permanente de difusión de la doctrina de la Iglesia en materia de educación, utilizando todos los medios adecuados.

2.—El Artículo 3o. Constitucional representa el más grave obstáculo para la cultura católica en México. Su texto establece una dictadura educacional contraria en todo a la organización democrática del Estado Mexicano y atenta contra la dignidad de la persona humana y contra los derechos de la familia y de la Iglesia. Al proscribir la intervención de la Iglesia en la educación de nuestra niñez y juventud, deja inerme a la civilización occidental frente a los enemigos de su existencia. Por consiguiente, procúrese reivindicar por los medios legales, los derechos de la Iglesia y de los padres de familia en materia de educación.

3.—Teniendo en cuenta el inmenso porcentaje de nuestros alumnos que principalmente por razones económicas, hacen sus estudios primarios, secundarios y profesionales en escuelas oficiales laicas y el pavoroso problema que esto plantea a la Iglesia y a la sociedad:

a) Estúdiese la manera práctica de multiplicar los centros de instrucción religiosa dentro y fuera de los templos.

b) Multiplíquense las escuelas gratuitas y de cuotas moderadas.

c) Establézcanse escuelas especiales para campesinos e hijos de campesinos, procurando la difusión y progreso del catolicismo en el medio rural, prestando especial atención a la formación adecuada del personal docente.

d) Complétese la labor educacional con planteles especiales para adultos analfabetos, atendiendo preferentemente su educación religiosa.

e) Promuévase por todos los medios adecuados y obténgase el apoyo del Venerable Episcopado para la formación de maestros religiosos especializados en la educación de los sordomudos, ciegos e incapacitados mentales.

4.—Estimúlese vigorosamente la vocación docente inspirada en los grandes ideales de la formación del joven católico, teniendo especial cuidado en elevar el nivel de vida de los maestros, procurándoles el perfeccionamiento y la especialización en su profesión y asegurando el futuro de los maestros de las escuelas católicas, mediante la jubilación, de la que hasta ahora no han disfrutado.

5.—Trabájese activamente en establecer centros de preparación para dirigentes de las clases trabajadoras.

6.—Suplicar respetuosamente a los Excelentísimos Prelados, presten una muy especial ayuda a las organizaciones dedicadas a suplir o completar la formación católica de los jóvenes que asisten a Universidades, Institutos y Escuelas de Estudios Superiores oficiales.

7.—Pugnar con toda insistencia y actividad por la creación de una Universidad Católica Mexicana y, por lo menos, de una Escuela Normal católica en cada Estado.

8.—Cooperar eficazmente al establecimiento de Asociaciones de Padres de Familia en las escuelas oficiales y particulares, organizándolas en uniones estatales y constituyendo todas ellas la Unión Nacional de Padres de Familia.

Problemas Actuales de la Realidad Mexicana

Por el Sr. Lic. Efraín González Luna.

Sin cesar desgarrada por hondas crisis y sacudida por tremendas convulsiones, la vida moderna, desnuda de ornamentos y artificios, ha dejado al descubierto elementos estructurales cuya función esencial ocultaron por siglos formaciones secundarias. Nuestra época es y necesita ser, al mismo tiempo, radicalmente personalista y radicalmente comunitaria.

Una experiencia dramática está providencialmente imponiendo el conocimiento y la reconciliación de Persona y Comunidad, para la unidad humana capaz de cimentar un orden nuevo.

El concepto y la inspiración de la cultura han sufrido la pendulación propia de tendencias unilaterales en conflicto, parejamente equivocadas y fecundas en frutos de distorsión y extravío

La cultura no es cultivo de huertos personales para la superioridad y el gozo egoísta de los privilegiados del espíritu, ni es tampoco organismo incontrastable o maquinaria aplastante manejada por la comunidad y el Estado para servidumbre del hombre personal; sino, al mismo tiempo, medio vital que concurre a configurar el ser y la conducta personales y resultante colectivo, en un recinto geográfico y en una duración histórica determinados, de este ser y esta conducta, libremente multiplicados y uniformados por la común participación en la misma fuente espiritual.

El cristiano no puede ignorar la cristiandad. Cada miembro del Cuerpo Místico está a él vinculado por la comunión de los santos. En esta relación se proyecta a los niveles superiores del orden sobrenatural la posición recíproca que la naturaleza impone a cada elemento biológico respecto del organismo viviente y a cada hombre frente a la sociedad civil.

La cultura comunica eternidad e historia, religión y vida temporal, persona y comunidad, naturaleza y espíritu. Es, consiguientemente, encrucijada decisiva para el destino humano. Ubicar en ella la realidad y los problemas de México, es darles planteamiento íntegro y radical y, consiguientemente, iluminar con claridad definitiva soluciones y caminos.

Analicemos brevemente unos cuantos rasgos substanciales de la realidad social de México:

1.—Es dolorosamente característica la desigualdad de condiciones materiales y espirituales entre los mexicanos.

En un organismo sano la energía biológica está uniformemente distribuida en órganos, tejidos y elementos integrantes de la unidad total. Congestión o anemia, hipertrofia o raquitismo y, en suma, presencia anormal, por exceso o carencia, de un factor vital dado en cualquier parte del organismo, determinan vicios de constitución o trastornos funcionales, es decir, en uno y en otro caso, estados patológicos.

Una sociedad ordenada plantea idénticos requerimientos: trabajo, riqueza o, si se quiere, disponibilidad de satisfactores económicos, salud física, educación, moralidad, decoro y libertad, deben ser accesibles para todos en grados de participación inevitablemente diversos pero tan aproximadamente iguales como sea posible.

La aproximación biológica es ya una razón válida en favor de la tesis expuesta, porque la sociedad, realidad viviente, aunque no organismo en el sentido material y estricto de la palabra, queda sujeto a las leyes universales de la vida. Pero no hay necesidad de aproximaciones o metáforas para justificar las anteriores afirmaciones, cuya validez arranca de la naturaleza específica del ser social.

La sociedad civil es forma natural de convivencia para ase-

gurar al hombre personal y a las comunidades elementales medios de cumplimiento de su bien propio, que serían imposibles en la dispersión o el aislamiento. Todos los hombres, hijos de Dios y creados a su imagen y semejanza, tienen la misma naturaleza sensible y espiritual, origen y destino idénticos, vocación a los mismos bienes. La sociedad, por tanto, debe asegurar para todos la satisfacción de mínimos vitales o niveles imprescindibles de bien material y espiritual cuya carencia, al contrariar la naturaleza humana, implicaría desorden y frustración en la comunidad social.

La igualdad específica de los hombres reclama, por tanto. acceso general y suficiente a los bienes necesarios para el cumplimiento de su fin. No es razonable ni justo que unos tengan en exceso mientras que otros carezcan de lo necesario.

Por otra parte, la substancia social, la vinculación permanente de los hombres en comunidad, consiste en la concurrencia de conciencias, voluntades y conductas para la consecución del bien común. Y no puede ser indiferente para la cohesión y la eficacia de la convivencia el que, como sucede en estados sociales desordenados, la mayor parte de los miembros de una sociedad sufran miseria, injusticia y abandono, estén hundidos en ignorancia y abyección e impedidos, por regla general, de conocer, amar y gestionar el bien común, mientras que una minoría privilegiada goza de ciencia y arte, abundancia económica, respeto, seguridad y descanso.

Insistimos en que la desigualdad señalada no es solamente económica o material, sino también espiritual. Para enfocar el problema desde el punto de vista propiamente de este Congreso, digamos que hay una desigualdad de capacitación en los mexicanos como sujetos de cultura católica, es decir, de conocimiento y de fe en relación con la verdad católica, y como sujetos de recta conducta católica en la vida social.

Esta falla procede, fundamentalmente, de los impedimentos opuestos a la acción evangelizadora de la Iglesia, disminuída o paralizada antes de que pudiera completar la estructuración cultural de México.

La empresa era en sí misma una gigantesca acumulación de dificultades inherentes. No es lo mismo convertir que colonizar. Hacer del indio un civilizado y un cristiano y construir una Nación sobre la piedra fundamental del mestizaje de la sangre y de

la cultura, es gesta de titanes del espíritu. Cualesquiera que hayan sido los desfallecimientos y las desviaciones culpables, esta gloria de la España católica no podrá serle arrebatada jamás.

El medio geográfico y la organización social y antecedentes históricos inmediatos de la evangelización, multiplicaban los obstáculos y la codicia y maldad de conquistadores cuyo número afortunadamente no puede considerarse determinante, frenaba sin cesar el ímpetu de la caridad y del apostolado.

Después vendrían el inevitable proceso de secularización impuesto por el patronato real; la anemia espiritual de la corona española bajo la dinastía de los borbones; la consiguiente decadencia de España y la desviación antirreligiosa del Estado, manifiesta en agresiones tan ruinosas como la supresión de la Compañía de Jesús en plena tarea misional y cultural. El capítulo final es el de desbarajuste, corrupción, despotismo y persecución sangrienta o larvada que han caracterizado con breves paréntesis al Estado Mexicano.

Hay un inmenso número de mexicanos "misionables", no sólo las tribus indígenas segregadas, más o menos radicalmente, por el culpable abandono en que las tenemos; sino masas muy considerables de población supuestamente incorporadas a formas civilizadas de vida. Muchas veces apoyados en datos secundarios y meramente exteriores, como el lugar de habitación, el acceso, al menos teórico, a bienes de consumo propios de las sociedades occidentales, las formas de trabajo y tal vez dosis mínimas de instrucción, juzgamos equivocadamente que participan de los valores esenciales de la cultura cristiana gentes que en realidad están muy alejadas de ella.

No sólo el proletariado de la miseria económica, sino el de la miseria espiritual, reclaman redención. Quienes forman parte de uno o de otro o, más bien, por regla general, de ambos, están incapacitados para ser sujetos activos de una cultura cristiana a la que están articulados por enlaces mínimos, suficientes tal vez para la salvación, por la infinita misericordia de Dios y porque la culpa de la indigencia que padecen recae en gran parte sobre otros. No pueden ser testigos, ni apóstoles, ni defensores de valores espirituales que no entienden ni practican en amplias provincias de su comportamiento, ni aman en su substancia medular. Junto a este proletariado espiritual están los que sí pueden ser, pero no son, sin embargo, obreros de la cultura católica en México, los burgueses del espíritu, de quienes nos ocuparemos en seguida.

II.—Otro dato característico de nuestra condición social puede formularse como *dimisión o ausencia de los directores, de los grupos selectos sobre quienes primariamente recae la responsabilidad de la vida común.*

Adviértase que no hablamos de carencia, sino de ausencia. No nos han faltado hombres capaces de empuñar timones, sostener estructuras y encabezar las empresas nacionales, así las cotidianas y modestas, como las extraordinarias y heroicas; pero los jefes potenciales no han querido o no han sabido serlo de hecho. Los llamados al ejercicio de la autoridad social han cerrado los oídos al llamamiento inexcusable, para abrirlos solamente a los requerimientos privados.

La igualdad de naturaleza no implica equiparación individual entre los hombres. No están igualmente dotados de inteligencia, salud y vigor; tienen temperamentos, aficiones, caracteres y vocaciones diferentes; no están igualmente preparados para afrontar las faenas que el vivir les plantea y su existencia transcurre en medios y condiciones múltiples. A la común identidad substancial se agregan coeficientes personales o circunstanciales que determinan la variedad y la originalidad irreductible de los protagonistas y de las aventuras.

A esta diferenciación corresponden las diversas categorías sociales. Los mejor dotados, los integrantes de las élites o grupos selectos, tienen mayor responsabilidad que los de condición más modesta en la obra de todos, en el destino de la comunidad que condiciona el destino de todos.

Quienes por cualquier título son preeminentes en la inteligencia y el saber, en el temple de la voluntad, en la disponibilidad de bienes económicos y, en suma, en la aptitud vital y, por serlo, influyen en el escenario de su acción temporal y pueden ejercer, naturalmente, autoridad social y asumir funciones de jefatura, magisterio y servicio, faltan a su deber cuando eluden la misión y la responsabilidad que son justificantes únicos de los dones providenciales que les han sido asignados.

La superioridad como privilegio, como situación o medio de goce egoísta, es impía, inhumana y antisocial. Las llamadas clases directoras, que nunca se han cuidado de serlo realmente, si no postulan, al menos practican la noción de la fe católica y, en general, de los valores espirituales cristianos, como privilegio y camino personal o como cerrado huerto familiar.

Quedan así mutilados de su virtud social aquellos valores y se vuelve inevitable el destructor proceso de secularización de la cultura, que revierte sus larvas arrasadoras al recinto de la vida personal, acelerando en todos los órdenes del ser humano la subversión materialista y pagana. Urge alumbrar en la conciencia de los católicos mexicanos la noción clara de sus deberes sociales, para suscitar la conducta recta y generosa que haga posible el cumplimiento de todos ellos.

Montañas de prejuicios, desviaciones y rutinas, han sepultado ideas y normas que sin embargo, son tan evidentes como imperativas.

Aun en los mejor orientados y dispuestos es frecuente observar la fragmentación de los criterios sociales, determinante de errores irreparables en la acción. Se ignora la venerable realidad social, integra y plena, y la obsesión de aspectos unilaterales se traduce en esfuerzos y obras desequilibrados, contradictorios e incoherentes. Sólo un conocimiento cabal del ser social puede fundar una conducta acorde con su realidad y con la jerarquía de sus exigencias.

El arduo camino de nuestra historia nacional está sembrado de frustraciones y absurdos por culpa, fundamentalmente, de la dimisión de los selectos; pero también del empirismo de los activos, cada uno aferrado a recetarios exclusivos que ignoran al paciente y sólo saben de una parcela singular del organismo enfermo.

La enclaustración del cristiano, no para proveerse de las luces y energías que harán de él un obrero infatigable y victorioso de la ciudad de los hombres y de la ciudad de Dios, sino para segregación y aislamiento de los órdenes privado y colectivo, es el medio más infalible de destrucción de los valores cristianos, primero en la sociedad, pero después, fatalmente, en los claustros, en los recintos siempre vulnerables del confinamiento esterilizador.

Localicemos algunos de los puestos capitales que los llamados a asumirlos han dejado vacíos:

a).—El intelectual y el artista, el profesionista y el técnico, son titulares de bienes que, por más puramente espirituales, son también más comunicables. Tal vez a esta razón se debe que el Catolicismo se haya defendido mejor en este terreno que en otros; pero no podemos ignorar que su posición ha declinado y

está muy lejos de ser la que corresponde al maestro genuino y constructor de la nacionalidad. Va extendiéndose y reforzándose a ojos vistas el monopolio, a veces tácitamente neutro, pero, en realidad, deliberadamente anticristiano, de las actividades culturales; es cada vez mayor el número de los mexicanos que se alejan, a distancias más o menos grandes e irrevocables, del hogar espiritual de la Iglesia y para la inmensa mayoría de los católicos aptos para las labores de la cultura la idea de misión no figura en el repertorio de sus motivaciones ni de sus designios.

Necesitamos reaccionar contra predisposiciones y hábitos egoístas, contra complejos propios de inferioridad y contra ajenas maniobras de relegación y reivindicar nuestro puesto en el campo de la cultura, no, claro está, en nombre de glorias pasadas, sino de realidades y aptitudes presentes; no, claro está, en busca de rangos, prestigios, satisfacciones y provechos, sino de apostolado y servicio social.

No hay misterio o revelación del cosmos, ni disciplina científica, ni arte o técnica, ni problema filosófico, que nos estén vedados. Y sobre este universo gravita el orden infinito de lo sobrenatural, de lo eternno y absoluto, de Dios, patria y fin de todos los hombres, que nosotros anhelamos y que ignoran o rechazan quienes reducen sus horizontes al pequeño recinto de la naturaleza.

Traiciona a la cultura quien estorba su predestinación social.

b).—La obra de la caridad católica en México es deslumbrante. Realizó en el pasado y sigue cumpliendo obras magníficas, grandes y pequeñas, conocidas y ocultas. Su natural adscripción a la Iglesia y su esencia social irrevocable, la han salvado, más tal vez que cualesquiera otras formas de acción personal, de la desviación individualista que estamos señalando; pero su inmunidad no es completa ni mucho menos. Basta pensar en la importancia de los recursos que no la pobreza, sino el egoísmo o la inconciencia, alejan de las necesidades y miserias del pueblo y, por otra parte, en la incoherencia e improvisación de tantos benéficos esfuerzos que frecuentemente reiteran soluciones de problemas secundarios o ya resueltos, al mismo tiempo que se abandona la atención de los más graves y dolorosos.

c).—En el orden de las relaciones de trabajo y, en general, de la economía y la justicia social, se advierte con peculiar gravedad la falla que estamos describiendo.

Clama el cielo la miseria desgarradora de la mayoría de nuestro pueblo y, sin embargo, la reforma social, necesaria y estrictamente obligatoria, no figura en el repertorio de los deberes, ni siquiera de las preocupaciones de un número inmenso de católicos capaces, sin embargo, por sus condiciones personales y su posición, de ser factores eficaces en esta empresa urgentísima. Falta visión del problema, falta convicción y amor de la justicia, falta caridad con dimensiones sociales.

Muchas veces empresarios de conciencia delicada en el orden de las relaciones individuales y generosamente dispensadores de su riqueza para obras piadosas o de caridad, consideran como agresión atentatoria o intento subversivo o demagógico, demandas de sus propios trabajadores o recomendaciones que no son en el fondo sino llamamientos al deber social.

Aun entre católicos prevalecen prácticamente, y a veces son explícitamente afirmados, criterios estrictamente liberales.

No bastan la ortodoxia doctrinal ni la fervorosa devoción, ni siquiera la dispensación de limosnas y donativos benéficos, para afrontar razonable y cristianamente el problema social de México.

Estamos obligados los católicos a realizar prácticamente y luego, una reordenación de la vida social mexicana, cimentándola y estructurándola con la justicia y la caridad.

Necesitamos elaborar técnicas e instrumentos de aplicación de la doctrina social de la Iglesia, a fin de que muy pronto no haya en México quien carezca de lo necesario para vivir con suficiencia y dignidad de hombre, mientras otros despilfarran o atesoran lo superfluo o lo consumen en satisfacciones egoístas.

No es suficiente estudiar, creer, dar. Es preciso edificar un orden social.

d).—Culminación y síntesis de todos los oscurecimientos del juicio, de los desmayos o torceduras de la voluntad y de los extravíos del comportamiento que tejen este sistema de abstenciones y cavan abismos entre las aptitudes y deberes de los católicos mexicanos y los calcinados terrenos sociales de aplicación que ansiosamente necesitan y esperan su cumplimiento, es el abandono de las funciones específicamente dirigidas a la realización del bien común, por la investidura y el ejercicio de la autoridad legítima, recta y eficaz.

Si el bien común por más universal es "más divino", según la expresión de Santo Tomás de Aquino; si es condicionante de los bienes propios de la persona y de las comunidades elementales; si estos bienes se hunden cuando aquél naufraga; si es imposible la vigencia del bien común, a no ser a costa de esforzadas vigilias y perseverantes gestiones, evidentemente el deber del cristiano respecto del bien común, es no sólo real, sino preeminente.

La denominación "el cristiano" incluye a hombres y mujeres, igualmente obligados por este deber. A no ser que se niegue a la mujer naturaleza humana y condición social, tiene que reconocérsele responsabilidad idéntica, a la que gravita sobre el hombre respecto del bien común.

Es inconcebible que en esta hora del mundo y de México, cuando la voz del Papa subraya clamorosamente la evidencia de estas viejas verdades y urge su aplicación práctica, todavía haya católicos que apuren el ingenio para atrancar con sinrazones la puerta que debiera abrirse ampliamente para asegurar la acción salvadora de la mujer católica en la vida pública.

III.—Se explica ya el último de los datos sobresalientes de la realidad nacional que queremos mencionar en este incompleto sumario: la *invertebración institucional.*

Hemos padecido exceso de programas, de teorías y de figuras legales, sólo comparable con la carencia de instituciones positivas, orgánicamente normales, aplicadas al servicio de sus fines propios, connaturalizadas con el país y, en suma, vivientes y eficaces.

Letra muerta, fachadas fraudulentas, palabras, proyectos, textos y pretextos; a esto se reduce nuestro costoso repertorio institucional. Peor aún, la red de ficciones mentirosas impide la instauración o el funcionamiento de las instituciones, que son necesarísimas, vitalmente imprescindibles. Tras la simulación de sus apariencias, fuerzas e intereses ilegítimos las suplantan y frustran.

Sin estructura institucional auténtica, a la medida y al servicio de la Nación, ésta deriva como nave abandonada al capricho de apetitos y pasiones, ideologías copiadas y ensayos irresponsables que la desvían de su vocación propia, desfiguran su

identidad y destruyen sus esencias. Todo esto no acontece en un mundo remoto o imaginario, sino que tiene repercusiones prácticas inevitables: la comunidad inerme que en el barco navega, queda condenada a sufrir riesgos y males ilimitados, como sucede siempre que pilotos y tripulantes desertan, ciegos a su misión o seducidos por la atracción de los pequeños paraísos insulares.

En el fondo, una injustificable desarticulación de la naturaleza humana es la causa de la deserción señalada, de la absurda erección de tabiques que bloquean el acceso a la sociedad de sus recursos vitales. No puede impunemente seccionarse una realidad viva.

Es una y continua la actividad moral del hombre, la trayectoria que no se quiebra en el tránsito de los cauces personales o familiares al ancho estuario de lo social. Uno es el operario, una la obra, una la responsabilidad y uno solo el sujeto responsable. Donde quiera que esté el protagonista de la conducta racional y libre, es decir, humana, el dueño del destino intransferible, le obliga a hacer el bien y abstenerse del mal, cumplir los mandamientos, amar al Señor su Dios y a su prójimo como a sí mismo.

El Cristianismo, lejos de derogar o disminuir la dimensión social de lo humano, la iluminó con claridad definitiva, la hizo más obligatoria que nunca, la elevó al más alto nivel de las virtudes y de los méritos y condicionó a ella la salvación. La solidaridad social fué transubstanciada en caridad.

El cristiano tendrá que dar cuenta de su conducta social. El deber social no es susceptible de exenciones ni substituciones discrecionales. Obliga con la estricta vigencia de cualquier otro deber.

La convicción no es luz estéril: inspira y mueve la voluntad para la conducta personal. La generalización y permanencia de las conductas personales engendra las costumbres colectivas, las corrientes populares. Al conjugarse éstas con los demás factores de la realidad nacional, dan nacimiento a leyes e instituciones. Que siga la corriente del espíritu el declive de su cauce propio y la fe, los valores cristianos, desembocarán naturalmente en las instituciones sociales. Sólo obstruyendo el cauce se desviarán las aguas del espíritu al pantano de la comodidad estéril, del egoísmo y de la inercia, mientras mueren de sed e inanición los órganos vitales de la comunidad.

Contradiciendo las más substanciales exigencias del mensaje evangélico, actuando contra el Cristianismo, el cristiano segregado, el de los niveles superiores, el de las categorías directoras, el de los dorados aislamientos, el de la conciencia cerrada a las justas demandas de la sociedad en que vive, comunidad de hijos de Dios, porción del Cuerpo Místico de Cristo, la condena o deja que sea condenada a ser un organismo contrahecho, miserable, invertebrado, en vez de la nación ordenada, justa, libre, suficiente y alegre, es decir, cristiana, que puede y debe ser.

El materialismo intentó radicar en la economía el motor causal de la historia; pero cuando de hacer teorías de la evolución histórica, pasó a hacer historia, ha tenido que acudir al espíritu para despertar y encender el anhelo, la esperanza y la voluntad de sacrificio y heroísmo de los hombres, con que intenta construir el mundo nuevo de la sombra, la desesperación y la esclavitud.

El Catolicismo es depositario y titular de los más ricos tesoros espirituales, de los divinos tesoros de verdad, de amor y de gracia, que, además de ser los únicos capaces de salvar a los hombres conforme a la promesa indefectible del Redentor, ya han hecho sus pruebas como victoriosamente aptos para transformar el mundo, liquidar imperios, crear civilizaciones y culturas superiores, organizar patrias como la nuestra. No cegemos la fuente del bien social, no comprometamos la suerte de nuestra Patria en que están implicadas nuestra propia suerte personal y la de nuestros hijos.

La realidad social de México no corresponde a un orden cristiano. Es ésta una verdad que necesitamos ver de frente. Asambleas como ésta no son espectáculo, sino examen de conciencia, ocasión de rectificaciones, fuente de energías y taller de decisiones que aseguren un trabajo eficaz.

Ni nuestra fe personal, ni la abundancia de valores humanos en el orden individual, ni nuestros orígenes nacionales saturados de esencias cristianas, ni nuestra venerable tradición, ni la prodigiosa calidad espiritual de nuestro pueblo, podrán ser factores operantes de nuestra rehabilitación, si no se resuelve el problema que nos estrangula y que consiste en esa falta de comunicación orgánica entre los dos órdenes de realidades humanas que integran la cultura: el personal y el colectivo.

Si falta esta articulación esencial, si los valores espirituales se esterilizan en ínsulas particularistas de abandono o de inercia, cortándose las corrientes vivificadoras de la comunidad social, las fuerzas negativas, en subversión cada vez más desenfrenada, esclavizarán y corromperán al hombre personal e impedirán, no sabemos por cuánto tiempo, todas o casi todas las posibilidades de acción eficaz de aquellos valores en nuestra Patria. Son momentos de un proceso fatal. La desintegración de un orden acaba por ser tragedia común de la persona y de la comunidad, cualquiera que haya sido su punto de partida.

La cultura es un sistema de vasos comunicantes y, para ser saludable y fecunda, requiere, al mismo tiempo, vida católica real y vigorosa de los católicos personalmente considerados y vigencia efectiva de los valores católicos en la convivencia social. Es un problema de conducta social del católico inspirada y dirigida por su fe y fructificando en las costumbres, las leyes y las instituciones.

Puede brotar pura y transparente el agua del manantial; pero si no tiene cauces que la lleven a cumplir su misión vivificante, si se encharca en inacción estéril, el lodo del pantano refluye a las fuentes y las vuelve sucias e inútiles.

El drama metafísico de México no es irremediable. Lo mismo en el orden del bienestar material, que en el de los bienes espirituales, somos potencialmente ricos. Estamos obligados a serlo actualmente, a realizar las magníficas virtualidades con que Dios nos ha dotado. Está bien que nos llene de satisfacción y de legítimo orgullo el conocimiento de nuestros tesoros valiosísimos; pero seríamos culpables de una imperdonable frustración si nuestro pueblo siguiera viviendo raquítico, miserable y doloroso, en un territorio y en un marco de posibilidades económicas que podrían darle bienestar, seguridad, salud y alegría. Más culpables aún seríamos si la riqueza espiritual de México no fructificara en un orden social libre, justo, cristiano.

CONCLUSIONES

1.—El confinamiento a órbitas privadas de valores religiosos esencialmente destinados a tener vigencia práctica, fecunda y salvadora, en todas las esferas de la vida social, es una de las

causas de graves fallas y frustraciones en zonas capitales de la realidad nacional.

2.—El Congreso considera que debe fincarse en la formación de la conciencia de los católicos mexicanos sobre sus deberes respecto de la sociedad, el punto de partida de una recta conducta social generalizada y eficaz, para reforma de la condición actual de México y resolución de sus problemas.

3.—El Congreso somete respetuosamente al V. Episcopado su solicitud de directivas y normas superiores para la debida orientación de los católicos en materia social.

4.—Capacitar al católico mexicano para el cumplimiento de sus misiones y deberes en la comunidad civil es objetivo preeminente de una verdadera educación y constituye responsabilidad principal de las instituciones católicas de enseñanza.

5.—Es tarea necesaria y urgente de las organizaciones católicas de toda índole, en primer término de la Acción Católica, así como de educadores, escritores, artistas y en general de intelectuales y de todos los que tengan capacidad de orientación e influencia, el cooperar, dentro de su propia esfera de atribuciones, a la iluminación reiterada y la exigencia del cumplimiento de los deberes y responsabilidades de los católicos respecto de la sociedad civil en general y particularmente respecto de las masas populares.

6.—El Congeso reconoce la existencia del Secretariado Social Mexicano que, dentro del terreno estrictamente religioso y tomando en cuenta la realidad integra de México, define los criterios generales que hagan posible la jerarquización y coordinación de las actividades de los católicos en las diversas esferas de la vida social.

Principales Aspectos de la Actual Situación Económica a la Luz de la Doctrina Católica

Por el Lic. Agustín Reyes Ponce.

PRIMERA PARTE

LA RENTA NACIONAL

Explicaciones previas.

El objeto de esta ponencia es exponer los principales aspectos de la actual situación económica de México. y presentar los problemas derivados de ella que más interés tienen para la conciencia católica.

Este trabajo está dividido en dos partes. En la primera se estudia la situación de hecho: y en la segunda se hacen las apreciaciones críticas que corresponden. desde el punto de vista de la doctrina de la Iglesia.

El criterio de la exposición en la primera parte es esencialmente objetivo.

Hemos creido que cualquier valoración ética que pueda formularse sobre la situación —a veces extraordinariamente difícil— por la que atraviesan grandes núcleos de nuestra población lo mismo que los juicios acerca de las líneas de conducta que con-

venga seguir para lograr la mejor solución posible de los problemas que nuestra época plantea, deben descansar en un conocimiento previo de los hechos, tal y como se presentan a la observación directa de la realidad.

Los datos escuetos, las cifras estadísticas y aún las gráficas y diagramas constituyen un buen instrumental para nuestros propósitos.

Sin embargo, reconocemos de antemano que estos elementos de información tienen a menudo graves deficiencias; pero, de cualquier manera, sirven como un índice aprovechable si se saben tomar con las reservas debidas.

El plan de exposición en la primera parte consiste en tomar un punto de referencia, un hecho básico, fundamental, que, una vez analizado, sirva para derivar de él, uno a uno, los diferentes problemas que den, en conjunto, la visión panorámica de la economía del país en los momentos actuales, con sus proyecciones obligadas hacia un futuro inmediato. Ese hecho básico es el ingreso nacional. Los problemas derivados comprenderán: el desarrollo de la industria, la situación del campo, el fenómeno de la inflación y las características de la distribución de la riqueza.

De esta manera, la segunda parte recogerá las conclusiones del análisis objetivo para hacer las consideraciones debidas a la luz de los principios del catolicismo social.

Los datos del ingreso nacional.

Muchos economistas estiman que la situación económica general puede apreciarse mediante los datos de la renta nacional, observados a través de su registro durante un lapso determinado.

Esta opinión nos parece acertada, dentro de ciertos límites. La renta nacional representa el conjunto de bienes y servicios de los que puede disponer la población. Ahora bien, si estos datos globales se consignan cada año y se toman en cuenta correlativamente con el número de habitantes, es posible saber, en términos generales, el nivel que guarda la economía de un país. Y si los mismos datos se comparan año por año durante cierto tiempo, también es posible apreciar la trayectoria seguida durante ese lapso, para saber si hay un movimiento ascencional o de descenso.

Desde este punto de vista, la Secretaría de Economía, la Dirección General de Estadística y el Banco de México, S. A.,

han publicado las siguientes cifras en las que se consigna el ingreso nacional de México, expresado en términos monetarios:

Años.	*Ingreso Monetario. Millones de Pesos.*
1929	2,835
1930	2,701
1931	2,537
1932	2,277
1933	2,722
1934	3,250
1935	3,714
1936	4,253
1937	4,906
1938	5,323
1939	6,000
1940	6,200
1941	6,900
1942	8,300
1943	10,500
1944	13,400
1945	16,000
1946	19,200
1947	20,900
1948	22,800
1949	25,600
1950	29,800

El Banco de México hizo ajustes recientes que acusan cifras un poco más elevadas, correspondiendo al año de 1951 un ingreso monetario de 42,000 millones de pesos.

Para evitar las complicadas apreciaciones derivadas de los cambios en el valor adquisitivo del dinero, el ingreso nacional se ha calculado sobre la base de precios constantes, lo cual representa un ingreso real y no puramente monetario.

Los datos publicados por las mismas fuentes anteriormente citadas son los que siguen:

Años.	*Ingreso real en millones de pesos.*
1929	2.835
1930	2.612
1931	2.828
1932	2.701
1933	3.045
1934	3.432
1935	3.930
1936	4.236
1937	4.126
1938	4.215
1939	4.724
1940	4.836
1941	5.081
1942	5.597
1943	5.757
1944	5.906
1945	6.480
1946	6.704
1947	6.930
1948	7.179
1949	7.601
1950	7.805

Signos de progreso.

Estos números tienen un primer significado: la economía de México progresa. El hecho de que el valor de los bienes y servicios susceptibles de ser aprovechados por la población haya venido aumentando considerablemente, equivale a decir que la situación económica general es de mejoría constante.

La apreciación se confirma comparando los datos del ingreso nacional con el crecimiento de la población.

El censo de 1940 registró 19,653.552 habitantes. En 1950, la cifra subió a 25.600,000 en números redondos, y en 1951 se dió el dato de 26.300,000 habitantes.

Ahora bien, si se toma, por ejemplo, el lapso comprendido entre 1940 y 1950, puede advertirse que el ingreso nacional aumentó en 61%, en tanto que la población tuvo un incremento de

30%. Es decir, el volumen de bienes y servicios disponibles ascendió con un ritmo doble que el aumento de la población.

Y para acentuar la intensidad de este incremento se han hecho comparaciones con otros países, resultando México entre aquellos cuyo ritmo de progreso ha sido mayor durante los últimos años. Esta comparación arroja los siguientes datos sobre el aumento del ingreso real, con los porcentajes correspondientes:

	Años.	*Incremento medio anual. (Por ciento).*
Chile.	1940-49	5.5
México.	*1939-50*	*5.4*
Estados Unidos.	1939-49	4.8
Canadá.	1939-49	4.4
Australia.	1939-49	3.7
Argentina.	1939-47	2.6
Suecia.	1938-49	1.1
Bélgica.	1939-49	0.6
Francia.	1938-49	— 0.2
Suiza.	1939-49	— 0.4
Inglaterra.	1939-49	— 0.9

De hecho, ésta ha sido una de las principales bases en que se ha apoyado el optimismo de la publicidad reciente, según la cual el adelanto económico de nuestro país es algo positivamente extraordinario.

Los datos derivados del incremento de la renta nacional indican un mejoramiento; pero debe precisarse su alcance.

Otras comparaciones harán ver, desde luego, la relatividad de tal progreso.

Signos de miseria.

¿En qué relación se encuentra nuestra renta nacional, con las de otros países?

¿Cuál es el valor del monto del ingreso nacional desde el punto de vista del nivel material de vida de los individuos que componen la población?

He aquí la respuesta según las cifras publicadas por las Naciones Unidas:

Ingreso nacional e ingreso per cápita de varios países.—1949

Países.	*Ingreso Nacional.* (Millones de dólares).	*Ingreso per Cápita.* (Dólares.)
Estados Unidos.	216,831	1,453
Unión Soviética.	59,500	308
Inglaterra.	38,922	773
Francia.	19,857	482
India.	19,572	57
Canadá.	11,797	870
Argentina.	5,722	346
Brasil.	5,530	112
México.	2,960	121
Noruega.	1,898	587
Cuba.	1,550	296
Venezuela.	1,478	322
Colombia.	1,456	132
Chile.	1.070	188
Perú.	820	100
Guatemala.	293	77
Panamá.	140	183
Ecuador.	134	40

El resultado de esta comparación es positivamente desalentador. Nuestra renta nacional es bajísima. El valor total de los bienes y servicios disponibles es extraordinariamente limitado. Sin dar lugar a la menor duda, somos un país pobre, casi miserable.

Y si se observa el dato del ingreso "per cápita", resulta que cada habitante, en el supuesto caso de que la renta nacional se distribuyera por partes iguales entre todos los individuos que integran nuestra población, tendría un ingreso de 1,040 pesos al año, de $86.66 mensuales, de $2.88 diarios.

Alguien hizo la observación, tomando en cuenta estos datos. de que necesitaremos más de medio siglo para que la población alcance un nivel de vida que comience a aproximarse a los mínimos indispensables de bienestar y salud. Más de medio siglo para que el ingreso nacional pueda servir de base para el mínimo requerido por la dignidad del hombre.

En otros términos, la renta nacional ha tenido un incremento notable en los últimos quince años: pero, a pesar de ello, to-

davía seguimos siendo un pueblo miserable. La elevación del ingreso nacional, en abstracto, acusa un progreso general; pero, en concreto, los bienes y servicios disponibles no son suficientes para garantizar en lo material, ni siquiera lo estrictamente indispensable para llevar una vida que pueda llamarse humana.

Y la situación casi rebasa los límites imaginables si se advierte que la distribución real del ingreso del país está muy lejos del reparto teórico al que acabamos de hacer referencia. En el terreno de los hechos, las cosas tienen las características de una infinita tragedia.

LA INDUSTRIALIZACION

Importancia de la industria en el incremento de la renta nacional.

Parece ser que las opiniones de los economistas se han unificado en el reconocimiento de la necesidad imperiosa de que la renta nacional aumente cuando menos en tres o cuatro tantos más de su valor actual.

Esto nos hace volver a los datos que revelan el relativo progreso obtenido durante los últimos años. ¿En cuáles renglones de la economía se ha logrado este avance?

Muy ilustrativas resultan las informaciones publicadas por "Compendio Estadístico" 1947, y por "Movimiento Económico Nacional" en 1950. De estas fuentes tomamos los siguientes datos:

a).—*Actividades agrícola-ganaderas.*

En 1929 la productividad de estas actividades representaba el 23.71 de todo el ingreso nacional.
En 1949 dicha productividad representó sólo el 16%.
Más pormenorizadamente:

1929	—	23.71	1934	—	19.76
1930	—	21.59	1935	—	17.10
1931	—	20.22	1936	—	17.59
1932	—	20.55	1937	—	17.51
1933	—	19.07			

1938	—	17.25	1943	—	16.43
1939	—	17.10	1944	—	16.89
1940	—	14.60	1945	—	17.15
1941	—	15.24	1946	—	17.35
1942	—	15.62	1949	—	16.00

b).—*Industrias extractivas.*

En 1929 la producción de esta rama represntaba el 15.94% del ingreso nacional.
En 1949 representó únicamente el 9%.
Los datos complementarios son:

1929	—	15.94	1938	—	16.60
1930	—	15.80	1939	—	15.90
1931	—	13.01	1940	—	15.04
1932	—	11.90	1941	—	12.80
1933	—	14.32	1942	—	12.80
1934	—	16.09	1943	—	11.59
1935	—	18.04	1944	—	9.67
1936	—	15.73	1945	—	8.98
1937	—	16.59	1946	—	8.40
			1949	—	9.00

c).—*Servicios.*

Sobre este particular concemos las siguientes cifras:

1929	—	48.50	1938	—	45.15
1930	—	50.95	1939	—	43.80
1931	—	51.56	1940	—	46.13
1932	—	55.34	1941	—	47.12
1933	—	54.52	1942	—	47.06
1934	—	50.49	1943	—	47.52
1935	—	48.57	1944	—	48.19
1936	—	47.56	1945	—	48.66
1937	—	45.80	1946	—	48.27

d).—*Industrias manufactureras.*

En este renglón se advierte una marcada tendencia ascencional.

En 1929, su productividad significaba el 11.85% del ingreso nacional.

En 1949, el nivel subió hasta el 28%.
Los datos complementarios son:

1929	—	11.85	1938	—	21.00
1930	—	11.66	1939	—	23.20
1931	—	15.21	1940	—	24.23
1932	—	12.21	1941	—	24.94
1933	—	12.09	1942	—	24.52
1934	—	13.66	1943	—	24.46
1935	—	16.19	1944	—	25.25
1936	—	19.12	1945	—	25.21
1937	—	20.10	1946	—	25.98
			1949	—	28.00

Ahora bien, un análisis simple de estas cifras estadísticas es suficiente para hacer notar que, comparativamente consideradas, y en función de los datos globales del ingreso nacional, las actividades agrícola-ganaderas y las industrias extractivas han ido bajando en importancia, en tanto que las actividades manufactureras han tenido un notorio desenvolvimiento.

Por otra parte, esta observación adquiere especial trascendencia si los datos consignados se consideran en relación con el número de individuos que están dedicados a cada actividad. Para ello, conviene tomar como punto de referencia el hecho de que la población económicamente activa se ha estimado en 6.700.000 personas.

En estas condiciones resulta:

a).—Que el 62% de dicha población está dedicada a las labores agrícolas, siendo su producción sólo el 16% del ingreso nacional.

b).—Que el 38% restante está dedicado a otras actividades distintas, y su producción es el 84% de la renta del país.

c).—Que en el caso particular de la industria de transformación, trabajan 600.000 individuos y su producción es muchísimo más alta, casi el doble, de la de los tres millones que trabajan en el campo.

La industria y el futuro de México.

El desarrollo evidente de la industria en los últimos 15 años,

ha sido el hecho que más importancia ha alcanzado en la vida económica del país. Esto es indudable.

Pero, no obstante ello, no es fácil apreciar en todo su alcance la significación de tal acontecimiento. Muchas y muy diversas opiniones se han expresado sobre el particular.

Hay quienes, por una parte, consideran que estamos presenciando el fenómeno de una auténtica revolución industrial, con características semejantes a las que pudieron observarse en Inglaterra durante el siglo XVIII, en Francia y Bélgica a partir de las primeras décadas del XIX, y en Alemania y los Estados Unidos en la segunda mitad de la pasada centuria.

Para estos economistas México tiene que dejar de ser un país agrícola y minero. Su porvenir no está en ninguna de estas dos clases de actividades. Es la industria la que señala la ruta de un verdadero progreso. Y sostienen que este paso, o esta transformación, es el derrotero seguido por todos los países que avanzan en su desenvolvimiento económico y social.

Otros, en cambio, señalan el proceso de industrialización como un crecimiento anormal, desequilibrado y extraordinariamente peligroso de nuestra economía. Principalmente investigadores y comentaristas norteamericanos han lanzado la opinión de que México debe frenar a tiempo el desarrollo de su industria, y más aún, reconocer que su economía debe encauzarse preponderantemente hacia la agricultura y la ganadería, exportando sus materias primas, y dejando que otros países se dediquen al campo manufacturero.

Y en contraposición con los partidarios del industrialismo, estos economistas sostienen que hay países, como México, que sólo pueden progresar si se dedican a las actividades económicas primarias, como hay otros que por causas que no se dan en aquéllos, están llamados a tener una economía esencialmente industrial. Y afirman que México no está en este caso. Su industrialismo tiene que ser artificial y, a la postre, nocivo.

Una tercera opinión se inclina por un término medio. Reconoce, como los otros, que nuestra industria ha progresado y puede seguir progresando: pero no le concede a este fenómeno la preponderancia absoluta que se le ha querido dar.

Quienes sostienen este punto de vista, abogan por un industrialismo que se desenvuelva armónicamente con un adelanto

semejante en otras actividades de la economía. Debe y puede progresar la industria, como deben y pueden progresar la agricultura, la ganadería, la minería. Nuestro país, según este criterio, no debe tender ni a una preponderancia agrícola ni a una industrialización absorbente, sino más bien a coordinar estas dos actividades básicas con las demás que le son conexas.

Fácil es advertir que estos debates, muy apasionados en algunos de sus aspectos, participan en gran parte de las características propias de una controversia sobre política económica.

Pero, como quiera que sea, el hecho importante es el reconocimiento sin cortapisas de que el desarrollo industrial ha tomado un impulso sorprendente sobre todo durante la última década, y que, además, este hecho necesariamente repercutirá sobre toda la economía del país, con no escasa influencia sobre muchas instituciones sociales y políticas.

Por otra parte, es cierto igualmente que la iniciación del desarrollo de la industria está planteando interesantes problemas, en cuya resolución estamos todos directamente interesados.

Mencionaremos los más salientes.

El problema del mercado interno.

Las opiniones parece que están unificadas en la afirmación consistente en que el progreso de la industria depende principalmente de la situación de nuestro mercado interior. Es decir, ese progreso será posible si las grandes masas consumidoras están en condiciones de absorber los artículos manufacturados; en tanto que, si no existe suficiente capacidad de compra, la industria no sólo no progresara, sino que inevitablemente vendrá a menos, provocando de paso una serie de desequilibrios y desajustes altamente perjudiciales.

Ahora bien, el acuerdo sobre el planteamiento del problema se convierte de nuevo en discrepancia de opiniones cuando se trata de su posible solución.

Para unos el desarrollo industrial tendrá que pararse de golpe. Ya en estos momentos, se dice, las fábricas están produciendo sobre el nivel adquisitivo de los consumidores. No debe olvidarse, se dice también, que la mayor parte de nuestra población está en el campo y es precisamente esta mayoría la que tiene ingresos tan insignificantes que si no permiten adquirir los

bienes indispensables para la subsistencia en muchos casos, menos aún permiten el consumo de artículos manufacturados. Las fábricas producen para un grupo reducido de la población. Ya ahora se empieza a sentir la falta de mercado. Consiguientemente, la industria se ve subordinada a la situación del campo, y mientras la agricultura no proporcione a los campesinos un mayor poder adquisitivo, las actividades manufactureras no progresarán. Es cierto el adelanto de la industria, pero también lo es que ya se llegó, cuando menos temporalmente, al límite normal de tal desarrollo. Seguir por el mismo camino sería tanto como provocar un desajuste económico general de muy serias consecuencias.

Sin embargo, otro criterio muy distinto se ha expresado sobre el particular. Se ha hecho notar que el problema del mercado interno puede resolverse mediante la coordinación del desarrollo industrial con el agrícola. Esta opinión podría sintetizarse así:

El bajo nivel adquisitivo de la población rural se debe fundamentalmente a la escasa productividad de las labores del campo. Recuérdese que tres millones de individuos sólo producen el 16% del ingreso nacional. Consiguientemente, es preciso elevar los índices de rendimiento del trabajo agrícola.

Ahora bien, para lograr este objetivo debe ponerse en práctica un conjunto de medidas como una mayor mecanización, mejores sistemas de cultivo, una más racional organización del trabajo, mayor electrificación, mejores sistemas de riego, etc.

De esta manera, una parte considerable de la población rural que en la actualidad está sujeta a las condiciones de un desempleo oculto, será desplazada hacia los centros de producción urbana. Este excedente será aprovechado por la industria al continuar su movimiento de expansión y percibirá mayores ingresos, equivalentes a los mayores salarios que ganan los obreros. Al mismo tiempo, los que queden en el campo mejorarán sensiblemente sus ingresos ya que se habrá reducido su número y se habrá incrementado su producción. Por ambos lados se logrará un incremento de la capacidad de compra y se irá robusteciendo el mercado interno, sin desequilibrios de ninguna especie.

Quienes sostienen este criterio manifiestan que sus opiniones no son puramente teóricas, sino que están apoyadas por los

hechos. En realidad, dicen, el desplazamiento de la población es un fenómeno perfectamente comprobado:

En 1930 el 71% de la población económicamente activa trabajaba en actividades primarias. En 1940, la cifra descendió al 67%, y en 1950 bajó hasta el 62%.

En contraste con lo anterior, en 1930 el 29% de la población económicamente activa se dedicaba a actividades secundarias y terciarias (industria y servicios); en 1940, la cifra ascendió al 33% y en 1950 al 38%.

En verdad, se concluye, paulatinamente se está formando el mercado interno, porque los individuos buscan los trabajos más remunerativos, y esto hace que la población se desplace del campo hacia la industria.

Lo único que se necesita es intensificar, por los medios indicados y otros análogos, la productividad de la agricultura, para que el problema encuentre una lógica y cabal resolución.

La planeación industrial.

Otro de los problemas que está planteando el desarrollo industrial se deriva de la forma anárquica y desarticulada en que tal desenvolvimiento se ha venido realizando.

Quienes mejor conocen esta situación insisten en la necesidad y conveniencia de un plan que tenga alcances nacionales para facilitar el mejor encauzamiento de las actividades manufactureras. No quiere esto decir que se proponga una economía dirigida, ni menos dirigida por el Estado. Se trata, más bien, de orientar a la iniciativa privada con el propósito de que las inversiones se hagan con un mejor conocimiento de los factores que intervienen en la vida industrial, para aprovechar los favorables y eliminar los que no lo sean.

De este modo, por ejemplo, podría evitarse la creación de empresas en campos demasiado competidos y en los que la producción ha saturado el mercado. Podría estimularse, en cambio, aquel tipo de industrias cuyos productos no se fabrican en el país y que tienen gran demanda. Muy útil resultaría asimismo favorecer la coordinación de empresas que recíprocamente se necesitan, para dar lugar a grupos industriales autosuficientes, en lugar de la desarticulación que hoy se observa y que obliga, sin necesidad, a una dependencia del extranjero, ya sea en la ad-

quisición de materias primas o en la importación de productos semielaborados; etc., etc.

Sin esta planeación, la industria nacional corre el riesgo de crecer a ciegas, sufriendo todos los reveses de la improvisación y la anarquía.

La productividad y las relaciones humanas en la industria.

Son éstas, dos exigencias inherentes al progreso industrial debidamente encauzado.

La necesidad de elevar los índices del rendimiento del trabajo es un requerimiento inaplazable en todos los órdenes de la producción económica; pero especialmente lo es en los campos de la agricultura y de la industria.

Una mayor productividad del trabajo implica la aplicación de una serie de medidas técnicas y administrativas debidamente coordinadas en cada empresa, en cada rama industrial y entre éstas mismas, para que con igual o menor esfuerzo se obtenga una mayor producción.

En nuestra industria, por regla general, sólo se ha visto hasta ahora la posibilidad de incrementar los índices de productividad mediante la modernización de la maquinaria. Este punto de vista, demasiado restringido, está al alcance de unas cuantas empresas. La consecuencia ha sido que en multitud de casos la producción resulte deficiente y cara.

Pero si los industriales advierten que perfeccionando la organización de sus empresas y mejorando las condiciones de trabajo, dando la atención debida a la higiene y a la seguridad, a la capacitación y adiestramiento de los trabajadores, a la simplificación técnica de las labores, a la selección científica del personal, etc., se aumenta considerablemente el rendimiento de la mano de obra con una disminución proporcional de los costos, es de esperarse que el desarrollo industrial se traduzca en una producción abundante y mucho más accesible a la capacidad de los consumidores.

Se ha hecho notar, a este respecto, que la política de una productividad creciente rendirá todas sus benéficas consecuencias económicas, si al mismo tiempo se hace participar a los trabajadores de los resultados que se obtengan, de tal manera que

los salarios aumenten en forma proporcional a la elevación de los índices de la productividad de su esfuerzo. Desde hace tiempo se busca una fórmula que haga posible el mejoramiento de los salarios reales en la industria.

En íntima relación con todo lo anterior está la necesidad imperiosa de lograr una auténtica humanización de los vínculos obreropatronales.

Vale la pena adelantar que estamos ciertos de que la economía de las empresas en particular y el nivel de vida de la clase obrera en general, con todas sus repercusiones sobre la economía del país, dependen en gran parte del espíritu de justicia que se logre infundir en las relaciones entre el capital y el trabajo.

Y no es necesario agregar que el perfeccionamiento de este aspecto de la vida económico-social, sólo llegará a obtenerse a través de la caridad cristiana. Pero dejamos pendiente este importantísimo problema para tratarlo en la segunda parte de esta ponencia.

La iniciativa privada
y la industrialización.

Por último, en esta panorámica del desarrollo industrial merece mencionarse una cuestión que nos parece de especial trascendencia, sobre todo en cuanto atañe a los acontecimientos futuros.

Desgraciadamente no disponemos de estadísticas concretas, pero no por ello deja de advertirse que un gran porcentaje de las empresas industriales de nueva creación están siendo financiadas indirectamente por el Estado.

La iniciativa privada no ha demostrado tener en México una visión clara de sus responsabilidades, ni de sus posibilidades tampoco. Las inversiones del capital particular escogen campos más seguros y tal vez más lucrativos que el que la industria puede ofrecerles.

Pero, por estas o por otras razones, el hecho es que en esta esfera de la economía es cada vez mayor la importancia de la inversión estatal.

Señalamos simplemente el hecho, porque en él puede estar el germen si se quiere hasta de un régimen económico distinto

esencialmente del que predomina todavía en los tiempos presentes.

LA SITUACION DEL CAMPO

Su extraordinaria complejidad.

Al mencionarse en páginas anteriores la distribución del ingreso nacional por actividades pudo observarse la magnitud del problema rural dentro de la economía del país: tres millones de hombres que sólo producen el 16% de la renta nacional. Las otras referencias sobre el ingreso hipotético "per cápita" dejaron traslucir la inmensa tragedia real, apenas imaginable, de la miseria en que está ese gran sector de nuestra población.

Pero el caso se vuelve todavía más grave cuando se advierte toda su extraordinaria complejidad al rebasar las apreciaciones económicas y tomar contacto con sus aspectos sociales y políticos. Con mucha razón se ha dicho que el problema del campo es el problema primordial de México. Y así es, en efecto. Las cuestiones puramente técnicas, desde el ángulo de la economía, y a pesar de todo el interés que tienen, están necesariamente subordinados a los problemas humanos propiamente dichos, en los que la inseguridad de la vida personal, la explotación, la ignorancia, la degradación moral y la servidumbre, son otros tantos factores totalmente adversos a la dignidad y al decoro de una existencia normal.

Claramente advertimos que la lucha contra la miseria no puede emprenderse con éxito si al propio tiempo no se lucha en favor de los otros derechos esenciales de la persona humana, tan terriblemente vulnerados. La población campesina sufre de hambre en lo material y en lo espiritual. Necesita que la tierra le dé de comer; pero también pide seguridad, libertad y justicia.

Insuficiencia de la producción agrícola.

Este es el hecho: el campo no proporciona ni siquiera a los que de él dependen el mínimo de bienes para la satisfacción debida de sus necesidades. Ya se comprende el grado de esta insuficiencia si se la considera en relación con la población en general.

"Podría tenerse una visión aproximada de la magnitud de este déficit —decía recientemente el editorial de uno de los principales diarios— si comparamos las cantidades que produce el país de algunos artículos básicos de la alimentación, con los que reclamaría el consumo nacional de los mismos, estimados sobre la base de los montos que se consumen en el Distrito Federal. De frijol se producen 231,000 toneladas contra 839,000 que requiere el consumo; de manteca se producen 20,045 toneladas, contra 213,270 de consumo; de trigo, 418,000 toneladas, contra 1,305,000; de huevos 1,660,000 piezas, contra 1.930,000".

En la revista especializada "Industria", se publicó el dato de que en 1951 las importaciones de trigo alcanzaron la suma de 163 millones de pesos, y de maíz se importaron 22,000 toneladas.

Estos meros ejemplos tomados casi al azar, se mencionan con el único propósito de ilustrar lo que un estudio minucioso confirmaría con mucha mayor amplitud.

Necesidad de una mayor productividad.

Se requiere, entonces, acrecentar en grandes proporciones la producción del campo. Pero el aumento en el volumen de los bienes no se plantea como una cuestión simple, sino en función del trabajo que para tal fin se debe desarrollar. Se trata, en consecuencia, de hacer más productivo el esfuerzo de quienes se dedican a cultivar la tierra. O en otras palabras, de lograr una notoria, sistemática y progresiva elevación de los índices de productividad del trabajo agrícola.

El caso es similar al que mencionamos tratándose de la industria; pero con caracteres de mayor urgencia, de inaplazable realización.

¿Por qué medios? Implementos mecánicos, mejores técnicas de cultivo, abonos y fertilizantes, mejores y más amplios sistemas de riego, adecuada capacitación de los campesinos, mejor organización del trabajo, crédito suficiente, fácil y barato, y fundamentalmente un régimen de auténticas garantías que liberen al hombre del campo de los monopolios, de las gabelas, de la extorsión, del caciquismo y de las múltiples formas de servidumbre a las que se encuentra sometido.

Es preciso que la población rural adquiera confianza, inte-

rés e ímpetu de progreso en su actividad específica, y necesario es también que disponga de los medios convenientes para canalizar su acción hacia las metas de un efectivo bienestar.

No discutimos si la situación actual acusa alguna mejoría en relación con épocas anteriores. Las fuentes oficiales dan a conocer a menudo cifras reveladoras de que la producción ha aumentado por la apertura de nuevas tierras al cultivo y por el empleo en mayor escala de equipos mecánicos y procedimientos técnicos apropiados. Pero, aún en este supuesto, los resultados son de tal manera exiguos que no modifican la profunda gravedad del problema.

La desocupación oculta.

Con esta denominación se conoce el fenómeno consistente en la desproporción que existe entre el número de individuos que aparentemente están dedicados a los trabajos del campo y la producción real obtenida. Se ha calculado que muy cerca del 40% de la población rural es improductiva de hecho. Cientos de miles de campesinos han emigrado durante los últimos años, y su ausencia no ha afectado el rendimiento del trabajo agrícola.

Esta desocupación oculta es, en realidad, una de las manifestaciones del escaso rendimiento de la población rural, y explica, en consecuencia, la reducidísima capacidad de consumo de estos grandes núcleos humanos.

Una política orgánica de acrecentamiento de la productividad habrá de contribuir, como ya se indicó con anterioridad, a que el excedente de la población rural encuentre ocupaciones más remunerativas, elevándose al propio tiempo los niveles de vida de aquéllos que continúan dedicados a las labores del campo.

La planeación agrícola.

Sin embargo, el intento de resolver estos complicados problemas no será eficaz mientras se haga sin sujeción a un plan cuidadosamente elaborado de antemano.

La planeación agrícola, no obstante, necesita ser obra de quienes tienen un interés directo en el buen éxito de su realización. Ni los intereses políticos de facción, ni las ambiciones económicas de los que por largo tiempo han medrado con la mise-

ria de nuestros campesinos, pueden ser fuentes de sana orientación.

Protegidos por el Estado, y no suplantados por éste, pueden crearse los organismos privados que tengan por misión la tarea de reestructurar este sector fundamental de nuestra economía, coordinando los derechos esenciales del hombre con las posibilidades y conveniencias de la técnica; armonizando el régimen agrario con el de la pequeña propiedad; y vinculando estrechamente la producción del campo en general, con la expansión de la industria, con el sistema de transporte y todos los demás aspectos de la economía nacional.

LA INFLACION

Una observación más sobre la renta nacional.

Al principio de esta ponencia citamos los datos estadísticos sobre el ingreso nacional, presentándolos de dos maneras: como ingreso monetario y como ingreso real. Fué evidente la enorme diferencia entre uno y otro. Mientras en términos monetarios la renta nacional ascendió, por ejemplo en el año de 1950 a 29,800 millones de pesos, el ingreso real se calculó en sólo 7,805 millones.

La razón de esta diferencia no es otra que la disminución del valor de compra de la moneda, lo cual se debe, a su vez a la desproporción entre el volumen del dinero circulante y el conjunto de bienes y servicios disponible.

Este fenómeno de desequilibrio es un caso típico de inflación monetaria y constituye uno de los problemas característicos de nuestra actual situación económica.

El aumento del medio circulante.

Para tener una idea más clara de la forma en que ha venido aumentando el dinero en circulación, conviene tener a la vista los datos generalmente aceptados en fuentes privadas y oficiales.

Las cifras son las siguientes:

Años.	*Medio circulante en millones de pesos.*
1940	1,064.8
1941	1,276.2
1942	1,782.4
1943	2,715.6
1944	3,347.1
1945	3,587.7
1946	3,514.6
1947	3,492.2
1948	3,994.2
1949	4,462.4
1950	6,115.8
1951	
enero	6,346.
junio	6,136.
diciembre	6,905.
1952	
enero	6,868.2
julio	6,294.5
octubre	6,563.4
noviembre	6,748.2

Las causas de la inflación.

Diversos estudios se han hecho, tratando de dar una explicación sobre las causas que han provocado este enorme aumento de la circulación monetaria.

Las fuentes autorizadas de la iniciativa privada han señalado diversos factores cuya acción conjunta ha sido decisiva en el fenómeno de la inflación. Entre ellos merecen citarse: desde luego, los saldos favorables en la balanza de pagos, causa a su vez de un creciente volumen de dinero puesto en circulación; y secundariamente, la afluencia del capital extranjero, las repatriaciones de capitales nacionales, el aumento de precios de algunas materias primas de exportación y otros análogos.

Tales factores, al influir en un notorio incremento del medio circulante sin que hubiere habido, por otra parte, un aumento proporcional de la producción de bienes y servicios, dan lugar, necesariamente, al desequilibrio característico de la inflación.

Las consecuencias de la inflación.

De los diferentes efectos derivados del desequilibrio entre la cantidad de dinero circulante y el volumen de bienes y servicios disponibles, hay uno que, por su importancia se destaca entre todos los demás: la carestía.

Este es, sin duda, el caso sobre el cual se ha concentrado la atención de los economistas, de los gobernantes y de enormes sectores de nuestra población. Los precios suben, con carrera desenfrenada, y sobre todo los de los artículos de primera necesidad.

E inútil resulta hacer notar que el fenómeno ha tomado caractéres de tal magnitud y trascendencia que inclusive puede convertirse en un momento dado en causa directa de fuertes conmociones sociales y politicas.

He aquí algunas cifras sobre el particular:

Tomando como base los precios que regían en 1939 el ascenso tomó las siguientes proporciones:

1939	100. como base.
1940	104.2
1941	112.6
1942	137.7
1943	180.0
1944	258.6
1945	302.6
1946	391.2
1947	422.1
1948	423.0
1949	465.2
1950	496.6

La Dirección General de Estadística, de cuya publicación son los números anteriores, ha dado a conocer también los índices del costo de la vida obrera en la ciudad de México, en la siguiente forma:

1939	100.
1940	100.7
1941	104.4
1942	121.0
1943	158.5
1944	199.1

1945	213.5
1946	266.7
1947.	300.3
1948	318.8
1949	335.9
1950	356.2
1951	401.0

Y la explicación que los economistas han dado se apoya, como decíamos, esencialmente en la inflación monetaria. El aumento del dinero circulante favorece la capacidad de compra; pero como los bienes y servicios disponibles no han tenido un incremento proporcional, resultan relativamente escasos en comparación con la demanda y por consiguiente, los precios suben. Y el ascenso se nota con preponderancia en los artículos de primera necesidad, porque son justamente los que el consumidor reclama inevitablemente.

Fenómenos secundarios.

Con demasiada frecuencia se atribuye el hecho de la carestía a los abusos de los comerciantes, a los acaparadores, a los monopolios, a la especulación, a las exacciones inmorales, y otras parecidas.

Nadie puede negar la influencia de estos factores. Nadie puede discutir la conveniencia, la necesidad y la urgencia de combatir esos males. Sin embargo, la opinión de muchos economistas es que estos fenómenos operan como causa secundaria, es decir, como resultados de otras causas anteriores o primarias, cuya eliminación es más necesaria y urgente. Entre ellas, la principal es la inflación.

La escasez de satisfactores, derivada de una producción insuficiente para cubrir la demanda, constituye el clima propicio para que la inmoralidad se desenvuelva en multitud de formas. Pueden combatirse estas anormalidades de la economía, pero si el medio que las favorece continúa, será sumamente difícil obtener un resultado satisfactorio.

Por ello se ha dicho que la carestía no se domina exclusivamente con decretos ni con medidas administrativas o policiacas. Estas formas de intervención oficial serán útiles, sólo cuando se les dé el valor de medidas complementarias dentro de un plan económico que ataque el problema en sus raíces más hondas.

Los remedios contra la inflación.

En lógica elemental, el desequilibrio entre el medio circulante y el volumen existente de bienes y servicios debe corregirse, a) retirando de la circulación el excedente monetario; b) aumentando la producción de los satisfactores, y de manera especial los de consumo necesario; y c) combinando ambas medidas y aplicándolas simultáneamente hasta que el equilibrio se restablezca.

Mucho se ha discutido, sin embargo, sobre la forma concreta en que se ha de llevar a cabo la política económica correspondiente. Por ejemplo, el gobierno ha dictado una serie de disposiciones en materia de crédito tendientes a restringirlo, para disminuir así la circulación monetaria; pero se ha criticado la ineficacia del procedimiento porque el dinero que se retira a través de la banca privada ha vuelto a circular a consecuencia de las inversiones oficiales en los programas de obras públicas. A esto se replica diciendo que las obras de este tipo, carreteras, presas, sistemas de regadío, rehabilitación ferroviaria, acondicionamiento de los puertos, etc., etc., son indispensables para el desarrollo económico de la nación. Suspender las obras públicas equivale a detener el ritmo del progreso. Y aún se agrega que la inflación monetaria, la escasez y la carestía, son sacrificios ciertamente, pero que éste es el precio que un país ha de pagar por su bienestar futuro.

Parece, sin embargo, que las opiniones más autorizadas buscan una política monetaria que disminuya los excedentes de la circulación, revisando al mismo tiempo los programas de obras públicas, para frenar su ritmo y concentrarlo en aquéllas que sean de pronto rendimiento, posponiendo la realización de otras cuyos frutos se obtendrían a largo plazo.

Por otra parte, todos están acordes en que paralelamente se impulse el renglón de la producción de bienes, mediante un plan que abarque todos los órdenes, pero preponderantemente en la agricultura y en la industria, con el fomento consiguiente de los servicios de transporte y distribución comercial. Un vasto programa nacional de productividad creciente elevará los índices de rendimiento del esfuerzo humano, y la abundancia de satisfactores y servicios abatirá los precios al volver el equilibrio perdido por el fenómeno inflacionario.

Buscar la solución del problema atacando únicamente sus

causas secundarias equivale, en el mejor de los casos, a la aplicación de meros paliativos que a la postre resultarán contraproducentes.

LA DISTRIBUCION DEL INGRESO NACIONAL

El punto culminante.

Efectivamente, este último punto que deseamos abordar en esta parte expositiva, es el punto culminante porque los aspectos meramente objetivos se conectan de un modo forzoso, con las valoraciones éticas que habrán de seguir.

¿Cómo está distribuido el ingreso nacional?

Ya se ha visto que de los datos estadísticos fué fácil deducir, primero, que el índice de progreso que se desprende de un ascenso ininterrumpido de la renta nacional en los últimos quince o veinte años es, sin embargo, un progreso muy relativo cuando se aprecia como ingreso hipotético "per cápita"; segundo, que el fenómeno de industrialización destaca por su importancia entre los factores determinantes de ese relativo progreso, si bien es cierto igualmente que con el desarrollo industrial van aparejados muy serios problemas de cuya solución depende en gran parte el futuro de nuestra economía; tercero, que las cifras del ingreso nacional ponen de manifiesto el caso angustioso de la agricultura, saturado de problemas profundamente humanos que afectan vitalmente a una mayoría de la población; y cuarto, que esas mismas cifras son un exponente del desequilibrio inflacionario, hecho escasez y carestía, es decir, privación, hambre, miseria.

Pues bien, todo esto culmina objetivamente cuando formulamos la última pregunta: ¿Cómo está distribuido el ingreso nacional?

Algunas cifras más.

Tenemos que valernos de los datos oficiales. Son los únicos disponibles. Ellos hacen referencia principalmente a dos renglones, el de las utilidades y el de los salarios, lo cual equivale

a mencionar a dos sectores de nuestra población, el de los inversionistas y el de los trabajadores.

Hélos aquí:

1.—En 1939 correspondió a las utilidades el 26.10% del ingreso nacional. Los sueldos y salarios representaron el 30.5%.

2.—En 1946 correspondió a las utilidades el 45.1% del ingreso nacional. Los sueldos y salarios representaron el 22.5%.

3.—En 1950 correspondió a las utilidades el 41.4%. Los sueldos y salarios representaron el 23.8%.

Consideraciones finales.

Como hacíamos notar, esta es una línea de frontera en la que las apreciaciones económicas se ligan de inmediato con las consideraciones de carácter ético.

Económicamente se ha hecho hincapié por varios especialistas en estas dos circunstancias: primera, que la carga del desarrollo económico que acusa la curva ascendente de la renta nacional recae principalmente sobre los grupos sociales de ingresos fijos, los cuales han soportado los sacrificios y privaciones que son el pago de la prosperidad futura del país; y segunda, que esta prosperidad se vuelve más relativa cuando se advierte el fenómeno de una desviación económica consistente en que gran parte de las utilidades percibidas por los inversionistas se dedican a la producción de artículos de lujo o se gastan en actividades totalmente improductivas, en lugar de reinvertirse en la agricultura o en la industria para la obtención de bienes de consumo necesario o realmente útiles para el bienestar de la población.

Y de aquí surgen también los más graves problemas de justicia y de moralidad. ¿No debe buscarse una distribución más equitativa y más humana del ingreso nacional? ¿No es una exigencia básica de la justicia social que los trabajadores tengan una mayor participación en los frutos de la productividad de su esfuerzo? ¿Y no exige igualmente la justicia social un mejor empleo de las utilidades percibidas por los inversionistas? No es acaso un requerimiento inaplazable, en orden al bien común, que la

distribución de la riqueza se realice en tal forma que los hombres puedan satisfacer las necesidades de una vida como la que corresponde a su dignidad personal?

Estas y otras muchas interrogaciones son las que el análisis objetivo de la actual situación económica del país presenta a la conciencia católica.

¿Cuáles serán las respuestas?

PARTE SEGUNDA

ECONOMIA Y MORAL

Un problema previo.

Tras de haber expuesto en la primera parte los datos objetivos que a nuestro juicio pueden reflejar mejor los principales aspectos de la actual situación económica de México, trataremos en la segunda de hacer su valorización, a la luz de la Doctrina de la Iglesia.

Más previamente a cualquier valorización ética de un sistema económico, se necesita investigar si aquélla es posible.

Tal investigación se impone en especial para nosotros, si tomamos en cuenta que un largo siglo de vida social en México se desarrolló, por imposición externa y artificial, contraria a nuestras tradiciones y a nuestra cultura, bajo el ambiente de los principios liberales.

Ese liberalismo profundamente infiltrado —muchas veces hasta inconscientemente— en lo más profundo de nuestro ser social, hace que, al menos prácticamente, se desconozca o se niegue la sujeción de la economía a cualquier norma ética.

Resolver este problema previo representa no sólo evitar confusiones en las consideraciones valorativas que habremos de asentar después, sino que nos dará la clave para comprender dos concepciones de nuestra economía, radical e irreductiblemente opuestas que luchan en nuestro ambiente social: la católica y la materialista, llámese liberal o comunista.

Su enfoque epistemológico.

Las dificultades para determinar con precisión las relaciones

entre la economía y la moral, tienen un fondo básicamente epistemológico.

Para mejor determinar el campo de aplicación de la economía, conviene hacer uso de la distinción entre ciencia económica stricto sensu o economía pura, y la economía aplicada.

La economía pura estudia el modo de satisfacer las necesidades materiales del hombre, bajo el aspecto formal de la eficacia del esfuerzo que es necesario desarrollar para lograr esa satisfacción. Su preocupación consiste en investigar, descubrir y formular las leyes que rigen esa eficacia. Implica pues la búsqueda de *"lo que puede hacerse"* para conseguir el máximo de eficacia con el mínimo de esfuerzo.

La ciencia moral estudia las acciones del hombre —dentro de las que tienen que quedar comprendidas aquéllas que buscan satisfacer sus necesidades materiales— bajo el aspecto formal de *"lo que debe hacerse"* para que tales acciones del hombre lo conduzcan a su último fin.

Siendo distinto el objeto formal de estas dos ciencias, cada una de ellas utilizará sus propios principios, derivados de aquel. S. S. Pío XI afirma en la Quadragésimo Anno: "la economía y la moral, cada cual en su esfera peculiar, tienen principios propios".

En el aspecto puramente epistemológico, existe pues autonomía de cada una de estas ciencias, tomando esta palabra en su sentido preciso de que cada cual se rige por los principios que le son propios y utiliza los métodos adecuados a ellos.

Relaciones entre economía y moral.

Pero esta autonomía en el campo epistemológico no implica independencia entre el orden económico y el moral, como a renglón seguido lo hace notar enfáticamente el Papa.

Desde el momento en que la acción del hombre se halla implicada —y las leyes económicas como las de toda ciencia normativa se estructuran esencialmente para ser actuadas— es imprescindible que la moral, como ciencia genérica de las acciones del hombre, coincida parcialmente en su objeto material con la economía que específicamente estudia un sector determinado de esa actividad.

Y como ciencia que busca el último fin del hombre, la moral

tiene que subordinar a sí aquellas que, como la economía, buscan un fin humano de inferior categoría en el orden etiológico.

Esa dependencia se manifiesta en la política económica.

Entre las soluciones que la economía pura señala como posibles para lograr la máxima eficacia al esfuerzo humano que busca satisfacer necesidades materiales, al escoger la política económica las más convenientes, tiene que someterlas previamente al enjuiciamiento de la moral, para que ésta dictamine si no hay entre ellas alguna que "no se deba poner" en obra, porque violaría la subordinación que debe existir entre cualquier acción del hombre y su último fin.

"El hecho de que algo sea materialmente posible en el sentido económico, dice Nell Breuning, no implica que sea moralmente permisible; por razones morales puede ser imposible realizar una posibilidad económica".

Una lacra que dejó el liberalismo.

Al establecer la doctrina liberal una pretendida separación entre la economía y la moral, lo que hacía en realidad era invadir el campo de esta última. No se contentó con establecer la posibilidad en el terreno de la economía pura, sino que del "se puede" propio de esta ciencia, pasó a establecer el "se debe", sin sujeción alguna a lo que reclama el fin último del hombre.

Su resultado trágico fué el de establecer un mundo normativo en el campo económico, totalmente ajeno a los fines estrictamente humanos, y con mayor razón a los sobrenaturales.

Y roto el lazo que ata los fines mediatos del hombre con su último fin, aun naturalmente considerado, la economía se materializó.

Este materialismo habría de hacerse más brutal en la economía socialista.

Triste herencia de esa infundada e hipócrita doctrina liberal de la separación entre estas dos ciencias, fué pues la economía materialista que hoy prevalece, ajena a todo fin propiamente humano.

La tarea que se impone es pues la de humanizarla, sujetándola a los más altos fines del hombre, que son de naturaleza espiritual.

ORIENTACION ETICA DE LA ECONOMIA

Es necesario asentar los principios básicos morales que tienen que orientar cualquier política económica, para que ésta se subordine a los requerimientos que al hombre impone la consecución de su último fin.

El hombre, fin de la economía.

La introducción del imaginario homo oeconomicus hecha por el liberalismo, hizo perder de vista al hombre real y con ello rompió y trastornó la jerarquía de sus valores.

La falsa idea de esa especie de robot, regido sólo por necesidades materiales, carente de todo vestigio espiritual, condujo a que en la implantación del orden económico se prescindiera de toda ordenación ulterior.

El hombre queda convertido entonces en mero objeto de la economía, a cuyas leyes fatales está sujeto en vez de ser señor de ellas, que pueda utilizarlas, y aun ductilizarlas y amoldarlas como medio para alcanzar su último fin. En realidad esas leyes fueron aprovechadas dentro de esta concepción liberal por los económicamente poderosos para sojuzgar a los económicamente débiles.

En el comunismo sucede algo peor. Se acentúa el carácter del hombre como objeto de la economía, siendo el fin de la misma una mera estructura social impersonal que no revierte a los hombres los beneficios, sino que los aprovecha solamente en favor de un todo ficticiamente personalizado.

Contra tales teorías se levanta el concepto cristiano de la economía: el hombre, en integración armónica y ordenada de sus valores, es el verdadero fin de aquélla.

Los bienes materiales, y con ello el orden económico, no tienen otro sentido que facilitar al hombre la consecución de fines superiores y en último término, de su felicidad ultraterrena.

Y cuando los valores humanos se jerarquizan, dirigiéndose hacia su fin supremo y subordinándose a él, cada uno gana en plenitud de desarrollo.

De ahí que la subordinación de la economía a la moral, lejos de dañar o deprimir a aquélla le presta un carácter de mayor nobleza porque enlaza sus fines materiales con otros más altos. Y aun acrecienta su eficacia, porque conduce naturalmente a que se cumplan los verdaderos objetivos de la economía: que los hombres satisfagan adecuada y ordenadamente sus necesidades materiales. El hombre queda colocado dentro de ella como sujeto y fin de la economía, que no sólo conoce, sino que dirige las leyes económicas para beneficio de todos.

De ahí que esta humanización se manifieste claramente en que la economía deja de operar para beneficio de unos cuantos, ya que sus leyes deben funcionar para beneficio social. Porque, como dice S. S. Pío XII, "quien dice vida económica, dice vida social. El fin a que ella tiende *por su misma naturaleza* y al que los individuos están igualmente obligados a servir en las diversas formas de su actividad, consiste en poner de manera estable al alcance de todos los miembros de la sociedad las condiciones materiales exigidas por el incremento de su vida cultural y espiritual".

Jerarquía de las funciones económicas.

Consecuencia de lo anterior es la jerarquización que dentro de la economía deben tener sus grandes funciones.

Para la economía materialista, llámese liberal o comunista, lo que ocupa el primer plano, el objetivo final, la función básica a la que todas las demás deben subordinarse, es la producción.

Nada importa que puedan surgir crisis de sobreproducción. Nada que para absorber esa sobreproducción hayan de crearse artificialmente necesidades superfluas y aún nocivas en el grupo consumidor. Tampoco importa que existan necesidades insatisfechas, si la producción no es fácilmente costeable. La producción indefinidamente creciente se considera como signo infalible de progreso, y por ello debe ser siempre favorecida por cualquier medio y estimulada indefinidamente, sin otros límites que su amplia costeabilidad.

Dentro del concepto católico, por el contrario, todo el proceso económico, por exigencia de la misma economía debe estar orientado hacia el consumo. "Considerar al hombre como mero productor es verdadero absurdo. Sólo cuando se le considere como productor y consumidor al mismo tiempo, y cuando se enlacen en ordenación correlativa estas dos grandes funciones lle-

gará la economía a alcanzar su máximum de prosperidad sin turbar la paz de los hombres".

Nada más razonable. Producir no puede ser fin último ni siquiera para la misma economía. Se produce para consumir. Es pues tan sólo un medio para lograr lo que constituye su objeto final: la satisfacción de las necesidades materiales del hombre. Luego la producción debe orientarse hacia el consumo y coordinarse con él.

No implica esto en forma alguna una economía raquítica que viva frenándose con vistas a un consumo mínimo. Debe, por el contrario procurar que puedan satisfacerse cada vez mejor las necesidades humanas. Por ello, como lo hace notar Meinvielle, a lo que debe tender a amoldarse la producción es "a la capacidad de consumo". Pero nunca puede actuar con prescindencia de ella.

La creación de bienes materiales, y aún la abundancia de los mismos tienen en la mente de la Iglesia un profundo sentido: permitir al hombre realizar mejor su destino temporal y, mediante él, su destino eterno.

Hermosamente asienta Pío XI que "la economía social sólo alcanzará verdaderamente sus fines, cuando a todos y cada uno se suministren *todos los bienes que con la organización social de la actividad económica puedan obtenerse*, los cuales han de ser tantos cuantos se requieran, ya para satisfacer las necesidades y honestas comodidades, ya para elevar a los hombres a aquella más feliz condición de vida que, mientras de ella se use con prudencia, no sólo no es obstáculo para la virtud, sino que le es provechosa en gran manera".

La función del móvil de lucro o ganancia.

Una nueva distinción entre las dos concepciones de que nos venimos ocupando surge del papel que atribuyen al afán de lucro o de ganancia. Aquí se separan también las economías liberal y socialista.

Para la economía liberal, el único móvil que impulsa y dirige la actuación económica, el principio total de su actividad es la idea de lucro. En consecuencia debe evitarse todo freno o limitación al afán de conseguirlo. —Notemos de paso que el lucro entendido en esa forma ilimitada e irrestricta, implica el acre-

centamiento sin límites de las riquezas como si fuesen un fin en sí, lo cual supone la avaricia, que se define como "apetito desordenado de bienes temporales". De lo que debe deducirse que toda la economía liberal está fincada sobre un vicio capital.

La economía socialista, por el contrario, pretende eliminar el afán de ganancia como impulsor de la actividad económica, substituyéndolo por un pretendido cumplimiento de un deber social, o por la fuerza coactiva del Estado.

La concepción católica de la economía elude estos dos extremos igualmente falsos. Dentro de ella el afán de ganancia es un acicate que espolea la actividad productiva, la creación de bienes; pero es sólo eso, y por lo tanto, si bien es útil, debe ser moderado, refrenado y dirigido por un principio superior.

"Todos entienden fácilmente, dice León XIII, que la causa principal de emplear su trabajo los que se ocupan en algún arte lucrativo, y el fin a que *próximamente* mira el operario, es procurarse alguna cosa y poseerla como suya propia".

Pero este fin, precisamente por su carácter de próximo, debe ser encauzado y dirigido por algo superior.

Observa Sto. Tomás que a toda operación revestida con el carácter de necesidad para la conservación de la especie o del individuo, ha vinculado la naturaleza, o mejor dicho, Dios, su autor, un estímulo, como se observa en la reproducción y la conservación de la vida.

Para satisfacer la necesidad social del aumento de bienes materiales, puso igualmente Dios en el hombre el apetito de obtener ganancia.

Pero así como dejar irrefrenados los apetitos que nos dirigen a conservar la vida y la especie constituye un desorden, debiendo sujetarse estos estímulos a principios superiores que los dirijan al fin para el que nos fueron dados, y ejercitarse dentro del orden señalado por Dios, dejar irrestricto el apetito de lucro, mero medio de estimular al hombre para la creación de bienes materiales que el individuo y la sociedad requieren, es también grave desorden.

"Todo lucro individual debe ser fruto de un mayor rendimiento y de una nueva aportación a la vida social". Sólo así puede justificarse.

El principio directivo de la economía.

Del principio sentado en el capítulo anterior, derívase espontáneamente una importante consecuencia. La economía liberal, consecuente con la absoluta libertad que otorga al apetito de lucro como inspirador y móvil de toda actividad económica, —que supone se regula a sí misma—, considera como principio directivo del orden económico al libre juego de la concurrencia.

El socialismo en cambio, coloca como principio de la vida económica la intervención del Estado en todos los actos económicos.

¿Cuál es la doctrina católica sobre este importantísimo punto?

La Iglesia, aún cuando reconoce que "la libre concurrencia, encerrada dentro de ciertos límites es justa, y sin duda útil, afirma categóricamente que no puede ser en modo alguno la norma reguladora de la vida económica".

E igualmente afirma que "la prepotencia económica —y por mayoría de razón podemos aplicar este juicio al absolutismo económico del estado socialista— mucho menos puede servir como principio regulador de la economía, ya que, inmoderada y violenta por naturaleza, para ser útil a los hombres necesita de un freno enérgico y una dirección sabia, pues por sí misma no puede enfrenarse ni regirse".

Ninguno de estos dos principios, libertad y poder económico o político, pueden engendrar su propia capacidad para la autorregulación. "Hay que echar mano de algo superior y más noble para que rija la vida económica". El Papa señala para este efecto dos fuerzas morales, dos virtudes: la justicia y la caridad sociales.

La justicia social es una norma directiva, un principio espiritual e intelectual, que "exige de cada uno cuanto es necesario al bien común".

"Pero así como el organismo viviente no puede funcionar bien en su conjunto si no se da a cada parte y a cada miembro cuanto han menester para ejercitar sus funciones, tampoco se puede procurar el bien del organismo social si no se da a cada una de las partes y de los miembros —hombres dotados de la dignidad de personas— todo lo que deben tener para sus funciones sociales".

¿Cuál es el papel directivo que asigna el Papa a la justicia social? Para que su acción sea verdaderamente eficaz, "es necesario que ella dé vida a todo el orden jurídico y social, y que la economía quede como empapada en ella". El recto orden social y económico debe ser establecido por la suprema autoridad, inspirada e impulsada por la justicia social.

Una de sus más inmediatas y claras manifestaciones será la legislación social inspirada en ella. Por su medio se ajustará el orden económico a los principios de la moral cristiana.

Mas no basta la justicia social como principio directivo del orden económico. Porque la justicia más bien separa que une, ya que necesariamente coloca frente a frente a los titulares de derechos y a los obligados. Por ello afirma Pío XI: "La justicia sola, aún observada puntualmente, puede hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y los ánimos".

Es necesario otro principio, el único que tiene valor total y definitivamente unitivo: la caridad social. Ella nos impele a dar a la sociedad y a cada uno de sus miembros, por título de amor, cuanto necesitan para su bienestar dentro de la sociedad.

Difícilmente puede concebirse esta virtud en el campo puramente natural. Pero ¡qué hermosa florece bajo la consideración de la vida sobrenatural! Ella se funda entonces en el conocimiento de la unión que todos los hombres tienen en el Cuerpo Místico de Cristo.

Mientras que la justicia social determina la estructura y el funcionamiento de la sociedad y de la economía, la caridad social constituye su alma. Y con esto queremos decir que a ella corresponde vivificar y dar su toque plenamente humano a la justicia.

Mas hay que precisar que la caridad no puede suplirla. La supone. Cuando se viola ésta, quitando a alguien lo que le pertenece aún por título social, no puede encubrirse esta violación obsequiándole lo mismo a que tiene derecho.

Pero en cambio, sí puede acompañar a la justicia en las mismas prestaciones que ésta exige. Sólo varía el título, el motivo por que se da: lo que la justicia da por derecho, la caridad lo da con amor. Y puede en muchas ocasiones dar además cosas que no serían exigibles en justicia.

He aquí cómo estas dos virtudes rigen el orden económico-social.

El Estado y la economía.

Esto nos lleva a estudiar un último punto dentro de éstas orientaciones éticas fundamentales de la economía: el papel que al Estado corresponde dentro de ella.

Es inútil repetir las posiciones extremas que a este respecto asumen las dos formas de la economía materialista: abstención total, dicen los liberales: intervención total, afirman los socialistas.

Aunque a primera vista se comprende que la verdad está alejada de ambos extremos, lo verdaderamente difícil está en fijar los límites precisos de esa intervención, sobre todo en la práctica.

Es también responsabilidad del liberalismo el haber roto el equilibrio económico-social introduciendo con ello la confusión en el concepto de las legítimas funciones del Estado en la economía.

El pensamiento atomístico-individualista desintegró las sociedades menores existentes, dejando un vacío social que el Estado se apresuró a llenar. Y así quedó el individuo frente al Estado sin organizaciones ni autoridades económico-sociales intermedias.

Podrá decirse que ésto ocurrió hace mucho tiempo, pero que hoy, por el contrario, existe quizá hasta un exceso de organizaciones. Pero cabe hacer notar que éstas representan intereses de grupos determinados. El motivo de unión es proteger a sus agremiados en contra de las actividades de aquéllos que representan intereses opuestos. Tal ocurre con los sindicatos.

La Iglesia propicia y aconseja su formación. En un medio totalmente hostil a ellos León XIII afirmaba que es de desear que crezcan su número y su actividad". Pero la mera representación de intereses de grupo, aun justificada, carece de una verdadera capacidad para promover el bienestar común, es incapaz de engendrar y organizar una economía social.

De ahí que pueda afirmarse que el problema apenas si ha cambiado en lo que se refiere a la organización de la economía

social. Siguen los individuos frente al Estado. Ahora ya no aislados, sino unidos, pero en masa, con lo que sólo han logrado la fuerza de la magnitud numérica. Sigue existiendo pues la carencia de un auténtico equilibrio de autoridades en materia económica.

La norma de los poderes del Estado en materia económica, tiene que surgir del principio social fundamental: "Como es ilícito privar a los particulares de lo que por su propia iniciativa pueden realizar, para encomendarlo a una comunidad, así también lo es avocar a una sociedad mayor y más elevada, —el Estado por ejemplo—, lo que pueden hacer y procurar comunidades inferiores". Las asociaciones, pues, suplen las deficiencias u omisiones de los individuos, y el Estado suple las deficiencias u omisiones de los grupos sociales. Tal es el principio social genérico de la supletoriedad.

De lo anterior se deduce que las asociaciones formadas por particulares tienen derecho a desarrollar sus actividades de acuerdo con los fines que corresponden a su propia naturaleza. Tal es el principio de autonomía.

Pero esta autonomía no es absoluta, sino que está subordinada al fin moral y, por consiguiente, a todo el orden social por el que debe velar la autoridad suprema del Estado. Este tiene en consecuencia el derecho de intervenir, para el sólo efecto de que los individuos y las sociedades inferiores no contravengan los requerimientos del bien común ni impidan su realización, y para reglamentar las indispensables contribuciones que ese mismo bien reclama. Tal es el principio de intervención.

En su calidad de gestor del bien común, el Estado debe pues intervenir en materia económica con los siguientes objetivos: facilitar el desenvolvimiento de la iniciativa privada; suplir a ésta, siempre de manera transitoria y únicamente en sus deficencias o en su abstención; proteger a la libertad individual, inclusive contra los abusos de la libertad misma, como sucede en los casos de los monopolios; exigir la realización de la justicia y de la paz en las relaciones sociales.

Pero como, según enseña Taparelli, "la actividad del administrador supremo será más eficaz y benéfica mientras más actúe por medio de las autoridades subordinadas, debe procurar que su intervención en los asuntos internos de las sociedades privadas se realice, por regla general, por medio y a través del poder administrativo inherente a cada grupo social.

Esto supone que exista dentro de la sociedad una unidad orgánica, y dentro de ella una jerarquía que represente los diferentes intereses que entran en juego en la vida económico-social. Los que corresponden a cada asociación, subordinados a los de comunidades más amplias hasta llegar a la nación, y todos ellos subordinados a los fines supremos que el Estado representa.

La conjugación de dos aspectos.

Hemos llegado a lo medular de este trabajo. En su primera parte estudiamos objetivamente los hechos más salientes de nuestra actual situación económica. En lo que va de esta segunda, hemos tratado de sintetizar los grandes lineamientos de "una ciencia económica que no se encuentre alejada de la verdadera ley moral", como un punto de apoyo para realizar nuestro objetivo principal.

Tócanos ahora formular las apreciaciones críticas de esa situación a la luz de esos principios. Y presentar un juicio valorativo de las grandes líneas de conducta económica que se presentan como solución de los problemas que nuestro país confronta.

ANALISIS VALORATIVO

El campo: nuestro gran problema.

Comenzaremos nuestro análisis por el gran problema del campo. Porque a nuestro juicio es el de mayores proporciones, el más grave y angustioso, el más difícil, el más trascendental.

Es el más extenso, porque afecta directamente a las dos terceras partes de nuestra población.

Es el más grave, porque la condición de quienes viven del campo es la más trágica: ocupan de ordinario los más bajos niveles dentro de nuestro proletariado. Según frase de Pío XI a los obispos mexicanos, "son millones de seres humanos que frecuentemente viven en condición tan triste y miserable, que no gozan ni siquiera de aquel mínimo de bienestar indispensable para conservar la dignidad humana.

Es el más difícil, porque en su extraordinaria complejidad

están involucradas cuestiones jurídicas, políticas, educacionales, sociales, demográficas, etc.

Es el de mayor trascendencia porque su resolución se halla implicada en todos los demás. No será posible un serio programa de desarrollo económico nacional, mientras esa situación del campo subsista.

Un enfoque básicamente humanista.

Se ha afirmado que hay dos criterios para enfocar este problema: el uno, de un radical humanismo, finca los datos de la cuestión sobre el concepto y la realidad del hombre. El otro, materialista, desprecia al hombre para subrayar los datos técnicos, económicos, etc.

Presupuesto lo que hemos dicho sobre el papel prevalente de lo humano en la economía, la elección para nosotros no es dudosa.

Consideramos elementos imprescindibles en el problema del campo, la justa y apropiada distribución de la tierra, preconizada ya en la Dieta Católica de Zamora en 1913; la efectiva organización de un crédito agrícola propuesta desde el Congreso Católico Mexicano de Puebla en 1903; la introducción de técnicas en la explotación del campo, que la hagan productiva y fecunda; y otros tantos y tantos aspectos más que forman ese cerrado haz de espinosas cuestiones que integran la punzante interrogación de nuestro magno problema.

Pero afirmamos con absoluta convicción que el problema del campo es ante todo problema de hombres. Y que, en consecuencia, ninguna de las demás soluciones, ni todas ellas en su conjunto alcanzan a resolverlo, si no son enfocadas con un criterio humanista y si no se resuelven juntamente los problemas directamente humanos: la redención moral, cultural y social de la vida campesina, en la forma propuesta por la doctrina católica.

¿La prueba? Hace más de cuarenta años que la Revolución pretende resolver este problema. Y porque desgraciadamente, las soluciones se han fincado solamente en los aspectos técnicos, económicos, etc., prescindiendo de la auténtica elevación espiritual de la vida rural, ésta sigue siendo aún una inmensa tragedia. En ciertos aspectos puede haber empeorado: allí está la dolorosa emigración de hombres dispuestos a perderlo todo

en país extraño, para evadirse de las condiciones infrahumanas de vida que privan en el campo mexicano.

La Iglesia Católica siempre pensó en los problemas materiales del campo, pero con un sólido humanismo. "Somos partidarios, decía en 1903 el entonces Arzobispo de Puebla, Mons. Sánchez Paredes, del fraccionamiento prudente y moderado de la propiedad agrícola, *previa la conveniente preparación de los pequeños agricultores*". "El problema más grave no está en la repartición de tierras, sino en la organización de las clases agrícolas medias, es decir de *personas que sepan y puedan ser propietarias*", se dijo en 1921 en la Semana Social de Zapopan.

Puede asegurarse que la Iglesia, dentro de las angustiosas limitaciones de sacerdotes, de libertad para enseñar, de recursos económicos, y de acción en general a que ha estado sujeta en los últimos tiempos, ha sido la única que, a través principalmente de sus abnegados párrocos, ha hecho algo por elevar la condición moral, intelectual y social del campesino, ha sido la única que ha sabido llegar hasta él. Lo que del campesinado ha podido substraerse a la miseria, a la incultura, a la degradación, etc., lo debe ciertamente en gran parte a esos abnegados curas de pueblo, en quienes única y realmente confía.

Acción social en favor del campo.

Es tan grande la magnitud y complejidad de este problema que consideramos que sólo podrá resolverse a fondo mediante el desarrollo de una acción cuidadosa y certeramente planeada. Esta acción tiene que ser fruto de un estudio exhaustivo del problema, que hasta hoy no ha sido realizado satisfactoriamente. Y ella reclama la intervención de todos: el Estado, los propios campesinos, y aún los demás sectores de la sociedad.

El Estado debe intervenir con una adecuada legislación y exigiendo su cumplimiento, facilitando, y no monopolizando la instrucción, tanto general, como profesional, asegurando la libertad en la vida campesina, refrenando el caciquismo, etc. etc.

Pero no debe por ningún concepto pensarse que a él corresponda imponer una plan de acción, ni monopolizar su desarrollo para beneficios políticos. Si no contáramos con el criterio para valorar los límites de la intervención del Estado en la vida económica, tal y como se ha expuesto antes, la sola experiencia de 40 años de ensayo en que se ha mostrado impotente para lo-

grar la recuperación de la vida campesina, serían argumento bastante.

La acción principal tiene que surgir de los directamente interesados en el éxito de la realización de un plan de esta naturaleza. Conforme a la consigna de especialización fijada por Pío XI, nadie como el campesino puede conocer los problemas campesinos, resolver los problemas campesinos, mejorar la vida campesina.

Pero de acuerdo con la mente del mismo Pontífice, sólo la formación de grupos orgánicamente estructurados dentro de la sociedad rural, "no según el cargo que tienen en el mercado del trabajo, sino según las diversas funciones sociales que cada uno ejercita", tiene la eficacia necesaria para remediar los males sociales.

Que los ejidatarios, los pequeños y medios propietarios, los arrendatarios y aparceros, los peones, etc., se organicen con el fin de re-estructurar este sector fundamental de nuestra sociedad, y salvar esa parte vital de nuestra economía. Su acción conjunta, respaldada y ayudada, pero no absorbida por la del Estado, y con el apoyo inclusive de las demás clases sociales ya que el problema tiene como apuntamos repercusiones nacionales, será factor decisivo en la elevación del campesino, tanto cultural, como moral, en la moralización de las costumbres y de la vida rural, en la coordinación de los derechos esenciales del hombre con las posibilidades y conveniencias de la técnica, en la procuración de un crédito eficaz y barato, en la armonización del régimen agrario con el de pequeña propiedad, y en la vinculación estrecha de la producción del campo con la expansión de la industria, con el sistema de transportes, con la creación de caminos, y con todos los demás aspectos de la economía nacional.

Pero "a una restauración social de esta naturaleza debe preceder la renovación profunda del espíritu cristiano. Será inútil todo afán de regeneración social, si no vuelven los hombres franca y sinceramente a la doctrina Evangélica". La acción de la Iglesia es pues insubstituíble para la redención moral de la población del campo, base indispensable de toda reforma social auténtica.

Los problemas de la industrialización.

La industrialización de nuestra economía, considerada como

un esfuerzo por incrementar la riqueza nacional insuficiente a todas luces para satisfacer nuestras necesidades, nada tiene de censurable. Es por el contrario laudable empeño, ya que no es sino la realización de uno de los principios básicos que señalamos antes: la adecuación de la producción al consumo.

Pero este fenómeno económico y social no puede considerarse exclusivamente como un aumento de fábricas, cambio de maquinaria, adopción de nuevos sistemas productivos, etc. Implica un nuevo modo de ser dentro de la sociedad industrial y las empresas. Plantea por ello problemas no sólo económicos y técnicos, sino también sociales y morales que es imprescindible resolver.

La lección de las grandes naciones industriales.

Los avances de las ciencias y la técnica aplicados a la máquina y a los métodos de producción, operaron un asombroso incremento en la economía de algunos países, que se conoce con el nombre de Revolución Industrial.

Desgraciadamente, en ella, por virtud de los principios liberales que entonces prevalecían, no se tomó en cuenta el factor humano y social. El trabajador fué considerado como una máquina.

La desocupación de grandes núcleos de trabajadores, la disminución de sus salarios, la exigencia de jornadas excesivas o de esfuerzos inhumanos, la monótona y agobiante estandarización de las labores, las condiciones insalubres del taller, y otros factores similares, son sólo algunos de los exponentes de la deshumanización resultante de una industrialización ajena por completo a toda consideración ética y operada exclusivamente con criterio económico y técnico. Apareció con ello el proletariado.

Lentamente estas injusticias se han ido corrigiendo en los países fuertemente industrializados. La presión de las organizaciones de trabajadores, el temor al socialismo y al comunismo, la legislación social que apareció en la mayoría de los países como resultado, consciente o inconsciente, de los postulados de justicia proclamados por la Iglesia, y, en los últimos tiempos aun la misma necesidad imperiosa de elevar intensa y rápidamente el ritmo de la producción con motivo de las dos guerras mundiales, son

causas que han forzado a los empresarios de esos países a aproximarse a un concepto de las relaciones de trabajo, más cercano al propugnado por la Iglesia.

Un peligro que evitar.

Nuestro proletariado, que "no es como en las grandes naciones industriales resultado de una expansión de la industria, sino la continuación de un estado de incultura e incivilización que no hemos podido superar", corre peligro de empeorar sus ya deplorables condiciones, si la industrialización que se pretende, carece de un sentido humano y cristiano.

De acuerdo con los principios que anteriormente hemos sentado ese peligro debe conjurarse. "El progreso técnico, ha dicho Pío XII, sufre menoscabo si no es capaz de conciliarse con las exigencias imprescindibles de la persona humana".

La desocupación de los trabajadores desplazados por mejores máquinas o métodos, la monotonía inhumana exigida por una simplificación excesiva del trabajo, la disminución de los salarios en virtud de la mayor oferta de trabajadores, y otras injusticias similares son fenómenos que deben ser previstos y evitados dentro de un plan de industrialización.

Y no sólo por razones morales. Aun bajo el aspecto económico debemos evitar los errores que en otras partes fueron cometidos y que hoy están siendo enmendados.

Es necesario que los beneficios de la industrialización lleguen a los trabajadores en forma proporcional a la elevación de los índices de productividad de su esfuerzo. De lo contrario, el aumento de producción no encontrará mercado por la baja capacidad adquisitiva de las clases laborantes, y consiguientemente se verá detenido.

Es indispensable contar con la colaboración de los trabajadores. Hoy se sabe, hasta experimentalmente, que ésta no se obtiene sino cuando el trabajador labora satisfecho, cuando siente reconocida y respetada su dignidad humana.

La experiencia muestra que estos objetivos se obtienen adecuadamente utilizando las formas de participación obrera en los programas de productividad. Con motivo de ellos se integran comisiones mixtas en las que, sin perjuicio de la autoridad in-

dispensable en quien dirige la empresa, los trabajadores pueden hacer oir su voz sobre los problemas técnicos, de organización, de eficiencia, y por ese medio también, se fijan las bases para que los incrementos que se logren beneficien económicamente al trabajador.

A nuestro juicio esta participación obrera en comités donde se discuten problemas de interés común para empresarios y trabajadores, puede representar el principio de una auténtica organización corporativa. Ella irá aumentando la comprensión, favoreciendo la colaboración, limando asperezas, y preparará así la evolución hacia reformas más profundas.

Pero una vez más hemos de hacer notar que todo esto será inútil si el espíritu que anima a obreros y empresarios no está impregnado de auténtica justicia y de la benevolencia, que sólo se encuentra en la caridad cristiana. Mientras los hombres no sean capaces de refrenar la codicia que sólo anhela beneficios propios, aún con detrimento de los derechos ajenos, y mientras empresarios y trabajadores no estén unidos por el vínculo de la caridad, todo esfuerzo será vano. Por eso la acción de la Iglesia es indispensable como formadora de la conciencia moral, ya que "ella trabaja no sólo por instruir el entendimiento, sino en regir con sus preceptos la vida y las costumbres de todos y cada uno de los hombres".

La inmoralidad en un medio anormal.

En la primera parte hacíamos notar la existencia de un estado patológico en nuestra vida económica: la carestía que aflige a nuestro pueblo. Y señalábamos que si bien él es efecto de la inflación, a su vez es causa de una carrera desenfrenada de los salarios que no logran alcanzar el alza del costo de la vida, y ocasión para que en ese medio económico anormal proliferen los abusos como alzas injustificadas en los precios, el acaparamiento, los monopolios, la especulación, la usura, y otras inmoralidades de semejante gravedad.

El remedio radical consiste indiscutiblemente en suprimir la causa primaria. Y aún cuando los particulares pueden ayudar a disminuir la inflación colaborando en un plan nacional de mayor productividad, para aumentar la suma de bienes, la solución principal se encuentra en manos del Estado. A su prudencia económica incumbe la grave responsabilidad de adoptar una po-

lítica monetaria y de inversiones en obras públicas que garantice ciertamente la prosperidad del país pero sin imponer a nuestra sociedad actual —y en particular a sus clases laborantes— sacrificios que quizá no puedan soportar sin grave daño.

Pero aunque la anormalidad del ambiente económico constituya psicológicamente la ocasión de los abusos e inmoralidades mencionadas antes, la causa profunda de estos estriba en el bajísimo nivel moral que priva en la vida de negocios y en las transacciones económicas. ¡Una triste herencia más que recibimos del liberalismo, que pretendió divorciar la economía y la moral. y en gran parte lo logró!

Y aun cuando la moral católica establece que deben evitarse y suprimirse las ocasiones de pecar, ella va hasta las raíces profundas de los males para extirparlas. Porque de otra manera, cualquiera otra ocasión semejante —y son muchas las que pueden surgir en las transacciones de la economía— los hará brotar nuevamente.

Los trabajadores pugnan por aumentos de salarios que igualen al aumento del costo de la vida. Los empresarios difícilmente los conceden, y cuando lo hacen, simplemente los añaden a los precios, —cuando no toman de ello ocasión para elevar éstos inmoderadamente— con lo que hacen nugatorios los aumentos, que vuelven a pesar sobre los trabajadores, que forman la mayoría de la población consumidora.

Si bien es cierto que existen ocasiones en las que sería incosteable conceder esos aumentos sin aumentar los precios, porque como hace notar Pío XI, no podría soportarlos la empresa sin grave ruina propia *y consiguientemente de los mismos obreros,* "hay que tener en cuenta, dicen los Obispos Mexicanos en su magnífica pastoral colectiva, que el bien común pide muchas veces no sólo el sacrificio de las pingües ganancias, sino la máxima comprensión ante las difíciles circunstancias económicas porque atraviesa el país; que vivimos tiempos duros y *todas las clases sociales* deben soportar el sacrificio, que nunca en los pudientes llegará al volumen que alcanza entre la mayor parte de nuestro pueblo trabajador y consumidor".

Con mayor energía fustiga ese documento a quienes con pretexto de algunos limitados aumentos, toman ocasión para elevar inmoderamente los precios, o que pudiendo se niegan a aumentar los salarios: "si la empresa está rindiendo pingües ganan-

cias, dividendos elevados, dice, precisamente debido a las circunstancias de carestía de la vida, que son las que hacen más miserables los salarios, hay que repetir las tremendas palabras de León XIII: el defraudar a uno del salario que se le debe, es un crimen que clama venganza al cielo: mirad que el jornal que defraudásteis a los trabajadores clama, y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los Ejércitos".

Para quienes aprovechan la carestía de la vida para aumentar injustamente los precios, para acaparar las mercancías a fin de imponerlas al mercado con elevaciones inicuas, que lucran con la miseria ajena, para "aquellos que, en la inmensa calamidad en que hoy ha caído la familia humana, no ven más que una ocasión propicia para enriquecerse deshonestamente, explotando la necesidad y la miseria alzando indefinidamente los precios para procurarse ganancias escandalosas",. la misma pastoral dirige aquellas tremendas palabras de Pío XII: "Mirad sus manos: están manchadas con sangre, con la sangre de las viudas y de los huérfanos; con la sangre de los niños y de los adolescentes imposibilitados o retrasados en su desarrollo por la desnutrición o por el hambre, con la sangre de las mil y mil desgracias de todas las clases del pueblo, de las que se han hecho verdugos con su innoble mercado... Esta sangre, como la de Abel, clama al cielo contra los nuevos Caínes. Sobre sus manos queda la mancha indeleble, como en el fondo de sus conciencias queda imperdonable el delito, hasta que lo hayan reconocido, llorado, expiado y resarcido, en la medida en que puede repararse un mal tan grande".

Esta tremenda inmoralidad no se evita solamente con leyes, decretos, inspecciones, porque todo esto puede evitarse, burlarse, eludirse. La ley moral es la única que penetra hasta lo más íntimo de las conciencias cegando la fuente misma de la injusticia que son las pasiones, y en especial en este caso la avaricia, y plantando la fecunda semilla de la caridad para con nuestros prójimos y para con la sociedad.

Estamos sufriendo hoy la desenfrenada avaricia de una generación que la Iglesia, sujeta a persecuciones, con limitación de toda su actividad, buscando apenas la forma de no perecer, no pudo educar cristianamente. Y carente de esa educación, se desarrolló en aquella plenamente todo el veneno que destila una economía separada de la moral. Déjese a la Iglesia la necesaria libertad, no se le impida reasumir su papel de educadora y

formadora de las mentes y los corazones, y la moral de Cristo ahogará en las almas, las raíces mismas de esas espantosas inmoralidades que hoy por todas partes brotan.

La redención del proletariado.

Al abordar el problema de la distribución de la riqueza nacional, llegamos al punto culminante. Así lo considera la autoridad misma del Papa actual al afirmar: "Este es y continúa siendo el punto central de la doctrina social católica: la obligación de luchar por una distribución más justa de la riqueza".

La Iglesia considera contrario a la naturaleza el fenómeno de "una enorme multitud empobrecida, frente a un pequeño grupo de riquísimos y privilegiados".

Esta lucha por la justa distribución de los bienes, la enlazan los documentos pontificios directamente con la redención del proletariado.

"Confrontamos, dice la pastoral colectiva, como fenómeno social, la existencia de grandes masas de nuestro pueblo que viven como excomulgados o excluídos de los beneficios temporales de la sociedad, no están integradas dentro de la comunidad humana, tales son sus condiciones de miseria".

Y la gravedad no sólo material, sino aún moral de este problema, la fija el mismo documento: "En esas condiciones infrahumanas de miseria, donde todo vicio tiene su asiento, esas masas no pueden recibir fácilmente los beneficios de orden espiritual y sobrenatural".

Dado que este proletariado es obra de "un estado de incultura e incivilización que no hemos podido superar", como ya lo hacíamos notar antes, puesto que los datos objetivos nos muestran que la renta nacional, aun equitativamente repartida, no daría sino "una distribución de la miseria", es claro que el aumento de esa riqueza nacional es una de las bases para la solución del problema.

Pero "la riqueza económica de un pueblo no consiste propiamente en la abundancia de bienes, sino más bien en que ella represente eficazmente la base material suficiente para el debido bienestar de sus miembros".

Por eso "no es bastante con elevarla. Por muy grande que fuera la afortunada abundancia, al no ser llamado a participar de ella, el pueblo no sería económicamente rico, sino pobre. Es necesario que aumente siempre en unidad de tiempo el consumo nacional".

"Por tanto, la medida del progreso económico no puede darla en modo alguno un simple aumento de capitales que acreciente el rendimiento nacional, sino el que acreciente el porciento de renta por cabeza en la masa social".

Con razón pues, asienta Pío XI, que para obtener enteramente, o al menos con la posible perfección, el fin señalado por Dios a los bienes materiales, no sirve cualquier distribución de éstos, entre los hombres, sino que deben distribuirse entre las personas y clases de manera que quede a salvo lo que León XIII llama la utilidad común de toda la sociedad".

Los medios para esta distribución.

La Iglesia nunca ha cesado de proclamar que "si bien son muchos los factores que deben contribuir a esa mayor difusión de la riqueza, el principal debe ser siempre el justo salario".

León XIII cuidó de formular sus bases, y Pío XI las pormenorizó más detalladamente al exigir que, para que el salario sea justo, se conforme con tres normas.

La primera, que fija un mínimo al salario, está reconocida teóricamente en nuestra legislación: debe ser suficiente para la sustentación del obrero y la de su familia. Desgraciadamente podemos decir que, en las actuales condiciones, el fijado legalmente no siempre alcanza ese nivel. Esta responsabilidad pesa sobre las comisiones que se forman al efecto. Pero no pueden eximirse de ella los mismos obreros que ganan salarios mayores, y que forman como alguien ha dicho "la aristocracia del proletariado", quienes de cualquier aumento en los mínimos que se fijan conforme a la ley, toman base para exigir aumentos en los mayores que ellos perciben, con lo que las mismas autoridades se ven constreñidas a no propiciar ni favorecer aumentos en el salario mínimo, que podrían sólo ser causa de más graves trastornos económicos.

La segunda norma, que establece un salario máximo, por

así decirlo, considera que debe tenerse en cuenta la situación de la empresa. Pero ésta no debe reputarse causa legítima para disminuirlo, si es debida a negligencia, pereza o *descuido en atender al progreso técnico o económico.* Es una apreciación generalmente admitida que nuestra industria en general —y el campo con mayor razón— tienen un nivel de productividad mucho más bajos de lo que normalmente podrían alcanzar. ¡Quién sabe a cuantos empresarios no podrá justificar la imposibilidad económica de su empresa para aumentar salarios, porque no han provisto a su mejoramiento técnico o económico, como lo exige imperiosamente su carácter de jefes de la misma, que tan celosamente defienden para otros fines! Pero no olviden también los trabajadores que, oponerse sin razón a mejoras en la empresa, puede hacer caer sobre ellos mismos la causa de esa imposibilidad.

La tercera norma, sirve para regular el salario entre esos dos extremos, máximo y mínimo. El Papa menciona el bien común, que en principio pide, como lo demuestra aun económicamente, eludir por igual un salario extremadamente alto o extremadamente bajo.

Pide después este principio la debida proporción entre los salarios de las diversas ramas de la economía, y la justa proporción entre los que se pagan en una empresa.

Además del justo salario, la Iglesia aconseja, otros medios que tratan de distribuir mejor la propiedad. Porque ella quiere en palabras de Pío XI, "que las riquezas adquiridas se acumulen con medida equitativa en manos de los ricos, y se distribuyan con bastante profusión entre los obreros" para remediar la injusta distribución actual.

Pero cabe hacer notar aquí, que, como lo señala la Pastoral Colectiva, "no se trata de una orden o un mandato. No debe confundirse una orientación con la solución de un problema". O como dice Pío XII, "no se han de tergiversar las palabras de sabiduría de Pío XI, dando el peso y la importancia de un programa social de la Iglesia a una observación por completo accesoria sobre las eventuales modificaciones jurídicas de las relaciones existentes entre los trabajadores sujetos a contrato de trabajo".

Pío XI, asienta ante todo con meridiana claridad que "los

que condenan como injusto por naturaleza el contrato de trabajo y hablan de substituirlo por el contrato de sociedad, hablan un lenguaje insostenible, e injurian gravemente a León XIII".

Y a continuación, con toda mesura añade: "Pero juzgamos que, atendidas las condiciones modernas de la sociedad humana, sería más oportuno que el contrato de trabajo, *algún tanto se suavizara en cuanto fuera posible* por medio del contrato de sociedad".

Parece que una forma prudente y factible de realizar esto en nuestras particulares condiciones y preparar un mayor acercamiento a integrar la empresa con elementos del contrato de sociedad, es la participación de los trabajadores en los programas de productividad, de que ya en otra parte hemos hablado.

Entre los medios materiales para lograr una justa distribución de la riqueza y la redención del proletariado, la Iglesia señala, pues, la justa remuneración del trabajo del obrero, que con su cuidado y ahorro abra a todos el acceso a la propiedad, "que es condición para el pleno desarrollo de la persona humana, dentro de la seguridad y la libertad".

Un orden social no puede ser admitido como justo por la conciencia cristiana, "no sólo cuando niega en principio el derecho de propiedad de los bienes de producción o de consumo, sino también cuando hace prácticamente imposibles o vanos estos derechos. Por eso, usamos términos de nuestros Prelados, allí donde un sistema como el capitalismo que vivimos se arroga sobre la propiedad un derecho ilimitado sin subordinación alguna al bien común, la Iglesia lo ha reprobado como contrario al derecho natural".

Queremos terminar también parafraseando ese magnífico documento de nuestra Jerarquía.

Hemos buscado en la doctrina de la Iglesia una orientación y la hemos encontrado. No podemos en la economía aceptar soluciones materialistas, regímenes que pueden liberar los cuerpos, pero esclavizan a las almas. Lo único que queremos es que la liberación material marche paralela con la liberación espiritual, porque la primera sin la segunda, es solo una traición. Pero mientras los hombres estén dominados por el egoísmo, no se podrán realizar las transformaciones económicas y sociales que se imponen.

CONCLUSIONES

TEORICAS

1.—El desarrollo económico de México, será sólido, si se conforma con los principios de la moral católica sobre la naturaleza, función y destino de los bienes materiales.

Las dolorosas condiciones por las que atraviesa la economía nacional evidencian objetivamente la verdad de este aserto.

2.—Para lograr una auténtica humanización de la economía en México, informada por la Doctrina Católica, es imprescindible.

a). Considerar al hombre no sólo como productor, sino principalmente como consumidor, ordenando armónicamente estas dos grandes funciones de la economía, con lo que ésta alcanzará su maximun de prosperidad. sin turbar la paz social.

b). Reconocer prácticamente que el apetito de obtener ganancias, estímulo puesto por Dios para impulsar al hombre al desarrollo de la vida económica, sólo es justo, si está dirigido, moderado y refrenado por un principio superior.

c). Regular la libre concurrencia dentro de ordenados límites, para hacerla justa y útil, pero jamás considerarla como el principio directivo de la vida económica, función reservada a la justicia social que procura un recto orden económico, y a la caridad social que es alma y perfeccionamiento de ese orden. L

3.—La intervención del Estado en la vida económica debe determinarse por las normas que le marca su función de gestor del bien común.

Los individuos y las asociaciones privadas tienen derecho a desarrollar sus actividades económicas, de conformidad con lo que exigen sus fines naturales.

En razón de la subordinación de estas actividades al orden social, el Estado puede y debe intervenir en la vida económica para reglamentar las indispensables contribuciones que el bien común reclama de los particulares; para que los individuos y

sociedades inferiores no contravengan los requerimientos de ese mismo bien común; para facilitar, impulsar y suplir, —de manera transitoria— el desarrollo de la iniciativa privada, y para proteger la libertad individual, inclusive contra los abusos de la libertad misma.

La intervención del Estado será tanto más eficaz y benéfica, cuanto mejor pueda realizarse a través de las autoridades inherentes a cada organismo social.

El dominio de aquellos bienes que llevan en sí un poderío económico tal que de permitirlo a los particulares se seguiría daño al bien común, debe reservarse al Estado.

4.—*Aunque en la resolución del problema del campo son elementos indispensables los factores jurídicos, técnicos, económicos, etc., ninguno de ellos, ni todos en conjunto, alcanzarán a resolverlo, si no se enfocan con un criterio humano de elevación religiosa, moral y cultural de quienes viven del campo.*

El desarrollo del vasto plan de recuperación que la vida rural exige, debe ser realizado por agrupaciones, libre y orgánicamente estructuradas entre los mismos hombres del campo, y apoyado por la autoridad pública dentro de los límites de su función específica.

Pero como la elevación de la vida rural se finca sobre una base de resurgimiento espiritual y moral, es indispensable que la Iglesia goce de su plena libertad de acción para plasmar en este sector el reconocimiento de los valores espirituales y sobrenaturales.

5.—*La industrialización de México debe orientarse con eficacia a obtener resultados realmente benéficos para su población toda, y en especial para las clases laborantes.*

Esta industrialización no debe limitarse, por lo tanto, al mero aumento de fábricas, cambios de maquinaria o métodos de producción, etc., sino que exige que los progresos técnicos se realicen con un sentido plenamente humano, inspirados en los principios de la justicia y la caridad sociales, de modo que no se lesionen en forma alguna los derechos ni la dignidad personal del obrero, antes por el contrario, se favorezcan eficazmente sus condiciones de vida y de trabajo.

6.—*Es obligación del Estado perseguir los abusos que surgen con ocasión de las anormales condiciones económicas por las que atravesamos, tales como el alza injustificada de los precios, el acaparamiento. la especulación, la usura, etc.*

Pero estas inmoralidades sólo desaparecerán socialmente, arrancando la raíz que las sustenta: la avaricia.

Sólo la moral católica es capaz de llegar hasta las conciencias para cegar la fuente misma de esas monstruosas inmoralidades, lo que se realizará cuando la Iglesia pueda ejercitar libremente su función de formadora de las conciencias y educadora de las voluntades.

7.—*La tarea más urgente en nuestro mundo económico es la redención del proletariado.*

Debe pugnarse para ello por facilitar a todos los trabajadores el acceso a una porción de bienes en propiedad privada, que garantice su dignidad, seguridad y libertad personales.

Entre los factores para lograr esa difusión de la propiedad, el fundamental es el salario, siempre que se conforme con las normas de justicia señaladas por la Iglesia.

Es también de desearse que, con prudencia y moderación, pero con sincero afán de encontrar los medios adecuados, se busque, en cuanto sea posible, la forma de suavizar algún tanto el contrato de trabajo, que no es injusto por naturaleza, con algunos elementos del contrato de sociedad, con el fin de mejorar el nivel actual de vida del trabajador y prepararlo para que pueda asumir responsabilidades mayores en cuanto a participación en las utilidades, en la gestión y en la propiedad de la empresa.

PRACTICAS.

Consideramos que para llevar a la práctica los principios fundamentales de una economía inspirada en la Doctrina Católica, deben adoptarse, entre otros, los siguientes medios.

1.—*Contar con un número suficiente de economistas formados con sentido católico, para lo cual debe propugnarse con urgencia que en todas las Universidades y Colegios a los que la Iglesia pueda hacer llegar su acción, se establezcan facultades de eco-*

nomía o estudios elementales sobre la materia, según el caso, y que sean atendidos por idóneos profesores.

2.—*Recomendar a las Organizaciones adheridas a éste Congreso la edición de una o varias revistas especializadas sobre temas económicos, tratados con criterio católico. Igualmente ayudar a la difusión de las publicaciones que de algún modo tratan ya de estos problemas.*

3.—*Propugnar con urgencia la formación de una editorial de libros y folletos sobre temas económicos, enfocados con criterio católico, para contrarrestar la invasión planeada y sistemática de textos sobre esta materia escritos con un criterio parcial y adverso a la doctrina de la Iglesia los cuales están deformando la conciencia nacional.*

4.—*Que alguno de los posteriores Congresos Nacionales de Cultura Católica, se dedique, preferente o exclusivamente, al estudio exhaustivo de nuestros problemas económicos a la luz de la Doctrina de la Iglesia.*

5.—*La celebración de conferencias o cursos breves auspiciados por las Organizaciones adheridas a éste Congreso, en todos los lugares donde sea posible, en los que se explique y comente la doctrina católica en materias económicas, en forma adecuada a los respectivos auditorios.*

Sentido y Ejercicio de la Profesión Conforme a la Moral Católica

Por el Sr. Lic. Daniel Kuri Breña

El hombre, como ser de relación, se expresa. Expresarse es mostrar lo que hay dentro, lo esencial, lo más íntimo, lo fundamental, es sacar a la luz y decir en símbolos o imágenes o con la vida misma lo que se es, lo que se cree.

De todas las expresiones la más noble es la profesión de la fé; el testimonio visceral de un credo que contiene en sí no sólo la verdad del ser, sino también del conocer y del hacer, que contiene la visión del hombre, del mundo y de su Destino, el puesto del hombre en el mundo y el sentido de la vida. Profesar una fe es tener una actitud ante la vida, es dar un testimonio definitivo que convierte al hombre en este mundo en testigo del otro; un testimonio de vida en la muerte, de la vida eterna que como dice Maritain comienza ahora. Por fortuna y por terrible verdad histórica, la profesión heróica de la fe no es poco frecuente.

El mártir, igual en las murallas del antiguo imperio, que detrás de la cortina de hierro, es quien hace de su vida y de su muerte una grandiosa profesión de fe.

Por analogía se profesan verdades y principios no de tan alta jerarquía como son los definitivos de la fe, pero dotados de la eminencia que el espíritu confiere a todas su obras, por ejemplo en la cátedra.

El profesor, quien profesa una enseñanza, muestra su yo in-

telectual sobre cierta rama del saber. En este aspecto profesar una cátedra, una enseñanza, implica ya deberes, el deber de estar cierto de que se posee la verdad, el deber de investigar afanosamente *este universo misterioso*, bajo la luz intelectual de una ciencia concreta, a cuyo descubrimiento hemos aplicado, de preferencia, por simpatía, aptitudes y vocación, nuestro esfuerzo intelectual. Hay una grandeza implícita en mostrar una enseñanza a los demás, porque es iluminar el espíritu y abrirlo a un nuevo conocimiento de un aspecto del universo. Pero hay en el saber un orden; no es igual enseñar los secretos que hemos podido descubrir en la naturaleza material: física, química, mecánica, que enseñar las leyes que rigen los aspectos más cercanos a nosotros; quien profesa una cátedra de literatura o de historia, de moral o de derecho, de medicina o de arte, se acerca más a la vida, toca los móviles del alma de los hombres, de la de los jóvenes que está formando e informando, y adquiere con ello, una mayor responsabilidad; la de adicionar su enseñanza con su ejemplo. Ser maestro es formar hombres, los libros son sólo instrumento y la palabra que es dicha y no va refrendada por la conducta puede no ser eficaz.

Así, emparentada con tan nobles actitudes, encontramos la profesión no ya de una fe, o de una eseñanza, sino de una función en la vida social.

Este aspecto del trabajo humano, del hacer del hombre, este modo de hacer la vida, y de ser útiles a los demás, no puede ser considerado, por eminente que sea, como un privilegio sin deberes. El profesionista es casi un ministro, alguien que desempeña una misión. En este sentido se profesa por ejemplo la ardua tarea de pedir justicia, o la más difícil aún de decidirla, en la abogacía y la magistratura. Más alta todavía es la que ordena la vida social, en las leyes positivas, que deben establecer el orden justo. La más eminente función en este mundo es la del sacerdote, que puede ligar y desligar y que tiene el sagrado deber de ayudar a todos a obtener la vida eterna.

La vida social implica necesariamente la especialización, la diversificación de funciones. Una función no se da aislada, sino engarzada y ligada con otras actitudes, de las cuales es tributaria, y sobre las cuales influye y es una sola estría de todos los trabajos que se refractan en los oficios y las artesanías, en las artes y las ciencias, en todas las profesiones, no sólo en aquellas que se han llamado liberales. No puede haber progreso

material y espirtual vida ordenada ni patrias con nobleza. si hay no sólo economistas o ingenieros, sino también arquitectos, médicos, juristas, sacerdotes y políticos; artistas, sabios y santos; Bien Común y bien personal. Todas las profesiones tienden al Bien Común y lográndolo facilitan la plena realización personal; la vida social y la vida personal son una misma en el fondo, no hay contradicción ni puede haberla, la una depende de la otra y hay un circuito indestructible entre ambas.

Las diversas tareas sociales llevan en sí diverso grado de dignidad, no es igual y lo explica muy bien el Estagirita, el hacer producto de la *experiencia,* que descansa en la memoria, que se funda en el éxito de varias acciones repetidas, pero ignorando la causa del hacer, que el *arte* que se funda en la inteligencia de las causas, y que por ello dota al hombre de un dominio más seguro para la acción que proyecta el exterior, sobre las cosas, y que puede hacer trasmisible el arte por la enseñanza de las causas. La experiencia difiere de la técnica en que ésta última se funda en la ciencia, que es un saber desinteresado de la utilidad inmediata, que implica una actitud de pureza intelectual contemplativa, un amor por la verdad, un reconocimiento de la propia ignorancia que es ya un impulso hacia la sabiduría. Quien cree que sabe nunca aprende; el espíritu científico tiene también algo de parentesco con la actitud más noble que fue personificada en la bella parábola, sencilla y magistral, de aquellas dos hermanas de Lázaro, frente al Maestro. Del pensar recto y de la verdad, nacen las posibilidades del actuar fecundo. No que el sólo pensamiento verdadero produzca la bondad. Hay por desgracia la posibilidad trágica expresada tan vigorosamente por San Pablo entre el pensamiento hacia el bien y la mala conducta.

No encontró esta verdad humana el maestro Sócrates quién ignoró la debilidad de la naturaleza humana herida por el viejo pecado, que puede entablar una contradicción entre el logos y el ethos.

Esta actitud verdadera entre el epicureismo y el estoicismo, entre el falso angelismo que es soberbia y la bestialidad que es también rebajamiento, entre la sensualidad o el orgullo intelectuales, saber que el hombre no es bestia ni angel, sino como decía Pascal un rey destronado, será también fecundo cuando hablemos, poco más adelante, del esfuerzo necesario por cumplir en nuestra vida la armonía del hombre en lo que suele llamarse sus dos vidas, que no son sino dos vertientes de una misma fuente: la vida personal y su expresión social.

Contra el mundo pagano de antes y de ahora que se adora inútilmente a sí mismo, que se inclina ante lo que cree que es la fuerza, y sólo es apariencia de ella, que reverencia al poder temporal hasta el grado de envilecer a la persona, que se deslumbra y busca sólo la riqueza o la belleza, o el poder o el placer y que en el fondo busca, a veces sin saberlo, en los reflejos del infinito lo que cree su término, y en esta búsqueda desemboca siempre en un fraude contra sí mismo, se elevó en la historia la figura imperecedera del Cristo, que eligió como tarea de sus años juveniles el humilde oficio de la carpintería, ennobleciendo de una vez y para siempre el trabajo manual, trabajando con sus manos la madera, para que después fueran clavadas en un madero, y así salvar al mundo.

El trabajo, que es poder de transformar el mundo a nuestro servicio, es, como todos los poderes, una fuerza que trae responsabilidades. El trabajo, lo mismo el de un artesano que el de un artista, el de un abogado que el de un médico, son siempre para el bien ajeno, para el bien social. Ser profesionista equivale a ser operario para forjar, conservar, trasmitir o acrecentar el tesoro intelectual o científico, artístico o moral, económico, o técnico de la humanidad.

La profesión se ejerce en una sociedad y no hay sociedad sin prójimo. El primer deber también del profesionista es considerar al hombre como *imago Dei*.

Quienes han sido llamados a trabajar en los aspectos más nobles de la vida, en los más cercanamente emparentados con el espíritu, con la contemplación, en los sentidos helénicos y cristiano; quienes entregan su vida a descubrir un aspecto de la verdad, que es seguir la huella de un pensamiento divino, si han recibido las facultades necesarias, su trabajo y su esfuerzo, con el genio y el amor con que debe seguirse una vocación, el resultado será el encuentro de un bien que irradia luz, y que enriquece no sólo a su sociedad y a su patria, sino a larga distancia, difundiéndose en generaciones, alimentando y fructificando en vidas y sociedades, ni siquiera previstas o contempladas en el trabajo inmediato, en el momento de la investigación o del hallazgo y entregan a la humanidad una riqueza indiscutible, que hace el mundo más noble, más hermoso, más armonioso que antes de que el genio trabajara.

La ley de la gravedad, o el misterio nuclear descubiertos, que han permitido y permitirán las aplicaciones tan diversas de

la técnica, que pueden hacer más cómoda a la vida; las fórmulas de la aplicación de la justicia y de la equidad en las sentencias o en la jurisprudencia, que hacen más humano el Derecho y más justo al Estado; el descubrimiento de alguna droga que es arma eficaz contra la enfermedad y ayuda a salvar vidas y a evitar dolores; el encuentro de un sistema nutritivo que da la posibilidad de un ágil y fuerte equipo biológico, son otros tantos innumerables ejemplos de la facultad inimaginable del esfuerzo y del trabajo y de sus proyecciones de generosidad y de caridad.

Esta es en verdad la misión humana: "atravesar el mundo dejándolo, detrás de nosotros, mejor de como lo encontramos".

Esto depende de nuestra humilde tarea diaria, de la fidelidad y de la idoneidad con que ejercitamos la parte del bien común que nos corresponde, la parte del hacer o del pensar que hayamos elegido, o mejor, para la cual hayamos sido electos, como obra de realización de nuestra vida, como profesión. Vocación —llamamiento— ministerio, misterio, profesión. Estas palabras venerables se encuentran, con toda su honda significación, detrás de cada tarea específica en que se divide la función social.

Todas las funciones sociales, como que son el hacer o el quehacer humano, tienen algo de intelectual, que es tanto como decir espiritual, porque el hombre no es sólo biología. Pero el saber, poco o mucho, que es indispensable para el hacer, tiene también su grandeza y su miseria.

Su grandeza porque es una participación en el Espíritu, porque es un reflejo del Logos, del Verbo, porque es un testigo de la Sabiduría.

Su grandeza que es más noble mientras más desinteresada y purificada la tarea de investigación científica o filosófica.

Su grandeza mientras es más contemplativa y más alto el objeto del conocimiento, cuando es más humilde, más sumiso en pensamiento al ser que es su objeto, y a las leyes del ser, que son las mismas del pensamiento.

La soberbia que es una monstruosidad del espíritu, es enemiga de la sabiduría, sólo el pobre de espíritu, sólo el humilde ante la realidad misteriosa que escruta, puede aprender y aprendiendo, dominar la realidad material. El principio de la sabiduría es la humildad ante la obra del Creador.

El saber teórico.

El principio de toda sabiduría es el temor de Dios, el temor de ofender al Amor. Saber teórico-práctico.

Miseria del saber porque es un saber humano, por tanto limitado, imperfecto, y penoso en su adquisición; por lo mismo, parcial y fragmentario. No sólo la ciencia es un saber parcial y reflexivo, que se adquiere por conversión de la inteligencia sobre el objeto, sino también la filosofía, que es el más alto saber humano, es un saber limitado, no obstante que es universal y verdadero. No es un saber perfecto ni acabado, por eso la filosofía sigue siendo preocupación profunda de todos los hombres, porque en la vida mortal, no llegamos nunca a la perfección del saber, a la fascinación innata, que en frase de Ortega, es conocer toda la verdad y expresarla en una sola voz; esto es privilegio de Dios, los hombres rastreamos en la multiplicidad del universo, en busca de la verdad que coordina, unifica y nos entrega la clave de la relación, de la unidad en la diversidad.

El sabio cristiano tiene la certeza de que la fe es la prolongación de la razón, más allá de las fuerzas intelectuales; que no es contradicción sino integración, coronamiento, perfeccionamiento; de ahí que reconozca la nobleza de la razón y la nobleza salvadora de la fe, y se produzca en el alma del sabio cristiano una armonía, la armonía de lo visible y lo invisible, de la razón y la fe y la gracia, del misterio y la certeza, del poder y la bondad.

El sabio cristiano, que reconoce como único Maestro a Aquel que dice soy la Verdad, y que dió su lección de amor doloroso en la cátedra, sangrienta por cada uno de los hombres, especialmente por aquellos que el mundo desdeña, por los humildes, por los niños, por las mujeres, por los pecadores, por los pobres, por los extranjeros, tienen una teoría y un ejemplo que rigen su vida y su conducta, su conducta y su vida como hombre y también como profesionista.

Primero como hombre, *por lo que Unamuno llamó la profesión de ser hombre* porque el alma con la nobleza del amor, que el cristianismo inaugura con el bello nombre griego de caridad, es la meta de todo humanismo verdaderamente integral y universal.

Este ideal sólo la Iglesia Católica lo mantiene como tesoro universal que algún día abarcará la humanidad entera. De nosotros los católicos, con la ayuda de Dios, depende esa bella realización histórica.

De estas premisas —igualdad y dignidad del hombre redimido— surge la ley natural, la ley moral, vivificada por la gracia y por los sacramentos, que reestructuran la unidad humana y que logran hacer de cada hombre no muchos hombres divididos, divididos entre sus intereses y su fe, entre su ideal y su conducta, entre su vida privada y su vida pública, entre el amor a sí mismos, y el amor a los demás o al bien común, sino esa prodigiosa armonía que San Agustín llamó, definiendo a la virtud, como "el orden en el amor". "Ordo amoris".

En todo hombre se libra un combate. La palabra —combate— no está usada fuera de lugar. Se trata de una lucha perpetuamente encendida entre el deseo de ser lógicos, llevando a cabo todas las consecuencias de las premisas que nos han dado la inquebrantable persuasión de la verdad, y este pobre corazón que, por el contrario, nos invita infatigablemente a recorrer el camino del mundo, a aplaudir el servilismo, a menospreciar la conformidad con el bien y a estimular las pasiones que nos empujan por los caminos de la sensualidad o de la avaricia buscando la fama o el éxito a toda costa, la riqueza o el placer o el poder en vez de la virtud". Es la lucha perpetua entre los dos amores, los dos amores que fundaron las dos ciudades de San Agustín, el amor de sí mismos o el amor de la verdad y del orden que reinan en el universo. "Es esta lucha que se desenvuelve aún cuando no nos damos cuenta de los golpes, y en que la tregua equivale a la derrota, que encuentra aliados en nosotros mismos y en todos aquellos medios de que se vale la propaganda para hacer llegar a las conciencias las voces del bien y del mal".

El profesionista no sólo como hombre, sino por razón misma de su especialidad y de su profesión tiene también el deber de ser heróico. Ser valiente, no es sólo obligación del soldado. El sacerdote que asiste a un moribundo, el sacerdote que es capellán en la trinchera; el médico que perece en las epidemias; el laboratorista que adquiere un contagio con los gérmenes que manipula; el abogado que defiende la justicia frente al poderoso del dinero y de la política; el magistrado que decide en justicia a pesar de amenazas y solicitudes, de peligros y seducciones: el juez, el maestro, el artista, que tiene también la tentación de exaltar sus pasiones o de fomentar su arrogancia, con su estilo, su medio peculiar de expresar su arte, y que no debe someterlos a la adulación o la propaganda sino poner su genio al servicio del bien y la verdad y la virtud. Todo profesionista tiene obliga-

ción de ser héroe en su momento, si ha de ser fiel a esa tarea que le da su vida, que es la profesión.

Todo profesionista tiene el deber de profesar la verdad; si es cristiano el deber es más imperioso porque nuestro Señor vino a dar testimonio de ella. Todo profesionista tiene obligación de saber que es un ministro que puede ser leal o infiel. Que tiene poder y autoridad de dirección, porque esta autoridad significa que está para servir; que tiene necesidad de vivir y derecho de lograr los medios de subsistencia decorosa ejercitando un trabajo social útil. En el momento en que se invierte esta proporción, es decir, *en cuanto deja de ser el ejercicio de la profesión lo primero y el lucro preside la conducta,* el profesionista degrada su profesión, subvierte el orden, deja de ser autoridad para convertirse en mistificador; cuando el profesionista se busca a sí mismo en vez de buscar la realización del objeto de su profesión, cuando el médico deja de buscar la salud del enfermo y solo desea adquirir prosperidad personal, cuando el abogado deja de percibir la justicia, para ver solo el negocio, cuando el ingeniero en vez de hacer una obra técnica perfecta, busca la ganancia en el fraude engañando acerca de la calidad de los materiales; dejan de tener autoridad, y han comenzado a traicionar lo mejor de sí mismos; su estudios, su Universidad, sus títulos, su ciencia y su conciencia.

Es cierto que pueden darse casos de división entre un buen técnico y un hombre vil, entre un profesionista hábil y conocedor de su profesión que deja en libertad en su vida privada a la bestia que todos llevamos dentro, o al revés, un hombre que en su vida íntima y con los suyos se esfuerza en aparentar y realizar las virtudes privadas y que en la vida profesional destroce el orden que preside e impera en la profesión, por razón de su objeto mismo y su materia específica, del bien para el cual todas las profesiones han sido hechas, al cual sirven y del cual toman su dignidad, por que a él se ordenan; el bien moral, el bien común y el bien eterno.

Pero estos ejemplos sólo son señales del peligro en que se puede estar, de ninguna manera son normas de las actividades profesionales, ni menos aún de la honrosa actividad humana.

En nuestros días el peligro es más grave y la amenaza es mundial. Este mundo nuestro que ha conocido tan prodigiosos descubrimientos científicos y que inaugura una época asombrosa de aplicaciones técnicas que nos coloca en el umbral de una re-

volución industrial por las aplicaciones de la fuerza cósmica que en nuestra generación ha podido descubrir y manejar, hace más imperiosa la necesidad del dominio de la ley moral sobre el hombre, pues de otra suerte el enorme poder técnico de que disponemos se volvería irremisiblemente contra el hombre.

El problema es de cada hombre y de la especie. Hay un saber hacer las cosas cada vez mejor, este saber nos confiere un poder del que debemos rendir cuentas. Este saber hacer las cosas es el dominio de la técnica, pero hay un saber ser y tal es dominio de la moral. Hacer bién la vida misma, hacernos buenos a nosotros mismos, convertir la conducta en obra no sólo de arte sino de salvación. La armonía y la unidad del hombre no se obtienen sino con dificultad.

"La sabiduría antigua conoció el conflicto que vive el hombre dentro de sí mismo. Platón habla de ése carro, que es el alma humana, arrastrado por dos caballos, de los cuales uno tira hacia arriba y otro hacia abajo. El poeta latino Ovidio en las Metamórfosis (VII-19) dice que vemos por la mente las cosas que nos convienen, las que aprobamos, pero que seguimos precisamente las que no nos convienen.

".....aliudque Cupido,
Mens aliud suadet: video meliora proboque;
Deteriora sequor:..."

Y San Pablo se encuentra ante un enigma: *Quod enim operor non intelligo; non enim quod volo bonum, hoc ago, sed quod odi malum, illud facio,* no acierto a comprender mis actos: el bien que quiero no lo hago y hago el mal que odio.

¿Cómo resolver este conflicto?

Sólo hay una manera, que es el predominio del Espíritu, la vigencia de la ley nueva, que es la Gracia, la exaltación de la parte noble de nuestro ser, la plenitud del hombre. Porque el hombre es más plenamente él, por lo mismo más hombre, cuando, sin negar todo lo que es, se disciplina al uso recto de su razón y abre su inteligencia a las verdades altas y su voluntad a la bondad Divina.

En resumen: *primero* lo que hace la moral es iluminar y respetar la unidad del hombre y hacerlo más coherente, es decir más hombre; *segundo* la moral cristiana trata de hacer del mundo un mundo armonioso, que sea imagen de su Creador; un hom-

bre imagen de Dios porque aspira a la perfección del Padre; *tercero* los deberes genéricos del profesionista son ciencia, conciencia, diligencia, secreto profesional, ejercicios de la profesión o de la misión conforme al bien común.

Estos deberes sencillamente anunciados, iluminan la conducta en cada caso concreto.

CONCLUSIONES

TEORICAS

1.—La moral católica ilumina, hace respetar la unidad humana y hace a cada hombre más coherente, es decir, más hombre.

2.—Cada profesión está intrínsecamente ordenada a su bien propio, pero el bien de cada profesión se ordena al bien común.

3.—No habrá ni puede haber conflicto entre el bien privado y el bien común, ni entre la vida profesional y la actividad social, si el profesionista católico tiene a Jesucristo como a su Jefe y Maestro, a través de su Iglesia.

4.—Los principales deberes genéricos de todo profesionista son: competencia, recta conciencia, diligencia, secreto profesional y ejercicio de la profesión conforme a su objeto propio y al bien común.

PRACTICAS

1.—Insistir para que en las escuelas se haga un estudio continuo de las aptitudes del niño y del adolescente con miras a una futura orientación y formación profesional efectiva.

2.—Promover en las Universidades católicas, en todas las escuelas donde sea posible y en las organizaciones estudiantiles, el establecimiento de un curso de deontología profesional, con orientación católica.

3.—*Es deber del profesionista colaborar con sus colegas en su organización gremial. Dentro de las organizaciones profesionales, el profesionista católico tiene el deber de colaborar lealmente, difundiendo en ellas los principios católicos.*

Los profesionistas católicos deben promover en toda la República la formación de asociaciones católicas confederadas, según sus gremios.

4.—*Todo profesionista católico debe destacarse por el fiel e íntegro cumplimiento de sus deberes, especialmente de aquellos que, hasta ahora, han sido más descuidados: los deberes sociales y los deberes políticos.*

5.—*Organícense reuniones de estudio en las que se traten con profundidad y actualidad los problemas morales de cada profesión y se explique la solución católica de los mismos.*

Procúrese también la amplia y económica difusión de los trabajos, publicaciones y tratados de deontología profesional.

6.—*Coopérese, sin exclusivismos a todos los movimientos intelectuales católicos, particularmente a aquellos que por razón de nuestra comunidad cultural nos tocan más de cerca.*

Reflexiones Sobre Problemas Actuales de Moral Médica

Por el Dr. Fernando de la Cueva

No encuentro nada mejor para comenzar este trabajo que una frase dicha por el doctor Okynczic en un Congreso de Medicina Católica; frase que sintetiza toda la finalidad de mi labor: "Somos médicos. Somos católicos. Y no sabemos ser médicos católicos".

Ser médico significa ya haber abrazado una profesión totalmente absorbente; que obliga a dedicarle en absoluto la existencia para realizar con plenitud ese destino y esa vocación.

Ser cristiano y católico implica tener plena conciencia de la vocación y el destino ultraterrenos de nosotros mismos y de todo ser humano; destino y vocación sobrenaturales y eternos que han necesitado que el mismo Dios se haga hombre, padezca y muera, para que podamos, por esos méritos, elevar los escasos merecimientos propios.

Ser médico católico debe entonces significar que conocemos la profunda responsabilidad de nuestra propia actividad ya que trabajamos tratando de cuidar, salvaguardar y devolver la salud, o sea la integridad física y moral, de hombres como nosotros; ayudando así a los demás a realizar su propio destino al mismo tiempo que cumplimos con nuestra propia vocación.

El médico católico debe ser pues más médico y más católico.

Compenetrados así de cual es nuestro trascendental problema, debemos comenzar por trabajar constantemente para adquirir, refrescar y renovar los conocimientos necesarios para que nuestra propia preparación sea lo más completa posible; y este sostener y mantener al día esa preparación constituye el primer punto de la moral médica, junto con el conocimiento de la dignidad de persona humana que tiene todo el que se acerca a buscar nuestra ayuda y solicitar nuestro consejo.

Y ya que sobre todo recientemente, el adelanto de nuestra ciencia es tan rápido y extenso, se ha hecho necesario que cada cual cultive con predilección y esmero mayores, determinado campo o sector; creando así múltiples especialidades y aún subespecializaciones. Pero no hay que perder de vista que ante todo hay que ser médico para saber leer al hombre enfermo; pues la especialización demasiado extricta tiene el riesgo de dejar de ser humana, ya que se llega fatalmente a querer juzgar de un todo a partir de la especialidad parcial, en lugar de pensar en la parcialidad en función de un todo indivisible.

De esta división del trabajo se desprende otro principio de Etica: El no ponernos a hacer algo que no sepamos o que estemos seguros de que hay otro que lo haga o lo pueda hacer notoriamente mejor que nosotros; siempre que naturalmente ese otro esté al alcance, en distancia y en medios materiales, de quien necesita el servicio. En caso contrario prepararnos lo mejor posible y afrontar la responsabilidad ocasional con toda dedicación y cuidado.

Ya con estos principios generales vemos pues que lo primero que debe obtener el médico es prudencia, que no significa miedo o indecisión, sino que implica seguridad de quien conoce sus propias limitaciones así como también sus propias aptitudes. Y esta prudencia debe estar informada por la justicia y la caridad. Por la justicia al comprender lo que cada uno de nuestros pacientes espera y merece de nosotros. Por la caridad al dedicarnos y entregarnos por entero a su atención; ya que la caridad en el médico no consiste en atender más o menos enfermos sin cobrarles, por muy bueno que esto sea; sino en el interés y la atención que se ponga en cada uno de ellos independientemente de la remuneración.

En caso de no poder o no querer atenderlos con cuidado, es mucho más honrado tener el valor de negarse que hacerles el insulto y el perjuicio de engañarlos al verlos con ligereza.

La responsabilidad profesional del médico es siempre total, y probablemente es moralmente mayor ante quien se nos entrega sin tener medios materiales confiando en nuestra pericia y honradez.

Comprendiendo la dignidad de persona humana que en cada enfermo tenemos al frente, estaremos también libres de otro error, afortunadamente ahora ya menos frecuente, de los que solamente han tomado en cuenta lo que han tocado y sentido; error que se cometió con el exceso de anatomismo y de psicología experimental y que llegó a construir lo que constituyó una Biología sin vida y una Psicología sin alma.

Solamente con estas armas: preparación suficiente y sostenida, conocimiento de aptitudes y limitaciones, dedicación y cariño a nuestro trabajo y respeto íntegro por cada enfermo, podremos formar nuestra conciencia profesional, factor esencial en cualquier acto médico que constituye, como dijo un médico francés, el encuentro y la coincidencia de una confianza y una conciencia.

Indiscutiblemente que entre mayor y más profunda sea nuestra conciencia profesional, más fácil será obtener una cada vez más amplia confianza y viceversa. En realidad somos los médicos los principales responsables de perder o menoscabar la confianza de la gente, que es la primera en lamentarlo y sufrirlo, al no cultivar suficientemente nuestra propia conciencia y responsabilidad profesional.

Pero el médico no está sólo; actúa en tiempo y lugar determinados. Y si bien es cierto, y a veces mucho más de lo que pensamos, que puede influir profundamente sobre su medio ambiente a través de los pacientes y las familias, también es indiscutible que su actuación está influenciada por el ambiente que lo rodea y las tendencias de su época.

Así pues, en esta época de tergiversación y falseamiento de los valores; de falso o superficial intelectualismo y de efervescencia social continua sin haber podido aquietar sus cauces, el médico tendrá problemas deontológicos específicos derivados de esos factores: La deificación del placer y la molicie; de los bienes materiales y el dinero como medios omnipotentes para obtenerlos. La satisfacción intelectual propia con sistemas mal elaborados y superficiales que son aceptados por la pereza de aplicarse a criticarlos. Y finalmente el dejarse apresar en organiza-

ciones sociales o económicas sin detenerse a considerar si lesionan su dignidad, alteran su moral personal o a la postre perjudican sus intereses.

Entre los problemas de moral médica que derivan del ansia incontenible hacia el placer y la molicie, repasaré algunos de los que creo más importantes.

Desde luego el del pésimamente llamado aborto terapéutico, que gracias a Dios, ya está casi absolutamente proscrito aún en Ética extrictamente natural. De hecho todo el que lo practica con finalidad más o menos engañosa de terapéutica, sabe por lo menos íntimamente que comete simplemente un asesinato. Y el cristiano debe recordar que desde el momento de la concepción existe ya un ser humano total con alma y cuerpo.

Otra cosa distinta sucede cuando por necesidad imperiosa para salvar a la madre tengamos que hacer algo que acarree, aunque sea con seguridad, la pérdida del fruto; pero sin que haya sido ésta la finalidad buscada; por ejemplo intervenciones o radiaciones sobre cánceres genitales comprobados en presencia de embarazo. En estos casos la solución la da la regla del doble efecto: Actuamos persiguiendo un bien por todos los medios necesarios, y aceptamos que a cambio de ello se produzca un mal no buscado ni deseado.

En este grupo de problemas entran también los medios anticonceptivos que por desgracia siguen siendo cada vez más aplicados y aún aconsejados.

Sobre esto no hay posiciones intermedias: todo lo que se haga para falsear la finalidad del acto conyugal va contra la moral natural; constituye para el católico un pecado grave, y más grave todavía por la responsabilidad de su propia condición, para el médico que lo aconseja. Esto, además de ser una iniciación para que sobre todo la mujer se vea frecuentemente atraída y aún arrastrada hacia la depravación moral.

Sobre este asunto es indispensable considerar el problema creado por la posibilidad actual de recurrir, con bastante probabilidad de éxito, a los métodos de abstención periódica que han hecho posibles los hallazgos científicos de los períodos fecundables e infecundos en la mujer.

Es ataque de moda contra la Iglesia el acusarla de gazmoñería hipócrita y de eufemismo engañoso por aceptar o tolerar

dichos procedimientos. Pero hay que ver que ni la Iglesia ni la Sociedad se han opuesto nunca a que contraigan matrimonio parejas que de antemano se sabe estar imposibilitadas para la procreación por cualquier alteración física que no implique la incapacidad para la realización del acto conyugal. Es admitido pues por todos que el matrimonio tiene también otras finalidades: El mutuo apoyo y cariño y el alivio de la concupiscencia. Es además obvio que al recurrir a estos métodos no se falsea en absoluto el acto en sí mismo; sino que solamente se recurre, eso sí, sólo de común acuerdo, a entregarse mutuamente los esposos en aquellos días que Dios ha puesto y ha permitido al hombre encontrar en que las condiciones fisiológicas no hacen posible la fecundación.

El acto mismo queda pues incluído entre los moralmente indiferentes; ni bueno ni malo en sí, sino supeditado a las causas o la finalidad que han llevado a practicarlo.

El médico católico debería aconsejar y reglamentar el uso de estos métodos cuando la pareja que se lo solicite hubiera ya obtenido la autorización de quien moralmente puede hacerlo: El Confesor. O también en los casos en que sea muy conveniente para la salud materna, ya precaria por muchos y frecuentes partos, intercalar un paréntesis de reposo. O cuando la cónyuge, por ejemplo, se vea obligada por la contraparte a evitar la procreación. O bien en el caso de una pareja que está decidida a recurrir, o ya esté recurriendo, a cualquier otro medio anticonceptivo. En ocasiones también por situación económica apremiante.

Con estas precauciones el médico está moralmente a salvo de reglamentar lo que la Iglesia sabiamente permite o tolera sin aconsejar.

Encaja también aquí el asunto de la castidad. Quedan todavía, aunque cada vez en menor número, médicos que preconizan ser perjudicial para los jóvenes principalmente la costumbre y práctica de la castidad. Ya es punto muy discutido, y jamás ha sido presentado un argumento decisivo ni menos aún una prueba indiscutible para ese acerto.

La función sexual es de las funciones optativas o de lujo; no indispensable en ejercicio para la vida. Y en todos los casos de neurosis, que como ofrecimiento de prueba se presentan como curados por el matrimonio, dicha curación ha sido debida a la variación de circunstancias ambientales y no al hecho físico del ma-

trimonio. Cuando dichas circunstancias son desfavorables, la neurosis se acentúa o se forma donde no la había.

Pero sí hay que afirmar categóricamente que lo que no es dañino es la verdadera castidad, que implica la privación de provocaciones voluntarias; ya que la falsa castidad, la que acepta la provocación sin atreverse por timidez o por temor de consecuencias a la satisfacción natural, esa sí es generadora de conflictos y anormalidades no sólo psíquicos, sino aún funcionales y en ocasiones anatómicos.

De los casos de Etica profesional que se originan en la ambición de dinero y bienes materiales, hay que dejar sentado que en ocasiones esa es la causa que impulsa a contemporizar con alguno de los casos antes enumerados.

Y creo un deber recordar que sobre este capítulo hay no una justificación, pero sí una explicación; ya que fuera de casos contados, la gran mayoría de los médicos se encuentra en situación económica difícil: Tiene necesidad imperiosa de vivir con decoro para no ser visto con desprecio y con lástima, y los honorarios que percibe están muy lejos de haber subido al mismo ritmo con que han ascendido los costos generales de subsistencia, de libros, revistas y material indispensable para su trabajo; además de necesitarse actualmente para cualquier ejercicio profesional, instalaciones y aparatos costosos en su adquisición, conservación y renovación. Por esto el médico está en la actualidad en condición económica desventajosa, sobre todo si se considera la angustia de pensar en vejez desvalida y familia desamparada, ya que no hay por delante para él ninguna posible jubilación o resarcimiento por invalidación y enfermedad.

Pero si estas circunstancias explican que se tienda aún angustiosamente hácia la adquisición del dinero, hay que recordar lo que ya decía Marañón: "Lo malo de nuestra época no está en la atracción hacia los bienes materiales, cosa muy natural; sino en no fijarse en la limpieza de los medios para adquirirlos".

Así pues el médico debe, si le es realmente necesario para subsistir con decoro, trabajar con eficiencia y poder adelantar en el estudio, trabajar en conjunto y con acuerdo colectivo para convencer al público de que le es justamente debida una mayor remuneración.

Pero nunca recurrir al abuso momentáneo, principalmente en situaciones de emergencia y amargura en que la gente ni si-

quiera indaga muchas veces cuánto le puede costar una atención imperiosa.

Fuera de estas circunstancias, y si sus honorarios son muy altos pero estipulados o conocidos con anterioridad, tal vez falte el médico a la justicia o a la caridad; pero siempre que las circunstancias sean tales que el enfermo o la familia que no pueden pagar esos honorarios estén en posibilidad de recurrir a otro médico, no habrá falta moral.

Una táctica cada vez más extendida ahora para allegarse ingresos en la profesión médica, es la de recurrir a la dicotomía en cualquiera de sus formas o disfraces.

Dicotomía es "la participación oculta de utilidades u honorarios a expensas y a espaldas del cliente".

Así pues, incurre en dicotomía quien recibe u ofrece participación en el cobro por atenciones profesionales a clientes enviados o recomendados por un médico a otro. El que acepta participación sobre el precio de medicamentos prescritos, ya sea en moneda o en especie. Y también el médico que, mediante ser accionista o dueño de una casa productora de medicina, reciba dividendos tanto mayores cuanto más abundantes sean sus prescripciones de dichos artículos.

Ya en una carta circular que publicamos con las conclusiones a que sobre este asunto llegamos en la Sociedad de Estudios Deontológicos Médicos de Guadalajara, señalamos que se falta a la moral en los siguientes casos:

1) Cuando se encarece el servicio o el producto.
2) Cuando se le usa sin necesidad.
3) Cuando se le prefiere a otro notoriamente más efectivo o menos costoso.

Fuera de estos casos no hay estrictamente una falta moral, pero sí es de todas maneras una falta contra la dignidad profesional y un motivo de menoscabar la confianza del público hacia el médico; además de constituir una constante tentación hacia el abuso inmoral, y ya señalaba el sabio y humano padre Ripalda que el mejor remedio contra las malas tentaciones es huírlas.

Entre los peligros de caer en faltas a la Etica Médica por adherirse a conceptos o sistemas superficial o falsamente elaborados, figuran como más importantes algunos medios psicoterápicos y la manera de utilizarlos.

No puede tomar de sorpresa al médico católico la actual medicina psicosomática basada en la indiscutible modificación de funciones físicas por mecanismos psíquicos, y la desaparición de dichos síntomas al combatir estas causas.

Sabemos que el ser humano es, mientras tiene vida física, una absoluta unidad y no únicamente una yuxtaposición de los dos factores material y psíquico. Por otra parte, los recientes conocimientos sobre el tálamo óptico, la región hipotalámico-diencefálica y sus conexiones mutuas así como con la corteza cerebral y la hipófisis, nos explican ya parte, y tal vez nos aclaren más en el futuro, las alteraciones bruscas y episódicas del estado de conciencia y las variaciones endocrino-vegetativas resultantes de cambios emocionales y distímicos.

Pero de esto a la generalización del psicoanálisis, y sobre todo de la interpretación freudiana pansexualista como tratamiento de las perturbaciones psíquicas o psicógenas, hay tanta distancia como del uso de las tisanas y cocimientos misteriosos de los magos indios a la aplicación correcta de los actuales antibióticos.

Si el psicoanálisis como método no es objetable, por permitir llegar a conocer lo que para el sujeto no es actualmente consciente ni puede serlo por propia voluntad exclusivamente; y si tiene el indiscutible mérito de haber introducido la idea y el principio dinámico en las alteraciones psíquicas, tiene desde luego el gran inconveniente de lo demasiado prolongado de sus métodos; de la imposible comprobación de sus interpretaciones caprichosas que no tienen otra prueba que la ambivalente de conmocionar o tranquilizar transitoriamente al paciente. Y de que somete, como condición indispensable de éxito, al que trata de curarse, a seguir los consejos que sobre conducta y tendencias le dicte el psicoanalista que requeriría ser un acabado y aún refinado moralista en la teoría y en la práctica.

Si llegamos ya a la interpretación freudiana ortodoxa pansexualista, esta es franca y totalmente reprobable e inadmisible en sana moral. El instinto sexual no es sino una parte de nuestra misma impulsividad primitiva, y la satisfacción de ese instinto no es también más que una porción de nuestra conducta general; que tendrá, lo mismo que otros muchos actos, la marca más o menos firme de nuestra más o menos enérgica personalidad.

Pero ni el sexo es todo nuestro motor impulsor ni su satisfacción y la manera de hacerlo la manifestación total ni única

de nuestro modo de ser. Los mismos psicoanalistas se han desmembrado en múltiples escuelas que difieren de la ortodoxia original, y todos han fracasado cuando, saliéndose del método de exploración, único elemento valioso como eso, como medio de exploración, han querido pontificar sobre interpretaciones rígidas y principalmente cuando a partir de esto han tratado de edificar sistemas filosóficos no sólo falsos sino truncos y lisiados ya que niegan la voluntad, y ponen como medio de equilibrio mental la satisfacción de las tendencias más anómalas sin vergüenza ni remordimiento.

Es indudablemente más operante, más moral y menos riesgosa la psicoterapia de comprensión que se funda en comprender las condiciones propias de cada cual en su medio ambiente; con su temperamento, sus tendencias, sus experiencias anteriores y sus insatisfacciones, para llevarlo a aceptar que hay sufrimientos, penas y privaciones que pueden remediarse con laboriosidad y constancia e inteligencia; pero que también los hay que no tienen otra explicación que el profundo sentido que el dolor tiene para el cristiano; ni otro remedio que su aceptación total, razonada y resignada.

Para terminar este punto transcribiré dos párrafos de una alocución reciente de su Santidad Pío XII: "Para librarse de inhibiciones y de complejos psíquicos, el hombre no es libre de despertar en sí, ni con fines terapéuticos, todos y cada uno de los apetitos de la esfera sexual que se agitan o se han agitado en su ser, y lanzan sus oleadas impuras desde su inconciente o subconciente. No puede convertirlos en el objeto de sus representaciones y de sus deseos plenamente concientes con todas las conmociones y repercusiones que acarrea tal procedimiento. Valdría más en el dominio de la vida instintiva, conceder más atención a los tratamientos indirectos y a la acción del psiquismo conciente sobre el conjunto de actividad imaginativa y afectiva". (Osservatore Romano IX-52).

Y ya que he tratado algo de Psiquiatría, creo deber tocar aun cuando sea de prisa, lo relativo a la actual psicocirugía, principalmente las lobotomías prefrontales que corrigen algunos trastornos mentales pero dejando, en permanencia, alteraciones de la personalidad sobre todo en lo que se refiere a iniciativa y a libertad de elección en el comportamiento.

Indudablemente que el dominio de la personalidad y de su libertad deben ser intocables; pero lo serán cuando no estén pre-

viamente alterados. Aquí también será la prudencia bien informada la que decida; y me parecen aceptables para sentar la indicación de tales intervenciones las siguientes condiciones:

1) La enfermedad por la cual se interviene se ha apreciado como incurable y trastorna profundamente la personalidad del que la padece.

2) Cualquier otro procedimiento terapéutico ha fracasado o es inutilizable.

3) El estado del enfermo es tal que no se puede abandonar sin exponerlo a una agravación o a un accidente.

Para terminar repasaré de prisa algunos puntos que ha originado la actual organización social.

La reglamentación de seguridad social es muy loable en su propósito de hacer llegar a todos una correcta atención médica. Pero para merecer la confianza del público requeriría dejarle la libertad de elección de médico; y para precaver a éste de prestarse a componendas reprobables se requiere que los honorarios sean justos y que no se le obligue a atender mayor número de enfermos del que puede ver con esmero. Pues se da el caso de que para devengar la paga de horas extras no las trabaje, sino que despache en cada hora doble número de pacientes; cosa que va contra la eficiencia y la caridad.

Para el médico que está dentro de estos sistemas puede plantearse el problema del secreto profesional. Este existe como obligación absoluta pero exceptuando lo que se refiere a la administración de la organización; ya que además de médico viene a ser un perito a su servicio y le debe a dicha administración toda la verdad sobre el estado de salud de los asegurados; pudiendo estos libremente someterse o no a sus atenciones y prescripciones.

Recientemente se ha vuelto a proponer en algunas partes el punto de la eutanasia; y fué admitida y practicada por algunos gobiernos que se basaron en la hipertrofia del concepto de Estado y de Colectividad.

Ha sido ya formalmente repudiada por el derecho y la moral naturales debido a la falta de certeza absoluta de la incurabilidad, y al gravísimo peligro que acarrearía el autorizarla por los excesos en que fatalmente se caería.

Para el médico católico bastará recordar que nadie, ni si-

quiera uno mismo, es dueño absoluto, sino únicamente usufructuario de su propia existencia que no corresponde sino al Creador.

Otro escollo actual es la Eugenesia, muy aceptable cuando se limita a su significado etimológico de procurar mejorar las generaciones; pero absolutamente reprobable cuando se la presenta como reglamentadora de quiénes deben y quiénes no, procrear hijos; y de marcar en dónde y cuántos descendientes deben permitirse, aunque se refugie en el sofisma de que el mundo no puede ya alimentar a un exceso mayor de población. La misma humanidad seguirá con su ingenio y laboriosidad, aparte del auxilio divino, resolviendo su problema.

Los mismos técnicos de la Eugenesia aceptan que de una pareja ideal, por herencias anteriores desconocidas o por causas ignoradas pueden resultar hijos tarados o anormales. Y nunca se puede asegurar con plena certeza que una alteración o enfermedad sea fatalmente heredada.

En la epilepsia por ejemplo, la estadística ha demostrado que un enfermo puede procrear quince hijos sanos por uno que reciba dicha afección.

Además, la libertad personal no puede ser dominada por el bien común en este terreno; pues no se trata de un rebaño en que necesitemos vender cada cabeza al mejor precio, sino de seres humanos que tienen su propio destino temporal y eterno. Lo más que se puede hacer, cuando veamos seria y fundadamente la probabilidad de herencias fatales, será hacerle ver al interesado los riesgos para que él libremente decida si renuncia o no al matrimonio; pero nunca, ni aún en este caso, imposibilitarlo, ni a petición de él mismo, para poder procrear.

Un último punto es el que se refiere a la fecundación artificial.

Sobre ésto es notable la exactitud de las conclusiones publicadas casi simultáneamente por el Vaticano y por la Academia de Ciencias de París.

Me limitaré a transcribir los párrafos relativos del escrito de su Santidad:

"1) La práctica de esta fecundación artificial, tratándose del hombre, no puede ser tratada ni exclusiva ni aún principal-

mente desde el punto de vista biológico y médico omitiendo el de la moral y el del derecho.

2) La fecundación artificial fuera del matrimonio es condenable lisa y llanamente como inmoral.

3) La fecundación artificial en el matrimonio, pero producida por el elemento activo de un tercero, es igualmente inmoral y como tal reprobable sin apelación.

Solamente los esposos tienen derecho recíproco sobre sus cuerpos para engendrar una vida nueva; derecho exclusivo, intransmisible e inalienable. Y así debe ser en consideración también del hijo; a quien da la vida a un ser, la misma naturaleza impone, por virtud de este lazo, la carga de su conservación y educación. Pero entre el esposo legítimo y el niño fruto del elemento activo de un tercero, no existe ningún lazo de origen; ninguna liga moral ni jurídica de procreación conyugal.

4) En cuanto a la licitud de la fecundación artificial en el matrimonio, que nos baste por ahora recordar estos principios de derecho natural: El simple hecho de que el resultado a que se aspira sea alcanzado sólo por este medio, no justifica su empleo; ni el deseo muy legítimo en los esposos, de tener un hijo, basta para aprobar la legitimidad de recurrir a la fecundación artificial. Sería falso pensar que la posibilidad de recurrir a este medio podría hacer válido el matrimonio entre personas no aptas para contraerlo por el hecho de impedimento de impotencia.

Además es superfluo recordar que el elemento activo no puede nunca obtenerse lícitamente por actos contra naturales.

Al hablar así, no se proscribe necesariamente el empleo de ciertos medios artificiales destinados únicamente a facilitar el acto natural; o sea hacer alcanzar su finalidad al acto natural normalmente cumplido". (Osservatore Romano X-49).

Después de repasar, dentro del terreno de la Moral Médica, algunos de los problemas que nos han parecido más importantes entre nosotros para ser debatidos y convencidos de los peligros que entraña para la moral pública la falsa solución de esos problemas presentamos a este H. Congreso la siguiente finalidad teórica:

CONCLUSIONES

Es indispensable acrecentar la conciencia de responsabilidad profesional entre los médicos y estudiantes de medicina, haciéndoles ver la altura de su misión, al considerar la dignidad de la persona humana que solicita sus servicios profesionales, sujeto de redención, con propio destino eterno. Y hacerles saber con precisión la doctrina de la Iglesia respecto de cada uno de los problemas éticos profesionales.

Para conseguir esta finalidad hacemos las siguientes proposiciones:

1.—Organizar sociedades médicas para estudios deontológicos, con asistente eclesiástico designado por la Jerarquía.

2.—Dar conferencias públicas sobre los temas más importantes.

3.—Pugnar porque se establezca la Cátedra de Deontologia en todas las Facultades de Medicina y Escuelas Conexas y se perfeccione su enseñanza en los Seminarios.

4.—Que todos los médicos católicos que tienen ingerencia en la enseñanza profesional, insistan en sus cátedras sobre puntos de Moral Médica.

La Proyección del Arte en el Humanismo Cristiano

Por el Arq. Ricardo Robina

Humanismo.

De tal manera ha penetrado en la conciencia general la importancia de las manifestaciones artísticas, que el historiador al examinar la evolución de la cultura humana, reconociendo dichas manifestaciones como valores inalterables llega a denominar en muchos casos épocas históricas partiendo de la terminología de la Historia del Arte. En efecto, el poder de configurar una época, de hacer resaltar sus perfiles esenciales, es tan profundo en el arte, que al decir Renacimiento o Edad Media, surge automáticamente ante nuestra vista, la pintura del cuatrocientos y la catedral gótica, como la representación más cabal en que se materializa en forma objetiva y perenne el espíritu y el pensamiento de esas épocas. Examinar cual sea el destino que deba desempeñar, esa gran fuerza espiritual que es el arte, en la cultura moderna, será la alta meta fijada para este pequeño trabajo, que consideraré afortunado, si simplemente llega a esbozar el valor del arte como algo vivo dentro de nosotros y unido indisolublemente a nuestra cultura y nuestra religión; en una palabra a nuestro tipo especial de "hombre actual".

La clara conciencia histórica propia de nuestra época, se ha planteado insistentemente y con mayor premura que nunca en lo que llevamos de este siglo, la eterna pregunta del hombre ante la consideración de su propio ser y de su destino, tratando de fijar cual ha de ser la contextura espiritual y psicológica del hombre

moderno que como fuente original conformará todas las manifestaciones de nuestra cultura. Ha surgido una vez más la eterna pregunta que Curtius sintetizaba brillantemente: "La humanidad nunca dejará de preguntarse: "¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo humano? ¿Cómo haremos de la vida del hombre algo profundo y radiante? ¿Cuál es la posición práctica y concreta del ser humano ante Dios y ante su destino?" Estas preguntas que brotan con el ser y con la naturaleza misma del hombre, no solamente han preocupado al filósofo, sino parecen estar constantemente en los labios de todo el mundo y el artista con su fuerza intuitiva las vé y las plantea tan claramente, como en el título de aquella primitiva y ardiente pintura de Gaugin que en dialecto tahitiano dice: "¿Qué somos? ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos?", reflejando angustia sentida ante su destino por el hombre aborigen de cultura incipiente confinado en las islas del Pacífico.

Respuestas parciales, plasmaciones de un tipo de hombre, considerado más o menos ampliamente las encontramos a través de toda la historia universal, pero solamente el cristianismo occidental en su capacidad totalizadora ha sido capaz de elaborar con finura espiritual, en medio de las grandes convulsiones de su historia, varios tipos de hombre, varios humanismos que han aspirado a ser la plasmación de un humanismo ideal.

Después de esos siglos de calma cultural que siguen la caída del Imperio Romano, época de fusión de corrientes barbáricas con el sentido clásico de la vida, época de espera en que se ordenaban y preparaban, haciendo acopio de fuerzas, los nuevos valores culturales surgidos al calor del cristianismo, aparece el humanismo medieval que como primer gran fruto de la Iglesia, fruto primaveral, emplaza sin vacilaciones ni titubeos como valor casi único en el hombre el del espíritu, dirigiendo toda su actividad, desde el punto de vista de Dios. Hasta que grado, sin embargo, este bello ideal, fué una realidad en medio de los fuertes resabios persistentes de las religiones germánicas, es aún asunto de polémica histórica.

El Renacimiento, complejo movimiento histórico, inspirándose en el pensamiento clásico, realizando un sentido italiano o mediterráneo de la vida, con notables influencias orientales y en parte como un natural producto del medioevo centra con entusiasmo sin límites su atención sobre el hombre, con un sentido nuevo típicamente antropocéntrico, descuidando o separando en forma más o menos consciente, como si fuesen algo diverso, el fin natural y el sobrenatural del hombre.

El siglo XVIII y el XIX, siguiendo la corriente del proceso iniciado en el Renacimiento y con la confianza recibida de los descubrimientos en el campo de la técnica y de las ciencias naturales, eleva a una categoría de absoluto al hombre, a través de la cual éste se desliga de la moral, de su libre albedrío y de sus facultades de conocimiento objetivo. Y siguiendo en este punto a Hildebrand, concretaremos, "en el positivismo vemos al hombre, reducirse a un haz de sensaciones sin relación con el espíritu y en el darwinismo se convierte en un simio más desarrollado, pero sin inteligencia. Se ha rebajado al hombre en tanto que es ser espiritual, se lo ha rebajado de tal manera que podemos ver sus consecuencias actuales en el comunismo". Nietzsche podrá anunciar la muerte de Dios y el ateísmo ruso contemporáneo tratará de dar realidad social a esa premisa. La cultura occidental ha desembocado en una profunda crisis, quizá la más grande de los últimos dos mil años, en que se perfilan dos posiciones antitéticas frente a frente: un nuevo humanismo cristiano, o un ateísmo inhumano; o la formación de un hombre nuevo de acuerdo con un ideal humanista cristiano o abandonar el campo a una civilización sin Dios, en la que no hay cabida posible para el hombre cabalmente considerado.

Pero nuestra joven cultura, joven a pesar de nuestra deformación de perspectiva histórica, puesto que piensa y crea constantemente, negando la muerte del catolicismo, tantas veces anunciada, marcha hacia adelante y concibe un nuevo humanismo, propio de nuestra época y sin identificación con ninguna de sus manifestaciones históricas en el pasado, ya que "ningún tiempo se repite y ningún tiempo puede substituir la busca del camino propio con la imitación del pasado". (Curtius).

El nuevo humanismo tiene la "voluntad de ser" un humanismo teocéntrico basado en el destino trascendental del hombre y no en la consideración parcial de éste. Frente al centauro, hombre-máquina, evocado por Madariaga, en que lo más sublime del hombre espiritual está subordinado a la bestia, se antepondrá el ideal del caballero que rige y dirige los movimientos del animal. El nuevo humanismo no sólo será la floración de una nueva espirtualidad, sino también la integración de una nueva sensibilidad, la compenetración íntima de las raíces que formaron el humanismo medieval y el renacentista. Las premisas de ese nuevo humanismo han sido preconizadas, quizás, con mayor claridad que nadie por D. von Hildebrand: "No se comprenderá el hombre en su verdadera dignidad y en su verdadera esencia, si no se

consideran dos cosas que le son propias: por una parte que se trata de un ser limitado, y por otra, su destino y su orientación hacia el absoluto, hacia Dios. Si se parte de un mundo antropocéntrico no se llegará jamás a comprender la verdadera naturaleza del hombre y no llegaremos jamás al "hombre nuevo". Yo he creído siempre que cuando se trata de crear una cosa absoluta, hace falta con lógica ineludible, partir del verdadero valor de esa cosa". "Conquistaremos ese ideal ("el hombre nuevo") cuando las palabras de Platón en oposición a Pitágoras, "el hombre es la medida de todas las cosas", juntemos la idea desarrollada por el cristianismo: Dios es la medida de todas las cosas".

De esta forma se llegará a una nueva jerarquía de valores en la que lo material, esté supeditado al valor supremo de lo espiritual.

La cultura misma se verá inevitablemente ligada al hombre, como un valor relativo respecto a aquel, desechando su consideración como un fenómeno inmanente. Lejos de ser ésta un simple monumento de erudición y de saber, será una iniciativa constante del espíritu, un principio dinámico, que como eclosión de la vida humana, en cuanto al desarrollo material y moral, pueda propiamente ser llamado un desarrollo humano.

Humanismo y Arte

Después de bosquejar ese nuevo humanismo cristiano que surge ya con promesas de perfección, debemos preguntarnos, si dentro de él, como uno de sus elementos característicos puede quedar integrado el Arte, o por el contrario hemos de considerar a este con menosprecio por su valor intrínseco o como un valor que existió en el pasado pero anacrónico y sin objeto en los tiempos actuales.

Para contestar a esta proposición, necesitamos arrancar de la consideración de la esencia misma del arte, aunque sea simplemente llamando la atención sobre algunas de las notas características que lo diferencian de otras esferas del hacer humano.

Entre las múltiples corrientes, un poco anárquicas y dispares de la ciencia estética, una de las ciencias menos sistematizadas, han quedado como generalmente admitidos ciertos hechos fundamentales respecto al arte. En un tiempo y espacio determinados en el seno de una cultura, la obra artística, es una forma de vida, una vivencia humana, pero de tal manera que tras-

ciende a las demás formas de vida siendo una de las posibles vivencias, se antepone a las demás en su aparición en el tiempo. Por su naturaleza misma el hecho artístico, precede a las demás formaciones culturales, como una síntesis intuitiva de las mismas, operando a partir del momento de su aparición como un agente activo de configuración, que imprime en parte su forma distintiva y condiciona en cierta medida su desarrollo. La obra artística salida de la mano del hombre se convierte con la fuerza expresiva condensada en ella, en un foco de irradiación que alcanza al artista mismo y a la sociedad en que se ha producido. De la lectura de Dante o de Petrarca, se obtiene una imagen del Renacimiento tan precisa como se saca de la lectura de Burckhardt, escribiendo aquellos en una época en que el Renacimiento asomaba en el horizonte como una bruma que había de concretarse años después.

Esa influencia tan profunda del arte solamente es posible concibiéndolo en su labor integradora, regida por el hombre, que en forma tan precisa ha señalado F. Pardinas, como "labor ilimitadamente abierta de integración humana del circunmundo", "el arte es una vivencia abierta, radicalmente humana, diríamos cósmico-humana, para el hombre y para su mundo". El arte por lo tanto será y lo ha sido a través de toda la historia, una de las manifestaciones, al mismo tiempo fiel trasunto del humanismo en lo que tiene de más trascendental, y al propio tiempo su vestimenta más rica y distintiva. Su lugar en el humanismo actual ha de ser prominente ya que ninguna de esas dos notas fundamentales dejan de aparecer en el arte contemporáneo.

Arte y Religión.

Varios autores han hecho mención en repetidas ocasiones de la afinidad existente entre el arte y la religión, entre el sentimiento estético y el sentimiento religioso, que sin llegar nunca a confundirse parecen tender a completarse mutuamente y elevarse. La Iglesia conociendo claramente este hecho a través de su historia ha usado el arte para enseñar, para impresionar, y para fijar objetivamente los dogmas más elevados. El arte a su vez ha llevado sus formas, que podían haber caído en lo banal, a las expresiones más altas, enriqueciéndose con el pensamiento cristiano. En los tiempos actuales Su Santidad Pío XII ha marcado en variadas ocasiones la singularidad del papel desempeñado por el Arte: "existe una intrínseca "afinidad", del arte con la religión, que hace de los artistas, en cierto modo, intérpretes

de las infinitas perfecciones de Dios, particularmente de su belleza y armonía. La función de todo arte, consiste en efecto, en franquear el recinto angosto y angustioso de lo finito en que se encuentra sumergido el hombre mientras vive acá abajo, en abrir como una ventana a su espíritu anhelante de infinito. ¡Maravilloso intercambio de servicios entre el cristianismo y el arte! De la Fé tomaron ellos sus sublimes inspiraciones; atrajeron a la Fé a las almas"; "el artista es de suyo un privilegiado entre los hombres; más aún el artista cristiano, es, en cierto modo, un elegido, porque es propio de los elegidos contemplar, gozar y expresar las perfecciones de Dios".

No es posible concebir en forma más excelsa y expresa, las relaciones entre el arte y la religión y muy especialmente la misión del artista en la sociedad; ese "elegido de Dios", ese apóstol con la misión de atraer a la Fé a las almas, debe volver a eso precisamente y nuestra obligación de atraernos al artista al interior de la Iglesia, de conquistar el arte para Cristo, para convertirlo en arma propagadora del catolicismo viene implícito como una orden en las palabras de Su Santidad.

La primer premisa que tenemos que cumplir para llevar a cabo nuestra tarea, es la de dar nuestro corazón a una comprensión sin prejuicios del gran movimiento artístico que vivimos hoy día, sin prejuicios esteticistas, generalmente nacidos de teorías pasadas de vigencia, y utilizando ese lenguaje de formas artísticas que son ya una realidad y que en manos del artista católico pueden dar al mundo la palabra libertadora, el sentimiento de lo místico y la intuición de lo sobrenatural.

Habremos de tomar el arte de nuestra época, con crítica ciertamente, pero sin hacer una inútil oposición a su desenvolvimiento, sino tratando por el contrario de encauzarlo y dirigirlo de acuerdo con los fines que le marcamos. No podemos desligarnos del hecho absoluto de que existe un estilo nuevo, el estilo de nuestro tiempo, e inutilmente trataremos de destruir lo que es nuestra propia imagen. "El estilo no se inventa ni se produce; no se puede imponer por la fuerza o por la astucia; tampoco se puede elegir como un sistema hecho, adaptable a cualquier ambiente histórico; cuando se trata de imitarlo, solo se consigue falsificarlo y sustituirlo por una estilización ficticia. Se le recuerda, pero no se le puede resucitar; es o *no es*". (Wladimir Weidlé).

Concebido el estilo como lo enuncia Weidle y la actividad

artística en los términos enunciados en párrafos anteriores, debemos renunciar a esa búsqueda de la piedra filosofal que un tiempo desvió la atención de los críticos y los esteticistas y que aun sobrevive en el común de las gentes, que quieren "encontrar la norma suprema para "sentenciar" qué es arte y qué no es arte". (Pardinas).

Resumiendo lo dicho citaremos la palabra siempre precisa y poética de Van der Meer de Walcheren: "el puro cristal de las palabras y de las formas existe, no necesita más que saturarse del alma, la vida y la gracia".

Existe sin embargo a pesar de la presencia de ese nuevo estilo de formas y de la nueva sensibilidad estética que le ha dado vida, un fenómeno, que no es ciertamente nuevo en la Historia del Arte, que se revela como la supervivencia de formas y sentimientos de la época inmediatamente anterior a la nuestra: el estilo gótico, principalmente en las regiones septentrionales de Europa, operó activamente sobre el estilo del Renacimiento; un estilo desaparecido como un todo orgánico perduraba en el arte que lo sucedía. En la actualidad se observa el mismo hecho, con la peculiaridad de que la herencia artística que nos ha tocado sobrellevar es la del siglo XIX, que fué un siglo sin estilo, un siglo de estilización, en una palabra un siglo lanzado desesperadamente a la búsqueda de un estilo. Los injertos de ese arte en la actualidad, se conocen generalizando peyorativamente, con el nombre de arte de Barcelona y San Sulpicio.

Pero aunque menospreciemos las manifestaciones de ese pseudo-arte, desde el punto de vista estético, no debemos subvaluarlo, si enfocamos nuestra atención hacia las fuerzas interiores que lo han hecho capaz de surgir y de sobrevivir. Sus características estéticas no podrán satisfacer a ningún espíritu refinado, pero sus raíces son tan profundas como las de cualquier estilo histórico. Responde también a un tipo de hombre, al de finales del siglo XIX y principios del presente, "el hombre burgués", el hombre contento de sí mismo y de sus obras, dominador de la técnica y de la naturaleza, sin apetencias espirituales ni preocupaciones metafísicas sobre el más allá. Con fina y certera puntería el comunismo quiere identificar al católico con él, cuando en realidad es su antecesor inmediato; es un tipo de hombre agonizante y con él quisieran ver morir al cristianismo. No obstante la falsedad de dicha identificación, en el terreno del arte se ha acercado a la realidad, por la protección más o menos cabal acordada por el clero en gran número de casos, a ese pseudo arte re-

flejo de la psicología del "hombre burgués": "De parte de la Iglesia, con frecuencia se observa cierta desconfianza hacia las cosas del arte, que puede ir desde el temor a toda creación, hasta la protección acordada a horribles producciones de mal gusto "standarizado" y la negativa de admitir alrededor del altar sino cosas melancólicas e insignificantes. Muy pocos creyentes han llegado a comprender que el arte católico, en la actualidad es Claudel y no la insipidez de tal o cual novelista de buena opinión: Roualt y no la estatuaria de San Sulpicio". (Weidlé).

Esa incomprensión por parte de algunos fieles, hacia el arte moderno, basada en un estado de sensibilidad que se liga con el espíritu de finales de siglo, necesita ser reformada para llevar a cabo esa reconquista indispensable del arte y del artista; considerado éste a la luz de la palabra de Su Santidad, no podemos menos que reconocerle su papel de apóstol, de líder, de guía de muchedumbres a las cuales se llega más directamente que nadie, a través de su lenguaje inteligible para todos, de las formas artísticas. Muchas veces el católico se aparta del arte moderno, consciente o inconscientemente, porque el artista que lo ejecuta no es creyente, pero esta huída equivaldría a abandonar la filosofía porque Sartre yace en el error. Un Picasso, pretendidamente ateo, que negaría a Dios en sus pinturas, si esto fuera posible, tiene una inquietud por la trascedencia desconocida para el alegre pintor renacentista que se recreaba en plasmar la vida en lo que tiene de más sensual y placentero; en general todo arte moderno, que huye de las formas naturales para refugiarse en la severidad austera de las abstractas, está movido por una sed de inquietudes espirituales, reflejo de las grandes crisis de nuestro siglo, bien cercanas al sentimiento religioso y en todo caso susceptibles de encaminarse hacia él. El arte moderno como forma puede ser más o menos estimado subjetivamente pero ciertamente no es algo banal ni superficial. es la expresión, con enorme capacidad de síntesis, de la terrible angustia del mundo actual.

El arte, lo mismo en la actualidad que en el pasado no puede menos que conservarse fiel a su propia esencia y en un mundo en buena medida materialista representa un valor espiritual. de tal manera que encarnado en artistas cristianos o en artistas ateos, solo se da en los países de nuestra cultura cristiana; el artista comunista, máximo agente de propagación, solo se dá en los países cristianos, es un producto del cristianismo, camuflado por un comunismo postizo. En la Unión Soviética, gigantesco

taller de San Sulpicio dirigido por el estado no existe el arte moderno.

Nunca ha sido más urgente para la Iglesia, ni de mayor valor, que en la actualidad, el apoderarse del campo del arte y el asimilar al artista, como conquista por derecho propio.

La Iglesia Católica se ha preocupado profundamente por todos los problemas que suscita la aparición del arte nuevo y su acomodación a los fines especiales del culto, la liturgia y la devoción popular y en forma explícita y clara ha marcado, a través de documentos pontificios, instrucciones del Santo Oficio y cartas pastorales, los lineamientos fundamentales que deben regir nuestro criterio al enfrentarnos en la consideración del nuevo arte. En época temprana, Su Santidad Pío XI, en el "Motu Propio" de 1904, inicia las comunicaciones que en forma más amplia y expresa serán motivo de las encíclicas "Mediator Dei" y "Evangelii Praecones", así como las instruccionts del Santo Oficio de 30 de junio de 1952. El Episcopado Francés publica en 28 de abril de 1952 Directivas basadas en la encíclica "Mediator Dei" que compendiando y adaptando al caso, las normas más generales de aquella, han tenido ya repercusión práctica en el arte francés.

Creemos firmemente que nada puede ser de más provecho para orientar nuestros esfuerzos hacia la creación de un arte católico que la lectura y práctica de estos documentos y sus recomendaciones serán más provechosas, más claras y explícitas que cuanto pudiésemos decir con nuestras propias palabras. En ellos se define claramente el carácter de elemento "vivo" en cambio constante, del arte, en correspondencia al espíritu de la época; se expresa que "es absolutamente necesario dejar campo libre al arte de nuestro tiempo para que se ponga al servicio de los edificios y lugares sagrados con el respeto y el honor que le son debidos"; se hace hincapié en que "para realizar el arte sagrado deben ser llamados los mejores artistas contemporáneos, siempre y cuando estén impregnados del espíritu de la Iglesia"; y se hacen alusiones concretas a la imaginería que ha ocupado el lugar del buen arte: "Que se prohiba severamente que numerosas estatuas o imágenes de poco valor, la mayor parte de las veces estereotipadas, sean expuestas, sin orden ni gusto, a la veneración de los fieles, sobre los altares mismos o en los muros cercanos a la capillas".

La Iglesia, pues, ha cumplido con su deber orientador mar-

cando un camino a seguir que no podemos ignorar ni eludir y guardando todas las precauciones que la prudencia aconseja dado lo trascendental de sus decisiones, se ha colocado a la vanguardia en el campo del arte.

La Educación Artística en el México Contemporáneo

Habiendo sido México a través de su historia, el país más rico de América en manifestaciones artísticas, es tarea apenas iniciada y de grave responsabilidad, el encauzar y fomentar debidamente el movimiento artístico contemporáneo.

La resolución del problema presume tomar en cuenta factores de índole universal, como la incorporación al arte de técnicas nuevas y la integración de formas de vida de nuestra cultura occidental, aunándolos a factores nacionales, derivados de la estimación y estudio de las fuentes de nuestro pasado histórico y la influencia necesariamente robusta de nuestro especial sentimiento estético.

El católico mexicano en su arte necesita encontrar una ruta propia que no caiga ni en la admiración perpetua del bello rostro de su pasado, ni la entrega incondicional para el arte moderno; no puede lanzarse a un estrechamiento espiritual que considere artístico sólamente lo español, así como tampoco ignorar o sobreapreciar lo indígena.

La educación artística del mexicano actual debe ser múltiple, tratando de cubrir las diferentes artes en todas sus manifestaciones y atendiendo tanto al artista como al contemplador y al crítico. Podemos señalar los aspectos más salientes de ese objetivo, resumiéndolos en los siguientes:

a).—Conocimiento y apreciación de nuestro patrimonio artisco, indígena y virreinal, en sus aspectos plásticos, poético y musical.

b).—Comprensión integral de los valores estéticos del arte contemporáneo.

c).—Tender a un aprovechamiento de técnicas y materiales regionales y nacionales para la formación del arte cristiano.

d).—Fomentar la tradición artesana y del arte popular, como elementos para el arte litúrgico.

e).—Llegar a una comprensión entre el artista, el pueblo católico y los sacerdotes.

f).—Desarrollo de vocaciones de artistas, críticos, e investigadores de arte.

g).—Incrementar el interés por las sociedades artísticas y sobre todo por las publicaciones tendientes a la educación artística del católico mexicano.

h).—Crear el ambiente propicio para la integración de las diferentes artes y no sus manifestaciones aisladas.

Teniendo en cuenta las consideraciones generales hechas acerca del Arte y sus relaciones con el nuevo humanismo cristiano y de acuerdo con la aplicación práctica de dichos principios en la educación artística en México, me permito presentar las siguientes conclusiones:

CONCLUSIONES

1.—El Congreso recomienda a los sacerdotes, artistas, críticos de arte y artesanos el estudio y la aplicación de los documentos pontificios y episcopales, relativos al arte sagrado, particularmente las Encíclicas "Mediator Dei" y "Evangelii Praecones" y la Instrucción del Santo Oficio de 30 de junio de 1952.

2.—"Como cualquier arte y, quizá más que cualquier otro, el arte sagrado es vivo y debe corresponder al espíritu de su época, así como a sus técnicas y materiales" (Directivas del Episcopado Francés del 28 de abril de 1952), siempre que se haya "interrogado o estudiado o cultivado a la doble luz del genio y de la fe" (Discurso de su Santidad Pío XI en la inauguración de la Pinacoteca Vaticana del 27 de octubre de 1932. A. A. S. XXIV, p. 356).

3.—Para realizar el arte sagrado deben ser llamados los mejores artistas contemporáneos, siempre y cuando estén impreg-

nados del espíritu de la Iglesia; porque ninguna obra de arte sagrado podría pretender la perfección en su género sin la inspiración de la fe. (Cfr. Encíclica Mediator Dei).

4.—El Congreso recuerda muy encarecidamente la norma dada en la Instrucción del Santo Oficio sobre arte sagrado: "Que se prohiba severamente que numerosas estatuas e imágenes de poco valor, la mayor parte de las veces estereotipadas, sean expuestas, sin orden ni gusto, a la veneración de los fieles, sobre los altares mismos o en los muros cercanos a las capillas".

5.—El Congreso lleno de admiración hacia nuestro patrimonio artístico, deplora que, por diversas circunstancias, se haya falseado, deteriorado o destruido; y hace votos por la cooperación de artistas, sacerdotes y fieles católicos en la conservación de él, en su integridad artística.

6.—El Congreso recomienda promover agrupaciones de artistas y artesanos católicos, así como intercambio entre artistas y sacerdotes para que el arte cristiano y litúrgico pueda ser estudiado y promovido.

7.—El Congreso recomienda insistir en las escuelas privadas, asociaciones católicas, seminarios y comunidades religiosas acerca de la conveniencia de organizar jornadas, ciclos de conferencias, concursos, publicaciones y cursillos, que procuren despertar una preocupación sana y viva por el buen arte.

8.—El Congreso pide humildemente al Venerable Episcopado la formación de Seminarios Diocesanos de Arte, articulados entre sí y con un Seminario Nacional, para el estudio, investigación y orientación del buen arte en México.

9.—El Congreso, reconociendo el gran mérito artístico de la novela y la dramática contemporánea, señala el gravísimo peligro que encierra para la vida cristiana y en especial para la educación de la juventud.

El Periodismo: Medio de Cultura y su Misión Social

Por el Sr. Lic. Carlos Septién García.

Huelga decir hasta qué punto el periodismo es uno de los medios más importantes de difusión de hechos e ideas. El mejor encomio de su importancia se encuentra en la especial solicitud con que los Sumos Pontífices han definido el carácter de servicio eficacísimo en la propagación y defensa de la verdad que la prensa debe tener, y el vivo interés con que han excitado y estimulado a los fieles tanto para que propicien la existencia de una prensa bien orientada, como para que se forme cada día mayor número de periodistas católicos. "Otra actividad a la cual la Acción Católica —dice su Santidad Pío XI en su Carta Apostólica "Ex Officiosis Litteris" —debe atender con cuidado especial, es la dirigida a procurar y a defender la buena prensa y particularmente la prensa diaria, la cual es tanto más eficaz cuanto mayor difusión alcanza", y bien conocido es el paternal estímulo que en diversas ocasiones ha impartido Su Santidad Pío XII a la tarea periodística habiendo hecho el honor de considerar al periodista católico como algo semejante "a la voz misma de la Iglesia" por cuanto su actividad permite la más ancha difusión a la Doctrina.

Establecida así la importancia que los Pontífices acuerdan al periodismo, vale la pena señalar sus características propias ya que de ellas se deriva su misión.

En sus más acabadas y completas manifestaciones, el periodismo tiene un doble objetivo; informar y enjuiciar. Con ello se está diciendo que el periodismo es un modo de conocimiento, un saber con una materia propia y una capacidad para ana-

lizarla y valorizarla. No pertenece ciertamente al ámbito del saber teológico porque no es su fin peculiar el estudiar los misterios de la vida divina; no se trata de un saber filosófico porque no es su fin el descubrir las últimas razones de los seres; no es tampoco un saber de tipo científico natural porque no investiga fenómenos con la mira de establecer las leyes físicas que los rigen; no es sólo un saber normativo ni sociológico, porque si bien toca en gran medida la conducta humana, no lo hace con el fin principal de investigar el mecanismo de las normas o las leyes de la conducta humana, colectiva. Si algún parentesco íntimo tiene el periodismo, ello es más bien con el saber histórico en tanto que ambos tienen como principal materia de su actividad los hechos humanos de influjo colectivo; sin embargo, el periodismo se distingue claramente de la historia en que los hechos de su interés son los que forman el acontecer humano actual, presente, sirviéndole solo a modo de auxiliar el acontecer pasado en el cual la historia tiene su campo propio.

Si el periodismo es, entonces, la disciplina que informa sobre los hechos humanos actuales de importancia colectiva y los enjuicia, nos hallamos con él plenamente en el campo de la conducta viva del hombre. Esto significa que por su materia, el periodismo no puede ser clasificado de modo completo en ninguno de los grados del saber ya mencionados, pero en cambio tiene con todos ellos tantas relaciones y tan íntimas, como lo posee el objeto mismo de su conocimiento. No es Teología el periodismo, pero el periodismo sin Teología corre el riesgo de perder en el fluir de los hechos humanos su significado más profundo y verdadero como es la dirección final del acontecer. No es Filosofía el periodismo, pero desde el momento en que los hechos humanos son su materia y éstos responden siempre a fines derivados de la calidad racional de su fuente que es el hombre, el periodismo se encuentra plenamente insertado dentro del campo de la moral o sea aquella parte de la Filosofía que jerarquiza los fines humanos en orden a la felicidad o fin último de la persona. No es Ciencia natural o física el periodismo; pero por cuanto una de sus tareas fundamentales es informar sobre hechos, debe poseer un rigor de estirpe científica para observar, describir y clasificar ese acontecer tanto por el respeto que la materia reclama, como porque esa objetividad es la base para la siguiente tarea periodística que es el juicio. No es Ciencia normativa el periodismo; pero su misión enjuiciadora consiste precisamente en valorizar la conducta humana a la luz de las normas que la rigen y el trabajar porque esas normas estén conce-

bidas y sean aplicadas conforme a los principios de la naturaleza humana, a la jerarquía de fines que la moral enseña y a la ley eterna que la Doctrina de la Iglesia nos descubre como fuente de toda otra norma.

En consecuencia, y según queda expuesto, el periodismo trata su objeto de dos modos diversos: por la información y el juicio. Esto quiere decir que como medio de saber, el periodismo está hecho para nutrir la inteligencia con la verdad en lo tocante a los datos de su materia propia o sea el acontecer humano actual; de aquí se derivan los deberes periodísticos de oportunidad, objetividad, limpieza, buena técnica y veracidad. Como instrumento de juicio sobre los hechos humanos, el periodismo tiene la responsabilidad de influir en las voluntades inclinándolas a una valorización de los hechos y, por tanto, hacia una conducta, por donde se deduce que el periodismo tiene en este campo la misión de inclinar al bien utilizando para ello su técnica propia. Desentrañar en el acontecer la intención de los fines que lo informan; sacarlos a luz y juzgarlos sin titubeos conforme a las exigencias de la naturaleza humana, a la jerarquía de fines que la moral nos enseña y a la doctrina de la Iglesia, es el deber más delicado del periodista católico. Aquí es donde entran en su auxilio todas las ciencias, desde la Teología al saber práctico, porque los hechos humanos materia del juicio se dan en todos los órdenes de la actividad social y es en consecuencia preciso juzgarlos tanto en relación con sus fines particulares, como en el conjunto del movimiento humano hacia su último fin.

De este doble camino del periodismo en su materia, la información y el juicio, se desprenden proyectándolos ya sobre el plano de la sociedad en la cual obra la prensa, sus dos principales territorios de acción, como medio de cultura o sea en su servicio a la verdad, y como gestor de una conducta social o sea en su servicio al bien. A través de estos órdenes, el periodismo cumple en su medida la tarea de todo instrumento de cultura, conforme la concepción de Tomás de Aquino: respeto al orden objetivo, propiciación del orden interior en el hombre, estímulo a la manifestación humana del orden hacia la vida personal y social, que es el orden moral.

EL PERIODISMO Y LA CULTURA

Naturaleza de la cultura

El estado de cultura se presenta a nuestra visión opuesto

o al menos distinto al estado de naturaleza. Este último es resultado y crecimiento necesario de las criaturas, siguiendo un prefijado desenvolvimiento; mientras que el estado de cultura es el fruto de la libre actividad humana, madurado por la acción de la inteligencia y de las virtudes, y cuya presencia en el mundo natural resalta por su carácter original y novedoso.

Aunque se distinguen y son distintas la cultura y la naturaleza no son sin embargo opuestas, ni hay entre ellas un divorcio radical. Frecuentemente se tiene la sensación de que la una excluye y se opone a la otra a causa de la mortificación y poda que todo cultivo, sea espiritual o agrícola, exige y realiza. Vale la pena señalar el carácter ilusorio de esta sensación de oposición entre la naturaleza y la cultura en la medida que ha sido tomada por consigna y bandera de esteticistas, quienes la han divulgado y vivido hasta el grado de hacerla estilo de vida y lugar común de letrados.

La cultura es en realidad una prolongación de la naturaleza lograda por la acción fecundante de la inteligencia y la voluntad. La naturaleza es la materia que el hombre tiende a recrear para constituirla en cultura mediante la actividad de su espíritu, en el amor que la misma naturaleza le despierta. La cultura echa sus raíces en la naturaleza. El hombre al recrear al mundo respeta y sigue sus leyes a fin de conducirlas, ordenarlas y supeditarlas a sus designios culturales. Por ello toda acción humana opuesta a la naturaleza está condenada a la esterilidad cultural, aunque simule haber forjado cultura.

La unidad del hombre y el orden.

La finalidad de la cultura influye en su constitución y organización. La cultura no tiene su fin en ella misma. Obra del hombre como es, se endereza a un fin ajeno a ella misma y que se localiza en el hombre mismo. La cultura es para el hombre.

La cultura desempeña en la vida del hombre el papel instrumental de su perfección. De aquí que la medida de una cultura sea la medida de la perfección que permite a los hombres. Esto nos pide el conocimiento de cual es la verdadera perfección humana. En otros tiempos se poseía este conocimiento por una experiencia directa y de un modo vivo. Hoy día la multiplicidad de atentados contra la naturaleza humana en el orden intelec-

tual como en el de los hechos ha desfigurado tal conocimiento de suerte que los más tristes y pedantes equívocos nacen al hablar de la perfección humana.

Aquí solo podemos indicar que la perfección humana estriba en la realización de la unidad del hombre en el plan de las existencias. Esto es que la unión de cuerpo y espíritu que es el hombre en un plan ontológico se realice en el ejercicio de su ser, logrando de este modo la anhelada conciliación de la existencia con la esencia.

Lo anterior puede expresarse por exclusiones. Se trata de humanizar al hombre más que de espiritualizarlo. Se trata de humanizar al hombre más que de habilitarlo fabril o intelectualmente. En una palabra, se trata de hacer que el hombre sea dueño de sus propios actos y que el ejercicio de su actividad se realice en el orden, la jerarquía y la armonía de su naturaleza de animal racional, de espíritu que informa un cuerpo.

La cultura para el hombre exige que si bien se puede ser mártir de la cultura, no hay derecho alguno en ser víctima de ella. Pues la cultura como todas las obras de la mano del hombre pueden volverse contra su creador, y es un hecho histórico la agresión de la cultura contra el hombre. Junto a los hábitos y el esfuerzo que el hombre empeña en la formación de una cultura ha de poner las virtudes y los trabajos en sujetar y guiar día tras jornada a la cultura hacia su fin: el perfeccionamiento del hombre.

El sueño liberal de la espontánea marcha del mundo hacia metas de progreso dejando hacer, dejando obrar, es también sueño en el plan de la cultura. La asistencia constante de enderezamiento, de corrección, de prudente vigilancia de la cultura, es, pues, imprescindible. De otro modo veremos al hombre derribado por las potencias que él mismo desató.

La cultura es un orden

La cultura está medida y encuadrada dentro del orden: el orden en el hombre, en su interioridad y exterioridad, en todo el hombre; el orden en el mundo, en la tierra y en los frutos de la tierra.

En este orden que es la cultura existen las relaciones de subordinación y de ordenación que caracteriza todo orden. Los

diversos elementos que constituyen la cultura están estructurados, no en la identificación sino en la diversidad según su naturaleza; no en la dispersión sino en la unión jerarquizada en vistas al mayor bien del hombre, sujeto y objeto de la cultura.

Este orden que es la cultura no es un orden fatalmente establecido, sino elaborado por la inteligencia y la voluntad humana. Precisando la relación entre libertad y voluntad e inteligencia, podríamos decir que la cultura es una obra de la inteligencia que percibe el orden de las cosas y el desorden de la existencia, y de la voluntad que acopla las existencias al orden percibido por la inteligencia.

Este orden que percibe la inteligencia nace del contacto mismo con la realidad. no es un orden que la mente invente en ayunos de experiencia, sino en medio del trabajo, de necesidades biológicas y espirituales, de exigencias sociales y de urgencias inmediatas.

La inteligencia fecundada por la realidad sabe del orden de las cosas, sabe de su finalidad y de la finalidad del mundo, sabe del más y del menos, del medio al fin, de lo primordial y de lo secundario.

La voluntad humana cuando es fiel a la inteligencia que ha percibido el orden impulsa la actividad humana al establecimiento en el plan existencial de ese orden, todo apuntando hacia una integración del hombre en el tiempo de suerte que le posibilite la realización de su último fin más allá del mismo tiempo.

La realización del orden en el plan social engendra en últimas instancias al estado, como la unidad de una multiplicidad de sociedades particulares y de familias, en el que cada uno de estos elementos se conserva diferenciado de los restantes, pero subordinados a un fin, el bien común, que tiene su acabamiento en el bien de cada uno de los hombres.

La ordenación en plan puramente intelectual forma la sistematización de los conocimientos, lograda en la fidelidad y docilidad de las mismas cosas conocidas, más que en la arbitraria selección de lo que se llama "un criterio".

La ordenación en el plan técnico, en el económico, en el material se cuaja en vistas al servicio del hombre.

Las artes, en la multiplicidad de sus manifestaciones, aun en su despego de la necesidad de la tierra, que implica su misma

naturaleza no puede dejar de moverse en vistas a la perfección del hombre.

Todas las manifestaciones culturales, convergen en su finalidad última al hombre, todas ellas se subordinan a él, pero sin dejar de respetar sus propias y peculiares naturalezas. Los elementos de la cultura son servidores del hombre, pero no sus lacayos.

Este orden exigido por la cultura apunta, en el hombre, a Dios. Esto es también un hecho histórico. La diferencia entre una cultura católica y una cultura pagana estriba fundamentalmente en que una conoce el nombre de Dios y las otras o lo desconocen o se lo han inventado.

Cultura catolica

La participación en la vida divina, en el organismo sobrenatural, provoca en el hombre católico necesidades que ha de resolver junto con las puramente naturales, y que le exigen forjar una cultura especial, justamente una cultura que satisfaga las exigencias evangélicas, una cultura católica.

Las exigencias evangélicas se despliegan en el mundo de las existencias, en el mundo de las cosas que son en el tiempo. De aquí que las modificaciones temporales impliquen distintas manifestaciones de las exigencias evangélicas. No es que se modifique en sí misma la exigencia evangélica sino que en tanto y cuanto pida ser realizada en el mundo de las móviles existencias, los modos de realizarse variarán con las mismas existencias.

Lo anterior nos indica la posibilidad de varias culturas católicas en el decurso de la historia y en la amplitud del orbe.

Por otra parte, siendo cierto que "la gracia no destruye a la naturaleza sino que la perfecciona", se puede concluir que una cultura en la cual la gracia participa perfeccionando las potencias humanas —sobre todo la inteligencia y la voluntad cuyo papel dentro de la cultura se ha podido apreciar por lo anterior— es una cultura que sin dejar de ser del mundo, ha sido perfeccionada, ameritando ser llamada cultura católica.

Cultura Católica Mexicana.

Nuestra cultura pertenece a la conocida como occidental.

España trasplantó a México una forma de vida y una concepción del mundo típicamente ocidental. Pero indiscutiblemente nuestra cultura no solo está constituída por elementos hispánicos o europeos; lo indígena y lo autóctono —en el sentido de lo nacido aquí en México— convive con lo trasplantado. Nuestra cultura es pues occidental, mestizada con aportaciones originales.

La razón de la última afirmación está en que toda cultura es un complejo, que posee una personalidad determinada. Decir que cada cultura tiene una personalidad no hace referencia a ninguna interpretación ideológica, sino simplemente que cada cultura tiene algo suyo, propio. Cada cultura tiene su propia estructura, fundamentada en una específica tabla de valoraciones, de preferencias. La cultura occidental posee no solo determinada amplitud en el repertorio de valores, sino también cierta característica jerarquización de ellas.

La cultura mexicana sabe de los valores constitutivos de la cultura occidental, y los tiene subordinados en semejante jerarquía a la europea. El mero hecho que los vicios de la cultura europea nos sean comprendidos, y que sus manifestaciones culturales logren comunicarnos sus mensajes sin una especial propedéutica como nos sucede con otras culturas, indican nuestro inmediato parentesco a tal cultura. Nuestra incorporación a la cultura de occidente se ha realizado en un principio en el gran renacimiento español de los siglos de oro.

Este hecho primordial en el nacimiento de nuestra cultura, el trasplante de lo hispánico —suficientemente holgado para dejar cabida a nuestros propios elementos, y suficientemente recia como para no desmoronarse— es fundamental en la cultura católica mexicana.

Es fundamental puesto que por España conocimos las fuentes primitivas de la cultura occidental, ciertamente desarrolladas, en amplios remansos, enriquecida, pero sin torcimientos, sin tierra de aluvión. La ascesis cultural de la España de la contra reforma, limpia de las filosofías y de las perversiones culturales de la Europa del renacimiento, dieron el vástago que franciscanos, dominicos y agustinos sembraron en México. Nos dieron un humanismo, pero un humanismo a lo divino como gusta decir el R. P. Dr. Callegos Rocafull.

Sin mayores pretensiones podemos cifrar tal humanismo en la fórmula tan del agrado de San Pablo: El mundo para el hombre, el hombre para Cristo y Cristo para Dios; y en esta otra

fórmula, camino de entendimiento entre los hombres en un mundo cuya cristiandad parecía dejar de pesar. Por la razón y su ejercicio los hombres pueden entrar en comunión. Esto es, la primacía de la razón sobre la fuerza, la primacía de la razón sobre la rutina y las pasiones.

¿Cuál es, frente a esta cultura, el deber del periodismo?

Delineado así el campo de la cultura en general, y el de la cultura católica en especial así como de la raíz cristiana de la cultura occidental en cuya órbita nos hemos nutrido, aparece claro el papel del periodismo católico en este punto de su misión: informar y enjuiciar sobre el acontecer de modo tal que ello confluya para auxiliar al lector en la tarea de labrar para sí mismo un orden interior equilibrado y, en el plano social, para conservar, proteger y acrecentar dentro de su materia propia el patrimonio cultural occidental, y católico y mestizo de México así como para favorecer el enriquecimiento de ese núcleo fundamental con las legítimas aportaciones provenientes de otros tipos de cultura.

En esta tarea el periodista católico habrá de tener presente el estado de sitio y de agresión a que se ve sometida nuestra cultura por muy diversos factores pero de modo principal por el materialismo proveniente tanto de un caduco liberalismo como del comunismo, lo cual se ha venido traduciendo en un riesgo de conducta práctica materialista. A combatir esta tendencia y a restaurar en las costumbres y en las concepciones de nuestro pueblo la austeridad y la espiritualidad de vida derivadas de la formación católica de México, ha de tender buena porción de los esfuerzos inmediatos del periodista católico.

EL PERIODISMO FRENTE A SU FUNCION SOCIAL

Cuando el periodismo cumple su misión propia —de informar, jerarquizar y enjuiciar— se ubica, responsablemente, en el escenario de la vida social. Frente a "esa reunión estable de instituciones, familias e individuos, que unidos por un vínculo moral cooperan en la consecución del bien temporal, (para la conservación, desarrollo y perfección de la persona humana, en orden a su eterna felicidad)"; *frente a la sociedad*, el periodismo adquiere la máxima plenitud de su responsabilidad.

La labor del periodista se orienta, entonces, hacia el fin mismo de la colectividad en que se desarrolla. Cuando el periodista

maneja las herramientas propias de su labor —repetimos, la información y el juicio— acatando el orden de finalidades de la sociedad —es decir, el bien común temporal y la perfección de la persona humana— está cumpliendo su función social.

Se ha escrito y se ha dicho mucho ya sobre esta función social del periodismo. Examinar las vertientes que se abren a su cumplimiento —aquí y ahora, en el México de 1953— parece un método más congruente con las finalidades de este Congreso. Es lo que se intenta en las observaciones que hacemos a continuación.

En el paisaje de la vida social, son las instituciones las encargadas de propiciar la perfección de la persona humana. Así, las instituciones recogen la vida naciente del hombre, la desarrollan y la educan; ordenan sus actividades materiales y espirituales en el contacto con sus semejantes; estructuran jurídicamente su vida social y lo ponen en el camino de su salvación eterna, en contacto con Dios. De este modo, las metas fundamentales de la sociedad civil se cumplen a través de instituciones fundamentales —la familia, la ciudad, el Estado— o de las instituciones intermedias como el sindicato, la Universidad, las asociaciones profesionales, socioeconómicas o culturales. En el plano más alto, la Iglesia.

El enfoque de nuestras observaciones plantea la responsabilidad del periodista ante cada una de estas instituciones. Se trata de responder a esta pregunta: ¿Qué puede hacer el periodista, en la esfera de sus medios, para propiciar el cumplimiento de los fines propios de la familia o el sindicato, por ejemplo?. Al esbozar respuestas a tales preguntas, pensamos en los perfiles del México actual y suponemos riquísimas posibilidades de servicio, no sólo en el periodismo que comunmente se llama de fondo, —en el artículo o en el ensayo de reflexión madura— sino en la tarea cotidiana del reportero que recibe en sus manos la información y la noticia que ha de insertarse en planos de ordenación superior.

Familia

En la defensa de la familia tiene el periodismo abiertas oportunidades de acción. Usar de su labor informativa y de juicio para conservar y defender la estabilidad de la familia, que es garantía de la perpetuación de la sociedad civil —no sólo en cuanto

a continuadora de la especie, sino en cuanto a fuente insustituible de formación intelectual, moral y física—; denunciar los riesgos que se oponen al cumplimiento de su misión, tal es un deber irrenunciable del periodista de hoy.

En el ahora alarmante auge del divorcio; en las carencias visibles de orden económico que invalidan gravemente la misión familiar; en las fórmulas resolutivas que atañen a la vida económica de la familia, a través de sistemas de salarios, mecanismos de asistencia médica, fomento y reglamentación de los patrimonios familiares, etc.; en las variaciones de la organización familiar que son desequilibrio o atentado, tales como el trabajo obligado de la esposa o el niño; en el influjo creciente de costumbres extrañas que desfiguran la fisonomía substancial del hogar mexicano; en los factores destructivos que se significan por el avance de la inmoralidad o de los vicios; en todos estos aspectos se muestran al periodista coyunturas de servicio en defensa de la familia.

Y particularmente, en todo aquello que cercena, obstaculiza o niega la función educativa de la familia. Es oportuno dejar constancia de la estupenda labor del buen periodismo mexicano al sujetar al análisis de su información y de su juicio los más serios obstáculos que se oponen al cumplimiento de esa función educativa.

Ciudad

En la convivencia de la ciudad, se ordena ya políticamente la vida del hombre. Y no sólo, sino que en la estructuración del gobierno de las ciudades, en la estructuración municipal, radica uno de los elementos fundamentales de la integración política del país.

Por ello, frente al recto desarrollo de la vida de la ciudad la tarea periodística tiene amplias responsabilidades, tanto en los aspectos de los servicios públicos más necesarios, como en los que se refieren a la política de la vivienda, o a las transformaciones urbanas. (En este renglón urge devolver a los actuales métodos urbanísticos un espíritu inspirado en el servicio del hombre y en el equilibrado respeto a la tradición de nuestras ciudades).

Estado

México busca la senda de su integración política como pre-

supuesto de las empresas nacionales en el orden espiritual o económico. Obviamente, un Estado sectario negaría nuestra integración política. Por el contrario, un Estado que propicie una real y auténtica armonía nacional adquiere carácter de gestor decisivo en esa integración.

Ella depende también de la medida en que se afinen en Mexico los sistemas de representación política. En todos estos aspectos, como en los más cercanos y concretos que se refieren a la labor administrativa del Estado, que son cotidiana materia de juicio e información, la labor del periodista es de vastas proporciones. El puede —quizás con las oportunidades más propicias que nadie— colaborar en la tarea de realizar para México las altas metas de orden político que son condición para obtener los frutos finales de la sociedad civil.

Iglesia

Finalmente, en el orden de responsabilidades del periodista frente a las instituciones, precisa hablar de sus deberes como colaborador en la obra de la Santa Madre Iglesia. "Son los periodistas católicos, como prensa católica —dijo Su Santidad Pío XII— la misma voz del Papa; y ni siquiera los portavoces, sino propiamente la voz, porque en ciertas ocasiones, muy pocos de los hijos del Padre común podrían conocer su pensamiento sin los periodistas".

De aquí se desprende con claridad la confianza con que la Iglesia pone en los periodistas el encargo de ser resonadores de sus enseñanzas. Esto se aplica no sólo a la difusión de las palabras papales —como la cita lo señala— sino al magisterio todo de la Iglesia. La responsabilidad —en preparación, en formación de criterio, en lealtad a la Iglesia, y en necesario cultivo de vida interior cristiana— que esta tarea significa para el periodista católico, no necesita ponderarse. Vale la pena citar, (en las actuales circunstancias, y de modo concreto), dos aspectos de la enseñanza de la Iglesia, que urge propagar, hacer presentes en todos los rumbos: lo que se refiere a las Cuestiones sociales y lo que toca a la búsqueda de la paz internacional.

Ha de destacarse también la calidad apostólica que adquiere la información periodística de tipo religioso, en general, cuando a ella se aplican la pericia y la técnica modernas del periodista.

Todo lo que éste haga, finalmente, para defender la libertad de acción de que la Iglesia debe gozar —para el desempeño de su misión salvadora— es pleno servicio y máximo cumplimiento de la función social del periodismo. En México, este deber se ha cumplido puntualmente por todos aquellos periodistas que en meritoria actitud, han defendido y fomentado el derecho imprescriptible de la Iglesia para realizar su cátedra y su apostolado. Y se abren todavía, en este campo, largos caminos de lucha para el periodista católico que incansablemente ha de auspiciar la garantía definitiva, en México, a esa libertad de acción, en su misión propia, que la Iglesia debe tener.

En el servicio a la Iglesia, el periodista católico se hace digno de las palabras de Pío XI: "Mis predecesores consagraban las espadas y las armas de los guerreros cristianos; por mi parte, me siento feliz de llamar la bendición del cielo sobre la pluma de un periodista católico".

INSTITUCIONES INTERMEDIAS

Organizaciones económicas.

Los sindicatos obreros y patronales son organismos imprescindibles en la vida moderna. En la información y juicio periodístico sobre este tipo de instituciones, el periodista tiene una de sus mejores oportunidades de servicio: hacer valer la Doctrina Social de la Iglesia para resolver los problemas sociales; señalar los caminos de entendimiento entre los factores de la producción, patrocinar la justicia del obrero o del empresario; apuntar las necesidades de limpieza sindical y de extensión de las actividades del sindicato hacia objetivos de mejoramiento cultural, social y religioso de sus miembros; denunciar las desviaciones del sindicalismo, cuando el órgano obrero se convierte en brazo político o en instrumento de dominio patronal; tales son algunas de las vetas más claras que el periodista puede explorar en sus actividades profesionales.

Destacar igualmente el papel de las demás organizaciones de tipo económico, como son las agrupaciones de patrones, industriales o comerciales, y la importancia de su desempeño en los problemas de entendimiento social y de progreso económico, tal es otro campo de importancia indudable que se abre en la tarea de informar y enjuiciar periodísticamente.

Universidad

"Ella no es una casta, ni una oligarquía intelectual, sino un órgano dentro del cuerpo social, con una función sobrenatural, moral, propia. Y no menos moral por ser científica". Así definía don Jaime Castiello a la Universidad; altos esfuerzos se han hecho en México para dar vida a ese concepto universitario.

Su realización implica la vuelta a la médula social de la enseñanza universitaria; el destierro del sectarismo en su función docente; la vivencia real de su autonomía; la suficiencia económica. Luchar por ello es tarea propia de un profesionista de formación universitaria, como lo es el periodista.

Sociedades con fines particulares.

En esta categoría se encuentran las sociedades de carácter literario, científico, artístico, deportivo, etc., que tienen una cada vez mayor expansión en el medio social. La labor de la prensa en este aspecto debe consistir en fomentar sus actividades en tanto que sirven a sus miembros y coadyuvan al mejoramiento de la colectividad.

CONCLUSIONES

TEORICAS:

1.—Entendemos el periodismo como un modo de conocer, cuya materia propia es el acontecer humano actual, y cuyos medios de acción son, principalmente: informar y enjuiciar. Proclamamos la responsabilidad del periodismo, (como tarea de enseñanza), en sus aspectos de preparación técnica y en su necesaria sujeción a las normas de la moral cristiana.

2.— Afirmamos que es deber del periodismo la defensa y protección de nuestra cultura —católica mexicana— frente a los ataques que le plantean el materialismo, el liberalismo y demás ideas disolventes, y que es su deber, así mismo, fomentar toda manifestación cultural, acorde con nuestro espíritu occidental y cristiano.

3.—Afirmamos que el periodismo tiene un importantísima misión

en la defensa de nuestras instituciones sociales —fundamentales e intermedias— colaborando al cumplimiento de los fines de esas instituciones; el bien común temporal y la perfección de la persona humana.

4.—El Congreso declara que a ningún católico le es lícito favorecer publicaciones que ofendan la doctrina o la moral católicas y que es obligación de conciencia combatirlos.

PRACTICAS.

1.—El Congreso destaca la necesidad de contar con equipos jóvenes de periodistas católicos que intensifiquen y renueven la labor de apostolado que ya realizan en la prensa nacional diversos periodistas, destacando para ello la importancia que encierra el fomentar la creación y el buen funcionamiento de escuelas católicas de periodismo.

2.—El Congreso destaca la urgencia de llevar al ánimo de nuestros editores católicos la necesidad de modernizar —en sus aspectos periodísticos— nuestras publicaciones.

3.—En el campo del periodismo especializado, se subraya la necesidad de apoyar a las publicaciones católicas de índole infantil.

4.—El Congreso declara la conveniencia de fomentar el contacto estrecho y frecuente entre los periodistas católicos, y de iniciar tareas para lograr la coordinación de sus labores.

5.—Se propone la creación de una agencia que reúna y difunda periódicamente, los principales acontecimientos católicos de México y del Mundo.

6.—Es de urgente necesidad práctica para defender la cultura católica en aquellos campos donde es más combatida en nuestra Patria, que los periodistas católicos se consideren comprometidos por su honor a ponerse en plan de campaña nacional para apoyar las instituciones u organizaciones católicas injustamente perseguidas en cualquier lugar de la Nación.

Influjo del Radio, del Cine y de la Televisión en la Cultura y la Moral Contemporáneas

Por el Sr. Manuel López Díaz

Para demostrar la exactitud del tema es necesario hacer un análisis de la situación de hecho que prevalece alrededor del Radio, del Cine y de la Televisión.

En su orden, pero tratando de demostrar que estos tres elementos contienen en su extructura moral una similitud asombrosa fijaré mis estudios fundamentales en el Radio, siendo que, además, es el elemento que conozco un poco.

Dividiré el Radio en dos aspectos: el Radio Transmisión y el Radio Recepción. El primero es origen fundamental del segundo, y como considero que en estos estudios debemos tratar lo fundamental, trataré a continuación de exponer, según mi humilde criterio lo que es el Radio Transmisión en la actualidad.

Técnica.

Dios ha puesto en el cerebro del hombre la inspiración científica y la magnífica chispa del ingenio para que por sus propios recursos encuentre los medios de conocer más fácil y rápidamente a Dios. Esto es sin duda el origen y desarrollo de la Ciencia Electrónica que en un progreso físico, constante y maravilloso, está desorientando a los mismos hombres de ciencia para su me-

jor empleo y aprovechamiento, tal como sucede en la actualidad con la Era Atómica que presenciamos.

Pero indudablemente también se justifica el progreso de la Ciencia Electrónica al atravesar esta época por una vertiginosa velocidad que está precipitando al mundo entre penumbras y sombras de indeterminación, de fatiga, de angustia, de desorientación y en una trágica carrera sin descansos, sin paisajes, como barco sin puerto en un mar de tempestades. Por esto, sobre todas las demás diversiones, el Radio, el Cine y la Televisión vienen constituyendo el lenitivo efímero que ofrece un pasatiempo fácil, que a afuerza de disfrutarlo degenera en vicios y tonterías

Otro de los motivos que obliga al uso y disfrute del Radio, es su característica de Servicio Público. Hoy las noticias se trasladan de uno a otro extremo del mundo en una fracción de segundo a través de una fantástica mensajería, y es tal el crédito que tienen sus versiones que en la inmensa mayoría de las mentes ejerce un impacto tan violento que deja huellas indelebles y mueve voluntades hacia los extremos; ahí tenemos la historia fantástica de Orson Wells que inquietó terriblemente a Nueva York con su *"INVASION DE MARTE"*; ahí tenemos a Quinto Ecuador sozobrando por causas similares; ahí tenemos a un Bogotá Colombia que naufragó en una orgía de fuerza sin control; ahí tenemos la hoguera de una segunda Guerra Mundial y ahí tenemos hoy la inquietante y desorientadora Guerra Fría contemporánea, hechos en donde se destaca el Radio como un furgón invisible que vacía su carga a una velocidad de 300,000 kilómetros por segundo.

Al hablar de la carga que transporta el Radio, es precisamente el momento de determinar de una manera clara el contenido de esa carga en una simple y sencilla pregunta: ¿Que es lo que transporta el Radio? Contestación: Mensajes. Entonces una segunda pregunta: ¿Qué es el Radio? Contestación: Un simple Mensajero.

Para tener la seguridad de que un mensaje llegue a su destino y dé los resultados que se buscan, conviene analizar las proporciones del Mensajero, así como lo hizo aquel que estudió al mensajero adecuado para enviar un "Mensaje a García". He aquí los datos:

Las cifras que a continuación mencionaré fueron obtenidas de diferentes fuentes dignas de crédito entre las cuales se encuentran: el Consulado Norteamericano, la Cámara Nacional de la

Industria de la Radiodifusión y el Banco de Producción Cinematográfica

Radiodifusoras en el Mundo.	2,500
de éstas corresponden a la República Mexicana:	
onda larga,	222
onda corta,	21
frecuencia modulada.	2
Radio-Receptores en uso en el mundo,	212,000.000
los cuales están distribuidos como sigue:	
Estados Unidos del Norte	114,000.000
Europa	64,000.000
Asia	13,000.000
México y Centro América	8.500.000
Sud América	8,500.000
Australia	3,500.000
Africa	2,500.000
En la República Mexicana se encuentran funcionando:	
Estaciones de Televisión	5
Receptores de Televisión en uso	42,000
Salas de Cine registradas	2.114
(Salas de Cine no registradas, exhibidores ambulantes, exhibidores culturales, y exhibidores parroquiales se estiman en un número aproximado de	5.000
Productoras de Películas	60
Noticiarios.	3

Las cifras anteriores ofrecen una idea de la magnitud de la maquinaria de la difusión y el por qué del "influjo decisivo del Radio, del Cine y de la Televisión en el desarrollo de la cultura y en la vida moral y contemporánea".

Pero para reforzar esta cuestión, enseguida trataré otros aspectos del Radio, del Cine y de la Televisión.

Administración.

Todo este equipo de divulgación está distribuído convenientemente alrededor del mundo manejándose por personas que dividiéndolas en grupos llenan tres aspectos: Empresarios, Empleados y Usuarios.

Sr. Manuel López Díaz

Al referirme de una manera especial a los Empresarios de la República Mexicana hago notar respetuosamente que casi la totalidad de ellos son católicos, animados de la mejor buena voluntad para cumplir con los preceptos de nuestra religión; y si bien es cierto que las Leyes vigentes de nuestro Gobierno prohiben a través del Reglamento correspondiente en su Artículo 115 en el inciso I trasmitir "asuntos que franca o veladamente tengan carácter político o religioso", procuran a la medida de su nivel cultural, y, a veces desgraciadamente, a la medida de las exigencias económicas, no trasmitir noticias o mensajes cuyos textos sean contrarios a las buenas costumbres, tal como lo dicta el Artículo 114 del mismo Reglamento.

Refiriéndome a los Empleados, puedo asegurar que más o menos están en la misma situación que los Empresarios, y que no obstante de la gran campaña demagógica en materia de trabajo y orientación moral, se han mantenido en un posición digna que a la postre podrá dar frutos más reales en beneficio de la moralización que se pretende.

En cuanto a los Usuarios diré que las características son más o menos las mismas; agregando que, en muchas ocasiones, es más el deseo de hacer buenos negocios que el de mantenerse en un margen medianamente apegado al decoro musical y literario dentro de la Moral Católica.

La falta de voluntad en los hombres verdaderamente preparados para intervenir en la vida activa de la Administración, ha producido un relajamiento en la firmeza de carácter y en el valor civil para oponerse decididamente a divulgaciones que directa o indirectamente atacan a la integridad del hogar, al lenguaje correcto, a las buenas costumbres, a la música y a la literatura del más elemental buen gusto, puesto que la mayoría tanto de Empresarios, como Empleados y Usuarios, carecemos de la preparación suficiente. Por ello haciendo un análisis de lo que es ya en sí la Producción que se lanza al público podrá verse el intrincado problema a resolver.

Producción.

La producción dimana de tres elementos fundamentales: la Música, la Literatura y la Imagen. Estos elementos se toman de los Compositores y Autores cuyas obras utilizan los publicistas en beneficio de los Usuarios para que el público se deje conducir; y esto es precisamente el fin de las divulgaciones: *CONDU-*

CIR AL PUBLICO: conducirlo al consumo de tal o cual mercancía de uso individual o colectivo, no sólo la mercancía para comer o vestir sino también la mercancía que encierra una guerra para asimilar una doctrina y llevar al público en tal o cual dirección política, económica o social. Este es el verdadero fin de la Producción en la gran maquinaria de divulgación que existe en el mundo entero: hacer vibrar a la masa humana con una frase literaria, con un guión musical, con un signo o con una imagen que produzca en el consciente o en el subconsciente del hombre el deseo de inclinarse hacia alguna dirección; por ello conviene estudiar los tres fundamentales elementos que se utilizan para la Producción:

Música.

Se nos ofrece como material de Producción la clásica, la semi-clásica, la folklórica, los arreglos y las estridencias.

Literatura.

Como material en uso: comedias, narraciones, noticias y comentarios, diálogos cómicos, adaptaciones de obras editadas y textos comerciales.

Imagen.

Fotografía y escenografía.

Conviene determinar también quienes hicieron o hacen el material que se emplea: Música, Literatura e Imagen, que son: compositores, escritores, fotógrafos y escenógrafos quienes forzosamente se mueven primero, por su propia iniciativa creadora y conforme a su propio nivel cultural y segundo, por las exigencias económicas de un encargo o por la corriente arrolladora del medio en que vivimos.

Arriba de todo esto tenemos fundamentalmente al Patrocinio Económico para lograr una producción combinada y debidamente confeccionada para lanzarla a los cuatro puntos cardinales por medio de la maquinaria de divulgación. En este Patrocinio que bien puede ser derivado de intereses puramente comerciales, también se mueven intereses de política económica y social, y al amparo de este patrocinio trabajan: Publicistas, Editores, Directores, Artistas y Músicos de quienes diré que, como los Empresarios, Empleados y Usuarios de la Maquinaria de Di-

vulgación, en nuestra República son su mayoría Católicos, pero si bien es cierto que en su fuero interno desean conducirse dentro de las normas de la Moral Católica, sólo producen y tendrán que producir conforme a su preparación cultural y moral, constituyéndose en un verdadero espejo que refleja las costumbres y gustos del medio en que vivimos.

Para darse una ligera idea de la participación tan importante del Radio, del Cine y de la Televisión en la vida pública, bastará tomar en cuenta algunos datos que he obtenido y que son complementarios a los datos estadísticos que con anterioridad menciono:

Existen en el país tres organismos principales que elaboran el material de Producción: La Sociedad de Autores y Compositores de México con un Registro de más de cuatro mil trescientos socios, de los cuales quinientos sesenta son activos y el resto amparados por esta Sociedad conforme a la Ley Federal del Derecho de Autor. La Asociación Nacional de la Publicidad, con doscientos noventa y ocho Socios de los cuales son ochenta y siete publicistas de reconocido mérito, y la Asociación Mexicana de Agencias de Publicidad con un Registro de treinta y nueve poderosas Agencias.

El público de México tiene invertido en adquisición de receptores de Radio alrededor de trescientos cincuenta millones de pesos; en receptores de televisión cerca de cien millones de pesos; los empresarios de Radio tienen invertidos en sus negocios más o menos doscientos millones de pesos; los empresarios de Televisión, alrededor de sesenta millones de pesos; las inversiones en Radio por concepto de publicidad ascienden a más de cuarenta y cinco millones de pesos al año; las inversiones de publicidad por concepto de Televisión pasan de diecisiete millones anuales. En el año de 1952 se hicieron 97 películas por productores mexicanos y dos por productores norteamericanos; el costo de las producciones mexicanas en 1952 fué de cincuenta y ocho millones; la inversión de publicidad por concepto de Cine asciende a cinco millones de pesos.

Los noticiarios tienen un ingreso anual de dos y medio millones. Según lo dicho por el periódico Excélsior del día 17 de los corrientes las taquillas de los Cines del Distrito Federal recaudaron en el año de 1952 alrededor de ciento treinta y tres millones de pesos, haciendo la observación que en el año de 1951 la recaudación fué mayor; es de suponerse que en el resto del

país no se recaudará menor cantidad y por consiguiente se puede dar por buena la recaudación de doscientos sesenta millones de pesos que el público del país gasta en divertirse por medio del Cinematógrafo.

Por todo lo antes expuesto se sigue que el Radio, el Cine y la Televisión, son los vehículos de divulgación que el público prefiere para divertirse y forzosamente el público de México se ve influenciado decisivamente por las divulgaciones que se hacen a través del Radio, del Cine y de la Televisión, en el desarrollo de su cultura y en su vida Moral.

"VERITATEM FACIENTES IN CARITATE". Es el lema del Congreso Nacional de Cultura Católica y por ende obliga a un examen de conciencia sincero y detenido. Con la exposición que anteriormente he venido desarrollando he pretendido informar a Uds. de todo aquello que directa o indirectamente se conecta de una manera decisiva en las actividades de la maquinaria de divulgación. Al hablar de Radio, Cine y Televisión, incuestionablemente se debe tomar en cuenta a los intereses que los mueven: intereses que, como ya dije antes, si bien fundamentalmente son comerciales, de ninguna manera debe desestimarse que en muchas ocasiones se muevan otra clase de intereses encubiertos con el señuelo de la diversión.

Así mismo debe considerarse dentro del Radio, del Cine y de la Televisión a todos aquellos que no son solamente empresarios, empleados o usuarios, sino también a aquellos que confeccionan la Producción, quienes forman un grupo más numeroso y que son los que en último término dan al público los programas de diversión y divulgación.

¿Y en qué plano cultural y moral se mueve toda esta maquinaria humana?. Diré lo que yo veo: Salvo honrosísimas excepciones, el mal general que padecemos es la falta de formación en todos sus aspectos con la circunstancia especial de que en este caso que estoy tratando, se desestima lamentablemente la fuerza arrolladora de estos vehículos de divulgación.

Desgraciadamente, señores, los intelectuales católicos mexicanos han visto, si no con desprecio, por lo menos con apatía, la función social que desempeñan, el radio, el cine y la televisión No se ha podido o no se ha querido comprender el influjo enorme que están ejerciendo sobre nuestro pueblo estos tres vehículos: si el Radio, el Cine y la Televisión han hecho y están ha-

ciendo mucho menos daño, en gran parte se debe, y debemos confesarlo con sinceridad, a la apatía y al desprecio con que los han visto aquellos que pueden y deben trabajar en este campo.

En síntesis: Faltan educadores, guías y maestros que intervengan directamente aportando su acervo intelectual, porque no es justo exigir de toda esta gente que labora en el campo de influjo tan decisivo de divulgación, una formación moral y cultural, cuando no se le ofrece los medios adecuados para obtenerla.

Como medidas prácticas para mejorar el nivel cultural y moral del Radio, del Cine y de la Televisión, me permito poner a la consideración de este distinguido auditorio las siguientes conclusiones, estudiadas y aprobadas en la Sesión de Estudio de esta mañana.

CONCLUSIONES

1.—En lo referente a Radio y Televisión, se alaba el esfuerzo realizado por la Cámara Nacional de la Industria de la Radiodifusión, la Asociación Nacional de la Publicidad, la Asociación Mexicana de Agencias de Publicidad y la Sociedad de Autores y Compositores de México, al constituir su "Comisión de Ética de la Radiodifusión" y se pide a dicha Comisión que se haga cumplir su Convenio, "Generalidades" y "Normas" aprobadas por la misma el 20 de Abril de 1951. Al mismo tiempo este Congreso pide a todas las Organizaciones Catolicas apoyar esos esfuerzos.

2.—Que se pida respetuosamente al V. Episcopado Mexicano, se forme un Organismo Central con sede en la Capital de la República, dependiente de la Gran Comisión de Moralización del Ambiente en México, integrado por representantes autorizados de las distintas Diócesis, con facultades de censura y vigilancia en todo lo referente a Radio y Televisión. Asimismo, que se pida respetuosamente a Su Excelencia el Sr. Obispo de cada Diócesis, que se forme en cada una de ellas un Organismo similar, con el objeto de censurar y vigilar las producciones locales y hacer cumplir los ordenamientos del Organismo Central.

3.—*En lo referente al Cine, se reconoce la abnegada y meritoria labor de la Legión Mexicana de la Decencia y se le ruega intensificar sus actividades para que se crea un Código Moral de Productores, se funde un organismo de consulta y servicio para los mismos, continúe desempeñando su benemérita labor y procure que lo más pronto posible se organice la Legión, no como una simple oficina, sino como una Unión de Católicos que se comprometen a no asistir a la exhibición de películas clasificadas con determinadas notas.*

4.—*Que se organicen Escuelas o Cursos de Capacitación adaptados a las necesidades de las distintas clases de personas que intervienen en las diferentes actividades del Radio, del Cine y de la Televisión.*

5.—*Que se establezca una "Escuela de Publicidad" en donde se dé una formación integral a todos aquellos que se dedican o deseen dedicarse a las actividades publicitarias.*

6.—*Que el Organismo Permanente de este Congreso tome como una de sus misiones, el apoyar y colaborar con los artistas y escritores católicos de las Industrias del Cine, el Radio y la Televisión para la producción de películas y programas de Radio y Televisión.*

7.—*Se solicita del Venerable Episcopado Mexicano que recomiende la creación de Empresas independientes, productoras de películas y programas de Cine, Radio y Televisión.*

Cristo y la Ciencia Moderna

Por el R. P. Eduardo Iglesias, S. J.

(Discurso pronunciado en la Solemne Pontifical de Acción de Gracias)

Hacia el año 800 de la fundación de Roma, el Coloso de Hierro, extraordinariamente fuerte y frágil al mismo tiempo, que había barruntado en sus visiones proféticas siglos atrás el Profeta Daniel; cubría con su sombra o amedrentaba con su poder a todo el mundo entonces conocido.

La infatuada Roma derrochaba su pobre vida: su poder militar hacía pasear en espléndidos desfiles triunfales a sus invictas legiones; su organización social parecía haber llegado a lo sumo de su desarrollo y mantenía la vida abundante, muelle, lujosa, embriagadora de los privilegiados, sostenida por las lágrimas, la oculta desesperación, los odios y la desesperanza de los esclavos; su orden legal era la manifestación más poderosa del espíritu jurídico: era tan levantada que en el Derecho Romano siguen inspirándose legistas y jurisconsultos; su riqueza prodigiosa convertía a la gran Ciudad, Reina del Imperio, en el centro comercial de importación y exportación más envidiado; sus vías de comunicación, aun vistas en los mezquinos restos que de ellas nos quedan, eran la red que unía a la Señora del mundo con sus Provincias; su filosofía había coadunado todo lo que pareció servible a sus genios de la filosofía griega y de la filosofía oriental; su literatura no daba entrada sino a obras maestras que recordarán la durísima y eficaz elocuencia de Demóstenes o la armo-

niosa e inimitable y arrebatadora locución de Cicerón; sólo los vuelos inspiradísimos y en sumo extremo elegantes del lirismo de Horacio, o la sencillez encantadora de las bucólicas de Virgilio, o los cantos épicos de la Eneida, o la facilísima versificación de Ovidio, podían escuchar con aprobación los cultísimos oídos de aquella sociedad; su escultura y su arquitectura y su ingeniería todavía nos asombra, aun cuando sólo veamos trozos inermes de sus ruinas. ¡La Señora del Mundo había llegado a una civilización difícilmente imaginable; poseía una cultura, que en la historia de las culturas humanas y de sus transformaciones ocupa sin género de duda un lugar muy preeminente! ¡No en vano era sumamente codiciado y difícilmente adquirido, como el mayor timbre de gloria y la mejor credencial de privilegios y atenciones el título de "ciudadano romano"! Para un ciudadano del Imperio aquella civilización y aquella cultura era indudablemente la conquista máxima del ingenio humano; en la mentalidad de un romano no podría caber la idea de la mengua o de la quiebra de su civilización, de su cultura, de su poder, de su organización social, sin que en esa merma o en esa ruina estuviera encerrada la mengua o la destrucción de su mundo, del mundo, de un mundo.

En esa misma fecha, encerrado en las cuatro paredes estrechas y sombrías de su medio-prisión, viendo con sus ojos enfermos y debilitados en sus muñecas las cadenas que lo aprisionaban, un extraño y andariego judío, que había recorrido en plan de conquistador las extensísimas regiones del Imperio, iluminado con luces nuevas, veía en esa civilización, en esa cultura, en esa vida, en ese lujo, en esa lujuria, en esas injusticias torturantes, en ese poder militar, en esa gloria desconcertante, lo que otros no veían y con voces de inoportuno agorero, juzgaba con estas espantosas palabras lo que para él era la civilización, la cultura, la ciencia, la vida de la orgullosa Roma: una sociedad, una civilización, una cultura, una vida... "sin Dios... sin Cristo... sin Esperanza". Y así era en efecto: Roma, hacía muchos siglos que había perdido a Dios: lo demostraba evidentemente aquel altar misterioso que Pablo de Tarso había encontrado en la gran avenida de Atenas, que llevaba al Areópago el ara dedicada al Dios desconocido. Lo demostraba evidentemente la turba multa de ejércitos de dioses y diosas, grandes y pequeños, repugnantes o risibles, temidos y silbados, que llenaban o las pequeñas repisas ocupados por los Lares, o las grandes construcciones de sus Panteones o de los templos particulares dedicados a deidades particulares; lo demostraba evidentemente el empeño insensato de con-

vertir al tirano en turno en el Señor, el Dios el Salvador del Imperio. ¡Pablo con sus ojos enfermos veía con desconcertante claridad la espantosa realidad, que estaba gangrenando y destruyendo a la orgullosa civilización del Imperio Romano: era una sociedad sin Dios!

El hastío que esa vida dejaba, en los de arriba porque sus nervios ya no podían reaccionar ante los crecidos estímulos de los sentidos, afanosa y lujuriosamente buscados; en los de abajo porque ya no podían soportar la carga insufrible de sus penas y torturas, hacia que dominándolo todo, como si fueran las notas graves de los instrumentos más bajos en su tono de la gran orquesta, que dominaban y destruían las armonías del deleite y de la mentida felicidad, se escapara de todas las gargantas un grito que era la manifestación del más íntimo de los deseos: Roma y su sociedad pedía a gritos salvación, buscaba ansiosa un Salvador... ¡Aquella cultura, aquella civilización, aquella vida era... una vida sin Cristo, el Unico posible Salvador de los desdichados hombres!

Por eso, porque en la vida y en la cultura y en la civilización de Roma ya no había lugar para Dios, ya no cabía el Unico Salvador, Roma era un pueblo y una sociedad y una cultura y una civilización y una vida... ¡sin esperanza! En las oscuras y cambiantes siluetas de su nublado horizonte no había más promesa que la satírica carcajada de una desesperación infinita.

El prisionero de Roma, desde su medio-prisión, repetía unas palabras que parecían la suprema audacia del más desequilibrado de los visionarios: decía que él tenía en la mente el secreto... que estaba actuando en el mundo la fuerza salvadora... que había un camino que llevaba a Dios... que el género humano tenía ya un Salvador... que lo único que debía hacer el individuo, la sociedad, la ciencia, la cultura, la civilización, para encontrar el camino y llegar a su Salvador y caer en los brazos misericordiosos de Dios; era creer, y levantándose a las alturas divinas de la fe, convertir las tinieblas en soles, las injusticias en amor, y a la infinita desesperación que torturaba a los hombres en las insospechadas seguridades de la Esperanza.

Dos concepciones de la vida, la pagana y la que Pablo de Tarso había aprendido del Divino Maestro; dos maneras de juzgar la cultura y la civilización, la de los que buscan con incansable afán llenar de deleites la vida y apacentar los sentidos, la de Pablo, que tendía a convertir la cultura y la civilización y la

ciencia en un dócil instrumento que sirviera para iluminar el alma y robustecer el corazón; dos manifestaciones de la vida, la que habiendo perdido a Dios, ya no tiene Salvador y se hunde en la desesperación, y la de aquellos que para encontrar a Dios, creen en Cristo y fincan su felicidad en la Esperanza.

Yo encuentro un paralelo desconcertante y torturador entre nuestra cultura, nuestra civilización y nuestra ciencia, y la realidad que acabamos de recordar. ¡Qué fácil, y al parecer cuánto más grato, pero al mismo tiempo según yo pienso que inútil y desprovisto de hondo significado y de óptimos frutos, hubiera sido para mí, al ser designado para hablaros de Cristo y de la Ciencia Moderna, haberme dejado llevar por las bellezas de la poesía, y con entusiasmos, en cierto sentido absolutamente justificados, deleitarnos con el prodigioso espectáculo de la civilización cristiana y de su ingente labor en la vida de las sociedades a través de los diez y nueve siglos que llevamos de cristianismo.

¡Hubiera yo traicionado mi conciencia y lo que juzgo haber sido la idea directiva de nuestro Congreso Nacional de Cultura Católica! Vale a mi juicio más, muchísimo más, examinar nuestra realidad objetiva, y palpando los hechos que se imponen y nos perturban y nos atormentan, ver en cuánto grado sea verdad que nuestra cultura, nuestra civilización, nuestra ciencia, es como la romana, una ciencia sin Dios, una ciencia sin Cristo, una ciencia sin esperanza; fijar nuestros ojos, tal vez atónitos, en que de las más hondas profundidades de la conciencia que están de acuerdo con las voces que salen de un suntuoso palacio, que en más de un aspecto parece una semi-prisión, brota, para ser repetido, el mismo juicio que Pablo daba de la civilización romana: nuestra civilización, nuestra cultura, sobre todo nuestra ciencia, es una ciencia sin Dios, es una ciencia sin Cristo, es una ciencia sin esperanza. Para evitar la ruina que ya está empezando a derrumbar el grandioso edificio, como hace veinte siglos, no hay sino un secreto, el que tiene el vigía del Vaticano... no hay sino una fuerza que está ya actuando en el mundo, la energía de Dios que salva... hay un camino que lleva a Dios... tenemos Salvador... el camino es la fe, que convierte las tinieblas en soles, las injusticias en amor y nuestros temores en las insospechadas seguridades de la Esperanza.

¿Pesimismo? No, Excelentísimos y Reverendísimos Señores, Señoras y Señores. Ni ignoro, ni niego, ni quiero que se ponga en tela de juicio la salvadora influencia que desde su nacimiento ha tenido Cristo y su Iglesia en lo que llamamos nuestra civi-

lización occidental; ni por un momento desconozco que nuestra cultura y nuestra civilización, aun después de haber sido espantosamente mutilada y profanada por las fuerzas disolventes primero de la Reforma, después del Renacimiento, más tarde por los enciclopedistas, después por el alud del idealismo y del materialismo, sigue siendo en su fondo y en sus más hondos principios, una cultura y una civilización cristiana; no pretendo que al establecer el paralelo que acabo de subrayar se juzgue o se crea que el estado real del mundo occidental es absolutamente el mismo que lo era el estado real y objetivo de la Roma del año 800 de su fundación: ese desconocimiento, esa ignorancia, esa plena identificación no podría menos de ser radicalmente falsa, e hija por lo menos de un pesimismo irritante que nada tendría ni de objetivo ni de constructor. Pero yo quisiera que conmigo, no atendiendo a mis pobres juicios, sino a las realidades innegables, y cerrando, por decirlo así, todo lo que se pueda nuestra perspectiva para enfocar con exactitud y justeza el campo de *la ciencia contemporánea;* nos diéramos cuenta de lo que es esa *ciencia* y la cabida que en ella tiene Cristo. ¡Cristo en la ciencia contemporánea, Cristo y la ciencia contemporánea!. . . ¡Ah!. . . ¡En un alarde insensato de ingratitud ofensiva, la Ciencia de nuestra civilización y cultura occidental, que hizo nacer, amamantó, enriqueció con todo lo utilizable de las culturas anteriores y llevó a un grado de evolución admirable Cristo y su Iglesia, ha venido a parar en una ciencia sin Dios, sin Cristo y sin esperanza!

Reducid, todo lo que más podáis, el campo de vuestra observación y de vuestras apreciaciones a la esfera de la ciencia contemporánea. Fácilmente, a lo menos de una manera vaga y genérica, pero suficientemente exacta para nuestro intento, podríamos ponernos de acuerdo en hacer partir eso que llamamos la ciencia contemporánea desde el momento en que Galileo intuye el sistema heliocéntrico y Newton descubre junto con la misteriosa ley de la gravedad la mecánica que nosotros todavía aprendimos en nuestras escuelas. Como véis, y lo hago de propósito y conscientemente, ha desaparecido de nuestra perspectiva el campo propiamente tal de la cultura y de la civilización, para fijar nuestras miradas en la ciencia contemporánea propiamente dicha.

Los hechos, que podrán ser interpretados y juzgados según las tendencias o prejuicios o deseos particulares de cada uno, ahí están, y en su naturaleza de hechos acaecidos, con su carácter de necesidad plena e inmutable.

La ciencia que Galileo y Newton conocieron y aprendieron cuando niños estaba toda ella centrada en Dios, toda ella iba dirigida a conocer a Dios, a hacer amar a Dios. La reina de las ciencias era la Teología y las cimas más altas y más fundamentales de la especulación humana, la filosofía y especialmente la metafísica, no eran sino las siervas de la Teología, que o bien abrían y preparaban los caminos para que la Reina de las Ciencias hiciera su excursión triunfal para mostrar y llegar a Dios, o bien explicaban en cuanto era dado las luminosísimas sombras que la Fe y la Revelación iban dejando como raudales de luz envuelta en tinieblas a los entendimientos de los hombres. Una eternidad y un cielo: tal era la meta que la Ciencia señalaba a la actividad del hombre. Una lucha trágica, desencadenada principalmente en el interior de cada hombre, como privación de altezas antes gratuitamente donadas por el Padre a sus hijos y como heridas dejadas en la misma naturaleza por una caída original: tal era el camino. Una fuerza divina que salva... un Salvador, centro y explicación de la historia y de la vida y de la tragedia humana: tal era el secreto que daba unidad y robustez a la ciencia, y a la vida, y a la sociedad, y a la evolución del mundo. El cielo y la lucha y la fuerza y el Salvador eran realidades actuantes convertida, en fuerza y potencia arrolladora que no pudieron fincarse en las debilidades del hombre caído y herido se anclaban divinamente en las seguridades de la esperanza. A la ciencia que la Iglesia encontró, sin Dios, sin Cristo, sin Esperanza; con una labor titánica, que había durado más de catorce siglos; la había convertido, dando realidad sólida a la grandiosa concepción de Cristo, enunciada virilmente por Pablo de Tarso, en una ciencia llena de Dios, centrada en Cristo y derramando luces y consuelos por medio de la fuerza invencible de la Esperanza.

La ciencia contemporánea nació. Me veo precisado a sobreponer hechos separados por siglos de lenta labor; me veo precisado a enunciar con la continuidad que impone la escasez del tiempo, como si estuvieran sobrepuestos en la realidad, acontecimientos que se desenvolvieron lentísimamente; me veo precisado para no fatigaros inútilmente a exponer como si fueran hechos simples acontecimientos sobremanera complejos y en los que actuaban fuerzas y acontecimientos de diversísimas índoles.

Son luchas políticas, con guerras, son desquiciamientos más o menos extensos, son formas sociales que no contienen ya a la vida real, son fracasos económicos, son hambres y enfermedades, son los levantamientos de los campesinos hambrientos y de-

sesperados, son millares de síntomas que anuncian el derrumbamiento de una cultura y que ponen en el banquillo de los acusados a una civilización. Lo que me importa, las resonancias en el sistema de verdades que llamamos ciencia, es el brote primordial de las primeras afirmaciones ateas... y al encontrarme en las historias y en los documentos la anotación indudable del hecho, yo no puedo menos de quedar obsesionado con el análisis exactísimo y profundo de Pablo en su Epístola a los Romanos: la impiedad que quiere deshacerse de Dios, es el primer paso que da la razón por el mal camino, y el primer tumbo que da una civilización condenada ya al fracaso y a la ruina.

Siguen las conmociones sociales y económicas primero, el nacimiento de los nacionalismos exagerados y de las nuevas concepciones políticas después, y todo ello va preparando el camino para el gran estallido de la gran revolución de la Reforma, que no sólo destruyó la unidad de la civilización occidental, sino que logró asestar una puñalada mortal a la unidad, yo la llamaría intelectual, que formaba el último substratum y el último fundamento de la ciencia con tanto trabajo edificada.

Desencadenada la tempestad y habiendo ya comenzado a precipitarse a lo largo de la escarpada cuesta de la elevadísima montaña el incontenible alud; la ruina se precipitó. Fue el enciclopedismo con sus audaces críticas y sus atrevidas negaciones y sus funestísimas sátiras; fué el mecanicismo, radical materialismo difrazado con el ropaje deslumbrante de los frutos más sazonados de la especulación matemática; fué el racionalismo destructor que fingía adorar a la diosa razón para en realidad de verdad convertir al hombre en un animal irracional; fué el idealismo, reacción poderosa pero infecunda contra el sensismo; fué el evolucionismo; fue el criticismo; fueron uno tras otro todos los sistemas, flores al parecer de hermosura incomparable, pero efímeras e infecundas, que entretuvieron a nuestros sabios, y cada uno de ellos, dejando el sedimento de su veneno en el acervo de nuestros conocimientos, acabaron por destruir toda idea de Dios, toda idea de Cristo, toda idea de Esperanza y de salvación.

Casi necesariamente habría de volverse nuestra ciencia a buscar un punto de apoyo que le pareciera sólido. La exactitud de la matemática, la acusiosidad de la observación, la crítica de los documentos, la certeza de la experimentación; parecieron brindar al hombre desorientado el punto de apoyo que anhelaba, y el dominio de la naturaleza y de sus fuerzas vinieron a conver-

tirse, como se convierten para el caminante sediento en el desierto los engaños creados por el espejismo en deliciosos oasis, en el sustituto engañoso y perturbador, que simulaba la fuerza que al hombre había dado el Salvador, la salvación y la Esperanza.

Es un hecho, desgarrador, es un hecho trágico, pero es un hecho innegable: la ciencia contemporánea, lo que pudiéramos llamar con bastante inexactitud, y con una frase audaz en su contenido, la ciencia oficial, la que tiene carta de ciudadanía en la inmensa mayoría de los hombres de letras; es una ciencia anticristiana, en una ciencia sin Esperanza.

No pueden las lucubraciones de los sabios y las proposiciones de los científicos quedarse perdurablemente encerradas en los laboratorios de experimentación o en los libros cultos destinados para los especialistas. Tarde o temprano las ideas y los postulados de la ciencia acaban por informar las entrañas mismas de una cultura y de una civilización; tarde o temprano vienen a ser, entendidas o no, el patrimonio y la manera práctica de pensar de los hombres de una generación envueltos en las mallas irrompibles de una civilización o de una cultura dada. De una manera especialísima, aun cuando muchas veces determinada especie de hombres de ciencia parezcan despreciarla y burlarse de ella y aun negar su existencia y aun su posibilidad; esas ideas y esos presupuestos vienen a invadir los terrenos de la filosofía, vienen a convertirse, sin que muchos se den cuenta, en los principios fundamentales de una nueva metafísica, y cuando han llegado a esto, acaban por informar toda la concepción jurídica, legal, práctica de la vida. Una ciencia atea producirá tarde o temprano una civilización y una cultura atea; una ciencia sin Cristo producirá tarde o temprano una cultura y una civilización sin Cristo; una ciencia que haya puesto su punto de apoyo en la máquina, en la materia, en las leyes naturales conocidas y estudiadas, en el dominio de ellas, en el átomo y en la energía atómica, acabará por producir una cultura y una civilización sin Esperanza.

¿Para qué detenernos en examinar horrorizados el espectáculo real de nuestra ciencia y de nuestra civilización? Lo repito, hablo para no parecer pesimista ni exagerado, de nuestra ciencia oficial, de nuestra civilización oficial. Se que en la ciencia hay influencias y sabios católicos; se que en nuestra cultura hay influencias cristianas; ¿pero no os parece que son como pequeños islotes que apenas levantan sus mezquinas crestas en medio de un océano infinito hondamente perturbado por la tempestad?

Nuestra vida, reflejo de nuestra ciencia, es una vida sin Dios. Bastaría recordar las huestes fanáticas de los "sin Dios" militantes, y si hubiera alguno que quisiera consolarse pensando que ese fenómeno innegable no ha sido sino una táctica educacional y política de un pueblo oriental, yo le recordaría, el ateísmo militante y extendidísimo de nuestras leyes, de nuestros tribunales, de nuestros laboratorios, de nuestras escuelas, de nuestras universidades, de nuestras empresas, de nuestros negocios; yo le recordaría las exactísimas y doloridas palabras del Vicario de Jesucristo, señalando a los hombres, que nuestros peligros y nuestros males, nuestras huelgas y perturbaciones sociales, la opresión injusta de los menesterosos, el abuso increíble de los poderosos, nuestros odios y nuestras ruinas, no son sino el efecto social que ha producido en nuestra cultura occidental el habernos apartado y negado el derecho natural y al Autor de ese derecho.

Nuestra vida, por muy desgarrador que sea verlo, conocerlo, confesarlo, sin exageraciones indebidas, sin pesimismos ineficaces, con la moderación que impone el realismo objetivo de una observación acuciosa y de una experimentación científica, es una vida sin Cristo. Todavía pondrán los hombres de la ciencia oficial sobre las sienes de Cristo la corona del gran sabio, del gran humanitario, del gran defensor de los oprimidos; todavía pondrán a sus pies el homenaje debido al genio extraordinario y único en la Historia; todavía se extasiarán ante el heroísmo trascendente de su sacrificio. Yo no veo que ante mi Cristo, el que arrebató los amores de mi alma porque es Dios, el que me hace temblar de ternura cuando lo veo tiritando de frío en un pesebre, porque es el Dios-Niño; el que me subyuga aún cuando me pida dejar padre y madre y hermanos y tierras y bienes porque es un Dios muerto de sed en el pozo de Sichem, o desfallecido de hambre en los campos de Galilea; el que me enajena cuando levanta a las alturas de la santidad a la pecadora porque es el Dios de la Misericordia; el que me hunde en deliciosos tormentos de compasión y amor incontenible cuando lo veo colgado en su madero, porque es el Dios que me salva; yo no veo que nuestra ciencia y nuestros hombres de ciencia caigan de rodillas ante el Dios Crucificado para adorarle como a Dios, pongan a sus pies sus entendimientos y su ciencia para creer en El y en lo que enseña, se cuelguen ansiosos, como ansioso se cuelga el náufrago del último tablón dejado por las ruinas del naufragio para no morir, del Dios Redentor, para poner en El toda la esperanza de nuestra vida terrena y de nuestra vida en la eternidad. ¡Yo no lo veo! Y un Cristo que no es Dios, no es Cristo, no es "El que había

de venir", no es "El prometido", no es "El Hijo de Dios bendito por todos los siglos", no es "El Cristo que reveló a Pedro el Padre celestial para que sobre esa Fé se fundara su Iglesia, la que no habían de poder destruír todas las fuerzas de todas las potestades del Infierno". ¿Qué queréis, aun a riesgo de ser llamado pesimista, mientras yo no vea a la ciencia contemporánea caer de rodillas en humildísima adoración ante Cristo-Dios; para mí la ciencia contemporánea a pesar de toda su innegable grandeza, no será sino, como la ciencia pagana, una ciencia sin Cristo: condenada al derrumbamiento, al fracaso, a la mentira, al error, a la negación fundamental de lo que puede llamarse ciencia: será una ciencia trunca, sin síntesis coherente posible, sin fecundidad, sin porvenir; será un espejismo más contra el que haya topado la razón humana y que no haya servido a los hombres sino para lo que les sirvió la ciencia de la antigua Roma, para entretenerse insensatamente en vanos raciocinios, que lleven al hombre a entregarse a todos los vicios, que degradan y aniquilan.

¡Sin Dios y sin Cristo! ¿Podrá haber alguno a quien llame la atención la espantosa angustia de nuestra civilización, de nuestra cultura, de nuestra ciencia, de nuestra vida? Sin Dios y sin Cristo no puede haber esperanza ni salvación. El derrumbe vertical y completo, catástrofe que sepulta en sus furiosas olas una cultura, una ciencia, una civilización, una vida. ¿Verdad que no necesito subrayar el hecho? ¿Verdad que lo vivimos en nuestros días? ¿Verdad que lo tenemos para un porvenir muy cercano? ¿Verdad que no encuentran ni estadistas, ni políticos, ni sociólogos, ni economistas, ni sabios, ni legistas, la salida que lleve a una salvación? La última manifestación de lo que han dado en llamar, para usurpar palabras que ya perdieron su significación, filosofía moderna; ha sido un horrible engendro de angustia, de desesperación, de abominación carnal, de nihilismo integral. La meta ya no es el cielo, es la nada; el camino ya no es la lucha, es la derrota saboreada y anticipada; la ley es el instinto al que hay que satisfacer; la negrura, más espantosa aún que la negrura del sepulcro,... ¡Oh ironía e irrisión y terrible venganza del orden real!... la negrura de la nada, meta a la que fatalmente ha de llegarse; ha llegado a ser la última ilusión y el último consuelo de una ciencia sin Esperanza.

¿No os parece que el paralelo de que partíamos al empezar a hablar esta mañana, contiene mucho sobre lo que se puede y se debe pensar? ¿No os parece que este trágico paralelo debe

orientar las lucubraciones y los estudios de los hombres de ciencia católicos, y plantea el gran problema de la ciencia contemporánea?

¡Ha sonado la hora de la conciencia cristiana! clamaba con acentos de profundísima tristeza y de acendrado amor a los hombres, todos ellos ovejas del rebaño que le confió Cristo, el Supremo Pastor, S. S. Pío XII! ¡Ya no es hora de pensar, es la hora de las grandes realizaciones! exclamaba el Papa al darnos a los hombres de nuestra generación la consigna salvadora.

¡Hombres de ciencia católicos, ha sonado vuestra hora, la de la conciencia cristiana, la de las grandes realizaciones! La gran tarea que corresponde, por providencia especial de Dios, a los intelectuales católicos, es volver a llevar a las entrañas mismas de la ciencia a Cristo, a Cristo-Dios; volver a llevar a la ciencia a Dios: lograr de nuevo que Dios sea el centro de la ciencia, y la ciencia fruto preciado de la razón humana, rinda el homenaje de adoración que se le debe a Dios. Vuestra misión científica y apostólica al mismo tiempo, es volver a llevar a las entrañas de la ciencia, la gran fuerza de la Esperanza y la gran luz de la Fe.

¡Ojalá que el fruto principal de este Congreso sea el compromiso ineludible de cristianizar la ciencia, de hacerla instrumento para conocer y amar a Dios; de volver a nuestro pobre mundo, y a nuestra desquebrajada civilización la fuerza invencible de la Esperanza, la que nos lleva a nuestro Salvador, la que tiene por ideal glorificar con los resplandores de la ciencia humana al Padre de las luces, al Hijo, Eterna Sabiduría del Padre, al Espíritu de Verdad, único y verdadero Dios, adorado y glorificado por todos los siglos.

Consagración de los Intelectuales a la Reina del Pensamiento y Trono de la Sabiduría en México

Alocución del Excmo. y Revmo.
Sr. Dr. D. José Garibi Rivera.

Salve, Regina, Mater misericordiae, vita, dulcedo, spes nostra, salve...
Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra, ¡Dios te salve...!
(De la oración común de la Iglesia).

Muy queridos Congresistas:

Yo creo que cuando se formulaba el programa de este hermosísimo Congreso de Cultura Católica, no pensábamos, no nos imaginábamos que el acto presente tuviera la trascendencia que en realidad tiene. Es éste el último acto religioso del Congreso ahora que venimos a las plantas de nuestra Reina a repetir esta oración que, no por ser antigua, deja de ser tan tierna y conmovedora.

Es muy antigua la Salve Regina en la Iglesia. La remontan algunos a finales del siglo X. Otros llegan a atribuirla a San Bernardo; aunque parece que no es de este Santo, sino que la ocasión por lo cual se atribuye a San Bernardo esta preciosa oración, fue porque cuando el Santo acompañaba al Emperador Conrado II, en la Catedral de Espira se postró tres veces a pronun-

ciar las palabras: ¡Oh dulce! ¡Oh piadosa! ¡oh siempre Virgen María!

Como quiera que sea, desde tiempos muy antiguos la Iglesia la ha enseñado a sus hijos para que se acerquen a las plantas de la Virgen.

De aquí en adelante, amados Congresistas, cuantas veces repitáis: ¡Reina, Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra! que renazca en vuestros pensamientos la historia de este Congreso de Cultura Católica, que volváis a llenaros del entusiasmo santo de trabajar por la causa Cristiana que habéis manifestado de manera tan brillante en esta magna Asamblea. El que vosotros constantemente pronunciéis esta dulcísima oración, será como un medio para que los efectos de este Congreso de Cultura Católica perduren a través de los años. Por eso en esta noche mi palabra humilde va únicamente encaminada a recalcar cómo la Sma. Virgen es Reina, es Madre, es Vida, Dulzura y Esperanza nuestra.

REINA. Como Reina la hemos coronado, al comenzar el Congreso, por mandato del Papa. Es el mayor homenaje que podemos tributarle a María aquí en la tierra; la ha coronado la Trinidad augusta allá en el cielo.

Sí, es Reina con todo derecho. Su hijo Jesucristo es Rey; Rey que recibió la unción real en la Encarnación. Jesucristo que es verdadero Dios y Verdadero hombre es el rey de todo el universo por naturaleza y por la Encarnación; y María, que es madre no tan sólo de nombre, como pretendía aquel impío Nestorio, negándole a la Reina del cielo el incomparable título de Madre de Jesucristo, sino que es verdadera madre de Dios, como la Iglesia constantemente lo ha confesado; y siendo Jesucristo, Dios Rey, la Virgen Sma. es Reina, precisamente porque es Madre de Dios.

Pero démonos cuenta que Jesucristo N. S. es Rey no sólamente por la Encarnación, sino que es Rey también por conquista. Rey, como sabéis, es el que tiene potestad dominativa sobre los pueblos, sobre los vasallos, y Cristo conquistó este poder. ¿Cómo? ¿Cuándo? Ciertamente no con las armas. "No es de este mundo mi Reino", le dijo a Poncio Pilato. No con las armas: lo conquistó cuando fué clavado en el Madero Santo de la Cruz, cuando agonizaba, "entonces murió la muerte en el leño cuando murió la vida"; cuando Cristo murió por nosotros, entonces con-

quistó el mundo: "Cuando sea exaltado sobre la tierra todo lo atraeré a Mí". Es, pues, por derecho de conquista por lo que le pertenece el reinado.

Ahora bien, esta conquista, démonos cuenta, ¿es algo aislado de Cristo? No, la Virgen Sma. estaba unida con El en esta obra de redención, en esta obra de conquista, en esta crucifixión; porque si Cristo pendía de la cruz muriendo por nosotros, María estaba de pie, junto a la cruz llena de dolor, sufriendo por nosotros; para que si Cristo es el Redentor, María fuera la Corredentora. La Virgen Sma. también conquistó al mundo, y no solamente está unida con Cristo porque allá en la profecía antigua se nos anuncia el Redentor en compañía de una mujer que con El va a quebrantar la cabeza de la maldita serpiente; no, conquistó al mundo porque la muerte de cruz fué al mismo tiempo el sacrificio de la Virgen y entonces, en el Calvario, al constituirse Corredentora de los hombres, Ella también conquistó el título, este derecho sobre toda la humanidad. Es Reina con todo derecho, es Reina y Señora. Con toda razón la hemos coronado; con toda justicia el Romano Pontífice dice: "Hónrese a la Virgen con esta magna manifestación de amor y de sujeción, reconociendo su reinado, coronándola como Reina".

MADRE. Y si este título de reina es tan hermoso, el de Madre excede toda ponderación. Y María es nuestra verdadera Madre, ¿quién lo duda? No voy a hablar de maternidad según la carne: lo comprendéis. Sino de maternidad espiritual; y es que nosotros tenemos una vida divina, la vida sobrenatural de la gracia; una vida que nos hace, dijéramoslo así, excedernos a nosotros mismos; nos revestimos de una virtud divina, podemos producir obras de un orden muy superior al que nuestra naturaleza nos permite.

Por grandes cualidades naturales que haya en el hombre, por grande inteligencia y corazón magnánimo que tenga, nunca podría por sus propias fuerzas producir obras tan grandes como las que produce cuando está animado de esa vida divina que es la gracia.

Nuestro Señor Jesucristo con la sencillez y el encanto con que exponía las más grandes enseñanzas nos dijo: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos"; un sarmiento para dar fruto necesita estar unido a la vid, si se arranca de la vid el sarmiento ya no tiene vida sino que se secará y no servirá sino para arrojarlo al fuego. El sarmiento unido a la vid recibe la savia de la

vid; "Sin mí no podéis hacer ninguna cosa"; con la gracia de Dios podemos hacer obras meritorias del cielo, podemos merecer esa gran recompensa que es la gloria. Parece increíble; sin embargo, el Apóstol nos lo dice: "Me resta recibir la corona de la justicia, la que habremos de conquistar precisamente ayudados de la gracia de Dios"; quiere decir, que esa es la vida de la gracia, la vida sobrenatural. Y yo pregunto, ¿de dónde nos viene esa Gracia? De Jesucristo. Es verdad; pero ¿cómo? Nos viene de Jesucristo por medio de María; y la Iglesia Católica con esa creencia universal está repitiendo que todas las gracias vienen por conducto de María.

No hay gracia en la presente providencia como afirman los teólogos y escritores católicos, que no recibamos por conducto de María. Esa gracia que nos da el Señor y que conquistó Cristo en el Calvario, esa gracia se nos da por mediación de María. Porque ese título de Medianera, lo conquistó Ella también en el Calvario; allí fue donde nos dió a luz; y si pudiéramos dudar de ese título de Madre que tiene la Virgen Sma., podíamos nada más volver los ojos al Calvario y estar atentos a las palabras de Cristo agonizante, cuando nos dice a los hombres en San Juan: "He ahí a tu Madre"; cuando le dice a la Virgen: "He ahí a tu hijo". Y nosotros, los felices habitantes de esta tierra mexicana no tendríamos que hacer otra cosa sino volver nuestra mirada al Tepeyac y oír a la Virgen cuando le dijo a Juan Diego: "Hijo mío, muy querido, a quien amo como a pequeñito y delicado", y acordarnos de aquellas otras palabras: "No temas enfermedad ni cosa alguna, ¿no estás en mi regazo y corres por mi cuenta?".

María es, pues, nuestra Madre, madre nuestra; y cuando le repetimos la Salve "Madre de misericordia" nuestro corazón se dilata de consuelo y de alivio al pensar que efectivamente es nuestra madre bendita; madre que con solicitud cuida de nosotros como de tiernos hijos.

VIDA. Ya os he dicho la vida que queremos es la vida sobrenatural de la gracia, la vida que nos comunica siempre que estamos unidos a esa vida, la vida sobrenatural para poder producir obras sobrenaturales. Por eso es que la Virgen, si es nuestra Madre, es también nuestra vida, porque nos da a Cristo, porque nos da la gracia, porque nos hace estar unidos a la vida, no separarnos de ella y estar chupando esa savia benéfica que nos eleva, que nos dignifica y nos conduce al cielo.

DULZURA. La dulzura la suelen representar como una

doncella humilde, con sus ojos inclinados, —como esta nuestra Virgen del Tepeyac—, llevando un cordero en sus brazos. Para nosotros la Virgen es dulzura porque nos muestra a Cristo; Ella tienen a Jesús. El que busca a Jesús lo encontrará. Recordemos: eran aquellos tres Magos que venían de Oriente y que tanto caminaron y que preguntaron por todas partes por el recién nacido rey de los judíos; a quienes, cuando salieron de Jerusalén, de nuevo guiaba la estrella hasta detenerse en la casa donde estaba el niño, y encontraron a Jesús; pero, ¿cómo? con María su Madre. Allí está El. Por eso cuando la Virgen nos presenta a Cristo Nuestro Señor está en nosotros la dulzura, el consuelo grande que tenemos en la vida, en las grandes tribulaciones, en las amarguras grandes por que podemos atravesar aquí en la tierra; siempre nuestro consuelo y alivio es volver nuestra mirada a María que nos muestra a Jesús, Vida, Dulzura y Esperanza.

ESPERANZA. ¡Qué cosa tan hermosa es la esperanza! ¡Cómo nos alienta y nos hace constantemente volver nuestra mirada al bien precioso que ansiamos obtener! ¡Qué cosa tan hermosa para el cristiano pensar que no hemos nacido para esta vida, sino que allá, traspasando los umbrales de la eternidad, nos encontraremos con la felicidad, con la dicha; porque, amados Congresistas, cuando echamos una mirada sobre nosotros mismos, no podemos menos de descubrir las miserias del hombre. ¡Cuántas miserias encontramos!

Cada uno en presencia de Dios puede darse cuenta de su propia nada que nos hace estremecer y temblar. ¿Alcanzaremos finalmente el objeto de la esperanza? Ya sabemos nosotros que nadie, sin revelación de Dios, puede tener seguridad de su propia salvación. ¿Qué vamos a hacer, si estamos en esta vida trabajando y caminando con temor y temblor porque pudiera perderse nuestra alma?.

En esos momentos de incertidumbre, cuando llega al alma la ansiedad, cuando pensamos que pudiéramos perecer, volvamos nuestros ojos a María; San Bernardo nos está diciendo: "Mira la Estrella, vuélvete a María en las tempestades, en las angustias, en las miserias"; y, perdonadme, si yo me atrevo a decir más, "en las caídas"; cuando desgraciadamente nos venza el demonio, volvamos nuestros ojos a María, llenos de esperanza, porque vendrá el arrepentimiento, vendrá el ansia de acercarnos a Dios. Por eso la Virgen es nuestra esperanza

Ya os he dicho que allí están encerrados los títulos hermosísimos que nos consuelan y alivian cuando volvemos nuestros ojos a la Virgen. Aquí en este Congreso la hemos venido a saludar como Reina del Pensamiento. Qué hermoso es repetirle todos los días, siempre que recemos esta oración, que nos acordamos de haberla proclamado Reina del Pensamiento y que esperamos nos alcance Ella de Jesús la luz necesaria para encaminarnos por la senda de la vida resolviendo los problemas que se nos presenten! ¡Qué consuelo y qué alivio el pensar que la hemos llamado Madre nuestra y que en realidad nos sentimos acariciados por la ternura de una Madre tan buena!

¡Qué hermoso pensar que es nuestra vida, que es la que nos obtiene la gracia y que es la que nos consuela en las grandes penas y adversidades! Y qué hermoso, que cuando llegue nuestra muerte, volvamos nuestros ojos a María, llenos de consuelo y llenos también de esperanza, que es la que hace llevadera esa hora de angustia y de dolor que se llama la muerte. Cuando hayamos pasado los umbrales de la eternidad, cuando nos encontremos a Dios Nuestro Señor con gran poder y majestad, que viene a pedirnos cuenta de nuestra vida, descubriremos a su lado —porque a la derecha del Rey está la Reina— a la Sma. Virgen y la saludaremos otra vez como a nuestra Reina. "Si en la tierra te coronamos, en el cielo queremos participar de tu reinado, queremos cantar tu reinado". Entonces volveremos a Ella para decirle: "Madre, madre nuestra", y la madre hará siempre lo que hace una madre con el hijo: abrir los brazos y estrecharlo contra su corazón. Entonces nos volveremos a la Virgen y la llamaremos nuestra vida, porque nos da a Cristo; entonces, llenos de confianza nos acercaremos a María; ya no le diremos Esperanza, porque al presentársenos Cristo, porque al pasar a la eternidad, sabemos muy bien que se acaban la fe y la esperanza, sólo quedará la caridad. Y entraremos al cielo con Jesús y con María; "y si aquí en la tierra te hemos saludado Reina, Madre, Vida, Esperanza y Dulzura, en el cielo, Madre bendita, en el cielo cantaremos tus alabanzas y con los ángeles y santos te repetiremos: Reina, Madre de Misericordia. Vida y Dulzura, SALVE!

Vamos a proceder, como acto oficial del Congreso, a la proclamación de Santa María de Guadalupe como Trono de la Sabiduría en América y Reina del Pensamiento en nuestra Patria.

"Virgen Sma. de Guadalupe, Madre nuestra, Reina del cielo y de la tierra y celestial Patrona de toda América Latina, por aclamación unánime de los fieles y de su Episcopado los que en

México por vocación y por deber nos dedicamos al trabajo intelectual venimos hoy a consagrarnos a Tí y a proclamarte de una manera pública y solemne Trono de la Sabiduría en América y Reina del Pensamiento en nuestra Patria. Queremos por ello reconocer ante la faz del mundo entero, que por Tí, Dios ha querido con amorosa providencia y especial eficacia, comunicarnos el don intelectual que más eleva y dignifica al hombre: el inefable don de la fé, es decir la luz que ilumina nuestros destinos temporales y eternos; que desde el principio ha inspirado nuestra cultura, nuestras costumbres y tradiciones, y ha santificado el amor fiel y la dulce paz de nuestros hogares y que ha constituido el vínculo social más profundo, base sólida e inconmovible de nuestra nacionalidad. Y hoy que el mundo avanza con tanta rapidez por el camino de la ciencia y de los descubrimientos, te queremos consagrar de una manera muy especial el trabajo esforzado de nuestras inteligencias para que sin perjuicio de nuestra fe y rechazando con tu protección y ayuda todo error y herejía, podamos colaborar intensamente en el continuo progreso de nuestra Nación. De tus maternales manos recibimos lo más grande que puede recibirse en la tierra: fe, hogar y patria; para Tí, pues, nuestro amoroso agradecimiento y nuestra eterna consagración".

Trayectoria del Congreso

Por el R. P. David Mayagoitia, S. J.

(Informe rendido en la Solemne Sesión de Clausura)

Acatando consignas de su Santidad Pío XII nos hemos lanzado a la seductora aventura de celebrar el Primer Congreso Nacional de Cultura Católica, convencidos de la bondad de la obra y la imperiosa necesidad de volver por los fueros de la cultura católica en nuestra Patria.

Seductora aventura ha sido la celebración del Congreso, porque no podía haber empresa más prometedora y más pletórica de frutos que congregar a representantes del pensamiento católico en México a fin de deliberar y planear sobre los valores del espíritu y las esencias de nuestra nacionalidad. No dejaba de ser arriesgada empresa por lo ambicioso de sus propósitos y la complicada trama de su realización.

Con todo, nos sentíamos seguros, totalmente seguros, nos sentíamos confiados, plenamente confiados, porque nos guiaba la inteligencia y vigorizaba el corazón del gran Pontífice reinante.

En efecto, la idea del Congreso y su total realización se han inspirado en un doble pensamiento de su Santidad Pío XII: "La grande hora de la conciencia cristiana ha sonado. Es la hora de la acción".

La grande hora de la conciencia cristiana ha sonado en México y ha hecho vibrar vigorosamente el alma mexicana a través de la convocatoria al Primer Congreso Nacional de Cultura Católica —verdadero toque de mando— de la Jerarquía Mexicana.

invitando a todos los católicos a "estudiar y afirmar el pensamiento católico en aquellos campos donde actualmente es más combatido en nuestra Patria". Llamamiento que al hacerlo suyo su Excelencia el Sr. Delegado Apostólico no duda en afirmar: "Con la ayuda divina —son sus palabras— este acontecimiento —el Congreso— será un destello y una cristalización de aquella luminosa verdad proclamada por el Sumo Pontífice "la grande hora de la conciencia cristiana ha sonado".

Si bien a la realización del Congreso no precedió un largo período durante el cual la opinión pública fuese familiarizándose con la idea, la aceptación fué inmediata y la elaboración de los temas adquirió plena madurez.

"Es la hora de la acción" y era preciso actuar no precipitadamente, pero sí con la agilidad necesaria para dar un primer impulso a lo que se imponía como una necesidad inaplazable. Era urgente un viraje, un vigoroso golpe de remo hacia el Vaticano y eso ha sido precisamente el Congreso.

Inspirando todos los trabajos aquella fecunda consigna de San Pablo, convertida en lema: "Veritatem Facientes in Caritate", hemos procedido con sinceridad en la difícil tarea de valorizar nuestro haber reconociendo lealmente sus factores positivos y negativos, actuando en todo con verdad impulsados por la caridad de Cristo.

Hemos terminado; y este informe acerca de las actividades desarrolladas no será otra cosa que un parte rendido sobre la marcha.

Describir la trayectoria del Primer Congreso Nacional de Cultura Católica, es tanto como presentar ante vosotros los objetivos que nos fijamos, el espíritu con que se realizó y los resultados obtenidos.

Dos factores influyeron decisivamente en la fisonomía propia del Congreso. Siendo el primero en su género necesariamente asumió el carácter de misión de exploración, de reconocimiento del campo y de los contingentes de que disponemos; y nuestras brigadas de exploración cubrieron aquellas regiones donde el pensamiento católico es más combatido en nuestra Patria.

A grandes jornadas recorrimos porciones del vasto campo de la cultura católica, obteniendo de esta manera una vista de

conjunto indispensable para lograr una apreciación objetiva, lo más exacta posible, de nuestro haber cultural.

Saludablemente presionados por la consigna de su Santidad Pío XII "es la hora de la acción", todos los esfuerzos se han encaminado a una actividad salvadora, constructiva, convencidos de que la labor más apremiante en pro de la cultura católica en Mexico consiste no tanto en un rápido y agil adiestramiento para lograr alguna consigna inmediata, sino en capacitarnos para una acción de conjunto y permanente, en apretar nuestras filas en las que militen todas las fuerzas vivas católicas mexicanas, logrando sus propios objetivos, pero unificadas bajo el signo de la cultura católica en México.

Tres notas caracterizaron felizmente el Primer Congreso Nacional de Cultura Católica en México: un entusiasmo desbordante, un profundo respeto a la ciencia y al hombre de ciencia y una adhesión inquebrantable, generosísima, a Cristo.

Un entusiasmo desbordante, contagioso, que puso en acción a lo mejor de nuestro pueblo. No fué tan sólo el intelectual, estudiante o profesionista, a quien la convocatoria del Congreso sacudió como vibrante clarinada; también el pueblo sencillo nos acompañó y precedió haciendo gala de su lealtad y entrega a quien es Reina del Pensamiento en nuestra Patria. Quisimos ser optimistas; fijamos cifras las más halagüeñas y la realidad las rebasó duplicándolas y triplicándolas en todos los actos del Congreso.

Y a esta nutrida presencia se asoció el trabajo más tesonero, el interés más profundo por las actividades del Congreso. Quienes tuvieron a su cargo la exposición y preparación de los diversos temas desempeñaron su cometido con notable eficiencia producto del concienzudo estudio y la dedicación más completa, despertando en sus auditorios una intensa y perseverante atención, que nunca dió muestras de fatiga a pesar de las largas y no interrumpidas jornadas del Congreso. A la preparación intensa de los temas correspondió el fervoroso y apasionado trabajo de las sesiones.

En un Congreso de Cultura Católica, la ciencia debía ocupar el sitio de honor que le corresponde; y así fué.

Haciendo a un lado la pseudo-ciencia y el pseudo-científico, se tributaron los elogios más cálidos al hombre de ciencia; se le reconoció la enorme aportación que puede proporcionar al bien-

estar y perfeccionamiento humano "por lo objetivo, exacto, preciso, acucioso, sistemático y tesonero de su actitud frente al problema de su propio conocimiento". Y al referirnos al científico que está lejos de Cristo, hicimos votos porque como a otro "Rey Mago del Mundo Actual la estrella de la Fe lo conduzca, cargado de presentes a la cuna del Hombre-Dios. Porque finalmente, el científico se realizará por completo: cuando al través del misterio del mundo llegue al misterio del hombre; cuando al través del misterio del hombre llegue al misterio de Dios".

Finalmente como blasón emblema y gloria del Congreso podemos señalar la adhesión total, apasionada y sin límites a Cristo y a su causa.

La diversidad de temas, los grandes debates que en torno a ellos se han suscitado especialmente durante estos últimos años, la serie de teorías que a diario se defienden en cátedras y publicaciones, no fueron capaces para desorientar lo más mínimo a los congresistas; no se descubrió ni un asomo de desviación o incertidumbre, sino que se respiró un ambiente de recia raigambre católica, de sentido católico de la vida y sus problemas, de perfecta identidad con Cristo y su Iglesia. No sabemos como, pero a pesar de todo, el joven estudiante de nuestras filas intuye los grandes valores del espíritu, tiene instinto de catolicidad...

Una persuación íntima reinaba de que si nos ocupábamos de la cultura católica, había que recurrir a su fuente, si pretendíamos reconstruir nuestra personalidad como nación y como individuos era preciso fundamentarlo todo en Cristo.

La Epoca en que vivimos.

Al pretender encuadrar nuestra situación nacional dentro del marco histórico de la hora presente nos encontramos con dos realidades, igualmente trágicas, que caracterizan nuestra época y la convierten en una de las encrucijadas más caóticas de la historia.

Fuerzas brutalmente desencadenadas se lanzan al asalto de cuanto constituye la cultura occidental, arrollando con ímpetu implacable lo que parecía inconmovible.

La contra-ofensiva, en cambio, muestra las características del viejo luchador, ufano sí de sus glorias pasadas, pero ya desentrenado, impotente e incapaz de esgrimir sus antes poderosas armas.

La más sencilla reflexión nos lleva a la conclusión de que ha precedido un período de reblandecimiento, un ataque sistemático a lo que constituye la vitalidad y perennidad de la cultura cristiana. Nos vemos obligados a confesar que la fuerza incontrastable del pensamiento católico ha sufrido una desvalorización, ha perdido ímpetu en manos de las actuales generaciones.

Al contemplar frente a frente esta trágica realidad que nos rodea y ahondar en sus causas recordamos lo que no ha mucho afirmaba de su Patria el Jefe espiritual de Francia, el Cardenal Suhard: "El conocimiento del catolicismo —son sus palabras— en la mayor parte de los hombres de hoy, aun en la mayor parte de los que se dicen católicos, aun en muchos que profesan ser buenos católicos, es por demás *elemental, precario, confuso, formado en general de un amasijo incoherente de datos recogidos como por casualidad*".

"Este elemental, precario y confuso" conocimiento del catolicismo con sus variadísimas implicaciones tanto en el orden moral como en el campo cultural, a la vez que impuso la tarea de estudiar sus múltiples manifestaciones, dificulta seriamente sintetizar la situación cultural de México.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo que es esencia y coronamiento de la cultura católica, el completo y armónico desenvolvimiento del hombre en toda su plenitud espiritual, creo que las fallas de nuestra cultura, consecuencia inmediata de la obra destructora de los enemigos, se reducen fundamentalmente a la *deshumanización* y a la *descristianización* de nuestro pueblo.

Bajo este doble aspecto sintetizaré el trabajo realizado.

La Deshumanización del Mexicano.

Con grande sentido de la realidad histórica se ha enfocado el estudio de la deshumanización del hombre en torno a la "despersonización" de la persona humana. Hoy día las grandes batallas no se libran en las altas y serenas esferas de la teología o de la metafísica, sino en el terreno social. Ciertamente el nubarrón se ha formado en esas alturas pero la tempestad se descarga implacable en el campo social, preferentemente sobre la persona humana.

La grandeza y dignidad de la persona humana —conforme al pensamiento católico— es una fuente de inspiración inexhausta, un punto de referencia al que converge un dilatadísimo hori-

zonte en el que caben todas las posibilidades humanas y se pierde en las regiones de lo sobrenatural, llegando a ser —por don amorosísimo— "consorte de la naturaleza divina".

Es la persona humana una admirable atalaya desde donde podemos contemplar el tiempo y la eternidad, lo humano y lo divino, el universo entero girando en torno a su Creador. Ignorar la persona humana, es tanto como provocar el desconcierto y la anarquía, precipitarnos en el caos.

En efecto, la persona humana por su espiritualidad se abre al ser, a lo real, a la verdad. El hombre es naturalmente amante de la verdad; anima en sus entrañas una ansia avasalladora de conocer que lo impulsa a las más audaces aventuras intelectuales, no descansando hasta llegar a dar respuesta a las más radicales e inaplazables interrogantes sobre su existencia, su origen y su destino.

Al mimo tiempo que la inteligencia arde en sed de verdad la voluntad humana se lanza como saeta en búsqueda del bien; su posesión la perfecciona, la completa, la desenvuelve.

Ciudadano de dos mundos, con su espiritualidad habita el hombre la región de lo intemporal, de los valores eternos; pero su andar por este mundo lo hace que hunda los pies en el barro que lo aprisiona.

Se impone, por consiguiente, fijar una escala de valores que establezca jerarquía, que imponga equilibrio entre esos bienes que lo solicitan, que cimente un orden propio del ser intelectual y libre, el orden moral.

Las características antes enumeradas nos llevaron a considerar y proclamar a la persona humana como "un principio activo superior, que moviliza conscientemente sus recursos, planea nuevas realizaciones, construye el propio destino a través de caminos originales... y de esta manera desempeña un papel por el cual se experimenta responsable en el drama del universo".

Resumiendo diríamos con Santo Tomás que "la persona humana es, en toda la Naturaleza lo que hay de más perfecto".

"Es ella —en efecto— fin de sí misma, tiene una razón de sí enteramente propia, incomunicable e indeclinable. Nunca puede ser rebajada a la condición de medio o instrumento... Su valor es singular y propio. En la economía de la Providencia, todo lo demás existe y es gobernado para ella; y ella existe y es

gobernada para lograr un destino enteramente suyo. Nada la puede sustituir en su originalidad única. Cada persona es, en el universo, una obra primera que no se repite. Y toda tentativa de reducirla incondicionalmente al simple menester de instrumento al servicio de fines temporales —nación o raza, partido o estado— es un pecado que incrusta en la armonía de las cosas el desorden de una ruina de que nada nos podrá salvaguardar...".

Nos parece, señores, que la excelencia de la persona humana, precisamente por ser imagen de Dios, ha despertado las furias de los enemigos de Dios. Como que es imposible realizar ninguno de sus propósitos sin antes conculcar la dignidad humana, ya que esa misma dignidad pone orden y concierto en la actividad y relaciones humanas.

"Hay que defender al hombre —se nos decía bella y profundamente— hay que defender al hombre de la tremenda presión que sobre él está haciendo, para deshacerlo y triturarlo un mundo abiertamente inhumano. Lo ha creado él y hechuras suyas son sus actuales estructuras económicas, jurídicas y sociales. Pero ha quedado prisionero de su propia obra... Es la triste historia de una serie de rebeliones con las que pretendió afianzar su independencia, cuando lo que en realidad hacía era destruir los mismos fundamentos de su existencia. Se inicia tan pronto como niega, desprecia y conculca los vínculos que ligan su precario ser con lo Absoluto; se acelera cuando desvirtúa, falsifica o invierte el sentido y la finalidad de su convivencia con los demás hombres; y se consuma al intentar convertirse él mismo en la suprema instancia y la última referencia de lo bueno, de lo justo, de lo honesto".

Magnífica oportunidad para comprobar lo antes asentado fueron las diversas ponencias presentadas en el Congreso sobre filosofía, derecho, educación, sociología, economía, moral profesional, moral médica, arte, prensa y radio.

En todos esos amplísimos campos encontramos el atentado contra la vida, contra la integridad humana. Y si se le deja vivir, un brutal egoísmo y un deseo criminal de lucro lo reduce a una condición infra-humana. A esta incalificable desigualdad material corresponde una no menos estrujante desigualdad espiritual que hace imposible a la inmensa mayoría de nuestro pueblo el acceso a lo más ínfimo de la cultura y a lo esencial del mensaje de Cristo.

¿Qué queda, nos preguntamos, qué queda de la dignidad y prerrogativas de la persona humana? Un vestigio, un expoliado con la nostalgia de lo que fué, con el ansia y desesperación de una liberación que no vislumbra.

Por eso nos atrevemos a afirmar que al explorar nuestro propio campo nos encontramos con la deshumanización del mexicano.

La Descristianización del Mexicano.

Pero dando un paso más, ahondando en esa masa humana —son tan raras las personalidades— en el hombre de la cátedra, en el de la oficina, del taller, de la fábrica, de la calle, del salón de espectáculos, nos convencemos que no sólo adolece de deshumanización, sino lo que es peor y causa de lo anterior, existe una descristianización dolorosísima.

Para comprender lo arraigado del mal, recordaremos sus antecedentes históricos.

La infancia de México Independiente es trágica. Nace en medio de convulsiones; no hubo quien lo llevara de la mano. En muchas de sus manifestaciones de vida nacional nos encontramos con la carencia de dirigentes; se multiplican las improvisaciones más funestas... Pero... ¿Cómo vamos a exigir grandes valores humanos si no hay quien los hubiese formado? ¿Cómo vamos a irritarnos ante esta serie de improvisaciones funestas, si un decreto criminal arrebató a quienes podían haberlos preparado para las grandes responsabilidades?

Los enemigos de México comprendieron muy pronto la magnitud de la catástrofe y se aprestaron a inocular gérmenes que provocasen el colapso de un organismo que apenas comenzaba a vivir.

La historia de los primeros años de nuestra independencia se identifica con la lucha contra los valores morales y culturales del católico pueblo mexicano, llegando a culminar en el decreto de laicización de la enseñanza en toda la Nación, promulgado el 19 de octubre de 1833.

Esto, sin embargo, no era más que el principio de otra etapa que llamaríamos de reblandecimiento, tipo liberal, de la poco consistente conciencia católica de las clases dirigentes.

Nunca ha sido el liberalismo un peligro ideológico en cuanto

que presenta un núcleo compacto de principios capaces de librar victoriosamente batalla contra otros sistemas filosóficos. Pero en cambio tiene la eficacia de desvirtuar los principios mejor fundamentados, mediante esa actitud acomodaticia, ese desdoblamiento de la persona, esa carencia de escala de valores, o mejor, esa perversión de valores, atropellando lo más sagrado con una especie de ingenua irresponsabilidad...

Sintiendo el liberalismo su debilidad doctrinal recurre a una alianza que venga a consolidar en el terreno de las ideas lo que había logrado en el terreno de los hechos; se amalgama con el positivismo, quien se apodera de la educación dando principio a lo que llamaríamos segunda etapa del debilitamiento de la conciencia católica de nuestro pueblo. Los datos precedentes arrojan una luz clarísima sobre la situación actual; son el antecedente histórico del que necesariamente se seguiría una línea de conducta que aún prevalece hoy día.

La descristianización de las generaciones actuales no es efecto del impacto vigoroso que sobre ellas haya causado un sistema filosófico que abiertamente suplantara al catolicismo en el ambiente mexicano. Ni siquiera todas las corrientes filosóficas unidas que han desfilado en este último cuarto de siglo, con sus tendencias demagógicas, han podido penetrar en la entraña del mexicano; son pocos relativamente los que por convicción o quizá más exactamente por snobismo se hayan adherido a ellas.

Prevalece más bien, un estado de impasibilidad intelectual, una especie de escepticismo pragmático, un reblandecimiento moral tipo liberal-positivista —producto de épocas pasadas— con todos los agravantes que lo caracterizan. Se manifiesta en forma de un pragmatismo materialista que desenfrenadamente busca el éxito económico y para lograrlo sale sobrando la cultura y sobre todo, estorba la fe y la moral.

¿A qué atribuir esta bancarrota?

Nos vemos obligados a confesar que "el conocimiento del catolicismo —usamos las mismas frases del Cardenal Suhart refiriéndose a Francia— el conocimiento del catolicismo en México en la mayor parte de los hombres de hoy, aun en la mayor parte de los que se dicen católicos, aun en muchos que profesan ser buenos católicos, es por demás elemental, precario, confuso, formado en general de un amasijo incoherente de datos recogidos como por casualidad...".

¿Cuáles son sus causas?

Tengamos siempre presente que la descristianización de México comenzó a realizarse, oficial, sistemática y arteramente organizada desde el 19 de octubre de 1833, fecha en que fué promulgado el decreto de descristianización de la República Mexicana...

Durante lo más encarnecido de la última guerra europea, Lord Halifax, embajador entonces de Inglaterra ante los Estados Unidos, fué distinguido por la Universidad de Laval con el grado de Doctor en Leyes Honoris Causa.

Aquel experimentado diplomático, que tenía en sus manos los secretos resortes del poder anglo-sajón, después de agradecer la insignia recibida, comenzó a analizar la situación mundial contemporánea orientando claramente su discurso a la defensa y exaltación de Inglaterra. Pero interrumpe bruscamente y en un arranque de sinceridad prosigue: "¿Sabéis cuál es la gran tragedia, la grande desgracia de nuestros pueblos? Es la misma tragedia y la misma desgracia de María Magdalena que corriendo al sepulcro para visitar al Señor lo encontró vacío y exclama: ¡Me han robado al Señor y no sé donde lo han puesto! Sí, señores, —continuó Lord Halifax— nuestros pueblos claman ¡nos han robado al Señor!... y no somos capaces de devolvérselo...!

El pueblo mexicano noble y generoso, como la Magdalena corre en busca del Señor y no lo encuentra en la escuela, no lo encuentra en la oficina, no lo encuentra en la fábrica, no lo encuentra en la vida social, no lo encuentra en la vida pública... ¿Seremos capaces de devolvérselo?

Estamos convencidos de que mientras no logremos una clara y completa visión del catolicismo, mientras no poseamos a Cristo, al Cristo íntegro, en su persona divina, en su Iglesia, en su doctrina, en sus hermanos, en su obra civilizadora, malamente podríamos luchar en pro de la Cultura Occidental Católica, "de la cual somos provincia, prolongación y esperanza".

Se ha dicho que la cultura es una creación de la persona humana, pero también hemos de recordar que "no puede subsistir la dignidad del hombre donde no se adora la majestad de Dios".

Este esfuerzo de síntesis que ha arrojado como causas fundamentales de la situación actual mexicana la *deshumanización*

y *descristianización* de nuestra sociedad, deja muy a salvo a las grandes personalidades que nos rodean, a las figuras católicas de grande talla que admiramos y a esos núcleos reducidos, pero selectos, que han recibido y siguen recibiendo los beneficios de una formación humanística integral. Pero México, la inmensa mayoría de los mexicanos sufre, repetimos, de deshumanización y descristianización.

Sin embargo, "si hay un pueblo que sienta la presencia de lo sobrenatural, es México. Nacido en su ser espiritual de un milagro, de la presencia sobrenatural de María —milagro que nos integró— lleva quizá como ninguno otro pueblo, la raíz de la cultura cristiana".

Al dar término a los trabajos del Primer Congreso Nacional de Cultura Católica un enorme entusiasmo nos alienta; hemos venido a buscar luz y Guadalajara se ha convertido en un río de luz que inundará a toda la República; hemos venido en busca de entusiasmo y regresamos decididos a dar la batalla en pro de la Cultura Católica; nos invade la sensación de la victoria, porque después de velar sus armas. México, "el Novel Caballero de la Rosa" se ha lanzado a la aventura...

¡He rendido mi parte!

Excelentísimos Prelados Mexicanos: Tenemos un programa; contáis con un ejército, disponéis de un Estado Mayor: *¡Mandad en nombre de Cristo Rey!*

La Iglesia Católica en la Cultura Mexicana

Por el Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo Primado Dr. D. Luis M. Martínez.

(Discurso pronunciado en la Solemne Sesión de Clausura)

Recordaréis sin duda que en año de 1945 se celebraron grandes solemnidades en la ciudad de México para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe. A esa solemnidad vinieron Obispos, sacerdotes y fieles de muchas partes de América, y cuando las ceremonias terminaron y volvieron a su Nación los que nos habían visitado, recibí innumerables cartas como Arzobispo de México, entre las cuales me llamó la atención de modo especial una, la del Sr. Arzobispo de Santa Fe en Estados Unidos, porque allí encontré esta frase que me llegó al corazón: "Tengo para mí que no hay pueblo, sobre la tierra que sienta a Dios y a las cosas divinas como el pueblo de México".

Sin duda es una hipérbole cariñosa, pero yo creo que en el fondo esa frase encierra una profunda realidad. Para comprenderla nos basta asomarnos a la Basílica de Guadalupe y ver llegar las innumerables peregrinaciones que constantemente van a ofrecer su homenaje a la Reina de México, nos basta ver todas las maravillas que se han realizado para edificar la Plaza de la Basílica. Y no solamente allá se nota esto; también aquí en las peregrinaciones o procesiones de la Virgen de Zapopan o de San Juan de los Lagos hemos presenciado maravillas. Y ante esto la

frase del Sr. Arzobispo de Santa Fe se realiza: "No hay pueblo sobre la tierra que sienta a Dios y a las cosas divinas como el pueblo de México".

Y con razón, Señores. Yo conozco la raíz de ese don que tenemos los mexicanos de sentir las cosas divinas. Permitidme que para presentar este fundamento me valga de una frase de la Sagrada Escritura: "Fundamenta eius in montibus sanctis". "Sus fundamentos están en los montes santos". El fundamento que tenemos de ese don para apreciar lo divino está en dos montes que constituyen nuestra gloria y nuestra esperanza: el Tepeyac y el Cubilete.

El Tepeyac fue santificado por la presencia de la Virgen Santísima de Guadalupe que al contrario de otras apariciones, como las de Lourdes y Fátima en que pidió sacrificio, penitencia, oración; aquí no nos dijo sino palabras de amor. Lo que le dijo a Juan Diego nos lo dijo a nosotros: "Hijo mío a quien amo como a pequeñito y delicado". Quiso decirnos que nos ama con predilección y añadió: "No temas, ¿no estoy yo aquí que soy tu Madre y corres por mi cuenta?". Lo único que nos pidió fue un templo, pero no para que la honráramos sino, usando sus mismas tiernísimas palabras, "para que Yo pueda mostrarme madre tierna y cariñosa con todos los que me invoquen y busquen mi amparo". Nos pidió un lugar donde querernos y nos dejó como regalo de su visita lo que se deja a quienes se ama: su retrato, su santísima imagen.

Con esa maravilla del Tepeyac ¿no es natural que nosotros tengamos en nuestro corazón un don para sentir mejor a Dios y lo divino?

Pero al venir al Tepeyac la Virgen nos trajo un don más rico que las flores y aun que su imagen: nos trajo a Jesucristo, pues así como hace veinte siglos dió al mundo en Belén el don precioso de Jesucristo, hace cuatro siglos nos dió a nosotros el don magnífico de aparecerse en el Tepeyac y ese otro don que hace también cuatro siglos obtuvimos: Jesús, ha encontrado también un monte el del Cubilete donde se yergue la estatua maravillosa de Cristo Rey. Allí estuvo en horas graves y de dolor mexicano y aunque fue destruída, el nuevo monumento próximo a terminarse proclama la grandeza de Cristo como nuestro Rey.

Con razón, señores, tenemos nosotros ese don maravilloso de sentir a Dios y a las cosas divinas. Sin embargo hay aún muchas deficiencias entre nosotros a pesar del Tepeyac y del Cu-

bilete, a pesar de que hemos recibido la ternura maternal de la Virgen y la magnificencia de Cristo Rey.

Ah, cuán lejos estamos de ser lo que deberíamos ser. Sentimos a Dios y a las cosas divinas, pero cuánta ignorancia hay en nuestro pueblo y cuánta falta de observancia por todas partes. Creo que nos ha faltado instrucción, cultura católica por muchos motivos, pero sobre todo por la escasez de sacerdotes en esta vasta tierra tan difícil de recorrer y habitada por todas partes. No ha sido posible que haya suficientes sacerdotes para que atiendan a esas multitudes.

Vosotros gracias a Dios habéis tenido siempre muchísimos sacerdotes; pero si tuviérais aún más no estorbarían sino que ayudarían a la realización de lo que la Virgen Santísima y Cristo Rey quieren que se haga en nuestra Patria.

Pero en cuántas regiones de la Patria esa escasez es inmensa. Falta también la cooperación de los seglares que como apóstoles subordinados a la Jerarquía trabajen por todas partes en la instrucción y la cultura católica. Gracias a Dios la Acción Católica está ya ahora establecida por todas partes y hay también una multitud de agrupaciones que se dedican a esta labor de apostolado y que no enumero por temor de una omisión involuntaria. Gracias a Dios hay muchos grupos de católicos que están dispuestos a derramar por todas partes la luz del cielo, la semilla de Jesucristo Nuestro Señor.

Por consiguiente, señores, tenemos las raíces profundas de nuestro cristianismo: las dos montañas santas, el Tepeyac y el Cubilete; tenemos en nuestro corazón la obra que la Virgen ha realizado, ese don de sentir a Dios y las cosas divinas. ¿Qué nos falta? Se ve claramente que lo que nos falta es una instrucción más profunda, una verdadera cultura católica, porque la Virgen nos trajo a Dios, a Jesús, y lo veneramos en el Cubilete como nuestro Rey, como el Rey de toda la tierra. Pero, ¿comprendemos, señores, todo lo que es y todo lo que vale, el don que nos trajo la Virgen Santísima? ¿Comprendemos a Jesucristo Nuestro Señor? ¿Nos damos exacta cuenta de lo que significa ese Jesús que nos trajo la Virgen y que es nuestro Rey? Además, ¿creemos en El, lo amamos? Nos entusiasmos en todo cuanto se trata de El, pero no comprendemos o no nos damos exacta cuenta de que el reinado de Jesucristo es un reinado de Fe, de amor, de vida, y que como Rey, nosotros tenemos no sólamente que honrarlo sino también que obedecerlo con

fervor conforme a sus normas divinas; y eso es lo que nos falta: no tenemos el conocimiento profundo de Jesucristo para comprender lo que significa su reinado, ni tenemos tampoco la fuerza necesaria para obedecerle en todas sus órdenes y sus determinaciones y por consiguiente encontrar en El lo que dijeron los ángeles en Belén: "La Gloria para Dios y la Paz para los hombres de buena voluntad". Que nosotros tengamos en nuestro corazón, en nuestra alma los rayos de esa luz, que tengamos la fe clara. Para eso necesitamos cultura católica.

El reinado de Jesucristo es un reinado de amor. Dios es caridad, dice la Sagrada Escritura. Cristo vino a encender la tierra en el fuego sagrado del amor; pero para amar a Nuestro S. Jesucristo es necesario comprender lo que significa ese amor que es el único que nos puede hacer felices. Debemos hacer a un lado los amores desordenados de la tierra para que podamos hacer de ese amor la norma de nuestra voluntad en la tierra. El Reino de Jesucristo es de vida, vida individual y vida colectiva; y ya sabéis, Señores, lo que significa la vida cristiana. Santo Tomás de Aquino con la maravillosa precisión que lo caracterizaba la definió: "La caridad para con Dios es el elemento esencial primario de la vida cristiana, y la caridad para con el prójimo es un elemento esencial también pero secundario de la vida cristiana".

Llevar vida cristiana es amar a Dios y amar al prójimo; y el amor al prójimo requiere el espíritu de apostolado. No sólamente debemos amar a nuestro prójimo para darle lo que necesita. Para llevarlo a nuestros fines, a la meta que pedimos es necesario el espíritu de apostolado, el espíritu de la caridad. Necesitamos por consiguiente amar a Dios con todo nuestro corazón y amar a nuestro prójimo, y hacer que todos nos amemos como Jesús nos ama. Es necesario que llevemos por todas partes la bondad, semilla que Jesús vino a sembrar sobre la tierra. Por eso para comprender lo que es el reino de Jesucristo se necesita el conocimiento de su doctrina, poseer también su amor y ejercitarse en él.

Nosotros sentimos a Dios y las cosas divinas, pero no nos hemos dado cuenta de lo que Dios y las cosas divinas exigen de nosotros. Proclamamos nuestro amor a la Virgen Santísima de Guadalupe pero no nos damos cuenta completa de lo que para nosotros significa su mensaje . Proclamamos también a Cristo Rey pero ignoramos lo que significa su reinado y para que El reine

es preciso que conozcamos su doctrina y que sintamos su amor y sintamos su apostolado. Este apostolado, nosotros lo sabemos muy bien, no sólamente exige que hagamos cuanto podamos por el bien de nuestro prójimo, sino que resolvamos esos problemas sociales que son los problemas de actualidad en el mundo.

Hace 60 años León XIII de una manera magistral expuso la doctrina social de la Iglesia. Su sucesor nos volvió a hablar de esa doctrina un tanto olvidada y el Pontífice actual nos ha estado también recomendando como un punto importantísimo la resolución de los problemas sociales, la implantación de la Doctrina Social de la Iglesia en el mundo. Debemos conocer la lucha del momento: Cristianismo contra Comunismo. Para que el Comunismo sea derrotado es preciso que la doctrina social de la Iglesia se conozca y se implante.

Por consiguiente, señores, nosotros tenemos el don de sentir a Dios y a las cosas divinas como nadie quizá en la tierra, pero nos falta instrucción, nos falta cultura. Con qué oportunidad, con qué profundo conocimiento de lo que es México, habéis realizado este Congreso. Verdaderamente es una hora oportunísima. Si no la solución final, sí es el principio para resolver todos estos obstáculos que nos han impedido, teniendo dones tan ricos en nuestro corazón, realizar la obra que Dios quiere que realicemos.

Digo que no es suficiente este Congreso porque a mí me parece que se necesitan muchos congresos. Aquí se han tratado muchos problemas, se han fijado con precisión muchas ideas; pero es preciso que de tiempo en tiempo todos los que amen a Jesucristo, todos los que amen a México se unan y vuelvan a tratar esos problemas para llevar a cabo esta obra gigantesca e importante que habéis emprendido.

Magnífico ha sido nuestro Congreso, todos estamos verdaderamente asombrados de las manifestaciones de fe y de cultura que se han dado. Hemos visto con admiración ese espectáculo único del desfile de antorchas, ese río de luz, algo único, algo verdaderamente grande y yo pienso que es un símbolo, que también este Congreso es un río de luz, pero es preciso que este río de luz no termine, que continúe, que corre siempre, que se haga más grande hasta convertirse en un océano. Para eso, señores, es necesario que estos Congresos se repitan de tiempo en tiempo, a fin de que la poseción plena y vigorosa de la cultura católica venga a resolver el gran problema que los católicos mexicanos

tenemos de completar debidamente en la práctica ese don maravilloso de sentir a Dios y las cosas divinas.

Así seremos verdaderamente vasallos de Cristo Rey. Que este Congreso se repita, que por todas partes se realicen sus conclusiones, para que nuestra nación se convierta en un océano impetuoso de luz, de amor, y de vida que transforme a México y verdaderamente realice aquello de que "como México no hay dos".

Ideario del Congreso

Presentamos este IDEARIO como síntesis de la doctrina expuesta y sustentada en el Primer Congreso Nacional de Cultura Católica, rico filón del pensamiento católico aplicado a la realidad actual mexicana.

FILOSOFIA

Al cúmulo de modernos errores efímeros y transitorios, a las teorías de moda opone el pensamiento cristiano la firmeza inmutable de la verdad. Proclama la primacía del ser como objeto del conocimiento. La nativa capacidad de la inteligencia para alcanzar la verdad. La naturaleza conceptual del conocimiento que penetra hasta el ser de las cosas y aprehende en ellas la esencia, mediante la abstracción de las notas individuales. Esa esencia se manifiesta en el orden inteligible como necesaria, indivisible e inmutable. Del concepto mismo del ser brotan inmediatamente los primeros principios, las nociones básicas que forma la inteligencia al tomar contacto con lo sensible. Esos principios constituyen la base roquera sobre la que se estructura la metafísica. El principio de contradicción, de razón suficiente, de causalidad, etc.

El pensamiento tradicional reconoce que la verdad patente al intelecto, no es absoluta en un sentido exhaustivo y totali-

zador. No es supercomprensiva. Es decir, no agota el acto cognoscitivo la inteligibilidad del objeto. Pero percibe un aspecto verdadero, aunque parcial del mismo. Cada acto aunque fragmentario y abstracto, alcanza la auténtica realidad, del ser. El hombre es, por tanto, capaz de captar la realidad. De alcanzar mediante la sola luz de la razón, una serie de verdades fundamentales e inmutables que sirvan de norte a la conducta. La ética hinca sus raíces en la metafísica.

La experiencia demuestra que el hombre posee una naturaleza substancial que permanece inmutable en medio de los cambios accidentales del acaecer histórico. En esa naturaleza descubre la razón, la norma ética, la ley natural que no es sino la ley eterna, en cuanto se manifiesta en el tiempo al intelecto humano. El hombre es una persona libre y responsable. Como tal, debe tender a su fin, debe integrarse a la sinfonía del orden cósmico, por propia decisión, mediante el desenvolvimiento armónico de sus facultades, inteligencia y voluntad en la búsqueda de la verdad y en la realización del bien. En el acatamiento de ese orden ético, prescrito por Dios y manifestado por la conciencia, estriba el fin y la felicidad de la persona humana.

Patentiza la experiencia, además, la existencia de seres activos, contigentes, enlazados en un orden armónico y dotados de grados diversos de perfección. Esos seres activos, contingentes, ordenados y diversos, exigen y demuestran la existencia de un ser necesario absoluto, origen de toda realidad, de Dios.

A la luz de estas verdades que hincan sus raíces en la realidad misma, la actitud historicista y existencialista aparece como insostenible. En efecto, si toda verdad lo es hoy para dejarlo de ser mañana, si toda forma cultural filosófica, ética o religiosa, es relativa e histórica, entonces esta misma posición relativa e historicista es transitoria y falsa. Verdad y error serían palabras sinónimas, sin sentido. Habría que renunciar a la razón. El escepticismo absoluto tendría la palabra. Empero el escepticismo es en filosofía una teoría suicida. El hombre jamás podrá renunciar, jamás podrá abdicar de su ser de hombre.

Se comprende por otra parte, que la negación de las grandes verdades básicas de la filosofía perenne, provoque la desintegración y el caos, como los hechos en esta trágica hora en que vivimos lo comprueban. Al renegar de Dios, repudia el hombre y destruye el fundamento único de los valores trascendentes que

dan sentido a la vida humana. Niega la razón. Cae en el escepticismo absoluto, en la filosofía del absurdo. Y para compensar la pérdida de Dios, endiosa lo inmediato, relativo e histórico. Se adora a sí mismo mediante el culto de la sangre o la raza, la cultura, la colectividad o el estado. Pero tras la embriaguez primera viene el desencanto. El culto a los valores intramundanos relativos e históricos, deja al hombre vacío, angustiado. Perdido frente a la propia miseria, frente a la propia nada.

Ojalá que el hombre de nuestro tiempo, víctima de esta tremebunda experiencia vuelva los ojos a la altura y como el hijo prodigo emprenda el retorno a la casa paterna.

DERECHO

El problema fundamental de hoy día consiste en la negación del valor de las personas humanas y pretender convertilas en masa.

Ya no se ven los hombres como personas, como singularidades íntimas, libres, conscientes, capaces de trascenderse a si mismas y de captar y realizar cada una a su manera los más altos valores; ahora se les considera como masa amorfa, blanda, que desde fuera puede moldearse y dividirse.

Frente a esta trágica realidad se hace imperativo y grave nuestro deber de resolver semejante problema iluminándolo con las luces de la verdad y la esperanza cristianas.

Entendemos por persona humana a un ser individual, libre, consciente, dueño de sí mismo, con una misión propia incomunicable y con un destino suyo intransferible; capaz de iniciativas y de responsabilidades; que sabe captar y realizar de un modo muy peculiar los más altos valores; que penetrando en su propia intimidad elabora el programa de su vida; que acomete decidida graves y gloriosas empresas con plena conciencia de su responsabilidad.

Esta es la dignidad de la persona humana que la sana filosofía vindica de las vejaciones que infiere al ciudadano el esta-

tismo de todos los matices que no reconoce más derechos humanos que los que él mismo quiere otorgarle.

Esta es la dignidad de la persona humana proclamada por los Sumos Pontífices a propósito de los problemas que van suscitando las nuevas condiciones del trabajo, del capital, de la gran industria y en general con todo lo relacionado con la economía política y social.

La fundamentación de los derechos del hombre, conforme al pensamiento cristiano, radica en una triple base: religiosa, metafísica e histórica.

Base Religiosa.

Para nosotros cristianos, es una verdad indiscutible que el hombre como todo lo existente, fué creado por Dios. Igualmente creemos y confesamos que por la pasión y muerte de Cristo fué redimido del pecado y de la servidumbre en que voluntariamente había caído y elevado al orden sobrenatural.

Por ser criatura de Dios, el hombre sigue vinculado con El en su esencia, en su existencia y en su operación.

Si pues su existencia es raíz de sus derechos y esta es en todo momento conservada, sostenida y afirmada por el poder omnipotente de Dios, es Dios en definitiva quien ampara y promueve sus derechos, que de este modo adquieren un matiz sagrado.

La misma dependencia total en que está el hombre respecto de Dios en cuanto a su ser, se extiende también a su operación que no sería posible si Dios no le diera la fuerza con que obra, la conservara, la aplicara a sus actos y concuriera con él a hacerlos.

Dentro de ese gigantesco movimiento circular de todos los seres que tiene en Dios su principio y a la vez su fin, y que está regido por la ley eterna, el hombre cuya esencia es conducirse a sí mismo y que no lo conduzcan, tiene en su razón su propia ley para que lo guíe sin violentarlo, la llamada ley natural que es una participación de la ley eterna.

Los derechos que el hombre reclame o que al hombre se le concedan son justos o injustos, legítimos o ilegítimos según estén de acuerdo o contradigan esta ley fundamental.

Base Metafísica.

La base metafísica de los derechos del hombre es su ser de persona.

En marcado contraste con las corrientes modernas que identifican la persona con la conciencia que de ella se tiene, o con su trascendencia o con su propio señorío, o con su facultad de captar y encarnar valores, nosotros fieles a la filosofía tradicional concebimos la persona humana como un ser y nos atenemos a lo que ella misma *es* y no a lo que *hace*.

Todo aquello de que se habla cuando del hombre se afirman o se niegan cualidades, atributos o relaciones, todo ello supone, exige la persona.

Sin embargo, la autarquía de su ser y de su obrar no es plena y absoluta independencia. Es finita y contingente y sus límites confinan por todas partes con los de otros seres, dándose relaciones de coordinación y subordinación, tan ineludibles, que de ellas depende la viabilidad de su existencia.

No hay en este mundo nada que valga lo que vale una persona.

Base histórica.

Sustancialmente siempre han sido y siempre serán los mismos los derechos del hombre en cuanto hombre, puesto que surgen de su ser de persona, idéntico e inalterable a través de todos los tiempos.

Contra el derecho vigente de cualquier época que ha pretendido atropellarlos siempre ha apelado a una justicia superior, con tanto más brío cuanto mayor era la conciencia de la injusticia que se le estaba haciendo. Pero ni siempre ha sido la misma la conciencia que los hombres han tenido de estos derechos, ni tampoco siempre los han reconocido del mismo modo los usos y las leyes de los hombres. Hay, pues, un triple estadio en el desarrollo histórico de los derechos del hombre: su existencia o posesión, su conocimiento o conciencia y su aceptación o reconocimiento por la ley humana.

Lo primero y fundamental es su misma realidad, el hecho

de que todo hombre, por serlo, los posee, por voluntad y donación de Dios.

No ha resultado tan fácil en el transcurso de la historia el conocimiento de dichos derechos, embarcado el hombre en la dura lucha por la existencia. Hubo necesidad que viniese "la luz verdadera que ilumina a todo hombre". Ha sido, en efecto, el cristianismo quien le ha dado la más clara y firme conciencia de sus responsabilidades y consiguientemente de sus derechos.

Proclamó en un mundo escindido en pueblos y razas insolidarias y cimentando en la esclavitud, la unidad de la especie humana y la inviolable libertad con que todo hombre se posee a sí mismo. Mantuvo que el fin trascendente de las personas estaba por encima de los fines del Estado y exigió que se le reconocieran a los creyentes el derecho de practicar su fe, organizar su Iglesia y propagar sus creencias. Enseñó que la conciencia es la voz de Dios; que la vida tiene plena supremacía sobre el derecho de propiedad, que en caso de extrema necesidad todos los bienes son comunes. Negó rotundamente que el trabajo humano fuese una mercancía. Amparó el derecho que tiene el hombre de formar una familia de acuerdo con las normas naturales y las más altas y claras de la revelación cristiana. Respetuoso de la autoridad civil el cristianismo no toleró que la tiranía desvirtuara la naturaleza del bien común. No consintió que los hombres vivieran acantonados tras las fronteras de sus respectivos países, sino que procuró hacer de la humanidad entera un solo cuerpo como tenía un solo Dios y un solo Mediador. Unicamente cuando los hombres cayendo en el extremo opuesto, quisieron hacer sus derechos tan absolutos e ilimitados como los de un dios, se opuso tenazmente a sus pretensiones condenando enérgicamente el racionalismo y el liberalismo.

Las diferentes etapas del proceso de "despersonalización" del hombre paradójicamente coinciden con las más desorbitadas exaltaciones de su valor y sus derechos.

La crisis actual en que peligran no sólo los derechos del hombre sino su misma existencia no podrá superarse sino volviendo a dar a las estructuras del mundo un fundamento religioso, viendo al hombre en su íntima vinculación con Dios.

Aun en el orden natural sólo se salva el hombre si lo salva la doctrina de Cristo.

EDUCACION

Para que la educación llene su cometido, es indispensable que se inspire en un concepto exacto del hombre, como un ser que tiene en Dios su origen y su destino final y para el cual la existencia humana es un camino que desemboca en la eternidad.

De donde se sigue que toda educación debe ser encaminada a la formación espiritual y moral del hombre; debe ser por esencia humanista, tal que tienda al perfeccionamiento integral de la persona humana al mismo tiempo que establece una jerarquía de valores, basada precisamente en el destino del hombre.

La educación católica está llamada a realizar una verdadera obra de reconstrucción en la que la gracia y la naturaleza deben cooperar con íntima y armónica vinculación, al mismo tiempo que prepara al individuo para subvenir a sus necesidades materiales con el estudio de las realidades del mundo exterior, en especial mediante el conocimiento de las ciencias naturales.

Si pues, en frase de su Santidad Pío XI: "La educación esencialmente consiste en la formación del hombre tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual fué creado", —en lo cual se hace patente la importancia de la educación católica— se sigue necesariamente que todo aquello que tienda a proscribir la educación religiosa y a atacar los derechos de la Iglesia y de los Padres de familia para educar a sus hijos, es el más grave obstáculo contra la educación del mexicano y redunda en el mantenimiento de un ambiente de incultura contrario a los fines últimos de la moral, del derecho y del Estado.

De donde se sigue que el Artículo 3o. Constitucional representa el más grave obstáculo para la cultura católica en México. Su texto establece una dictadura educacional contraria en todo a la organización democrática del Estado Mexicano y atenta contra la dignidad de la persona humana y contra los derechos de la Iglesia y de la familia. Al proscribir la intervención de la Iglesia en la educación de nuestra niñez y juventud, deja inerme a la civilización occidental frente a los enemigos de su existencia y desaprovecha torpemente una fuerza insustituible.

Por consiguiente se impone la reivindicación, por todos los

medios legales, de los derechos de la Iglesia y de los Padres de Familia en materia de educación.

Al mismo tiempo es de vital importancia iniciar cuanto antes una campaña permanente contra el laicismo reinante, mediante la difusión de la doctrina de la Iglesia en materia de educación. Dicha campaña de cristianización de nuestros niños y jóvenes debe abarcar eficientemente así al alumno de Primaria como al de Secundaria y Preparatoria; es preciso que sea realizada, por los medios adecuados, entre los jóvenes que estudian en Universidades, Institutos y Escuelas de Estudios Superiores Oficiales; debe llegar su influencia al obrero, al campesino y al niño que se encuentra en circunstancias anormales.

La actitud que los católicos debemos asumir frente a los problemas que plantea la educación en México, implica indispensablemente la adaptación de los principios señalados en las encíclicas pontificias, y el estudio de las condiciones especiales que prevalecen en la República Mexicana a consecuencia de su pasado histórico y de la repercusión en nuestro ambiente, de la situación actual del mundo.

SOCIOLOGIA

Es de imperiosa necesidad como antecedente esencial para cimentar un orden nuevo, la reconciliación de los intereses de la Persona y de la Comunidad.

Como católicos nos proclamamos miembros del Cuerpo Místico de Cristo, lo cual fija la posición recíproca de cada hombre frente a su semejante y de cada ciudadano frente a la Sociedad Civil. A esta luz estudiamos y entendemos la Cuestión Social, a fin de lograr un planteamiento y solución íntegra y radical de los problemas sociales que agobian al pueblo mexicano.

El olvido o atropello de las normas de justicia y caridad cristianas ha traído como consecuencia en nuestro medio, una lacerante y ruinosa desigualdad material y espiritual. Puesto que todos los hombres tienen la misma naturaleza, el mismo origen e idéntico destino, la sociedad no cumplirá con su cometido si no asegura a todos ellos el minimum de medios sin los cuales se frustraría el fin esencial del ser humano.

Dicha desigualdad o carencia de medios imposibilita, además, a gran parte de nuestro pueblo para recibir los beneficios de la cultura católica haciéndose sentir sus efectos en la ignorancia de su Fe y en una conducta inconforme en muchas de sus manifestaciones sociales con sus convicciones religiosas.

La Historia Nacional nos atestigua cuáles han sido las causas que han imposibilitado el engrandecimiento cultural de México a través de la acción evangelizadora de la Iglesia, disminuida o paralizada antes que pudiese completar la estructura cultural de México.

Consecuencia de lo anterior es la ausencia de Jefes y de instituciones imprescindibles para hacer efectivas nuestras grandes posibilidades espirituales y materiales. Ausencia de Jefes, es decir, de aquellos que poseyendo íntegro el mensaje cristiano y sintiendo la prerrogativa y responsabilidad de llevarlo a otros, sean maestros y guías de nuestro pueblo.

Ante tal situación proclamamos que la necesidad de capacitar al católico mexicano para el cumplimiento de sus misiones y deberes sociales, constituye uno de los objetivos más imperiosos y sagrados de la educación católica.

Más aún, esta iluminación reiterada y la exigencia del cumplimiento de los deberes y responsabilidades de los católicos en el orden social es tarea que debe rebasar los límites de la escuela, haciéndola suya cuantos tengan capacidad de orientación e influencia, ya como instituciones o simples particulares.

Fruto de todo lo anterior será: la realización práctica e inmediata de una reordenación de la vida social mexicana, cimentándola y estructurándola en la justicia y caridad.

ECONOMIA

Las dolorosas condiciones por las que atraviesa la economía nacional confirman una vez más que el desarrollo económico de México, en tanto será sólido y benéfico a nuestro pueblo, en cuanto se conforme con los principios de la moral católica sobre la naturaleza, función y destino de los bienes materiales.

Para realizar esa cristiana humanización de la economía de México es preciso considerar al hombre no sólo como productor sino al mismo tiempo como consumidor; regular dentro de los preceptos de la moral católica el apetito de lucro: ofrecer un campo abierto a la libre concurrencia, siempre que esta no sea considerada como principio directivo de la vida económica, sino que se subordine a la justicia y caridad social, normas supremas de un recto orden económico.

Por razón de la subordinación de estas actividades de carácter económico al orden social, el Estado puede y debe intervenir —sin absorberla— en la vida económica para reglamentar las indispensables contribuciones que el bien común reclama de los particulares, ya sea como individuos o como sociedades inferiores. Postulamos la misma intervención del Estado —de manera transitoria— a fin de facilitar, impulsar y suplir el incremento de la iniciativa privada y para garantizar la libertad individual.

Al considerar las monstruosas inmoralidades a que han dado margen las condiciones anormales por que atravesamos, afirmamos una vez más, que sólo la moral cotólica es capaz de llegar hasta las conciencias para cegar la fuente misma de esas inmoralidades. Esto se realizará cuando la Iglesia pueda ejercer libremente su función de formadora de las conciencias y educadora de voluntades.

Al Estado compete la obligación de perseguir toda clase de abusos, tales como el alza injustificada de precios, el acaparamiento, la especulación, la usura, etc.

La industrialización de México debe orientarse con eficacia a obtener resultados realmente benéficos para su población toda y en especial para las clases laborantes.

Esta industrialización no debe limitarse, por lo tanto, al mero aumento de fábricas, cambios de maquinaria o métodos de producción, sino que exige que los progresos técnicos se realicen con un sentido plenamente humano, inspirados en los principios de la justicia y la caridad sociales, de modo que no se lesionen en forma alguna los derechos ni la dignidad personal del obrero antes por el contrario, se favorezcan eficazmente sus condiciones de vida y de trabajo.

La tarea más urgente en nuestro mundo económico es la redención del proletariado. Debemos pugnar por ello facilitando

a todos los trabajadores el acceso a una porción de bienes en propiedad privada, que garantice su dignidad, seguridad y libertad personales.

Factor fundamental para lograr esa difusión de la propiedad es el salario, siempre que se conforme con las normas de justicia señaladas por la Iglesia.

Es asímismo necesario que, con prudencia y moderación, pero con sincero afán de encontrar los medios adecuados, se busque, en cuanto sea posible, la forma de suavizar algún tanto el contrato de trabajo, que no es injusto por naturaleza, con algunos elementos del contrato de sociedad con el fin de mejorar el nivel actual de la vida del trabajador y prepararlo para que pueda asumir responsabilidades mayores en cuanto a participación en las utilidades en la gestión y en la propiedad de la empresa.

El desarrollo del vasto plan de recuperación que la vida rural exige, supone, ciertamente, la intervención de los factores jurídicos, técnicos, económicos, etc., pero sólo ellos nunca lograrán realizarlos si no se enfocan con un criterio humano de elevación religiosa, moral y cultural de quienes viven en el campo.

Además, semejante plan de resurgimiento rural debe ser realizado por agrupaciones libres y orgánicamente estructuradas entre los mismos hombres del campo, amparados por la autoridad pública dentro de los límites de su función específica.

Fincándose dicha elevación de la vida rural en una base de resurgimiento espiritual y moral, es indispensable que la Iglesia goce de su plena libertad de acción para plasmar en este sector el reconocimiento de los valores espirituales y sobrenaturales.

MORAL PROFESIONAL

Frente al mundo pagano de antes y de ahora, que se adora a sí mismo que se inclina ante lo que cree que es la fuerza, que reverencia al poder temporal hasta envilecer a la persona, que se deslumbra y busca la riqueza o la belleza o el placer, encontrándose en último término con que ha cometido un fraude contra sí mismo, proclamamos la figura imperecedera del Cristo, que eligió como tarea de sus años juveniles un humilde oficio, enno-

bleciendo y santificando de una vez y para siempre el trabajo manual.

La grandeza de la profesión está en proporción con el grado de participación con el espíritu, en ser un reflejo del Logos, del Verbo, en ser un testigo de la Sabiduría.

Como profesionistas católicos tenemos la certeza de que la Fe es la prolongación de la razón más allá de las fuerzas intelectuales; que no es contradicción sino integración, coronamiento, perfeccionamiento. Por tanto, reconocemos la nobleza de la razón y la nobleza salvadora de la Fe. La armonía que en nuestras mentes reina entre lo visible y lo invisible, la razón, la fe y la gracia, el misterio y la certeza, el poder y la bondad no es otra cosa que la humilde y filial aceptación del orden establecido por Dios, que trasciende a nuestro quehacer profesional cualquiera que sea el grado de espiritualidad que lo informe.

Si la profesión se ejerce en una sociedad y no hay sociedad sin prójimo, el primer deber del profesionista católico es considerar al cliente como *imago Dei,* imagen de Dios.

"Atravesar el mundo y dejarlo detrás de nosotros mejor de como lo encontramos", depende de nuestra humilde tarea diaria de la fidelidad e idoneidad con que servimos al prójimo, con que ejercitamos la parte del bien común que nos corresponde, la parte del hacer y del pensar que hayamos elegido o para la que hayamos sido elegidos.

La realización de la vocación profesional se encuentra detrás de cada tarea específica en que se divide la función social.

Dicha realización exigirá del profesionista no pocas veces heroísmo ante las amenazas, riesgos o renuncias que requiera el ejercicio de su profesión encuadrado dentro de las normas que su Fe le impone. Renuncias, riesgos y amenazas que caerán sobre él al cumplir el deber sagrado de profesar la verdad, de hacer el bien y de practicar la virtud.

Sólo a la luz de la Moral católica, brillará esplendente la unidad humana que hace a cada hombre, a cada profesionista, más coherente, es decir más hombre en toda la magnífica extensión de la palabra. Iluminada por los rayos de esta misma luz aparecerá clara y distinta la ordenación de la profesión al bien propio al mismo tiempo que satisface la parte que le corresponde en la tarea de lograr el bien común.

En una palabra, si el profesionista católico tiene a Jesucristo como a su Jefe y a su Maestro, a través de la Iglesia, la grandeza de su vocación, las virtudes que ella encierra, los grandes deberes que le impone, la justicia y caridad, la conjugación entre el bien privado y el bien común, las relaciones entre vida profesional y vida social formarán un todo armónico y grandioso, el cuadro completo de una vida de quien en su marcha ascendente hacia Dios ha dejado una huella benéfica y luminosa.

MORAL MEDICA

El problema fundamental del médico consiste en que a pesar de ser médico y a pesar de ser católico no sabe ser médico *católico*.

Ser médico significa haber abrazado una profesión que obliga a dedicarle en absoluto la existencia para poder realizar con plenitud tan noble vocación.

Ser católico implica tener plena conciencia del destino ultraterreno de nosotros y de todo ser humano.

Ser médico católico presupone la conciencia de la profunda responsabilidad de la propia actividad ya que su trabajo profesional se encamina a cuidar, salvaguardar, devolver la salud, o sea la integridad física y moral a seres humanos como él, ayudándolos de esta manera a realizar su destino al mismo tiempo que cumple su propia vocación.

El conocimiento claro de esta trascendental responsabilidad estimulará al médico para adquirir, refrescar y renovar los conocimientos que requiere el digno y eficaz ejercicio de la profesión; capacitación que a una con el sentido de la dignidad de la persona humana constituyen el primer deber del médico.

Pero no hay que perder de vista que ante todo hay que ser médico para saber leer al hombre enfermo. La especialización moderna demasiado estricta, consecuencia del rápido y extenso progreso de la ciencia médica, presenta el riesgo de dejar de ser humana, ya que se llega fatalmente a querer juzgar de un todo partiendo de la especialidad parcial, en lugar de pensar en la parcialidad en función de un todo indivisible.

Noble y laudable es la actividad del médico que consciente de sus limitaciones sugiere la intervención de otro de sus colegas cuya especialización notoriamente lo capacita para actuar con más eficacia, siempre que esté al alcance de quien solicita sus servicios y nunca persiga utilidades personales cayendo en el deplorable abuso de la dicotomía .

El médico no está solo; actúa en tiempo y lugar determinado. En esta época de tergiversaciones y falseamiento de los valores, de falso o superficial intelectualismo y de efervescencia social continua, sin poder aquietar sus causas, el médico se enfrenta a problemas deontológicos específicos derivados de estos factores. Tales son: la deificación del placer y la molicie a una con los bienes materiales y el dinero; la satisfacción intelectual propia, alimentada con sistemas mal elaborados y superficiales que son aceptados por la pereza de aplicarse a criticarlos; finalmente dejarse aprisionar por organizaciones sociales o económicas sin detenerse a considerar si lesionan su dignidad, alteran su moral profesional o a la postre perjudican sus propios intereses.

La ambición del dinero es, en efecto, lo que induce al médico a practicar el aborto terapéutico, persuadido por lo menos íntimamente que comete un verdadero asesinato. La misma ambición lo induce a la aplicación de medios anticoncepcionistas que por desgracia siguen siendo de frecuente aplicación. Sobre la licitud de tales procedimientos no son posibles equivocaciones o posiciones intermedias, ya que todo lo que va directamente contra la vida de un inocente o falsea la finalidad del acto conyugal va contra la moral natural. Otro tanto debemos decir respecto de la eutanasia, la eugenesia y la fecundación artificial consideradas tanto la eugenesia como la fecundación artificial en su sentido estricto.

Entre las faltas a la moral médica por adherirse a conceptos o sistemas superficiales o falsamente elaborados, recordamos algunos medios psicoterápicos y sus aplicaciones. Reconocemos los progresos y resultados de la actual medicina psicosomática, pero totalmente rechazamos por ser contrario a toda moral el psicoanálisis con su interpretación freudiana pansexualista como tratamiento de perturbaciones psíquicas o psicógenas.

Objeto de especial consideración es el asunto de la castidad. Hay todavía médicos que preconizan ser perjudicial a los jóvenes principalmente la práctica de la castidad, sin haber jamás presentado un argumento decisivo en favor de tal aserto, ni mucho menos una prueba definitiva.

Afirmamos categóricamente que la verdadera castidad, que implica la privación de provocaciones voluntarias jamás ha perjudicado a nadie. No confundamos torpe o maliciosamente la *verdadera castidad* con la *falsa castidad* que busca o acepta la provocación sin atreverse por timidez o por temor de las consecuencias a la satisfacción natural. Esta sí es generadora de conflictos y anormalidades, no sólo psíquicas sino aun funcionales y en ocasiones anatómicas.

El panorama antes descrito prueba hasta la evidencia la urgencia de acrecentar la conciencia de responsabilidad profesional entre los médicos y estudiantes de medicina, haciéndoles ver la altura de su misión, considerando la dignidad de la persona humana que solicita sus servicios profesionales, y exponiéndoles con precisión la doctrina de la Iglesia respecto de cada uno de los problemas éticos con que necesariamente se enfrentará el médico católico.

ARTE

La clara conciencia histórica propia de nuestra época se ha planteado insistentemente y con mayor premura que nunca, la eterna pregunta del hombre ante la consideración de su propio ser y de su destino, tratando de fijar cuál haya de ser la contextura espiritual y psicológica del hombre moderno que como fuente original conformará todas las manifestaciones de nuestra cultura.

Esta pregunta que brota con el ser y con la naturaleza misma del hombre no sólo ha preocupado al filósofo, sino que parece estar constantemente en los labios de todo el mundo y el artista con su fuerza intuitiva la ve y la plantea con claridad deslumbrante.

Se han dado respuestas parciales a semejante interrogatoria a través de la historia humana. Nuestra joven cultura también ofrece la suya.

El nuevo humanismo tiene la "voluntad de ser" un humanismo teocéntrico basado en el destino trascendental del hombre y no en la consideración parcial de éste. Frente al centauro,

hombre-máquina, en que lo más sublime del hombre espiritual está subordinado a la bestia, se antepondrá el ideal del caballero que rige y dirige los movimientos animales. El nuevo humanismo no sólo será la floración de una nueva espiritualidad, sino también la integración de una nueva sensibilidad, la compenetración íntima de las raíces que formaron el humanismo medieval y el renacentista. De esta forma se llegará a una nueva jerarquía de valores en la que lo material esté supeditado al valor supremo de lo espiritual.

Después de aludir a este nuevo humanismo cristiano, debemos preguntarnos si dentro de él, como uno de sus elementos característicos puede quedar integrado el arte, o por el contrario hemos de considerar a éste con menosprecio por su valor intrínseco o como un valor que existió en el pasado pero anacrónico y sin objeto en el presente.

Partiendo de la esencia misma del arte y admitiendo hechos fundamentales innegables, hemos de concluir que en un tiempo y espacio determinados en el seno de la cultura, la obra artística, es una forma de vida, una vivencia humana tal que trasciende a las demás formas de vida y se antepone a ellas en su aparición en el tiempo, como una síntesis intuitiva de las mismas.

El arte, por lo tanto, será y lo ha sido siempre a través de la historia, una de las manifestaciones más trascendentales al mismo tiempo que la vestimenta más rica y distintiva del humanismo. Su lugar en el humanismo actual ha de ser preeminente ya que ninguna de esas dos notas fundamentales dejan de aparecer en el arte contemporáneo.

Es un hecho innegable la afinidad que existe entre el arte y la religión, entre el sentimiento estético y el sentimiento religioso. La Iglesia consciente de este hecho, siempre ha usado del arte para enseñar, impresionar y fijar los dogmas más elevados. El arte a su vez ha llevado sus formas a las expresiones más altas enriqueciéndose con el pensamiento cristiano.

En frase de Su Santidad Pío XII "existe una intrínseca afinidad del arte con la religión, que hace de los artistas, en cierto modo, intérpretes de las infinitas perfecciones de Dios, particularmente de su belleza y armonía... ¡Maravilloso intercambio de servicios entre el cristianismo y el arte! De la Fe tomaron ellos sus sublimes inspiraciones; atrajeron a la Fe a las almas... El artistas es de suyo un privilegiado entre los hombres; más aún el

artista cristiano, es un cierto modo, un elegido, porque es propio de los elegidos contemplar, gozar y expresar las perfecciones de Dios".

Al mismo tiempo que tan profunda y bellamente expresa Su Santidad las relaciones entre arte y Fe y señala la misión del artista, nos impone la obligación de atraer al artista al seno de la Iglesia, de conquistar el arte para Cristo y convertirlo en arma propagadora del catolicismo.

Para lograrlo habremos de tomar el arte de nuestra época, con crítica ciertamente, pero con una comprensión sin prejuicios del gran movimiento artístico que vivimos hoy día.

Tarea es esta que en sí presenta dificultades y escollos peculiares. Pero afortunadamente encontramos delineada magistral y luminosamente la conducta y táctica que hemos de seguir en una serie de documentos pontificios que desde Pío X se han venido sucediendo con singular solicitud y atingencia. Bástenos citar el "Motu Propio" de S. S. Pío X en 1904, las encíclicas "Mediator Dei" y "Evangelii Praecones" de Su Santidad Pío XII, así como las Instrucciones del Santo Oficio del 30 de junio de 1952.

Todos estos documentos forman un tratado tal de la materia que nos exime de cualquier intento de explicación o ampliación del tema.

Dentro de este marco amplísimo debemos encuadrar nuestra realidad mexicana. Habiendo sido México a través de su historia el país más rico de América en manifestaciones artísticas, nos incumbe la grave responsabilidad de encauzar y fomentar debidamente el movimiento artístico contemporáneo.

Además de tener en cuenta los factores de índole universal, es preciso valorizar los de carácter nacional a través del estudio de las fuentes de nuestro pasado histórico y la influencia necesariamente robusta de nuestro especial sentimiento estético. La educación artística del mexicano actual debe ser múltiple, abarcando el conocimiento y apreciación de nuestro patrimonio artístico, la comprensión integral de los valores estéticos del arte contemporáneo y teniendo muy en cuenta las técnicas y materiales regionales, así como la conservación de la tradición artesana y del arte popular, como elementos valiosísimos para el engrandecimiento del arte cristiano.

PRENSA

La misión que el periodismo debe desempeñar en la defensa y propagación de la verdad ha sido enaltecida y precisada por la Santa Sede.

Los Sumos Pontífices han definido el carácter de servicio eficacísimo de la prensa, excitando a los fieles tanto a que propicien la existencia de una prensa bien orientada como la formación de mayor número de periodistas católicos. En particular Su Santidad Pío XII considera al periodismo católico como algo semejante "a la voz misma de la Iglesia...".

Entendemos el periodismo como un modo de conocer, cuya materia propia es el acontecer humano actual, y cuyos medios de acción son principalmente informar y enjuiciar.

De lo cual se desprende que aunque el periodismo no es teología, pero el periodismo sin teología corre el riesgo de perder en el desenvolvimiento de los hechos humanos su significado más profundo y verdadero como es la dirección final del acontecer. No es filosofía el periodismo, pero desde el momento en que los hechos humanos son su materia y éstos responden siempre a fines derivados de la calidad racional de su fuente que es el hombre, el periodismo se encuentra plenamente insertado dentro del campo de la moral, aquella parte de la filosofía que jerarquiza los fines humanos en orden a la felicidad o fin último del hombre. Si bien el periodismo no es ciencia natural, pero en cuanto una de sus tareas fundamentales es informar sobre hechos, debe poseer un rigor de carácter científico a fin de obtener el dato objetivo, base para la siguiente tarea periodística que es el juicio. No es ciencia normativa el periodismo, pero su misión enjuiciadora consiste precisamente en valorizar la conducta humana a la luz de las normas que la rigen y trabajar porque esas normas estén concebidas y aplicadas conforme a los principios de la naturaleza humana y de la Ley Eterna, fuente de toda otra norma. Por consiguiente, proclamamos la responsabilidad del periodismo en sus aspectos de preparación técnica y en su necesaria sujeción a las normas de la moral cristiana.

Precisada de esta manera la posición del periodismo y teniendo en cuenta la naturaleza de la cultura en general y la raíz cristiana de la cultura occidental en cuya órbita nos hemos nu-

trido, aparece claro el papel del periodismo católico en este punto de su misión: informar y enjuiciar sobre el acontecer de modo tal que ello confluya a auxiliar al lector en la tarea de labrar para si mismo un orden interior equilibrado y, en el plano social, para conservar, proteger y acrecentar dentro de su materia propia el patrimonio cultural occidental, católico y mestizo de México, así como para favorecer el enriquecimiento de ese núcleo fundamental con las legítimas aportaciones provenientes de otros tipos de cultura.

En esta tarea el periodista católico habrá de tener presente el estado de sitio y de agresión a que se ve sometida nuestra cultura por muy diversos factores, pero de modo principal por el materialismo proveniente tanto de un caduco liberalismo como del comunismo, lo cual se ha venido traduciendo en una conducta práctica materialista. A combatir esta tendencia y a restaurar en las costumbres y en las concepciones de nuestro pueblo la austeridad y la espiritualidad de vida derivadas de la formación católica de México, han de tender gran parte de los esfuerzos inmediatos del periodista católico.

En el paisaje de la vida social, son las instituciones las encargadas de propiciar la perfección de la persona humana. Así, las instituciones recogen la vida naciente del hombre, la desarrollan y la educan; ordenan sus actividades materiales y espirituales en el contacto con sus semejantes; estructuran jurídicamente su vida social y lo ponen en el camino de su salvación eterna, en contacto con Dios. De este modo, las metas fundamentales de la sociedad civil se cumplen a través de instituciones fundamentales —la familia, la ciudad, el Estado— o de instituciones intermedias como el sindicato, la Universidad, las asociaciones profesionales, económicas o culturales. En el plano más alto la Iglesia.

El enfoque de nuestras observaciones plantea la responsabilidad del periodista ante cada una de estas instituciones: ¿Qué puede hacer el periodista en la esfera de sus medios para propiciar el cumplimiento de los fines propios de cada una de estas instituciones?

Al formular esta pregunta pensamos en los perfiles del México actual y suponemos riquísimas posibilidades de servicio, no sólo en el periodismo que comunmente se llama de fondo, sino en la tarea cotidiana del reportero que recibe en sus

manos la información y la noticia que ha de insertarse en planos de ordenación superior.

RADIO-CINE

La inteligencia humana, auxiliada por la industria moderna, ha puesto al alcance de todos los hombres extraordinarios medios de difusión, tales como el radio, el cine y la televisión.

La experiencia cotidiana y la elocuencia de las estadísticas nos muestran de una manera contundente el alcance que han logrado y las enormes posibilidades de que disponen para hacer el bien y difundir la verdad, así como también para fomentar el vicio y propagar el error.

Son el radio, el cine y la televisión los instrumentos de propaganda más eficaces no sólamente por los ingentes públicos sobre los cuales hacen sentir su influencia sino también por los riquísimos recursos psicológicos de que disponen llegando a impresionar vivamente todas las facultades humanas.

Desde el año de 1936 su Santidad Pío XI hizo llegar al mundo entero su honda preocupación por el problema que suscita a la fe y a las buenas costumbres el cine en su encíclica "Vigilanti Cura", en la que luminosamente estableció las normas que han regido todos los estudios y asambleas que sobre la materia se han celebrado, especialmente el IV Congreso Internacional del Cine, verificado en Madrid en mayo de 1952.

Más recientemente ha sacudido nuestra responsabilidad aquella severa advertencia de su Santidad Pío XII: "Para los católicos de todos los países debe constituir un deber de conciencia ocuparse del cine católico".

Encaminado este trabajo a exponer la influencia del radio cine y televisión en el desarrollo de la cultura y en la vida moral en nuestra patria, la exposición de algunas cifras nos ayudará a comprender mejor el problema que para nosotros significan.

El público de México tiene invertidos en adquisición de receptores de radio alrededor de *trescientos cincuenta millones de pesos;* en receptores de televisión cerca de *cien millones de*

pesos; los empresarios de radio tienen invertidos en sus negocios más o menos *doscientos millones de pesos.* Las inversiones en radio por concepto de publicidad ascienden a *más de cuarenta y cinco millones de pesos al año;* las inversiones de publicidad por concepto de televisión pasan de *diez y siete millones al año.* En el año de 1952 se hicieron 97 películas por productores mexicanos y dos por productores americanos; el costo de las producciones mexicanas en 1952 fué de *cincuenta y ocho millones;* la inversión de publicidad por concepto de cine asciende a *cinco millones de pesos.*

Según datos fidedignos, las taquillas de los cines del Distrito Federal recaudaron en el año de 1952 alrededor de *ciento treinta y tres millones de pesos,* haciendo la observación de que en el año de 1951 la recaudación fué mayor. Es de suponerse que en el resto del país no se recauda menor cantidad y por consiguiente se puede dar por buena la recaudación de *doscientos sesenta millones de pesos* que el público del país gasta en divertirse por medio del cine.

¿Y en qué plano cultural y moral se mueve toda esta maquinaria humana compuesta por empresarios, empleados y todos aquellos que confeccionan la producción ya sea en el cine, en el radio y en la televisión? Salvo honrosísimas excepciones, el mal general que padecemos es la falta de formación en todos sus aspectos, tanto artístico, como cultural y religioso, con la circunstancia especial de que en el caso de que nos ocupamos se desestima lamentablemente la fuerza arrolladora de estos vehículos de divulgación.

Desgraciadamente los intelectuales católicos mexicanos han visto, si no con desprecio, por lo menos con apatía, la función social que desempeña el radio, el cine y la televisión. No se ha podido o no se ha querido comprender el influjo enorme que están ejerciendo sobre nuestro pueblo.

En síntesis: faltan educadores, guías y maestros que intervengan directamente aportando su acervo cultural, porque no es justo exigir de toda esta gente que labora en un campo de influjo tan decisivo de divulgación una formación moral y cultural, cuando no se le proporcionan los medios adecuados para obtenerla.

56137TB FS
4-29-93 32180
213 LBC

PRIMER · CONGRESO · NACIONAL DE · CULTURA · CATOLICA ·

GUADALAJARA, JAL.

ENERO · 1953 ·

ENERO - ·1953·